Libro 3 de la trilogía

"La desaparición de Margot Lane"

LUIS A. SANTAMARÍA

ABISMO



Libro 3 de la trilogía
“La desaparición de Margot Lane”

LUIS A. SANTAMARÍA

ABISMO

UNIVERSO
MÓNICA
LAGO

Para mis lectores digitales.

Por disfrutar con mis
novelas e historias.

Por estar siempre detrás, a mi lado

Con inmenso cariño,

Luis Santamaría

ÍNDICE

Autor: Luis A. Santamaría

Diseño de cubierta: Pedro Tarancón

Fecha de edición: Diciembre de 2023

www.luisalbertosantamaria.com

A Silvia.
Ella es un poco Leticia.
Y un poco Rose.
También tiene algo de Venus, aunque, por suerte, no mucho.
Ella es la novela entera.

NOTA DEL AUTOR AL LECTOR

El libro que estás a punto de empezar es la tercera y última parte de la trilogía ‘La desaparición de Margot Lane’, cuyo segundo título es ‘Huida’. Para facilitar la lectura y la puesta en contexto, puedes repasar este sencillo resumen gráfico de la novela antes de comenzar a leer.

Aviso: este material está lleno de spoilers. No pinches en el enlace si no has leído ‘Huida’.

Resumen gráfico de ‘Huida’

«La única manera de decirle a la gente la verdad es a través de la ficción».

— *Tom Clancy*

1

Lo que siguió al despertar, la joven lo vivió como una pesadilla lúcida, sumida en la oscuridad y con un olor nauseabundo a cloaca.

Siempre había soñado con convertirse en la protagonista de su propia historia, emulando a los personajes de las novelas que devoraba noche tras noche en su cama, arrebujada bajo el edredón durante los crudos inviernos de Nueva York, justo antes de dar por concluido el día. Jamás habría imaginado que, en algún momento, su relato se tornaría en una historia de terror.

Tanteó las paredes de piedra, las arañó hasta que sus dedos sangraron y golpeó la puerta de metal con los puños hasta perder la sensibilidad en sus manos. La puerta permaneció inmóvil, incluso cuando intentó introducir sus uñas en la rendija y tirar con fuerza. Los bordes afilados le causaron cortes en los dedos.

Era como intentar abrir una caja fuerte utilizando una simple tarjeta de crédito.

Finalmente, cuando una de las uñas se desprendió de la carne, se llevó el dedo a la boca y saboreó el gusto metálico de la sangre. Era lo primero que probaba en muchas horas. ¿Cuántas exactamente? Era incapaz de calcular el tiempo transcurrido desde que abrió los ojos, y a eso había que sumarle el período en que estuvo inconsciente.

Permaneció un rato observando fijamente la oscuridad impenetrable, con los ojos desmesuradamente abiertos y el pecho desbocado. Y entonces, gritó. Gritó hasta que su voz se quebró y solo le quedaron las lágrimas como consuelo.

No le quedaba más remedio que llorar. Y eso fue lo que hizo.

Así estuvo un tiempo, llorando y lamiéndose las puntas de los dedos ensangrentados. Cuando logró calmarse, se apoyó en el suelo, tomó impulso y se puso en pie.

Dirigió la mirada hacia arriba. La oscuridad allí era igual de densa, pero aún así, pudo percibir una suave corriente de aire fresco que descendía desde el techo. La idea de un conducto de ventilación se hizo camino en su mente, vislumbrando una pequeña oportunidad para escapar. Quizás, si tomaba impulso, podría alcanzarlo y agarrarse a algo. Sí, tal vez así podría deslizarse por el conducto y huir de ese lugar. Tal vez.

Se quitó el abrigo y lo dejó cuidadosamente en un rincón. Luego,

tomó carrerilla y corrió hacia el centro aproximado de la celda, saltando con los brazos extendidos. Encontró el techo antes de lo que esperaba y soltó un grito al golpear su cabeza contra la dura superficie. Al aterrizar, conmocionada, tropezó y se torció el tobillo. Cayó de lado. No se resistió al desvanecimiento. Al contrario, acogió la pérdida de consciencia como una bendición, ya que solo de esa forma podía volar lejos de allí. Quién sabía si de vuelta a casa. Aunque solo fuera en sueños.

2

Madrid, invierno de 1995

Te llamas Tom Cavendish.

Creciste en un tranquilo barrio de clase media en las afueras de Boston. Con formación en periodismo, te ganas la vida como redactor, un empleo que te reporta buenos ingresos pero que no logra saciar esa sensación de vacío que crece dentro de ti. Durante los descansos del almuerzo, tu cuaderno se convierte en santuario de tu nueva pasión: la escritura, un fuego voraz que consume tu interior.

Tu vida dio un giro y acabaste en España, un destino que nunca anticipaste, y fue la literatura la que te hizo tropezar con Leticia. Ocurrió en una presentación local. Su amor por las letras y su fina sensibilidad te cautivaron al instante. ¿Un flechazo? Ella sostiene que fue tu caballerosidad y la sinceridad que proyectas lo que la atrajo hacia ti (qué graciosa es la vida), pero en el fondo sabes que fue Margot, ah, Margot, quien prendió esa chispa única entre vosotros.

Os casasteis. Ahora compartís un acogedor piso de segunda mano en un barrio distinguido de la capital española. Leticia, dedicada a su trabajo de enfermera en el sistema público de salud, encuentra su alegría en la vocación de servicio.

Te encanta la vida mediterránea y que te conozcan como «el americano». Te gusta tu vida, con una esposa a la que amas y una hija a la que adoras. Como todos los hombres de tu generación, las preocupaciones sobre impuestos e inflación no faltan, pero no te puedes quejar. Disfrutas de la vida y sus placeres: la pipa humeante, el whisky reconfortante y las lecturas que te transportan a universos desconocidos.

Esto era lo que me recordaba cada mañana, al enfrentar mi reflejo en el espejo, antes del incidente en el metro del que más tarde hablaré. Por entonces tenía cuarenta y un años, lo que significaba que once años habían pasado desde que Margot y yo dejamos Escocia atrás, y durante ese tiempo, el destino había tejido un tapiz intrincado de nuestra existencia.

Margot se había convertido en Mónica, un cambio necesario para salvaguardarla de las amenazas que nos perseguían. No me costó persuadir a su madre para que la niña adoptase su apellido. Con

dieciséis años, Mónica vivía ajena a las turbias verdades que se habían ocultado en los primeros años de su vida. Le encantaba el aroma del café recién molido y seguía con interés los programas de crónica negra en la radio. Le disgustaba el coco y la sensación de la arena húmeda entre los dedos en la playa.

Leticia Lago era una madre ejemplar y una esposa devota. Le gustaba entonar las canciones de Nino Bravo mientras cocinaba, pelar champiñones y cuidar su colección de bonsáis, pequeños placeres que la tranquilizaban. Detestaba a aquellos que aparcaban en doble fila y la mayonesa industrial. Ignoraba completamente mi oscuro pasado, y yo no me sentía con fuerzas para revelárselo. Además, no habría sido prudente si pretendía seguir oculto en la sombra.

Así transcurría la vida, bajo una aparente calma, falso bienestar, mientras Mónica y yo vivíamos bajo el manto del anonimato, esperando que nuestra verdadera identidad permaneciera secreta. Sentía la inminencia de un peligro constante, como una sombra que seguía nuestros pasos, un recordatorio de que el pasado rara vez decide quedarse atrás.

Emily, la joven que una vez amé, había quedado reducida a un recuerdo lejano, aunque de vez en cuando emergía en mis pensamientos. No tenía noticias de ella, y así sigue siendo ahora; a veces me sorprendo preguntándome si habrá hallado su felicidad, si disfruta del amanecer desde algún rincón remoto del mundo. Me gusta imaginarla saliendo al balcón, quizás en camisón, con una taza de café caliente en sus manos, sonriendo al contemplar el barrio del West Village a sus pies.

Leticia no sabía nada sobre mi vida anterior; en sus ojos, simplemente veía al enigmático novelista que un día había conocido en la presentación de un libro en Malasaña. La envidiaba por ello. Desearía poder presionar un botón en mi mente y borrarlo todo. Pero no, no puedo negar quién soy. Lo que hice.

Aunque me duela, en ocasiones someto mi pasado a juicio, sopesando cada decisión que me ha conducido hasta aquí. Tres meses después de mi huida a Europa, mi madre sufrió un derrame cerebral. Falleció en el hospital dos semanas más tarde, y claro, no pude estar allí para despedirme. Sé que es por mi culpa. Quise llorar, pero no me quedaban lágrimas por mi familia. «Ahora ya no es mi familia —me forzaba a pensar—, sino la de Neil Anderson. Y Neil Anderson está muerto».

Mis primeros años como Tom Cavendish transcurrieron en penumbras, viviendo como una sombra. Ninguna de mis identidades me resultaba auténtica, ya fuera en el mundo que había dejado atrás o en el nuevo y desconocido. Jugaba a equilibrar ambas vidas. La realidad es que solo me encontraba a mí mismo cuando estaba con

Mónica. Transitaba la treintena, ese momento de la vida en el que muchos florecen, forman una familia y se erigen en pilares de la sociedad. Me asaltaba la duda de si mi existencia seguiría este camino de fuga perpetua, despertando en la noche ante el temor de ser descubierto. Sin un alma en quién confiar, mis pasos por las calles eran vacilantes y contraídos, sintiendo que en cualquier instante el suelo podría ceder bajo mis pies, como si la tierra pudiera tragarme en cualquier momento. En cierto modo, siempre caminaré así.

A pesar de todo, acabé por habituarme. El reflejo del espejo me presentaba a Tom y casi me convencía de ello.

Un día, de manera inesperada, mientras desayunaba en la cocina de mi hogar recién adquirido, entró ella y la alegría me inundó. Mónica, mi hija, aquella niña a la que había raptado años atrás, me saludaba y tomaba asiento a mi lado. «Mi hija», todavía me resultaba extraño pronunciar esa palabra. Mientras ella comía sus cereales con chocolate y leche, yo me sumergía en mi lectura. Correspondí a su saludo. Con la ocurrencia propia de una adolescente en plena efervescencia hormonal, me lanzó una broma sobre embarazos. Me moría por compartir más cosas con ella. Me preguntó qué estaba leyendo y se lo dije: *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie, recomendándoselo. Ella prometió leerlo. Deseaba abrazarla, pero me conformé con una sonrisa paterna. Casi pude sentir cómo los últimos once años se desvanecían. Ella espetó una gracia y me reí, una risa genuina que no había experimentado en mucho tiempo. Ignoraba que, en menos de veinticuatro horas, mi vida daría un giro drástico.

Estaba equivocado. Mi vida no había terminado aquella tarde helada en el ferri Thames Happy Cruises. No finalizó cuando la banda me reclutó, ni cuando conocí a Venus, ni siquiera cuando saboteé la caldera en la mansión de Califa, haciéndola explotar. Mónica, una muchacha en plena adolescencia que me llamaba «padre» sin saber quiénes éramos en realidad, me hacía inmensamente feliz.

Llegaría a detestar aquel tatuaje de Stephen King que le hice en el brazo para esconder la contraseña.

Ella se consagraría como una destacada inspectora de policía.

Pero no estaría allí para verlo, porque a la mañana siguiente —once años después de mi fuga de Escocia—, a la misma hora del desayuno, sonó el timbre del teléfono.

Atemorizado ante la idea de perderlo todo de nuevo, decidí ignorar la llamada; aún se me eriza la piel al recordar aquel sonido.

Te llamas Neil Anderson y no eres periodista.

Eres un corredor de bolsa, un secuestrador, un asesino. Un proscrito aguardando el descenso inexorable de la guillotina sobre su cuello.

El teléfono sonó por segunda vez. Y, esta vez, sí, contesté.

3

11 años antes
60 kilómetros al sur de Escocia, 25 de diciembre de 1984

Habían transcurrido más de dos horas desde que emprendimos la persecución cuando, al fin, lo avisté entre la maleza, más allá del margen derecho de la carretera.

Aquel fue el primer vislumbre de esperanza desde nuestra apresurada partida de Glenfinnan, con el firme propósito de rescatar a Margot. A bordo del Cortina, Scott y yo manteníamos un sepulcral silencio, y ni ningún musical de Broadway ni los grandes éxitos de rock duro contemporáneo sonaban ya a través de la radio. El habitáculo del vehículo se había convertido en un sepulcro silencioso, colmado por la angustia que inundaba nuestras almas.

Desde que nos escurrimos de la policía en el último suspiro, una ola de euforia nos había embargado. En cada giro, en cada derrape contenido, el anhelo de salvar a la pequeña nos empujaba más allá, como jinetes en una carrera desenfrenada. Sin embargo, aquel júbilo fugaz se desvanecía al enfrentarnos a la dura realidad: la hermana Rachel y el sacerdote habían fallecido por nuestra culpa, y ahora, éramos prófugos y sospechosos de asesinato. Las tragedias y errores pasados se amontonaban en mi conciencia, una pila levantada sobre el vientre rajado de mi padre, la cabeza agujereada de Clay y los chapoteos agonizantes de Kevin Price dentro de su bañera. A esto se sumaba la preocupación por Margot, llevada por Venus y Milton, con un futuro incierto en manos de Califa, un hombre de insondables maquinaciones; en aquel instante, podían hallarse en cualquier punto entre Escocia y Londres. La ausencia de la niña en el asiento trasero, aquel vacío donde antes resonaban su risa y sus balbuceos, pesaba sobre nuestro estado de ánimo como una losa. Incluso sus protestas y llantos eran anhelados en el viaje desolador.

Persistía, no obstante, un hálito de fe al que aferrarme: la posibilidad de que Megan estuviese viva. Su recuerdo flotaba sobre Fort William como un fantasma reacio a desaparecer. A pesar de que nadie aseguraba haberla visto, estaba convencido de que mi hermana había estado allí, y solo Camille, la bailarina de estriptis, afirmaba haberla conocido. Según ella, Megan había sido ultrajada y asesinada,

pero yo me negaba a aceptar esa versión. No se trataba de un triste caso de negación de la realidad por mi parte. La fotografía que aún conservaba en el bolsillo de mi pantalón reflejaba luces navideñas sobre la piel de Megan, lo que significaba que la foto había sido tomada recientemente y, sin duda, después de los dos meses que supuestamente llevaba muerta, según las palabras de Camille.

Su paradero continuaba siendo la incógnita que me tenía obsesionado.

En cuanto a Scott, podía imaginar lo que turbaba su mente. Traicionado por su superior, Hunter Milton, y abatido por el cruel destino de Jessica, la joven ecuatoriana obligada a prostituirse en el infame Black Hole, combatía sus propios demonios. Su rostro marcado por una mueca tensa y sus manos firmemente aferradas al volante, en la posición de las diez y diez, con los nudillos blancos y una concentración en la carretera como si fuese la primera vez que conducía, eran el reflejo de una sed de venganza que ardía con fuerza.

La lluvia de la mañana había dado paso a una tarde grisácea. Con el espíritu menguante, finalmente algo captó mi atención.

—¡Christian, detén el coche! —exclamé, haciendo que mi compañero frenase bruscamente, propulsándonos hacia adelante por la inercia—. ¡Ahí, a la derecha! —indiqué un punto entre la maleza, más allá del borde de la carretera.

Scott detuvo el Cortina al margen de la calzada y bajó la ventanilla para inspeccionar mejor el área.

Sin demora, salí del coche y me incliné para examinar la hierba aplastada. Scott se me unió, dejando el Cortina en el carril.

—Un coche ha pasado por aquí —afirmé.

—Sí, son huellas de neumáticos —confirmó Scott, arrodillándose a mi lado—. Algún vehículo abandonó la carretera y se adentró en el bosque, aunque es imposible saber cuándo.

Observé su rostro, concentrado en las marcas como un sabueso tras una pista.

—¿Milton y Venus? —pregunté.

—No podemos estar seguros. Ignoramos si estas huellas corresponden a su vehículo, pero ciertamente es inusual que un automóvil se desvíe aquí de forma tan abrupta, sin un camino aparente.

Continué siguiendo las huellas. Aunque no había un sendero definido, la claridad del bosque permitía que un coche se internara. La marca de las ruedas no dejaba lugar a dudas.

Scott regresó a la carretera. El ambiente cargaba el aroma de la hierba mojada y, en ese rincón olvidado de Inglaterra, se sentía una frescura renovadora.

—Aquí hay ligeras marcas de neumáticos —observó, agachándose

de nuevo y deslizando su mano sobre el asfalto—. El coche giró bruscamente antes de adentrarse en el bosque.

—¿Cómo interpretas eso? —pregunté, entregándome plenamente a su perspicacia detectivesca.

Scott no respondió en seguida. Regresó al límite del bosque y estudió con detenimiento las huellas en el barro.

—Las marcas en el asfalto denotan prisa, un cambio de planes inesperado.

—Quizás supieron que los seguíamos y cambiaron de rumbo para despistarnos —supuse.

—Cambiaron su rumbo, eso es indudable —concordó Scott—, pero no creo que fuera para eludirnos.

—No lo entiendo. ¿Por qué harían eso entonces?

Scott miró hacia el norte, entrecerrando los ojos, y después apuntó hacia un punto en la distancia.

—Me he fijado en que hay una estación de servicio a menos de un kilómetro de aquí —dijo—. Tal vez allí puedan proporcionarnos alguna información sobre lo sucedido.

Nos reincorporamos al Cortina y recorrimos en sentido contrario el último segmento del trayecto, utilizando un sendero de tierra paralelo al borde de la carretera. Tal y como Scott había mencionado, una gasolinera Esso nos esperaba a un lado del asfalto. La ausencia de vehículos en las bombas de combustible fue, de alguna manera, reconfortante.

—Permanece en el coche —me instruyó Scott con un tono que rozaba la orden—. Voy a interrogar al empleado.

No aguardó ninguna réplica que, de todas formas, no planeaba ofrecerle, salió del automóvil y se dirigió hacia el pequeño establecimiento.

A medida que se deslizaba entre los surtidores, a Christian le asaltó un recuerdo desagradable junto a Milton, que se remontaba a un par de años atrás. Se encontraban en el coche oficial del jefe, aguardando para llenar el tanque en una estación BP en el distrito de Chelsea.

—Una vez tomes una decisión, asúmela y sigue adelante —le había aconsejado Milton, con la serenidad de un maestro de cocina que advierte del peligro de excederse con la sal—. En esta profesión, no hay nada como tener mala memoria.

Se refería a un incidente de contrabando juvenil que había acabado desastrosamente. Christian había caído en la trampa de un soplo engañoso sobre un muchacho de dieciocho años, presuntamente distribuyendo marihuana en las inmediaciones de un colegio. Tras detener al joven, el proceso judicial se enredó y la noticia se difundió por los medios. El muchacho, que resultó ser inocente, tuvo que

soportar la presión social de ser estigmatizado e insultado por sus propios vecinos, un estigma que, Scott sospechaba, le resultó más vergonzoso que la sentencia misma. No lo soportó. A una semana para que el juez pronunciara el fallo, el joven se precipitó desde el quinto piso de su vivienda.

—Sí, entiendo —había contestado Scott, que llevaba dos noches sin dormir debido a la noticia y debía de mostrarse lívido.

—No te castigues a ti mismo, ya hay otros que lo harán por ti. —Con una mueca de disgusto, Milton había señalado con un gesto hacia un costado, como si quisiera decir «ya vienen a tocarme los cojones»—. Mira, ahí tienes a algunos —apuntó.

Era la familia del muchacho, de origen paquistaní, que se acercaba al vehículo con los puños en alto y lanzando improperios. Scott los recordaba del juzgado. Se cuestionó si el juez habría sido igual de severo si el joven hubiera pertenecido a una acomodada familia inglesa.

Con un gruñido, Milton engranó la primera velocidad y giró el volante al máximo, alejándose rápidamente de la estación justo cuando la madre del muchacho se lanzaba contra la ventana de Christian. El policía desvió el rostro con desagrado cuando ella escupió, marcando el cristal con su saliva.

Reflexionando sobre aquellos eventos, Christian se preguntaba si Milton habría actuado de la misma forma tras el asesinato de Jessica a manos de los rufianes de Black Hole.

«En esta profesión, no hay nada como tener mala memoria».

Pero Christian sí que la tenía, una memoria excepcional. Tenía una jodida memoria de elefante. Y estaba decidido a hacer pagar a Milton por todo el mal que había causado.

El interior del establecimiento, con estanterías que evocaban la época de Thatcher y clamaban por una renovación, estaba tan vacío como la zona de los surtidores. Eso le permitiría ir al grano.

—¿Cuánto le pongo? —le preguntó el dependiente desde el otro lado del mostrador. En una muestra de mestizaje, el hombre llevaba puesto un turbante y escuchaba música country. En el polo corporativo lucía una placa con el nombre «Sharif». Masticaba algo parecido a una corteza y hablaba como si estuviera colocado. Tal vez simplemente le faltaba un hervor.

—No vengo a repostar —aclaró Christian—. Solo necesito que me contestes a una pregunta.

El tipo lo miró con ceño, surcando aún más su rostro ajado que recordaba a Christian un dátil secado al sol. Al no obtener respuesta, el ex agente de narcóticos continuó.

—¿No has visto por casualidad a un hombre y una joven con una niña pequeña?

Eso pareció despertar el interés del dependiente, quien cambió su postura y elevó la voz.

—¡Oh! ¿Es a quienes perseguís? —De repente ya no parecía tan lento, aunque su morbosa reacción resultaba repugnante—. ¿Qué han hecho? —Sus ojos y su boca se abrieron como los de un pez, dejando volar su imaginación—. ¿Un atraco? ¿O tal vez se trata de una de esas familias homicidas?

—Sharif, calma —lo cortó Christian—. ¿Los ha visto o no?

—No, colega. Hoy no he visto a nadie así. Hace un rato ha entrado una joven, ha llenado el tanque y se ha llevado algunas cosas para comer. Eso es todo.

«Una joven…» Christian se preguntó si estaría refiriéndose a Venus.

—¿Era pelirroja?

El hombre se frotó sus carnosos labios con los dedos, como si eso lo ayudara a recordar.

—Me parece que sí —contestó por fin—. Llamaba la atención. Era guapa.

Bingo.

—Sharif, ¿te quedaste con el modelo del coche?

El empleado se encogió de hombros.

Pero algo que Sharif había mencionado antes quedó resonando en la mente de Christian.

—Espera, Sharif, rebobinemos. ¿Por qué pensaste que los estaba persiguiendo?

Los ojos del dependiente se movieron inseguros, recelosos, como si no estuviera seguro de estar entendiendo la conversación.

—¿Eres uno de ellos, no? —inquirió.

—¿Uno de quiénes?

—Pues un agente de la ley —dijo el hombre, ligeramente sorprendido.

Christian carraspeó y adoptó una postura más erguida. La duda le había generado una nostalgia indignada difícil de manejar.

—¿Por qué lo supones?

—Oh, pensé que tendrías algo que ver con el alboroto de antes.

Christian ladeó la cabeza y se inclinó ligeramente sobre el mostrador, y en un tono apenas audible, preguntó:

—¿De qué alboroto hablas, Sharif?

Cuando el dependiente contestó, ante Christian se revelaron las causas de las marcas en la hierba y el asfalto. Todo cobró sentido en un instante, con una claridad que pudo haber dibujado en papel.

Agradeciendo a Sharif la información brindada, compró un paquete de chicles de menta y rechazó el cambio; luego, se dirigió a paso ligero hacia su vehículo. Estaba a punto de abandonar la estación

de servicio cuando Sharif le llamó desde el mostrador.

—¡Eh!

Christian se volvió, impaciente. El tiempo apremiaba.

—Entonces, ¿eres tú el madero? —preguntó Sharif.

—¿Por qué tanta insistencia? —respondió Christian, contrariado.

El dependiente sacó un sobre de algún rincón oculto y lo deslizó por el mostrador.

Christian se acercó atraído por la curiosidad.

—Un hombre ha venido antes, ha dejado esto y me ha dado doscientas libras por una tarea muy simple.

—¿Qué tarea, Sharif?

—Si un americano o un policía entraban hoy en la tienda, debía entregarles este sobre —lo golpeó con la punta del dedo.

Christian lo examinó; un sobre común, sin marcas ni señales exteriores. Un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Podrías describir a ese hombre?

Sharif se encogió de hombros.

—Era un tipo… normal.

—¿Y algo más detallado?

Se encogió aún más.

—No sé… No lo recuerdo.

Christian le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Supongo que el anonimato venía incluido en las doscientas libras.

Él le devolvió un sonrisa cómplice y desvergonzada. No era tan estúpido, después de todo.

—Tengo cuatro hijos y el sueldo aquí no da para mucho, ya me entiendes.

—Entiendo.

«Sucio miserable», pensó.

Abrió el sobre y volcó su contenido sobre la palma de su mano: un colgante de mujer. Lo sostuvo frente a sus ojos. Sin duda, era llamativo el modo en que ese objeto había llegado a sus manos; pero más extraño resultaba que el colgante llevase adherido un papel con un mensaje. Leyó lo que ponía:

Para Neil:

Granja Harker

Dispenza

En el interior del Cortina, el silencio se hacía cada vez más asfixiante. Mientras esperaba que Scott regresara, dejé que mi vista se perdiera

en la inmensidad de la llanura que se desplegaba más allá del pequeño muro de la estación de servicio. Las suaves colinas, envueltas en un manto de hierba húmeda, surgían tímidas de la bruma que lo cubría todo en los bosques del norte de Inglaterra. El arroyo que bajaba de la montaña se perdía en una cañada que albergaba una pequeña aldea. Resistentes granjas de piedra se alzaban cual centinelas en solitario, desafiando el paso del tiempo y las inclemencias del clima. Desde sus ventanas, la luz interior se filtraba y creaba un halo de calidez en el desolado paisaje.

Se había puesto a llover de nuevo. La fina llovizna caía sin cesar sobre los páramos, formando una bruma gélida que se entrelazaba con las enigmáticas historias que parecían burlarse de nuestra presencia. El viento, cruel y caprichoso, combaba los árboles cuyas ramas desnudas se extendían suplicantes.

Sumido en aquel paisaje melancólico, el silencio acunaba mi mente hasta que mis pensamientos se diluían en cuestiones aún sin resolver. Intrigas internas que se hacían más evidentes en soledad.

Nuestra atención estaba fijada en Milton y Venus, pero estaba claro que eran meras piezas en un tablero de ajedrez. Si eran alfiles o peones era algo que aún debía descubrirse, aunque mi intuición apuntaba a lo primero. Eran mercenarios, traidores al servicio de alguien que tiraba de los hilos: Califa. ¿Quién era realmente ese hombre y qué buscaba? Su obsesión parecía girar en torno a Margot, posiblemente por el enigmático tatuaje en el brazo de la niña. Pero, ¿qué más había en juego? ¿Era Califa un empresario corrupto metido en problemas? ¿Un magnate que empleaba a matones y sobornos policiales para esconder sus escándalos?

Algo me decía que había detalles que se me escapaban.

El día anterior, Scott me había revelado el nombre real del empresario: Adil Al-Sayid. Un nombre que no me era ajeno, lo que tenía sentido dado mi pasado en Wall Street, analizando empresas y directivos. ¿Cómo se llamaba la empresa de Al-Sayid? Scott no había podido darme esa información, y allí, solo en el coche, echaba de menos mis libros de contabilidad y mi material de trabajo.

Scott me contó que Adil Al-Sayid había alcanzado la fama como fundador visionario de una exitosa constructora en Estados Unidos. Su trayectoria había sido fulgurante, apareciendo en las portadas de revistas de negocios y suscitando rumores que hicieron fluctuar el valor de sus acciones como una cometa en un día ventoso.

Mi mente estaba inquieta, atrapada en un torbellino de pensamientos dispersos. Me sentía abrumado y algo confundido después de días de poco descanso. Era como si una mezcla de hormigón se hubiera endurecido dentro de mí, obstruyendo cualquier atisbo de claridad.

Pero mi subconsciente no descansaba, y una idea que había estado flotando en un mar de preguntas sin respuesta empezó a cobrar forma: había sido yo quien había buscado a la banda de Califa en Nueva York para resolver mis deudas. Eso había sucedido después del secuestro de mi hermana, y sin embargo, yo había acudido a ellos y no al revés. Eso me llevó a preguntarme si seguiría llevando mi antigua vida como corredor de bolsa si yo no hubiera cometido el error de aceptar un préstamo de una banda criminal. Si todo lo que estaba viviendo en Inglaterra era consecuencia directa de mis errores financieros. ¿Acaso lo eran? En ese instante, la imagen de Califa se desvaneció como una nube de humo dentro de mi cabeza y el nombre de mi amigo Clay emergió pidiendo paso, reclamando mi atención, cuando Scott tocó el cristal del coche, rescatándome de mis caóticos pensamientos.

Scott abrió la puerta y se sentó al volante, con una sonrisa esculpida en su rostro.

—El enemigo ha atraído a su propio perseguidor —declaró Scott con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

Le pedí que se explicara.

—El encargado de la gasolinera me ha confirmado que ha visto una caravana de coches de policía pasando a toda velocidad, sirenas y luces en funcionamiento.

Eran noticias interesantes. ¿Buenas o malas? No podía determinarlo, pero era probable que fuéramos nosotros el objetivo de esa búsqueda. Transmití mi inquietud a Scott.

—Eso no tiene importancia —desestimó mi preocupación con firmeza—. Lo esencial es que ahora comprendemos la razón del cambio abrupto de dirección de Milton y Venus. Una cosa es segura —aseguró—. Margot ya no se dirige al sur y ahora está en ese bosque.

—¿Te ha dicho cuánto hace que pasaron esos coches de policía?

—Muy poco, quizás veinte minutos, tal vez solo diez. ¡Vamos, estamos muy cerca!

Estaba listo para poner en marcha el coche cuando coloqué mi mano sobre su brazo.

—Christian.

—¿Sí, qué pasa?

—¿Qué pasará cuando los encontremos?

La pregunta estaba cargada con la premisa de que estábamos por enfrentarnos a gánsteres curtidos, armados hasta los dientes, según lo que sabíamos, mientras que nosotros apenas contábamos con un bate de béisbol como defensa. Scott me miró fijamente, su agarre en el volante se intensificó.

Mis palabras le habían puesto en tensión.

—Yo pienso matar a Milton. Mientras tanto, tú te ocuparás de asegurar a Margot, y procura que no te disparen en el intento.

Después de dejarme sin palabras, giró la llave en el contacto con decisión y el rugido del motor desafió el gélido amanecer.

Confiando en nuestras limitadas posibilidades, reanudamos la persecución, abandonando el asfalto para aventurarnos por el tortuoso camino de barro y grava que el otro vehículo había elegido.

Mi corazón golpeaba en mi pecho, vigorizado por el vértigo de la cacería y la incertidumbre de lo que nos depararía al final del trayecto.

Scott conducía con habilidad a través del lodazal cuando, poco después, dijo algo inesperado.

—¿Te dice algo el nombre de Dispenza, Neil?

Quedé atónito ante sus palabras.

—¿A qué viene eso?

—Antes, en la gasolinera, alguien había dejado un sobre dirigido a nosotros.

—¿Un envío privado? ¿Para nosotros? ¿En este lugar?

—El sobre contenía un colgante femenino.

—¿Qué tipo de colgante? —inquirí, con el pulso acelerado.

—Ahí está lo insólito —prosiguió con la vista clavada en el camino —. Creo que te resultará conocido.

Scott metió la mano izquierda en el bolsillo interno de su cazadora de cuero y sacó un colgante que llevaba adherido un papel con un mensaje escrito a mano.

El mundo comenzó a girar alrededor de mí cuando inspeccioné el colgante, y un vértigo abrumador se apoderó de mí al leer las palabras escritas.

4

Desde el cielo, el automóvil se asemejaría a un escarabajo que avanza lentamente entre el verdor, su silueta oculta bajo la sombra proyectada por los árboles sobre la carrocería negra y brillante. En realidad, el vehículo circulaba a unos treinta kilómetros por hora, la velocidad máxima que aquel sinuoso sendero lleno de baches y raíces expuestas permitía. Ninguno de los ocupantes del vehículo estaba dispuesto a sufrir un pinchazo en medio de la huida, y menos aún con una niña secuestrada a bordo. Aparte de eso, no importaba que estuviesen maltratando el Mercedes, porque ahora lo urgente era alejarse del lugar y alcanzar Londres sin ser interceptados.

La situación se había enredado y Venus era consciente de que era cuestión de tiempo antes de que Scotland Yard conectara los puntos entre sus nombres y la desaparición de la pequeña junto a las dos muertes en la iglesia, si es que no lo habían hecho ya.

La ejecución del plan había sido impecable, y el regreso a Londres con la niña transcurría sin incidentes hasta hace un instante. Gracias a la información de su contacto en Escocia, Milton y ella habían dado con el escondite de Margot, a cargo de una monja en Glenfinnan. El plan era sencillo: irrumpir en el hostal que la monja administraba, armas en mano, para sembrar el terror y llevar a cabo la operación rápidamente. En un asalto armado como ese, cada minuto que pasaba aumentaba el riesgo de ser descubiertos y arrestados.

Sin embargo, la joven había huido hacia la parte trasera del edificio y se había desvanecido entre el follaje antes de que pudieran entrar en el hostal. Margot iba a sus brazos. Venus y Milton tomaron caminos separados; ella se lanzó tras la monja a pie, mientras Milton condujo el Mercedes hasta la entrada de la iglesia, donde esperaría a la joven tendiéndole una emboscada.

La monja había demostrado coraje y capacidad física. Con piernas y pulmones entrenados, alcanzó el santuario antes que ellos. Dentro de la iglesia, sus gritos desesperados resonaron contra los muros de piedra: «¡Llama a la policía, Greg!».

Greg era el sacerdote. Cayó primero, abatido mientras estaba marcando el número de emergencias desde la sacristía.

La religiosa se volvió más esquiva, corriendo hacia el altar y gritando, suplicando una ayuda que no llegaría. Sus sollozos se

perdían en el eco de los muros. Venus recordaría la maravillosa sensación de caza durante mucho tiempo y se regodearía en su propio placer. Le volvía loca que las presas lloraran, el colmo de la satisfacción.

Pero la monja se movía con destreza, conocedora de cada recoveco de su iglesia. Se ocultaba tras una columna y al siguiente momento aparecía al otro extremo de una fila de bancos. Pero la iglesia era pequeña y la mujer cargaba con el peso de la niña. Venus logró acorralarla antes de que Milton se uniera a la persecución. Con el rostro empapado en lágrimas, la monja enfrentó su destino con entereza. Con el mentón tenso y aguantándole la mirada, protegió a Margot con su cuerpo. Después susurró una oración, y Venus, cautivada por su fe, le permitió santiguarse. Terminado el rito, apretó el gatillo.

Califa los regañaría por las vidas inocentes perdidas, pero se olvidaría rápidamente al entregar a la niña. Al fin y al cabo, solo se trataba de un sacerdote y una puta monja.

El grito de Margot tras el disparo fue desgarrador. Venus la tomó en brazos. La niña, con los oídos tapados por las manos y los ojos apretados, parecía anhelar despertar de una pesadilla.

Ahora, en el coche, mientras atravesaban el bosque de camino a Londres, Margot se mostraba como una bomba de relojería.

—Quiero irme a mi casa —repetía la niña, llorando, desde el asiento trasero. Se había descalzado y golpeaba la ventanilla con el zapato.

—Calla la puta boca —replicó Milton con brusquedad, concentrado en mantener el coche en el estrecho camino. Su pistola descansaba despreocupadamente en su regazo mientras con el dedo pulgar hacía rodar la rueda de un mechero, un hábito adquirido, en opinión de Venus, cuando un día se miró en el espejo y decidió que le confería aspecto de tipo duro.

—La niña está demasiado asustada —se atrevió a decir Venus.

—No la defiendas, joder —espetó él, que seguía en su disputa con Margot—. Y tú, ponte el zapato y deja de llorar, no te lo repetiré.

—¿Por qué no me lleváis a casa? —soltó otra pregunta la niña. La situación se estaba complicando.

—Porque tu padre biológico la cagó a lo grande —respondió Milton torpemente, después sofocó una carcajada.

Venus lo fulminó con la mirada. «Cretino…». No hacía mucho, ella había sido una niña de cinco años, como Margot Lane, abandonada. Y, al igual que ella, había suscitado el interés de los adultos como Milton de diferentes índoles. Cumpliría su cometido, pero sin causar a la niña más sufrimiento del necesario. Existían ciertos límites.

Luego, dirigiéndose a la niña con un tono neutro, firme pero no

demasiado, ya que no quería asustarla más, pero sin dulzura, agregó:

—Porque eres demasiado valiosa, pequeña.

Margot, descalza, golpeaba la ventanilla con su zapato.

—¡Qué vuelvas a ponerte el maldito zapato! —la regañó el superintendente, que había dejado de reír—. ¿Estás sorda o qué?

Margot esquivó la orden, y cuando Milton extendió el brazo hacia atrás para arrebatárselo, ella bajó la ventanilla con la manivela y lanzó el zapato entre la maleza.

—¡Joder! —gritó Milton—. ¡Niña de los cojones!

A Venus le parecía perfectamente comprensible que Margot sintiera pánico y se rebelase, y aunque le complacía ver a Hunter Milton desafiado por una niña de cinco años, todo eso ahora le importaba un comino. En ese momento, Venus no podía darse el lujo de regocijarse. Su única preocupación era cómo llegarían a Londres sin usar las carreteras; ni ella ni Milton habían planeado una alternativa.

Habían imaginado que, para cuando la policía descubriera lo ocurrido en la iglesia, ya estarían lejos. Pero las cosas no habían salido así. El sacerdote, con quien no habían contado, había conseguido llamar a emergencias antes de morir, complicando las cosas. Milton lo había confirmado con una llamada desde una cabina telefónica y, desde ese momento, su autocontrol había saltado por los aires. Si de por sí era un hombre de mecha corta, la información recibida desde la comisaría lo había dejado al borde de un ataque de nervios. Las venas de su cuello estaban hinchadas y un desagradable tic en el párpado delataba su estado de agitación. Las quemaduras provocadas por la explosión de gas y el molesto vendaje que cubría parte de su cara tampoco ayudaban, pensó Venus.

Y es que las noticias de los contactos de Milton en Scotland Yard no eran alentadoras. Su posición en la comisaría y algunos favores pendientes les permitieron recibir la información más reciente con una llamada desde una cabina en el norte de Inglaterra.

—¡Debemos abandonar la carretera inmediatamente! —había ordenado el superintendente con firmeza.

Según las informaciones recibidas, dos patrullas de la policía escocesa habían llegado a la iglesia Saint Mary & Saint Finnan, cerca del lago Shiel, alertadas por un aviso de violencia armada. Al llegar, encontraron a un hombre y una mujer muertos. Milton fingió sorpresa al saber que eran el cura y una monja, aunque lo sabía de sobra. No necesitó simular preocupación cuando le informaron que buscaban a cuatro sospechosos: dos hombres de unos treinta años, supervivientes de un tiroteo con la policía que lograron huir, un hombre mayor con vendajes en el rostro y una joven pelirroja, los dos últimos acompañados por una niña pequeña. ¿Cómo era posible que la policía

tuviera conocimiento de ellos?, se había preguntado Milton en el Mercedes mientras resumía la llamada a Venus. Ya era bastante asombroso que Anderson y Scott, indiscutiblemente los dos primeros sospechosos, hubieran salido vivos del enfrentamiento policial. Sin embargo, tanto Milton como Venus se habían asegurado en todo momento de actuar sin dejar rastro. Entonces, ¿habrían sido traicionados por uno de los contactos anónimos de Califa en el norte?

Y había algo más: la policía había cortado el paso en la carretera, a escasos seis kilómetros de donde se encontraban.

No obstante, había que buscar la parte positiva. Gracias a los contactos de Milton en la policía, habían previsto el contratiempo. Seguir por esa ruta los llevaría directamente a la barricada policial, así que se vieron obligados a cambiar de dirección. Retroceder y buscar una ruta alternativa por Liverpool era excesivamente peligroso y evidente, motivo por el cual lo habían descartado. Tenían la esperanza de que la policía no se molestara en registrar los bosques aledaños. Por eso dejaron la carretera en un punto donde la arboleda, paralela a la vía, parecía más accesible y prosiguieron su camino ocultos entre la vegetación.

El agente con experiencia era Milton y habría tenido que ser él quien pensara en ello, pero, como era habitual, fue Venus la que encontró la solución.

Ambos estaban preocupados por la posibilidad de que esa vía alternativa también estuviera vigilada, pero no se les ocurría ninguna otra opción.

La cabeza de Venus era un avispero de pensamientos alarmantes, pero estaba segura de que Califa le perdonaría cualquier cosa si conseguía entregarle a la niña que poseía la contraseña. Recibiría una justa recompensa y, al fin, el reconocimiento que merecía por su entrega y lealtad, siempre y cuando entregara a Margot. El resto no importaba.

Ese pensamiento la había acompañado desde que se perdió en aquellos ojos castaños la primera vez. Se habían salvado mutuamente en los callejones de Chicago, donde ambos estuvieron a punto de morir por encontrarse en el lugar y momento menos oportunos. Ella era una indigente, subsistiendo gracias a la benevolencia de los más generosos y la caridad de aquellos que aún conservaban algo de piedad hacia los desfavorecidos; él, un joven acaudalado que se había desviado de su camino en una ciudad donde un reloj de oro brillaba en la oscuridad como un faro en la noche. Si no hubiera sido por esos dos fortuitos encuentros en poco tiempo, probablemente ya estarían muertos, pero el destino quiso unir sus caminos. Tras esas experiencias, Venus se alistó en el ejército con un renovado sentido de propósito y no se volvieron a ver. El servicio militar le sentó bien,

aprendió el noble arte de manejar armas de fuego y a canalizar su rabia a través de ellas. Por un tiempo, no necesitó autolesionarse ni perderse en el ritmo de las lavadoras para apaciguar su mente. Sin embargo, tras algunas misiones en el Golfo Pérsico, comenzó a padecer ataques de ansiedad y despertares nocturnos bañada en sudor y pánico, lo que la condujo de nuevo a la automutilación. Poco después, ya convertido Califa en uno de los empresarios más influyentes del país, la contactó para ofrecerle un puesto en su equipo y así terminó su etapa en el ejército. Desde entonces, se convirtió en una soldado fiel a Califa, el único ser humano que había admirado sin reservas.

Nunca habían mantenido un encuentro íntimo; eso no era lo que Venus buscaba. Lo que la cautivaba era cuando él la convocaba para caminar y le confiaba sus mayores miedos y dilemas. A veces, la abrazaba fuerte contra su pecho hasta que su propia ansiedad se calmaba. Esta proximidad, aunque la alejaba de pensamientos autodestructivos, la emocionaba tanto que debilitaba sus rodillas. Pero nunca intentó nada sexual con él. En esos momentos, él se abría emocionalmente, haciéndole sentir que era diferente al resto de los sicarios, pese a ser la más joven e inexperta. Siempre le hablaba de sus inicios difíciles, con una familia que nunca creyó en él y en un país que rechazaba todo lo asociado al islam. Pero estaba orgulloso de sus logros y consideraba pequeños crímenes, como las muertes de Mulligan y Price o el secuestro de Margot Lane, como pruebas impuestas por Alá para demostrar su determinación en alcanzar su objetivo.

—El fin siempre justifica los medios, Venus —le insistía sin cesar —. Todo tiene un precio.

Ella intuía, por cómo lo decía, que él realmente se consideraba del lado justo de la historia.

—Hay quien cree que carezco de sentimientos y me tildarían de monstruo si conociesen lo que he hecho para que la empresa sobreviva. Pero, ¿se considera monstruo al felino por cazar ratones? En ocasiones olvidan que aún impera la ley del más fuerte. Todos esos que me critican y se creen moralmente superiores mientras brindan en una mesa repleta de cuerpos sangrientos de vaca, cerdo o cordero, ¿no son peores que yo?

Califa tenía una perspectiva peculiar de las cosas, y para Venus, aquello encerraba cierta lógica.

Venus no alcanzaba a comprender qué misterio guardaba Margot Lane; eso él no se lo había desvelado, pero era evidente que lo inquietaba. Desde que raptaron a la pequeña de los brazos de su madre en el trayecto del ferri, Venus sospechaba que la contraseña anotada en el brazo de la niña tenía que ver con la grave expresión de

Califa en estos últimos días.

Tampoco le había dado explicaciones cuando le mandó seducir al policía, Christian Scott, para atraerlo a un hotel y asesinarlo. Aun así, algo le indicaba que esa misión no estaba vinculada con la niña, sino que concernía directamente a Hunter Milton, ese tipo de hombre machista y arrogante que Venus detestaba profundamente.

«He hecho cosas», le había confesado Milton la otra tarde, justo antes de ir tras la monja.

Trabajar junto a él era una experiencia desagradable. Durante todo el camino no dejó de impartir órdenes, como si de verdad fuera la mano derecha de Califa.

—Todos estamos de mierda hasta el cuello con este caso —había dicho el superintendente, poco antes, en el coche—. Esta niña es de sumo valor para Califa; no por nada lleva más de cuatro años buscándola. Fue una cagada que Anderson nos la arrebatara en Londres, cuando ya era nuestra.

—Cuéntame algo que no sepa —le había contestado ella.

Él se había vuelto con mirada agria.

—Te cuento lo que quiero, y como a mí me sale de los cojones. ¿Entendido? Soy tu superior y estás en mi coche, estúpida. Si estás a disgusto, paro y te bajas.

Los dos se habían mantenido en silencio. Al fin resopló ella.

—Sí, señor.

—Pues claro que sí, señor. Faltaría más.

Tenía muchas ganas de patear el culo a ese mamón. Sin embargo, no se le había pasado por alto que Milton estaba a punto de estallar. Y no solo por los contratiempos con la misión de la niña. El tiempo juntos le había revelado la trascendencia de Christian Scott para Milton y Califa. ¿Poseía Scott información que pudiera comprometer al superintendente? Ambos eran de Scotland Yard, era posible. ¿Qué habría hecho Milton para que Califa se ensuciara las manos por él?

Al principio, Venus había considerado la tarea como un encargo rutinario y fácil. Bastaba con ponerse un vestido sugerente, posarse junto a la presa en el bar, flirtear asegurándose de que bebiera, y seducirlo con miradas y caricias hasta que estuviera preparado. Después, solo tenía que llevarlo a un lugar íntimo donde Troy lo liquidaría. Un trabajo simple que ya había realizado otras veces. Ahora, en el Mercedes, seguía sin entender lo que le había ocurrido con ese hombre en el bar de carretera donde lo había interceptado. Troy estaba muerto y Scott, en libertad.

Mientras el coche rebotaba en el irregular sendero del bosque, Venus reflexionaba sobre la ironía de los roles invertidos; ahora era él quien la perseguía a ella.

Pensar en ello le provocaba fuertes y opuestos sentimientos. En el

bar, al encontrarse con él, sintió un arrebato violento, la urgencia de asesinarlo in situ. Aquel impulso se magnificó en la estancia del hotel, donde estuvo a punto de perder el dominio de sí misma, y más aún en la mansión londinense de Califa. La idea de que Christian Scott se encontraba maniatado y confinado en un cobertizo del jardín la volvía completamente loca.

Era un alivio perverso para Venus que ese hombre demostrara tener tantas vidas como un gato, sobreviviendo tanto al disparo de Troy como a la explosión en el domicilio de Califa. Lo quería íntegramente para ella.

«No, señor —se decía con obstinada insistencia—, cuando sea yo la que te tenga delante, no tendrás escapatoria.»

—¡Maldición! —exclamó Milton de pronto, interrumpiendo sus fantasías íntimas con su enésimo exabrupto del día—. Tenemos un problema.

Venus escrutó el sendero con detenimiento. No vio nada alarmante.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Los faros han dejado de funcionar —espetó él, agitando compulsivamente la palanca junto al volante. Venus no habría puesto la mano en el fuego, pero le pareció captar un atisbo de temblor en la voz de Milton—. Debemos de haber impactado con alguna rama lateral, o tal vez haya sido por el traqueteo. Estamos a oscuras. —Y con un puñetazo al volante, exclamó—: ¡Joder!

Venus miró hacia el cielo. Estaba atardeciendo, y, sin luces, no tardarían en ser devorados por la penumbra del bosque.

Intentó concebir un plan alternativo con celeridad, pero Milton la adelantó, reflexionando en alto:

—Ahora mismo solo tenemos dos opciones —enumeró entre jadeos —. Continuamos a pie, regresamos a la carretera y robamos un coche al primer capullo que pase, asumiendo el riesgo que eso implica, o nos detenemos en el bosque y aguardamos hasta el alba para proseguir.

Pero Venus no respondió. Y mantuvo su silencio incluso cuando Milton frenó bruscamente el vehículo, que derrapó incontrolablemente unos metros sobre la tierra húmeda hasta que cesó la presión sobre el freno y el coche se estabilizó. El agente descendió del automóvil con impaciencia para evaluar los daños.

—Los faros están intactos —informó al regresar, pasándose la mano por las vendas que luchaban por mantenerse adheridas a su piel —. Seguramente es un problema de cableado. ¿Qué coño hacemos ahora?

Venus permanecía sentada, sumida en un breve estado de conmoción mientras sus ojos recorrían las interminables filas de árboles del bosque. Milton también observó hacia el mismo lado del

camino y se encogió de hombros.

—¿No vas a decir nada? —preguntó.

—¿Sabes cómo solucionarlo? —contestó ella finalmente.

—¿Acaso tengo cara de mecánico?

Igual que los faros, parecía haber sufrido un cortocircuito.

—Entonces, acamparemos más adelante.

—¿Por qué más adelante?

Venus dirigió nuevamente su mirada hacia el lado del camino. Tenía una idea. Abrió la guantera en la semioscuridad, cogió algo y salió del coche.

—¿Qué pretendes hacer? —quiso saber Milton, claramente molesto por ser ignorado.

Venus cerró el vehículo de un portazo y lo rodeó por la parte delantera. Cuando estuvo junto a la puerta del conductor, Milton la abrió y pudo ver el arma en su mano.

—¿Qué estás tramando? —insistió con mayor énfasis.

Lo que Venus había ideado les brindaría tiempo necesario para reflexionar sobre la gran incógnita que los consternaba:

¿Cómo había podido la policía escocesa rastrear sus pasos? ¿Quién y cómo los había delatado?

5

Proseguimos la persecución. Habían pasado varias horas desde la muerte de la hermana Rachel y los asesinos iban todavía muy adelantados.

El crepúsculo empezaba a ceder su lugar a la noche cuando dejamos atrás el asfalto para adentrarnos en el sendero que había tomado el otro coche, un camino que en ciertos tramos se confundía con el entorno boscoso. A pesar de esto, Scott conducía con una confianza y una resolución firmes. La pista que seguían nuestras ruedas la marcaban las huellas frescas en el barro, visibles a pesar de la vegetación y los restos de la maleza invasora.

Los imponentes pinos que custodiaban el camino formaban un techo natural que nos resguardaba parcialmente de la lluvia, la cual arreciaba, ahora más insistente que nunca.

A medida que la noche se hacía más densa, el rastreo se volvía más difícil. La lluvia repiqueteaba sobre nuestras cabezas al caer sobre el techo del Cortina y el haz de los faros conformaban nuestro único vínculo visual con el mundo exterior.

De improviso, Scott frenó el vehículo en seco. Aferrándose al volante, se asomó a través del parabrisas, su mirada fija en el lodo.

—Ahí hay algo —indicó.

Miré hacia el mismo punto. Efectivamente, la luz de los faros desvelaba un objeto al margen del camino, encajado entre dos raíces sobresalientes, pero no era capaz de distinguirlo.

Sin mediar palabra, Scott abrió la puerta y el ruido de la lluvia se intensificó. Salió al camino, se agachó y recogió el objeto del suelo; luego volvió al coche a la carrera y se encerró con el hallazgo. Al encender la luz interior, levantó el objeto para inspeccionarlo mejor. Era un zapato infantil de color rosa, con la suela visiblemente desgastada y los cordones deshilachados, completamente fuera de lugar en aquel paraje silvestre.

—¡El zapato de Margot! —exclamé, como si nos hubiésemos topado con una reliquia invaluable.

—Así es —dijo—, no hay duda.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Eso significa que…?

—No vayas por ahí —me cortó Scott con firmeza—. Si algo

tenemos claro de las intenciones de Milton y Venus, es que necesitan llevar a Margot ante Califa. No la abandonarían a su suerte, menos aún en un lugar tan expuesto. —Mientras despejaba el barro del zapato, una sombra de satisfacción cruzó su rostro—. Nuestro angelito ha querido enviarnos un mensaje.

Esperaba encontrar en su mirada un atisbo de tranquilidad. Un «tranquilo, todo va a salir bien». Pero no fue así.

—¿Como un rastro que seguir?

—Precisamente —respondió, pensativo.

—Entonces, al menos, ella está viva y consciente —apunté, esperanzado—. ¡Eso es prometedor!

—Ojalá su atrevimiento no le haya costado demasiado caro —murmuró él—. ¡Vamos! ¡Debemos seguir!

La oscuridad se hizo más densa, y el cielo se llenó de estrellas. Las sombras de las montañas se alzaban amenazantes más allá de las ramas de los árboles, como masas tétricas iluminadas por una luna casi oculta entre las nubes. Los faros del automóvil revelaban claros a ambos lados del sendero, lleno de irregularidades y baches. Nuestro Ford Cortina, claramente no el vehículo más apropiado para aquella aventura por la naturaleza, se zarandeaba y rechinaba constantemente, quejándose en cada giro. Al seguir la pista con mirada aguda, distinguí una sombra, una mancha oscura que se cruzaba en nuestro camino. Habíamos llegado al fin de la ruta.

Scott respiró hondamente, como el que sacia una gran sed tras errar por parajes yermos.

—Un árbol caído bloquea nuestro paso —explicó. Su comentario no era más que la constatación de lo obvio, ya que los faros ahora exhibían la escena con claridad. La corteza de un viejo pino se extendía a lo ancho del sendero, impidiendo la circulación.

—¿Cómo es posible? —traté de entender—. Si ellos también iban en coche, no pudieron haber pasado por aquí. ¿Nos hemos perdido?

Scott agitó la cabeza.

—No es eso. Observa las huellas —indicó las marcas de neumáticos en la tierra donde se topaban con el árbol—. Continúan al otro lado y más allá. Y mira —apuntó hacia el norte del bosque—, la base del árbol está rota, dañada pero no lo suficiente para ser obra del viento. Y los árboles cercanos están intactos, lo que significa…

—Que alguien derribó este árbol a propósito —terminé yo.

Asintió.

—Apostaría por Venus. Milton carece de la astucia para planear algo así.

—¿Cómo lo hizo, sin un hacha?

—No estoy seguro, porque habríamos oído los disparos, a pesar de que la tormenta amortece el ruido. Y unas cuantas balas no pueden

atravesar esta corteza, por muy viejo que sea el árbol. —Tras un breve silencio, añadió—: Llevan un Mercedes. Esos trastos tienen potencia para derribar un árbol decrépito.

—Entonces saben que los seguimos.

—Y no deben de estar lejos. Debemos continuar.

Me volví como un resorte.

—¿Cómo? Estamos bloqueados.

—Seguiremos a pie —dijo sin más.

Sin dar lugar a discusión, apagó el motor, salió del coche, abrió el maletero y tomó el bate de béisbol. Acto seguido, se dirigió hacia el tronco caído.

—¿Vienes? —llamó desde la oscuridad, ahora más ominosa sin la luz del coche. Saltó el tronco con la agilidad de un ciervo y se adelantó hacia el otro lado.

Reuní valor y lo seguí.

La decisión estaba tomada: proseguiríamos a pie. Aceleramos el paso, conscientes del tiempo perdido sin el Cortina. Scott siempre iba delante, marcando el ritmo, infatigable y rápido ahora que ya estaba decidido. Nos desplazábamos como espectros sobre el suelo enlodado, el viento nos golpeaba el rostro, y la lluvia nos azotaba como agujas afiladas. La luna, en su esplendor, parecía espiarnos en nuestra arriesgada travesía, asomando entre nubes oscuras y espesas.

Hablábamos poco, y cuando lo hacíamos, era para darnos aliento o advertirnos de algún nuevo peligro en nuestra ruta.

Mis dientes castañeteaban y mis piernas flaqueaban. Y yo no era el único en sufrir. Aunque el orgullo impedía a Scott pronunciar una sola palabra de queja, habían aparecido en su rostro los surcos cenicientos de la fatiga.

El sonido de nuestras pisadas en el barro se perdía en la inmensidad de la noche que nos envolvía.

Pero el palpitar de mi corazón era feroz, con una avalancha de adrenalina inyectándose en mis venas.

Sin embargo, el subidón de euforia fue efímero ante la ardua travesía que se desplegaba bajo una noche implacable. El terreno ahora se transformaba en la ribera de un lago diminuto, a la sombra de colinas pedregosas. El camino se hacía cuesta arriba, y avanzábamos más lentamente, pues las huellas que seguíamos se difuminaban en la penumbra. Subíamos por pendientes sombrías, que se recortaban contra la oscuridad del cielo. Para engañar a la mente y no caer en la desesperación, me aferraba al recuerdo de aquel colgante que alguien había dejado para nosotros en la gasolinera. Se me venía a la cabeza una y otra vez: su óvalo de resina encerrado en una intrincada red de mimbre, un laberinto de hilos entrelazados alrededor de la piedra preciosa como ideas entrecruzándose en la

mente de una generación atrevida. La placa metálica que pendía de él decía «Libertad», una declaración que resonaba con los espíritus jóvenes de la época.

La peculiaridad de aquel colgante radicaba en su increíble similitud con aquel que Megan llevaba puesto en las fotografías, aunque más desconcertante aún era el mensaje que había adherido a él:

Para Neil:

Granja Harker

Dispenza

Aunque apenas había vuelto a pensar en ello durante todos aquellos años, esa noche, perdido en la maraña del bosque, la memoria de aquel entonces regresó con fuerza.

Fue una tarde tórrida, el día más caluroso de ese verano en Nueva York, según los climatólogos. Megan, Clay y yo salíamos del cine y nos dirigimos al Rivendel, ese pub de varios pisos y fachada envejecida cuyo ambiente estaba cargado con el ahumado aroma del tabaco mezclado con el distintivo perfume de la cerveza y el whisky. Las paredes desgastadas por el tiempo estaban cubiertas por una colección de dianas, carteles de bandas icónicas y eventos legendarios, una crónica visual de los momentos que hicieron temblar los cimientos de la cultura musical y contracultural. El bar se extendía a lo largo del espacio principal. La madera, gastada por innumerables codos y las manchas de líquidos derramados, narraba historias de incontables noches de diversión y desenfreno. Por el mostrador circulaban legiones de camareros con bandejas llenas de pintas de cerveza y carne rebozada que iban y venían de las mesas, y tras él, un barman con un pañuelo anudado al cuello se movía con destreza, vertiendo tragos y compartiendo sonrisas cómplices con los clientes habituales.

Solíamos ser dos, Clay y yo, hasta que Megan se nos unió aquel día. ¿Podía haber algo menos emocionante para una universitaria que salir con su hermano mayor y su mejor amigo, absortos en nuestras diatribas sobre finanzas? Por no mencionar lo triste que era para dos aspirantes a corredores de bolsa de Wall Street, que los vieran en compañía de una jovencita con ortodoncia y que rezumaba inocencia por todos los poros de su piel. Pero, esa semana vacacional, Megan se había quedado sin planes, todas sus amigas estaban fuera. Anhelante del bullicio urbano tras meses en Harvard, estaba ansiosa por salir de casa. Me suplicó y no fui capaz de negarme, pero había que hablar con mi padre. Nuestra madre no estaba en casa, esa fue la gran suerte de Megan, ya que ella era la que siempre se mostraba más dura en las negociaciones filio parentales. Mi padre, por contra, siempre fue incapaz de negarse a una mirada suplicante de sus hijos, especialmente a las de Megan. Finalmente cedió «No la pierdas de

vista y que vuestra madre no se entere», fueron las condiciones.

Nos acomodamos alrededor de una mesa y, apenas habíamos solicitado la cena acompañada de una segunda ronda de cervezas (sin alcohol para mi hermana, no era cuestión de tentar a la suerte), sentí la urgencia natural en mi vejiga. Me excusé y fui al aseo.

Nada más entrar, a través del reflejo del espejo, divisé a Matt Dispenza aclarándose las manos.

Dispenza era el mejor amigo de mi padre. Y también el novio de mi madre tras el asesinato de mi padre.

Sin comentarios.

Él no me vio. No soy partidario de socializar en los servicios, así que me encerré en un cubículo a hacer mis cosas, decidido a buscarlo y saludarlo cuando regresara al salón.

Lo encontré en la planta superior, apartado en un rincón junto a las mesas de billar desgastadas. El bullicio de la risa y la música en vivo tejían una atmósfera vibrante, creando una sinfonía caótica de vida nocturna. Los murmullos, en una mezcla de acentos y jergas, daban testimonio de los habituales y los viajeros que se cruzaban en ese santuario musical. Matt estaba degustando un vino tinto, mientras su acompañante se inclinaba por el blanco.

Observé la escena con una sonrisa burlona. «Vaya con Matt, qué truhan estás hecho». Por lo que se veía, las aficiones de Matt Dispenza no eran tan estrictas y monacales como a él le gustaba hacer creer.

Como no quería estropearle la cita, me dispuse a darme la vuelta y volver a mi mesa, pero algo me detuvo en el último instante. Desconcertado, me quedé un momento mirando. La compañera de Matt estaba oculta por un perchero, pero sí podía verle la mano que sujetaba la copa de vino. «Esa mano…» Era la de cualquier mujer de mediana edad. Sin embargo, la curiosidad me venció al reconocer unos anillos en la mano que sostenía la copa.

Con el corazón desbocado, me moví lo justo para tener una vista clara.

Y la vi. La revelación fue un golpe seco. Tardé unos segundos en procesarlo. Sentí que se me secaba la garganta.

«Estoy soñando —me dije—. Tiene que ser un sueño. ¿Qué si no?»

Presa del pánico ante la posibilidad de ser descubierto, me di la vuelta y salí corriendo. Invadido por una sensación de náusea y con la certeza de que las cosas nunca volverían a ser iguales, bajé a trompicones la escalera de caracol, apoyándome en la barandilla para no caer. Atravesé la sala principal y regresé a mi mesa con una excusa apresurada para marcharnos inmediatamente.

Mi única obsesión era evitar que Megan, mi preciosa y vulnerable hermana, se cruzara con nuestra madre yendo de la mano con el mejor amigo de nuestro padre.

Ahora, después de tantos años, el nombre de Matt volvía a cruzarse en mi camino en el peor momento de mi vida.

«Por otra parte, Megan nunca se enteró de aquello…»

¿O sí?

¿Qué significado podía tener aquel mensaje junto a su colgante?

¿Estaba Megan dejándome pistas para encontrarla, de una forma que solo yo pudiera descifrar el mensaje?

—¿Quién ha dejado el sobre a nuestro nombre? —le había preguntado a Scott después de que me hablara del colgante.

—El empleado no quiso revelarlo —me contestó—. Era musulmán, se llamaba Sharif.

—¿Eso es una insinuación?

—Es constatar el hecho irrefutable de que comparte etnia con Califa.

—¿Piensas que él nos ha dejado el sobre? —sentí un escalofrío nada más decirlo.

—No necesariamente —dijo con frialdad—. Pero nunca se sabe.

Lo que sí estaba claro es que, quien escribió ese mensaje, lo depositó en esa estación de servicio con la intención de que yo lo encontrara. Granja Harker. ¿Me estaría esperando Megan allí? ¿Se trataba de una emboscada de Califa para atraernos hacia él? ¿Estaba Matt Dispenza involucrado en esto? Y en tal caso, ¿corría mi madre peligro?

Eran nuevas preguntas a responder, nuevas piezas de un rompecabezas que empezaba a antojarse interminable.

—¡Neil! —susurró Scott con tono urgente—. ¡Para! ¡Para!

Emergiendo de las profundidades de la memoria, me detuve en seco. Scott se había escondido tras un arbusto y aguardaba en silencio.

Habíamos dejado el lago atrás y ya no llovía.

—¿Qué sucede? —pregunté, apostado junto a Scott tras el arbusto, alineando mi mirada con la suya.

Apuntó hacia la explanada que se abría en nuestro camino.

Percibí un destello en la lejanía, un fulgor lunar sobre superficie metálica.

Se me heló la sangre. A unos metros, la explanada estaba ocupada por un vehículo de lujo de la marca Mercedes, aparcado con los faros apagados. Lo último que esperarías encontrar en medio de un bosque.

«Los hemos encontrado.»

Scott sonrió, rebosante de sed de venganza.

—Supongo que aquí termina la persecución —dijo.

6

A pocos kilómetros de allí en dirección sur, el inspector jefe Bruce Van Horn tamborileaba sus dedos en el volante mientras esperaba, contemplando la recta de doble carril. «Aislada. Oscura. Perfecta para una emboscada».

Van Horn observó a una docena de agentes que se habían distribuido a lo ancho de la carretera. Todos armados y la mayoría experimentados. La barricada que habían instalado estaba delimitada por los muros naturales que conformaban los altos pinos. Podían detener a cualquier vehículo y apresar a los secuestradores en cuestión de minutos. Esos canallas no podrían haber escogido una ruta mejor para que sus hombres realizaran un bloqueo por sorpresa.

El problema era que, según sus cálculos, llevaban demasiado tiempo esperando y allí no había aparecido nadie.

«Hace rato que deberían haber llegado», pensó con impaciencia, sin desviar la mirada de la carretera.

Recordó la llamada de esa mañana. ¿Habría sido un soplo falso? No, se reafirmó casi al instante, avergonzándose solo por pensarlo. Él no habría telefoneado de no estar seguro. ¿Una información errónea, tal vez? Esa era una posibilidad.

La tensión de la espera le resultaba exasperante. Desde la desaparición de Margot Lane en el ferry y su asignación al caso, el sueño había sido un lujo escaso. Habían sellado la capital, peinándola distrito por distrito, incrementando la vigilancia policial. Pasadas veinticuatro horas, el desánimo y la desesperanza empezaron a dominar a los agentes. «A estas alturas puede estar en cualquier parte», resonaba como mantra entre ellos, basándose en la regla no escrita de que, pasado un día completo, las posibilidades de hallar a una persona desaparecida se desploman al diez por ciento.

Para Van Horn, pamplinas. Con una carrera fulgurante en Scotland Yard hasta llegar a inspector jefe, no iba a dejar que un par de secuestradores arruinasen su trayectoria impecable.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Henry, su sargento, desde el asiento contiguo.

Van Horn lo escrutó de soslayo, conteniendo una mueca al ver el cinturón de seguridad ceñido sobre la voluminosa barriga de Henry. No le tenía especial estima. Si seguía con su afición por los dónuts,

pronto iba a tener que encargar uniformes más grandes. El inspector habría deseado que Glenn Miller llenara el ambiente del habitáculo con sus deliciosas trompetas, pero, más allá de la voz nasal de Henry y de sus propios pensamientos, allí reinaba el silencio.

No respondió. Su mirada se estrechó hacia el horizonte, siguiendo la pendiente que se alzaba y desvanecía tras el próximo declive.

—Esos canallas… —musitó al sentir una corazonada.

—¿Señor? —insistió el sargento.

Van Horn bajó la ventanilla y señaló a su colega de confianza en el coche adjunto para que hiciese lo mismo. Un aire gélido revoloteó su escaso cabello.

—Me adelantaré —anunció—. Vosotros quedaos aquí y esperad mis órdenes.

Impartidas las consignas, giró el contacto y reanudó marcha.

—Estate preparado —le dijo a Henry mientras encaraban la subida.

Este quitó el seguro de su fusil, señal de que había recibido la directriz.

A Van Horn, que rondaba los cuarenta, le parecía absurdamente joven para llevar un arma tan mortífera. «Cada vez los reclutan más jóvenes, casi como si los hubiesen arrancado de las tetas de su madre», solía decir en privado. Pero al chico no le faltaban agallas, eso debía admitirlo, e incluso en una ocasión había tenido el descaro de pedirle un ascenso. «Me caes bien, Henry —le había contestado él—, pero por ahora demuéstrame que puedes manejar un arma sin pegarte un tiro en el pie, y entonces hablaremos.»

La cuesta abajo terminaba en una curva cerrada, lo sabía bien porque por ahí habían venido. Lo que no habían visto al pasar, porque seguramente todavía no habían sido marcadas en la calzada, fueron las marcas de frenada en el asfalto.

Van Horn detuvo el coche en seco y salió del mismo.

—Son recientes —comentó mientras deslizaba la mano por la marca de neumático en el asfalto.

Las huellas eran dos rectas paralelas, indicio de un frenazo brusco. En esa sección, la carretera no tenía barreras de seguridad y, más allá del borde, un sendero natural se adentraba en el bosque.

«Se han desviado por aquí», concluyó.

Se volvió hacia el coche.

—¿Hay alguna ruta rápida al otro extremo del bosque? —preguntó a Henry.

—No, señor. La frontera oeste del bosque está delimitada por las vías del tren —respondió Henry con certeza.

Van Horn gruñó y le preguntó si estaba seguro de ello.

—Mi madre es de Manchester, señor. Conozco esta zona mejor que las calles de Londres.

Con un gesto hacia el sendero, Van Horn sintió el impulso primario de la persecución, comparable al que un tiburón siente al acorralar a su presa.

—Avisa al resto por radio —ordenó—. Que dos coches permanezcan en la barricada. El tercero nos acompañará a través del bosque. —Luego añadió, mordaz—: Es posible que por fin puedas demostrar que mereces llevar esa placa.

Minutos después, las botas de Bruce Van Horn encabezaban sobre el barro la incursión policial.

Margot Lane por fin iba a ser salvada.

7

Ocultos tras una roca, a escasa distancia del Mercedes, Scott y yo tramábamos como aves de rapiña nocturnas, esperando el momento de dar caza, mientras la humedad del rocío calaba nuestros huesos hasta el tuétano.

—¿Piensas que son ellos? —pregunté. Con el menor susurro, el expolicía se giró hacia el automóvil, como si temiese que nuestras voces se infiltraran por los resquicios de su armazón.

—¿Quién, si no? —siseó en respuesta, su voz apenas más alta que el susurro de los árboles.

Entorné los ojos, forzando mi vista en la oscuridad. A esa distancia, con la noche cerrada abrazando todo, incluso los números de la matrícula eran difíciles de distinguir. Observé el vehículo negro, una silueta soberbia e imponente, estética presidencial del Gobierno de los Estados Unidos, cristales tintados y neumáticos gruesos. Daba la sensación de que, ante el más leve crujido o susurro, la bestia despertaría, sus faros se encenderían y su motor rompería el silencio, como un dragón de las leyendas interrumpido en su descanso. Un escalofrío me recorrió. Mi mente se deslizó hacia los últimos instantes de la hermana Rachel, preguntándome si ella habría sentido un presagio similar al enfrentarse a su final. Cuando esa máquina de acero se detuvo ante su hostal, ¿habría intuido el peligro que se cernía sobre ella? ¿Qué habría cruzado por su mente en aquellos últimos momentos? ¿Llegó a ser consciente de peligro que corría al cuidar de Margot?

La visión revolvió mis entrañas. Incapaz de soportar el sentimiento de culpa, cerré los ojos con fuerza, sacudí la cabeza y me centré en el presente.

—¿Puedes ver a la niña a través de los cristales? —pregunté.

Scott negó con gesto tenue.

—Con esas lunas tintadas, es imposible saberlo —contestó con un matiz de indiferencia—. Pero las huellas nos han traído hasta aquí, desde el zapato de Margot hasta el árbol caído que obstruye el camino. Y ahora, este coche abandonado. ¿Te has fijado en la abolladura de la parte trasera? —Me fijé y era cierto, el vehículo parecía haberse empotrado contra una superficie tan dura como él—. Ahora ya sabemos cómo derribaron el árbol. Por otro lado, ¿quién

deja un lujoso Mercedes en las profundidades del bosque? No puede ser otro que Milton y Venus. Y si así es, Margot está ahí dentro.

Su comentario pintó la imagen de Margot, acurrucada quizás en el maletero o los asientos traseros, invadida por el terror. Me prometí que si la salvábamos, jamás la dejaría sola de nuevo, y mi mente divagó hacia Emily. En una especie de collage mental, imaginé a Margot y Emily juntas. ¿Cómo se habrían llevado? ¿Habría Emily acogido a Margot como si fuese su propia hija?

Esa visión familiar provocó un atisbo de calor en mi pecho. Habíamos hablado de tener hijos, cuando todo iba bien y la vida era un lugar donde disfrutar de los pequeños placeres, como descorchar un vino, poner un disco de Duke Ellington y soñar con tu pareja hablando sobre el futuro. Era un tema que agobiaba a Emily, con una hermana incapaz de concebir. ¿Y si era genético? Exploramos otras opciones, pero nada, Emily enseguida había desechado la idea de adoptar. Ella quería un hijo propio, carne de su carne, hueso de sus huesos.

Y así, atribuyéndole a mi exnovia versículos bíblicos que nunca había pronunciado, postergaba lo inevitable.

—¿Por qué piensas que se han parado aquí, a riesgo de ser descubiertos?

Scott hizo una mueca que se me antojó despreciativa. Mis preguntas lo estaban importunando, como si estuviera concentrado en aunar el coraje necesario y mi presencia fuera esa mosca insistente en un momento de lucidez.

—Habrán tenido un imprevisto —respondió con frialdad.

Titubeé antes de plantear mi siguiente pregunta, pero al final me atreví:

—¿Cómo la sacaremos de ahí?

Scott recogió el bate de béisbol con determinación, hasta ese momento tirado a su lado, entre la hojarasca. Nuestras miradas se entrecruzaron. No me agradó lo que vi reflejado en sus ojos, y se lo hice saber.

—No me gusta esa mirada.

—Es la única que tengo —dijo secamente.

—Christian.

Resopló con un deje de exasperación.

—¿Qué pasa?

—Antes has dicho que matarías a Milton cuando lo encontráramos —le recordé, con una breve mirada hacia el bate antes de volver a su cara.

—Sí, lo he dicho.

—Es probable que ese momento haya llegado.

Esta vez solo asintió.

—Mira, sé que fuiste policía y que estás entrenado para situaciones extremas, pero ¿has pensado en las consecuencias? Un simple gesto… —Mi voz se quebró, mis labios temblando al liberar el aliento, no por el frío, sino por el miedo. Quería rescatar a Margot, sí, pero, ahora que estábamos tan cerca, la idea de un enfrentamiento a vida o muerte me aterraba—. Mierda, si lo matas, él nunca… jamás volverá a respirar.

—Matar a un hombre es duro —admitió en gélida actitud, pero no pudo evitar que su voz flaqueara de manera casi imperceptible al añadir—: Le arrebatas todo lo que es y todo lo que podría haber sido. Destruyes vidas, familias enteras. Futuros de gente inocente arrojados por el desagüe.

Sus palabras confirmaron mi punto de vista, y sin embargo, sabía que mis argumentos serían insuficientes para disuadirle.

El coro de grillos pareció disminuir su canción, como si estuvieran sintonizando nuestra conversación.

Tragué saliva.

—¿De verdad serás capaz de matar a tu jefe, a tu amigo? —desafié su resolución.

—Él me disparó primero cuando decidió traicionarme. Milton ya no es mi amigo. Él se lo buscó cuando decidió robarle la vida a Jessica.

Después, con el bate aferrado con fuerza, dijo algo sobre Margot y las prioridades, y que no debíamos mirar atrás. Se puso en pie y se dirigió hacia el coche con cautela

—Todos nos lo hemos buscado —murmuré cuando me hube asegurado de que no podía oírme. Reuniendo valor, lo seguí.

8

En algún lugar de Inglaterra, 2 días antes

Rose Burke despertó en mitad de la noche con la sensación de estar siendo engullida por el mar. Había tenido un sueño tan vívido que casi había viajado en el tiempo.

Más que un sueño, fue un recuerdo.

Rose estaba pagando al taxista antes de recoger su maleta y cruzar la calle. Al otro lado, la comisaría. Mientras cruzaba, fue repitiendo mentalmente lo que tenía pensado declarar en la denuncia. No quería olvidarse de nada y por eso había estado todo el trayecto en el taxi memorizando los puntos importantes. Aun así, no pudo evitar notar lo inusualmente desértica que se encontraba la calle, algo poco común para el bullicio londinense.

Y fue lo último que llegó a pensar en su antigua vida.

El ataque vino por detrás, la pilló tan desprevenida que no llegó a gritar. Si tan solo hubiera podido pedir ayuda una vez, pensaba ahora, teniendo la comisaría a tan pocos metros.

Recordaba haber sido empujada al interior de un coche y poco más. Alguien cerró la puerta desde fuera y después una mano que giraba el contacto. Finalmente solo oyó sonidos cada vez más lejanos y vio que la vida al otro lado del cristal daba vueltas. Y después todo se volvió oscuro.

El suelo, de cemento, estaba helado. Al incorporarse, un mareo y un latido doloroso en la cabeza la asaltaron, reminiscencia del golpe recibido antes al caer. Sentada, se esforzó por adaptarse a la oscuridad. Y entonces su mente empezó a jugarle malas pasadas. Eran tantas las cosas terribles que se oían y se leían… Sobre mujeres que desaparecían y eran encontradas semanas después, violadas, asesinadas, torturadas.

Lo primero que hizo fue rastrear su prisión, palpando las paredes frías en la oscuridad. En una de ellas estaba la pesada puerta de metal, pero nada más. El resto, una gélida caja de zapatos de unos ocho metros cuadrados de superficie sin salida aparente.

Se puso a pensar en lo que la había llevado allí. Todo en su vida había sido un ejemplo de orden y mesura. En opinión de muchos, tal vez demasiado. Rose Burke era lo que se conocía como la típica

aburrida a quien pedir los apuntes de clase. Hasta que una llamada telefónica, relacionada con un proyecto de fin de carrera, la había sumergido en un mundo oscuro y peligroso. El fallo descubierto en el Atlas Center la había enredado en una batalla entre Mulligan, el arquitecto implicado, y el poderoso Grupo Atlas. Mulligan y su socio, Kevin Price, habían pagado con sus vidas, y la hija del constructor, que había sido entregada a una familia londinense, fue secuestrada durante una excursión en ferri por el Támesis. Entonces Burke, estúpida adalid de las causas perdidas y única custodia viva del secreto que se escondía tras el tatuaje que la niña llevaba grabado en su brazo, tuvo que viajar a Londres para impartir justicia. ¿Acaso alguien la había nombrado Wonder Woman?

De lo que había sucedido una vez hubo pisado tierras inglesas, Rose solo recordaba el taxi, el vehículo blanco con forma y nombre de escarabajo y la violencia de su secuestro. A partir de ahí, la más inmensa oscuridad.

Atrapada en su celda, Rose especulaba sobre sus posibilidades. Estableció las primeras conexiones. Aquel que la había encerrado tenía que ser la misma persona, o al menos pertenecer a la misma banda que había secuestrado a Margot Lane y matado a Mulligan y Price ¿Harían lo mismo con ella? ¿Era ese su triste destino?

El temor a lo que pudiera ocurrirle la embargaba, pero también surgía en ella una chispa de esperanza. Concluyó que, si su captor hubiera querido matarla, ya lo habría hecho. Tal vez el cabrón de fuera solo quería impedir que denunciara lo que sabía a la policía. Era una hipótesis desalentadora, ya que significaba que nunca la dejarían salir. Quizás ni siquiera había nadie al otro lado de la puerta metálica.

Pasado un rato, empezó a golpear la puerta fuertemente con su zapato. No cedió. Con cada golpe, su esperanza de ser rescatada o liberada se disipaba un poco. Se convenció de que estaría allí hasta que la sed o el hambre la consumieran por completo. Intentó apaciguar su mente con pensamientos positivos, resistiendo el abismo de la locura y que le permitieran aguantar hasta que, con un poco de suerte, ese cabrón entrara a hidratarla o alimentarla.

Pero podía no ser así. Tal vez la habían abandonado allí para siempre, escondida hasta que muriera. Y nadie sabía dónde estaba, ni ella misma lo sabía. Podía estar literalmente en cualquier parte del mundo. En Londres, en algún punto de Inglaterra, o en cualquier sitio. Quizás estuviera más lejos aún.

«No mucha gente me echará de menos», pensó, abatida. Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de distraer el llanto sin conseguirlo. ¿De modo que eso era todo? ¿Así era como terminaba su vida? ¿Sin hijos, familia, sin haber podido cumplir muchos objetivos con los que había soñado?

Tras un tiempo que no supo determinar, el cuerpo abotargado, sintió ganas de orinar. Se levantó y caminó hasta la pared opuesta, donde se bajó los pantalones, se puso de cuclillas y lo hizo. Se preocupó de recordarse dónde lo había hecho para no llenar toda la estancia de orín.

Sin embargo, no le iba a ser necesario.

Poco después, cuando ya casi se entregaba a la demencia, la puerta produjo un sonido metálico y un haz de luz cortó la penumbra.

Una silueta masculina emergió frente a ella.

9

60 kilómetros al sur de Escocia, 25 de diciembre de 1984

Visto desde cerca, el Mercedes era como una cripta silente. Tres almas supuestamente yacían en su interior, y sin embargo, un sepulcral silencio se aferraba al lugar, una pausa lúgubre, como si el mundo, expectante, hubiera decidido contener el aliento.

Un pensamiento absurdo y alarmante, provocado solo por una imaginación rendida al miedo, cruzó mi mente: ¿Estarían muertos?

«No seas estúpido, Neil».

Scott había rodeado el vehículo por el costado izquierdo y ahora me hacía señas desde el lado del acompañante. Un pulgar en alto. ¿Qué intentaba decirme? ¿Que Margot estaba ahí dentro? ¿Que se encontraba con vida? ¿Que tenía un maldito plan?

Vi cómo colocaba el bate dentro de su cinturón y acercaba su rostro a la luna delantera, sin tintar, utilizando las manos a modo de visor improvisado.

Seguí su ejemplo y lo imité, manteniéndome alerta y preparado para escapar ante cualquier eventualidad. Mi cuerpo entero estaba alerta, resonando con la certeza de que aquel interior albergaba un alto cargo de la ley y una asesina armada.

Desde nuestra fuga de la guarida de Califa, había pensado en mi encuentro con Venus. Aquella joven provocaba miedo, pero lo cierto era que había sido amable conmigo. Sin mencionar que, si no fuera por su intervención, para entonces yo estaría criando larvas con un plomo de Joe Caruso en mi cabeza.

Ella era una asesina, y nosotros estábamos en bandos opuestos, nada más.

Y ahora, el enfrentamiento era inminente.

El cristal estaba frío al contacto con mi frente. La transparencia se mostraba como un velo casi opaco, dificultoso para distinguir detalles, pero mis ojos poco a poco se adaptaron a la penumbra, delineando figuras difusas y contornos conocidos:

Recostada en los asientos traseros, cabeza caída a un lado, reconocí a Venus. Llevaba pantalones y un abrigo largo, ambos oscuros. Inmóvil. A su lado, recogida en un rincón, yacía Margot. «Mi preciosa, ¡qué alegría verte!» ¡Y estaba viva! Acurrucada entre los brazos de

Venus, se mecía al compás del silencio de la noche boscosa.

En el asiento del conductor, durmiendo, boca abierta, estaba Milton. Su mano, con un pesado anillo de plata engalanando su dedo anular, caía cerca de la palanca de cambios. Aparté rápidamente la cabeza del cristal, temiendo que se despertara en ese momento preciso y me viera espiando. Pero agucé el oído: ronquidos profundos, emergiendo desde el frente del coche, llenando el habitáculo. Si había osos rondando, debían de estar sintiendo el eco.

Desde la puerta trasera izquierda, Scott hacía señas de nuevo. Juntaba en el aire sus dedos índice y pulgar, dejando un espacio entre ellos. Leí sus labios en el silencio.

¡La ventanilla!

Me acerqué y me fijé en el cristal de ese lado.

Por poco grité *¡Eureka!*.

Tenía sentido. Para prevenir la asfixia, los secuestradores habían dejado una abertura en la ventana trasera. Pero la noche era helada. Pronto, más temprano que tarde, tendrían que despertar. Era imperativo actuar con rapidez. Scott me observaba, preguntándose si yo había alcanzado la misma conclusión. Así era.

El plan era sencillo: él introduciría su mano a través de la apertura y maniobraría para desbloquear el pestillo de seguridad desde dentro. A partir de ahí, el coche estaría accesible. Despertar a Venus era inevitable, ubicada tan cerca de esa entrada. Yo contaba con un instante para abrir la otra puerta, rescatar a Margot y huir a la velocidad del rayo. Lo que seguía era lo más difícil: desvanecerme en la noche sin recibir un disparo. Confiaba en que las sombras del bosque me ayudaran.

Busqué a Scott con las pupilas y asentí, gesto lento, labios sellados.

Estoy listo.

Él inhaló con profundidad y cerró los ojos, concentrado, antes de introducir su brazo en la rendija.

Ya estaba dentro.

La posibilidad del caos pendía de un hilo. El destino de Margot, y el nuestro, se decidiría en los segundos venideros.

Actuando a ciegas, procediendo con solo el sentido del tacto, Scott subió el pestillo, que cedió con un *clac* mecánico.

En un gesto involuntario, contuve el aliento.

El coche estaba desbloqueado. Ahora, me tocaba actuar. Aunque no pude evitar observar a Venus, asegurándome de que continuaba dormida.

Todo permanecía en calma dentro del Mercedes.

Conté hasta tres antes de tirar de la palanca de mi puerta. Otro gemido mecánico y el acceso se abrió. Scott hizo lo propio en su lado. Dos puertas abiertas simultáneamente, ofreciendo un alivio inmediato

y una brisa templada que salía de dentro.

En el asiento delantero, la mano de Milton se movió. Un ronquido aún más grave brotó de su garganta, oscilando entre la realidad y el sueño. Nos quedamos petrificados, esperando un posible despertar, conectados en una comprensión implícita: *Se acabó*.

Pero, en una muestra de fortuna, el superintendente se reacomodó y su respiración volvió a una regularidad engañosa.

Con máximo sigilo, abrí la puerta para acceder. La niña estaba a escasos centímetros de mí. Como el inicio de esta epopeya, ella despertaría en mis brazos de nuevo.

La historia se repetía.

Inhalé profundo, llenando mis pulmones de aire antes de intentar levantarla. Pero aún debíamos superar un último obstáculo: para sacar a Margot del coche, teníamos que liberarla del abrazo de Venus.

Con un gesto desesperado supliqué ayuda a Scott, que ya se había puesto en acción. Con un temple de acero, se inclinó sobre los asientos, evitando por poco el contacto con la asesina, y con una precisión quirúrgica, extendió su brazo hacia la muñeca de esta. Era un momento crítico; una fuerte exhalación, cualquier respiro desmedido, una simple gota de sudor traicionera deslizándose podría desencadenar nuestro fin.

Cuando muy lentamente apartó el primer brazo, Venus emitió un leve quejido, pero no se despertó.

Entonces, tres sucesos confluyeron en un destello fugaz, quizás tres latidos:

Primero, Scott consiguió mover los dos brazos de Venus, dejándome libre acceso hacia Margot, sin aparentemente perturbar el sueño de ambas. Volver a sentir el cuerpo de la niña contra el mío fue como volver a nacer.

Segundo, después de solventar la confusión del pie y el cinturón, el exagente hizo algo inesperado. No se retiró; se quedó flotando por encima de Venus, suspendiendo el aliento y la distancia. Apenas unos centímetros los separaban. Inexplicablemente, no tomó la vía de escape que tenía a su disposición. ¿Qué le retenía allí? ¿Por qué no se esfumaba?

Y tercero, el detonante de la tempestad que se avecinaba: cuan depredador que ha visto su sueño perturbado, Venus abrió los ojos de golpe, revelando dos iris azul profundo con las pupilas dilatadas y listas para el combate.

El silencio súbito sustituyó a los ronquidos delanteros. Luego, un grito desgarrador rompió la tensa calma del Mercedes:

—¡VENUS! —rugió Milton, justo cuando mi compañero me atravesaba con la mirada: «*¡CORRE, NEIL!*»

10

El persistente y monótono sonido de la lluvia, cayendo desde las hojas de los árboles sobre el techo del Mercedes, se había convertido en la melodía de fondo para el momento crítico que se aproximaba. Los ronquidos de Milton, surgiendo del asiento delantero con una tonalidad casi maquiavélica, exacerbaban la tensión de Christian hasta un punto insoportable.

«Listo, Neil, ya tienes a la niña», se dijo Christian en voz baja, después de haberla liberado de los brazos de Venus con precisión asombrosa. «Ahora, vámonos».

Sin embargo, una tentación inesperada lo indujo a ignorar sus propias instrucciones mentales. Su mirada se desviaba una y otra vez hacia el asiento del conductor. Nunca tendría una mejor oportunidad. Solo tendría que estirar su brazo, arrebatar la pistola de servicio que reposaba sobre el regazo del superintendente y dispararle en la cabeza.

¿Tendría entonces tiempo para un segundo disparo?

Su mirada cayó. Venus estaba tendida, adormilada, a escasos centímetros debajo de él. En ese estado de somnolencia, la figura de la asesina parecía menos temible, más expuesta. Christian sintió una punzada de culpa; sus instintos policiales se rebelaban contra la contemplación de su vulnerabilidad, pero había algo que lo retenía de apartar la vista. Sus pensamientos retrocedieron a la tarde en que la vio por primera vez, en la barra de aquel desolado bar de carretera, antes de conocer la verdadera identidad de Venus. Christian había bloqueado ese recuerdo, permitiéndose considerarlo solo fugazmente durante su cautiverio en la cabaña de Califa. «Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra», pensó en silencio.

Sus ojos, al abrirse, lo cegaron como la luz de un faro en la oscuridad y cortó su respiración.

—¡VENUS! —gritaba Milton al volante.

El viaje interno de Christian se volatilizó como una ilusoria pompa de jabón. Era Milton. ¡Los dos se habían despertado!

La rapidez con la que actuó desafió cualquier lógica natural. Antes de que el superintendente pudiese siquiera tocar su pistola, Christian ya lo tenía sujeto por la nuca, estampando su cabeza contra el volante con una explosión de ira contenida. Todo transcurrió en un abrir y

cerrar de ojos: la mirada apremiante de Christian a Neil, Milton cayendo inconsciente y Venus blandiendo un cuchillo, todo en menos de dos segundos. Venus, cual serpiente acechante, se retorció bajo el peso de Christian, y la hoja de su cuchillo se lanzó en un gesto mortal hacia su garganta. El expolicía, con una demostración de reflejos asombrosa, interceptó el ataque justo a tiempo con sus manos en un desesperado acto de defensa.

Un latido, solo un latido más, y la tapicería trasera podría haberse teñido de escarlata.

Venus y Christian, atrapados en una mirada tensa, mezclaron sus respiraciones en una lucha muda, que solo era rota por el sonido de otra gota cayendo sobre la carrocería del coche.

11

Venus quedó petrificada. La figura de Christian Scott parecía haber emergido de las sombras. Debía de haber accedido por la abertura de la ventanilla, aunque cómo había conseguido rastrearlos hasta aquel escondrijo, era todo un misterio.

No debieron parar. Detenerse en plena huida había sido una irresponsabilidad, una fisura en el plan que les estaba costando caro. Pero, ¿cómo habrían circulado por el bosque sin luces? Las excusas eran simples en retrospectiva.

Ella estaba convencida de que derribar el árbol para obstruir la ruta detendría a sus perseguidores. Cuatro tiros certeros debilitaron el viejo pino, listo para que un par de embestidas con el Mercedes le propiciaran la estocada final. El árbol cayó con estrépito, rebanando el aire con un rugido. Había sido una experiencia gratificante, y una nueva muestra de que Milton la necesitaba más que ella a él. Si Califa supiera…

Sin embargo, pese a que el abrupto desvío en el bosque y el bloqueo del camino habían sembrado confusión y retrasado a la policía, no habían sido suficientes para impedir el avance de los dos hombres que ahora la confrontaban.

Scott y Anderson.

Dos figuras que habían eludido su trampa.

Quizás había subestimado la habilidad de esos hombres, que se mostraban más perspicaces y resistentes de lo previsto.

Estaba tan impresionada como avergonzada por su torpeza. El grito de Milton fue la palanca que puso en marcha su maquinaria. En el lapso de un parpadeo, su cerebro registró el cuerpo de Scott sobre ella y el aire frío filtrándose por la puerta abierta (¡la niña!). Activado su modo interno de emergencia, el instinto de supervivencia la impulsó a llevarse la mano a la bota, donde guardaba el cuchillo. Al mismo tiempo, Scott había noqueado a Milton con un impacto violento contra el volante. Todo esto en un segundo, en el que el tiempo parecía haberse comprimido.

No obstante, debió haber detectado la aproximación de esos hombres mucho antes. «Siempre alerta, Venus, como en los bajos fondos de Chicago». Su falta de rigor era imperdonable en este juego letal.

Tenía que recuperar su ventaja de inmediato.

Agarró el cuchillo con decisión y lo presionó contra la garganta de Scott, ejerciendo la suficiente presión para dejar una marca en la piel. Las manos de él, más musculosas pero con un radio de acción limitado, trataban de contener el avance del filo, pero sus esfuerzos parecían fútiles ante la determinación de Venus.

Un pulso a vida o muerte, duelo de voluntades y fuerzas, se estaba librando en los asientos traseros del Mercedes, y mientras tanto, la cría ya debía de estar perdida en el bosque.

La posibilidad de la derrota inyectó en Venus un ímpetu renovado.

La asesina sintió palpitar el corazón en sus sienes. El cuerpo le temblaba como si tuviera fiebre. A pesar de la noche fría y húmeda, el calor del cuerpo de Scott traspasaba su ropa. Olió el sudor empalagoso y repulsivo, masculino, que envolvía al expolicía como una aureola.

La idea le causaba rechazo, por lo que, concentrando toda la fuerza que pudo en los brazos, ejerció más fuerza hasta sentir la presión del cuello de ese hombre. Un hilo de sangre resbaló por el cuello del expolicía.

«Un último empuje», se instó, luchando con todas sus fuerzas.

Algo empezó a ir mal. Sus brazos seguían aplicando una fuerza inhumana, y sin embargo ya no sentía resistencia en el cuello de su oponente. ¡Estaba retrocediendo! A escasos centímetros de ella, casi rozándola, el semblante de Christian Scott estaba contraído, sus dientes apretados, su respiración feroz.

Y sus pupilas, como dos estrellas centelleantes, clavadas en las suyas.

Por alguna razón, no pudo moverse. La mirada del expolicía la tenía atenazada, como atrapada en una telaraña, y se preguntó con desasosiego si no la habría sumido en un hechizo.

Justo cuando sus manos retrocedieron hasta la tela del asiento, consumando su derrota, Venus, que tenía la boca de Scott a su alcance, le mordió en los labios. Al liberarse, todavía con sus muñecas en su poder, Scott la miró atónito y, aunque Venus no habría puesto la mano en el fuego por ello, le pareció verlo sonreír. La mirada de él recorrió sus ojos, sus labios y luego se elevó nuevamente.

No lo vio venir. La boca de ese hombre, labio inferior teñido de rojo, se abalanzó contra su rostro y Venus se vio víctima de un violento beso con el sabor metálico de la sangre. Aunque mantenía el cuchillo en la mano inmovilizada, su cuerpo cedió al impulso del momento, olvidándose de todo lo demás.

Otro latido, otro segundo.

Esta vez para recomponerse y contraatacar.

Herida en su orgullo, Venus doblegó a su oponente con un fuerte rodillazo donde más duele y, aprovechando el segundo de tregua, se

incorporó.

El silencio de la noche los envolvió al salir del coche, cada uno por un lado.

Milton permanecía inconsciente. Las hojas muertas del bosque revelaban chivatas la dirección en la que Anderson escapaba con Margot.

Con la calma restaurada, Venus despreció a Scott con una mirada cargada de desdén:

—Has cometido tu último error.

Se pasó la manga del abrigo por los labios y advirtió que aún tenían la sangre de él. Escupió al suelo.

El expolicía esbozó una sonrisa ambigua, cálida y oscura a un tiempo, como si sellara sus secretos. Aquella mueca encolerizó a Venus, quien buscó su pistola en la cintura, solo para sentir cómo su corazón se detenía brevemente.

«¿Dónde…?»

—¿Buscas esto? —dijo él, mostrando la pistola con sarcasmo.

«¡No puedo creerlo!», se recriminó ella. «¿Me la habrá arrebatado mientras me besaba?»

Dos fogonazos sesgaron la noche como las hojas de una guadaña afilada. Venus abrió los ojos y exhaló un suspiro cargado de alivio al constatar que seguía de una pieza. Entonces oyó el silbido agudo del aire escapando de los neumáticos. El coche se hundió con un gemido sobre las ruedas dañadas; la carrocería se inclinó hasta que el parachoques lateral se encontró con el suelo.

¡Ese malnacido!

Venus fulminó a Scott con la mirada mientras el expolicía circundaba el vehículo con el arma en alto. Pero fue un vistazo fugaz, interrumpido por lo que siguió. Y es que ahora la pistola apuntaba directamente a su pecho. Entonces, en el espacio entre el latido y la muerte potencial, sufrió una suerte de metamorfosis. Toda la ira se desvaneció. El dolor, la ansiedad y todos los demonios que la habían estado acompañando desde que era una niña y el señor Miller se colaba bajo sus sábanas, se volatilizaron en una fracción de segundo, dejando solo un abismo de vacío.

Sutiles gruñidos apenas audibles surgieron desde el interior del Mercedes. El impacto del coche, o quizás los estruendos de los disparos, habían devuelto a la conciencia a Milton, que se removió desorientado en su asiento.

Al verlo, Scott dio un paso hacia el bosque, cerca del sendero que había tomado Anderson, y trazó un pequeño arco con el arma hasta que el cañón pasó de apuntarle a ella a apuntar al asiento del conductor. Su triunfante sonrisa se había distorsionado en una mueca de odio irracional.

Y entonces apretó el gatillo.

Venus se preparó para enfrentar la visión macabra de la luna delantera astillada por el impacto y la cabeza de Hunter Milton inclinada con un agujero en la sien. Pero lo que se desplegó frente a ella fue una escena inesperada. Espera… ¿había llegado a oírse el tercer disparo?

Evaluó a Scott, que miraba el arma con desconcierto palpable.

El regocijo bullía en el interior de Venus. ¡Pues claro, solo tenía que haber contado! Él no tenía manera de saberlo, pero ella sí.

—Únicamente tenía dos balas —anunció, saboreando la victoria.

La puerta del conductor se abrió de golpe. La bota de Milton aterrizó en el barro.

Entonces, Christian Scott, consciente de su desventaja —tanto en número como en armas—, lanzó la pistola entre los árboles y huyó.

El brazo de Milton se sumergió en el interior de su chaqueta, lo extendió armado sobre la carrocería y disparó.

El tronco de un árbol, situado justo en la línea que dividía la punta del cañón y la espalda de Scott, absorbió el impacto de la bala, levantando astillas que saltaron cerca de su cara. El expolicía ni siquiera miró atrás; se perdió en la oscuridad del bosque, saltando raíces y esquivando pinos.

Venus se lanzó tras él, como una sombra en persecución, decidida a terminar lo que había empezado.

12

Emergiendo de las profundidades del bosque, dos estruendos retumbaron como explosiones tras de mí y, al momento, relámpagos efímeros bailaron en el rabillo de mi ojo mientras me zambullía en la oscuridad con una mezcla de urgencia y precaución. Margot se apretaba contra mi pecho mientras avanzábamos. Los bucles dorados de su pelo se enredaban entre mis dedos, creando un vínculo físico en la vorágine de la persecución que se desataba a nuestro alrededor.

Mis pasos me llevaron más adentro en el bosque, apenas unos metros delante, cuando un tercer estallido estremeció el aire. Había oído disparos antes, ninguno agradable, pero esa noche retumbaban con la intensidad de cañonazos. El recuerdo de esos sonidos se grabó en mi piel como cicatrices mentales, e incluso a día de hoy, me producen escalofríos.

Un rápido juego de deducciones se desplegó en mi mente, formando una conclusión espeluznante: Venus y Milton iban armados, como lo demostraban las muertes del sacerdote y la hermana Rachel, mientras que Scott solo llevaba consigo un bate de béisbol. En ese instante, un sentimiento de duelo y compasión por mi amigo se apoderó de mí.

Contemplé por un instante el regreso. No, ni hablar. Habría sido como cavar mi propia tumba. No era momento de lamentos ni heroicidades. Ellos querían a Margot y, tras deshacerse de Scott, era evidente que irían a por mí. Era un momento para la acción inmediata; no había espacio para titubeos.

Las ramas rasgaban mi piel al correr y las hojas azotaban mi rostro hasta que tropecé con un bulto sólido y caí de cara. Al desplomarme, solté a Margot involuntariamente. El mentón me ardía en palpitaciones tras el fuerte impacto, pero mi única preocupación en aquel instante era la niña.

La negrura me envolvía. Mi corazón se desbocaba mientras mis manos tanteaban frenéticamente el suelo húmedo. Hojas secas, piedras y el barro se confundían bajo mis dedos, pero ninguno de esos era Margot. Cada segundo que pasaba, sentía los pasos de Milton y Venus acercándose como el ominoso avance de una guillotina invisible sobre mi cuello.

Mis labios susurraron el nombre de Margot en un acto cargado de

desesperación. Entonces, un roce en mi oreja, seguido de una caricia en mi frente. Una mano pequeña, delicada y cálida acompañada de la palabra más hermosa:

—Papi.

Un latido de alivio se apoderó de mí, impulsándome a ponerme en pie y seguir adelante. Pero la tranquilidad duró poco; escuchaba la respiración entrecortada de quien nos seguía a poca distancia.

Desde la penumbra surgió un susurro portador de un eco espectral:

—¡Neil!

La voz familiar resonó en mis oídos como si fuera de otro mundo. Mi respuesta fue inmediata, un grito ahogado:

—¡Christian!

A continuación, un intercambio de frases se forjó en la oscuridad, un entendimiento tácito entre almas en concordancia.

—¿Tienes a la niña? —preguntó.

—Sí —confirmé, mi voz tensa y rítmica—. ¿Y Milton y Venus?

—Me siguen de cerca —informó, entre una respiración agitada—. Nos dividiremos.

Sabía lo que Scott pretendía, una jugada arriesgada que no estaba dispuesto a permitir.

—No te dejaremos atrás, Christian.

—No me voy a ir a ningún jodido sitio —protestó jadeante, sus palabras mezclándose con el crujido de las hojas bajo sus pasos, cada vez más cercanas—. Os cubriré para confundirlos, ¿de acuerdo?

—Ten cuidado.

Se alejó, fusionándose con las sombras para despistar a nuestros perseguidores.

«Buena suerte, amigo».

Estreché a Margot contra mí y aceleré el paso. Los troncos y las ramas se erguían como sombras que emergían de la nada, figuras enigmáticas que parecían mantenernos prisioneros. ¿Dónde estaba la salida? ¿Hacia dónde nos dirigíamos? El mapa de Inglaterra se desplegaba a mis pies, y yo era una pulga, una mota de polvo errante en el centro de la isla sin destino fijo.

Las sombras comenzaron a tomar formas conocidas; los árboles se perfilaban con límites definidos, gracias a una luz titilante y artificial que perforaba la noche. Una luz en movimiento que capturaba mi atención.

Más allá de los árboles, el haz de un faro cortaba la oscuridad como un cometa escapando de la estratosfera, acompañado de su rítmico sonido mecánico. Ese ruido remoto en la calma nocturna me remontó a un recuerdo amargo: el salón de la casa de mis padres.

Al regresar de la ciudad la tarde que había visto a mamá intimando con Matt, había dejado a Clay fuera de la historia, y, por supuesto,

también Megan. Era de esas ocasiones en las que piensas que, si nadie habla de ello y se deja pasar, el problema acabará por resolverse solo.

Cuán equivocado estaba.

El traqueteo me trajo a la memoria, en primer lugar, el temblor en las manos de mi padre al sostener el periódico, sentado en silencio en su butaca, fingiendo calma. Sus repetidos suspiros destapaban su inquietud. Me cuestioné si realmente había sido el último en conocer el affaire de mamá, no el primero como pensaba. En tal caso, ¿cuánto tiempo habían estado los susurros de papá, sus manos temblorosas corriendo las hojas del periódico, esa agitación contenida, pululando por casa? ¿Había estado tan absorto en mis asuntos como para no notarlo?

Esa tarde, siendo de carácter reservado, hablaba de cualquier cosa para distraer a mi padre. De la ola de calor. De las piernas de la presentadora del noticiero. De lo caros que estaban los abonos para ver a los Yankees.

—¿Qué te importa a ti el precio de los abonos, si ni te gusta el béisbol?

Eran las ocho y media, quizás las nueve, cuando por fin sonó la cerradura. El distintivo sonido del juego de llaves de mamá al buscarlas en su bolso. Qué manía de acumular tantas llaves y llaveros.

Entró en casa, luciendo un traje rojo con chaqueta y falda corta y con su cabello suelto cayendo hasta los hombros. Nunca lo llevaba suelto. Se detuvo en el umbral del salón y nos observó con las llaves aún en la mano, una sonrisa feliz en su rostro y una mirada que delataba culpabilidad. Ni la una ni la otra había podido ocultarlas.

—¿De dónde vienes? —interrogó papá, dejando el periódico a un lado y enfrentándose, cejas preocupadas, derrotadas, a su mujer.

La entonación de su voz fue lo que me hizo darme cuenta de que efectivamente, estaba al corriente de todo. Su mujer y su mejor amigo. Y lo había estado ocultando todo ese tiempo. ¿Por qué? Pues por qué va a ser, para protegernos a nosotros.

Mamá al principio respondió con evasivas, no iba a rendirse a las primeras de cambio. Que si en Macy's de compras, que si con una amiga del barrio. Había que sacarle las palabras con sacacorchos.

—¿Qué amiga? —insistió papá.

Para entonces, yo ya me había retirado del salón para darles algo de privacidad, aunque no pude evitar quedarme escuchando en la escalera.

—¿Qué más te da? No la conoces —replicó mamá con frialdad.

Incapaz de seguir con aquello, decidí hacer oídos sordos y subí al piso de arriba con la intención de parapetarme en mi habitación. Cubriría mis oídos con los acolchados auriculares y dejaría que Jim Morrison me transportara lejos de allí.

Solo que no llegué a la puerta.

Entre el sonido del traqueteo, vi la escena completa sin necesidad de forzar la memoria. Allí estaba Megan, la puerta de su habitación abierta, sentada al borde de su cama, agarrada a la colcha y su melena ocultando su rostro, inclinado hacia delante. Sus rodillas temblaban en un tic nervioso.

Cuando oyó mis pasos, levantó la vista. La luz del flexo vertía un brillo cálido sobre sus mejillas empapadas en lágrimas. Su rostro estaba contraído en una mueca de inmensa tristeza. Era un hecho: yo, soberano idiota, había sido el último en enterarme.

La ventana abierta permitió el paso del ruido del tren a su paso por el barrio, ese traqueteo incómodo al que ya estábamos más que acostumbrados, ayudando a enmascarar las discusiones que tenían lugar en el piso inferior y obstaculizando la conversación entre hermanos. Así que solo la miré, un «¿quieres que hablemos?», un «todo se va a arreglar». Era su hermano mayor y mi deber era consolarla, aunque fuera con clichés.

No funcionó.

Ella, siempre tan madura, me había dicho una vez:

—Neil, ¿sabes cuál es el problema de esta familia? Que nunca hablamos de lo importante.

Yo había refunfuñado y cambiado de tema, dándole, sin darme cuenta, la razón.

Esa tarde, en una demostración palpable de su teoría, Megan se levantó, cruzó la habitación y cerró de un portazo, dejándome solo en el pasillo, mientras el sonido del tren se convertía en un zumbido de fondo.

Este gesto y el ambiente en casa los días siguientes también se quedaron grabados en mi memoria, que ahora, en la profundidad del bosque, volvían a mí con sus ruidos mecánicos, y que yo no olvidaré mientras viva.

Veía a mi padre, inmerso en una tristeza constante, saliendo de casa con la mirada baja y yéndose a dormir más temprano de lo usual, sin decir buenas noches. Y desde mi cuarto, adyacente al suyo, la ausencia de sus ronquidos significaba noches en vela, porque mi padre era de esos que imitaban a las morsas cuando se dejaba llevar por Morfeo.

Estuvieron varios días sin hablar. Mamá y papá, pero también Megan. Solo abrían la boca para comer, durante los pocos e incómodos ratos en los que estábamos los cuatro juntos.

Un viernes cercano, Megan se marchó dejando tras de sí un vacío sin explicaciones. Su partida, tan misteriosa, nos pilló por sorpresa. Entonces no imaginábamos que se había ido para no volver. Tal vez, ella tampoco lo había previsto. Ni siquiera un atisbo de despedida

asomó en su escritorio, nada, un silencio abrumador ocupaba el lugar de las palabras.

Aquella noche, recordé haber salido con Clay a buscarla por el barrio. Los callejones conocidos, los rincones predilectos y el estanque de los patos, confidente de sus paseos en soledad, se convirtieron en nuestro recorrido desesperado.

Pero mi recuerdo se truncó al atravesar la última línea de árboles que desembocaba en una apertura repentina, revelando una explanada ante mis ojos, atravesada por la luz cruel de un tren que se aproximaba a lo lejos desde el norte. El sonido sutil de las vías se transformó en un traqueteo palpable.

Respiré hondo, sintiendo el regreso de un lugar muy lejano. Impulsado por un nuevo objetivo, aceleré mi carrera hacia el cruce ferroviario. El tren se aproximaba desde mi derecha, una luz en aumento, marcando su presencia con un ritmo metálico. A pesar de que el tiempo parecía dilatarse, el tren no tardaría en perderse.

Sin embargo, ahora yo era un blanco descubierto. Sin la cobertura del bosque, quedé expuesto en el campo abierto, con mis perseguidores acechando. Me pregunté cuánto tardarían Venus y Milton en darse cuenta de mi posición y disparar. Ni siquiera la penumbra, ahora rasgada por el haz de la locomotora, podía ocultar mi presencia.

A pesar de la vulnerabilidad, ¿qué otra opción tenía sino correr? Un pensamiento me invadió, fortaleciendo mi resolución. Mi hermana y yo habíamos visto innumerables documentales sobre trenes, así que conocía las peculiaridades de esas bestias de acero. Los trenes de carga pueden ser largos y más lentos que los de pasajeros. Si consideraba su velocidad media, menor que la de los trenes comerciales, se abría ante mí una posibilidad real de escape.

Busqué a Scott con la mirada. ¿Habría tenido la misma idea?

El tren estaba ya muy cerca de pasar, mientras que a mí aún me separaba una buena distancia del cruce elevado por el que transcurrían las vías.

El plan se esbozaba en mi mente: se trataba de llegar a las vías antes de que el tren pasara. Si conseguía cruzarlas a tiempo, dejaría atrás a Milton y a Venus. El tren se convertiría en un muro efímero, una barrera entre nosotros. Para cuando pasara el último vagón, la distancia sería suficiente para que ellos me perdieran el rastro y tuvieran que desistir de la persecución.

Punto para Neil. Jaque mate.

Pero, para que eso funcionara, debía ser más rápido que el tren.

Aceleré el paso todavía más. Después de lo vivido durante las últimas horas, la fatiga se adhería a mis músculos como plomo fundido mientras seguía avanzando. Un disparo resonó en el aire, y el

miedo de Margot encontró asilo en mi pecho.

Maldije en voz baja, aliviado de que aún estuviéramos vivos. Revisé los alrededores, esperando confirmar mis peores sospechas: Venus emergía del bosque en mi persecución. Su juventud y condición física la favorecían sobre mí, y además no cargaba con la niña. A cada minuto que pasaba, la distancia entre ella y nosotros era menor. No aguantaríamos mucho más tiempo antes de que nos diera caza.

Pero el disparo no lo había realizado ella. Más al sur, Scott, en un pánico visible, era perseguido por Milton, que aunque más lento, disparaba su arma con insistencia. Vistos desde el aire, debíamos parecer una carrera de hormigas, la representación perfecta de la lucha por la supervivencia.

Me sentía como si corriera sobre ascuas mientras el tren se imponía cada vez más cerca, con su poderío intimidante. El suelo vibraba bajo mis pies. Los segundos se agotaban.

Miré de soslayo a mi izquierda. La sombra de Scott había ganado metros y ya estaba casi a mi altura. Quise gritarle para compartir mi plan con él, pero supuse, dado que él también corría hacia las vías, que él también había pensado lo mismo.

Más disparos. Cada vez más débiles, pues eran amortiguados por el estruendo del convoy a su paso, ahora muy intenso. No miré atrás; temía que, en uno de mis vistazos, dejara de ver a mi amigo. Pero seguía allí, dando largas zancadas en la oscuridad, invencible.

Mis pasos dibujaron un camino de voluntad en el terreno inclinado, acercándome a la cima. A mi derecha, el tren avanzaba como un titán despiadado, un monstruo metálico y letal que se aproximaba hacia mí.

La locomotora emitió un bocinazo ensordecedor. En mis brazos, Margot soltó un chillido, y protegí sus oídos, girando su rostro hacia mi pecho para esconder el pavor de sus ojos. Aquella amalgama de luz y sonido insoportable impedía pensar y resultaba infernal. Unos segundos más y todo habría acabado.

Vi las vías ante mí. A mi derecha, la máquina se abalanzaba a toda velocidad.

Un nuevo silbido. El grito de la muerte susurrándome al oído. Me vi obligado a cerrar los ojos. La ráfaga de aire casi me tiró hacia un lado. La fuerza bruta de la locomotora, su inmensa masa y velocidad, era impresionante, devastadora, irrefrenable.

La mente va a donde quiere, así que me imaginé esa parrilla de acero en el frontal del tren aplastándonos a Margot y a mí como mantequilla. Me imaginé esas ruedas girando a toda velocidad, aplastando nuestros huesos y convirtiéndolos en polvo.

«¡Salta!»

Salté con toda energía hacia las vías. Un muro luminoso y sonoro

me absorbió, y por un instante vi el pasado y el futuro, rostros y memorias convergiendo en un último acto. Vi a mi padre, que sonreía divertido en un gesto de complicidad; había soñado con esa sonrisa tras su muerte. Emily me dedicaba una mirada de perdón, y Clay, de espaldas y con las manos en los bolsillos, se volvía y me guiñaba un ojo en un gesto que traspasaba las distancias. Vi a Scott corriendo detrás de mí. ¿Lo conseguiría? Y, por último, vi a mi hermana. Magullada, vulnerable y escapando entre lágrimas, el colgante entre sus manos, evitando el conflicto entre nuestros padres.

Y entonces, en la cresta del instante y los albores de la extinción, algo en lo más recóndito de mi mente produjo un eco.

13

En algún lugar de Inglaterra, dos días antes

El viaje en coche duró horas.

Para Rose, días.

Una eternidad.

Se le permitía hablar, formular preguntas sin fin. Pero aquel que conducía no le respondía. No abrió la boca siquiera para respirar. Ni un solo gesto, una ceja alzada o una arruga en la frente. Nada. Era joven, algo mayor que ella, pero no demasiado. Vestía bien y olía mejor. Conducía siguiendo las normas. Más allá de su comportamiento al volante, se cernía la mayor de las incertidumbres: ¿sería británico? ¿Tal vez estadounidense? ¿Aliado o enemigo? Si fuera aliado, le habría quitado las esposas, pensaba. Pero la realidad era que no había forma de saberlo.

Aguzó la vista, intentando reconocer algo en el paisaje que la ayudase a descifrar el enigma. Cualquier cosa que le proporcionase una brizna de información. Una mínima pista de su destino.

Su mente, perdida en un corrido paisaje verde tan típicamente inglés como impersonal, viajó a un lugar mejor. Un tiempo pasado, en el que Rose Burke, brillante estudiante y número uno de su promoción, estudiaba los planos del Atlas Center con un compromiso conmovedor. Repasaba cada detalle con la misma meticulosidad con la que había trazado el plan de acercamiento a Patrick Mulligan. Echaba absurdamente de menos el abrazo de la luz de su flexo en la cómoda noche de la residencia de estudiantes. Añoraba la prometedora visión de un futuro jalonado de oportunidades y puertas abiertas, que ahora parecía difuminarse.

La visión fue interrumpida por un frenazo. La mano del conductor levantando la palanca del freno de mano. Y un aterrador silencio.

De vuelta a la realidad, Rose tiritaba, sus dientes castañeantes, no solo a causa del frío, sino por del miedo ante lo desconocido, mientras el conductor descendía del coche y rodeaba el vehículo con el crujir inconfundible de sus botas sobre la gravilla.

Y es que lo que vio, después de que la puerta se abriera y el conductor, boca sellada y expresión adusta, la ayudara a salir del vehículo, no auguraba nada bueno.

14

Más allá de las vías, 25 de diciembre de 1984

Después del incidente del metro (ya llegaremos a eso), empecé a creer. Pero antes no, era un ateo convencido. Ahora, en cambio, no me pierdo una misa y hasta contemplo la idea de confesarme. En ocasiones me río al pensar en la ironía; el pastor iba a necesitar despejar su agenda para lidiar con mis pecados.

Es lo que tienen las experiencias cercanas a la muerte, que te cambian hasta los principios.

Pero, en aquella época turbulenta, en la que mi única preocupación era encontrar a mi hermana y asegurarnos la supervivencia a Margot y a mí, todo eso de la resurrección y la vida eterna me parecían patrañas.

Sin embargo, en ese instante decisivo, tendido exhausto en el barro con Margot abrazada a mí, el tren resonando a mi espalda repiqueteando en mis sienes, apreté los párpados y recé.

Di gracias a la providencia porque nuestros corazones continuaran latiendo, por permitir que nuestro salto fuera suficientemente largo y oportuno, evitando ser aplastados por la bestia de metal. Y, ya que estaba rezando, permanecí en ese estado y simplemente esperé.

Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, intentando recobrar el aliento. Con los pulmones ardiendo y Margot temblando sobre mí, me sumí en una reflexión intensa, protegidos por el estruendo del tren. En aquel momento de pausa forzada, ciertas revelaciones comenzaron a cristalizar en mi mente, amagos de ideas al principio, tímidos coletazos. Lo había sentido durante el salto, con el resplandor del faro engulléndome en el aire. Hasta entonces, no había tenido esa idea en mi tablero mental, pero al ir juntando piezas del puzle, la imagen desvelada parecía no dejar dudas. Y era una imagen espeluznante que me atenazaba.

La manita de Margot rozó mi mejilla, explotando la burbuja como la punta de un alfiler contra una pompa de jabón, invitándome a reaccionar. Estaba suave y fría. Y olía bien. Su caricia fue determinante para que abriera los ojos y me enfrentara a los suyos.

Fue como un renacimiento.

Confundido, asustado, traté de identificar mi entorno, de descubrir

nuestra situación. Me arrodillé sobre la tierra húmeda. Mi cuerpo temblaba y convulsionaba junto al de la niña a causa del miedo y de la humedad que penetraba en nuestros huesos. El tren seguía su camino. Todavía transcurrirían muchos minutos hasta que pasara el último vagón y la vía quedara despejada. Me entró un escalofrío al pensar que Milton y Venus estaban al otro lado, aguardando al paso del tren para acabar conmigo y llevarse a Margot de una vez por todas.

Teníamos que ponernos en marcha de inmediato.

Levanté a Margot en mis brazos mientras observaba sus ojos buscando algo. Sabía lo que buscaba, porque yo también lo hacía.

—*¿Kistian?* —pronunció la niña sin disimular su angustia. Los niños no contienen sentimientos, no saben cómo hacerlo. Su llamada se disolvió en el ambiente, engullida por el ruido.

¡Christian! La reacción de Margot me llenó de tristeza. Fue entonces cuando evoqué, con espantosa claridad, a Scott en el acto de seguirme por la ladera. Portaba el bate de béisbol y Venus iba tras él. No lo había logrado, no había podido saltar al otro lado, con lo que solo quedaban dos opciones. Palidecí desolado al considerar la primera:

Que el tren lo hubiera aplastado.

La segunda opción era igualmente sombría, y es que verse acorralado por Milton y Venus significaba la muerte. Un final, tal vez, incluso más lento y doloroso que la alternativa del tren. Scott era fuerte y habilidoso, no obstante, Milton y Venus también lo eran. Y mi amigo tenía un bate, de acuerdo, pero no bastaba para equilibrar la balanza ante las armas de fuego de los otros dos.

Me puse en pie y sostuve a Margot en mis brazos mientras el estruendo ensordecía y la opresión en mi garganta crecía. La niña se resistió.

—Vamos, pequeña, no podemos hacer nada por él —alcé la voz por encima del ruido, y también del nudo que se había formado en mi garganta—. Tenemos que alejarnos de aquí.

Y ahí estaba el siguiente dilema: ¿hacia dónde dirigirnos?

Desde que dejamos Glenfinnan, una frase me obsesionaba. ¿Qué había dicho Camille, la bailarina de la autocaravana? El anuncio del supuesto asesinato de Megan había acaparado todas mis neuronas, pero, superado el trance, pronto había empezado a recordar otras cosas que había comentado. Justo antes del bombazo, la identidad de una mujer:

«Puedes anotar el nombre de Alison Landymore», habían sido sus palabras.

El nombre se había deslizado en la conversación al preguntar ellos por el supuesto violador de Megan. Se conocía que Landymore era una

de las bailarinas, una no demasiado querida. Según Camille, Alison odiaba a Megan y desapareció nada más morir mi hermana, lo que la convertía, de facto, en sospechosa.

El problema era que nadie conocía su paradero. Encontrarla habría sido mi único propósito de no ser por el colgante con el mensaje que alguien nos había dejado en la estación de servicio.

Para Neil:

Granja Harker

Dispenza

La incógnita del autor del mensaje pendía en el aire, pero empezaba a hacerme una idea, al menos así me lo sugería la imagen de mi tablero mental. La parte buena era que, si mis suposiciones eran correctas, esa persona podría llevarnos a Megan.

La parte mala era que no me sentía preparado para tal encuentro.

Sin opciones, mi mente ardía en especulaciones mientras corría con Margot en brazos, buscando refugio tras un terreno elevado desde donde, cuando el tren finalmente pasara, mis perseguidores no pudieran verme. Después seguí hacia el sur en paralelo a las vías, guiado por la necesidad de cobijo y descanso, expectante ante el enigma que se desplegaba ante mí. ¿Qué me depararía la suerte esta vez?

Actuando de nuevo en contra de mi ateísmo, me santigüé y le dediqué una oración a mi amigo cuando, al poco tiempo de partir, creí escuchar un único disparo resonar detrás del rugido del tren.

15

Glenfinnan, 24 de diciembre de 1984
El día anterior, mientras Scott y yo huíamos de la policía en Glenfinnan

El almirante retirado de la Marina Británica, Michael Landymore, bajaba corriendo la colina, dejando atrás a los dos oficiales y escondiéndose detrás de los árboles, mientras reconsideraba su última decisión.

«¡Un grito! ¿A quién se le ocurre gritar en mitad de una inspección policial en el escenario de un crimen?», se preguntaba, sabiendo que era como anunciar a viva voz: «¡Eh, muchachos! ¿Buscáis al asesino de la monja y el cura? ¡Dejad de buscar, estoy aquí!»

Había reaccionado por instinto, como lo había hecho incontables veces a lo largo de su carrera en la Marina. Un segundo más, y habría sido testigo de cómo detenían a esos tipos. Dos hombres inocentes que, sin saberlo, jugaban en su equipo. Semanas atrás, el mismo día que todo perdió sentido, el destino le había revelado un perturbador secreto. Un secreto que se había guardado para sí hasta que, el día anterior, ese Neil Anderson apareció en el pueblo con la niña desaparecida y preguntando por su hermana Megan. La tragedia de esa noche seguía atormentándole, pero ahora sabía que aún le quedaba una misión por cumplir.

Y una oportunidad de venganza que aprovechar.

El grito desde la linde del bosque, por lo tanto, había sido la única salida para salvar a Anderson y su compañero. Y ahora huía de la policía, él, un patriota dispuesto siempre a sacrificar su vida por su país.

Por suerte, mantenía una excelente forma física y conocía la zona mejor que sus perseguidores, lo que le permitió despistarlos. Más adelante, escondida entre las raíces de un árbol, estaba su moto, una Puch Condor. La arrancó de un puntapié una vez liberado de la vestimenta de Theodore. Hacerse pasar por un mendigo no le resultaba difícil, gracias a su barba descuidada y las facciones castigadas por el tiempo y los rigores de la vida en el mar. Bastaron ropas viejas, un nombre falso y un acento de la calle, inspirado en su difunto camarada Frank, caído en las Malvinas, para transformarse en Theodore, el indigente amable de Glenfinnan.

Poco después, ya se desplazaba por el bosque, sorteando troncos y ramas. A distancia, la motocicleta amarilla de Landymore parecía una avispa veloz. Salió del bosque por el norte y aceleró hacia el pueblo. Al llegar, encontró desocupada una cabina telefónica, se encerró en ella, introdujo monedas, marcó un número y esperó.

El aparato dio tono y Michael suspiró aliviado, cerrando los ojos y viéndose dos meses antes, bebiendo sin motivo, pocos minutos antes del horroroso acontecimiento que le había destrozado la vida; ese instante ensordecedor en que el corazón le falló justo cuando el suelo se abría bajo sus pies y la tierra se lo tragaba.

Club Casa Nova.

Viernes noche.

Michael Landymore esperaba emborrachándose en un taburete de ese tugurio, en un pueblo forastero que empezaba a serle demasiado familiar.

Pidió al barman que le llenara el vaso de whisky por cuarta vez. Era un tipo obeso con pinta de haberse dejado el cerebro en casa, de los que Michael solía despotricar entre dientes alegando que el mundo se iba al carajo, pero esta vez no le gruñó ni le soltó ningún improperio. Michael no era bebedor habitual, pero esa noche necesitaba distraerse o se volvería loco.

Landymore era uno de esos hombres genéticamente favorecidos a los que el paso del tiempo parecía caerle bien. Con los años, su barba negra había crecido en un suave matojo grisáceo, sus intensos ojos azules habían encogido y la piel que cubría sus fibrosos músculos estaba ahora rosácea, lo cual le proporcionaba el aura de un hombre que estaba disfrutando de una merecida jubilación en la Costa Brava.

Nada más lejos de la realidad, y es que el exmilitar aún no conseguía dar con su hija. Había aporreado la puerta de su caravana sin obtener respuesta. Había preguntado en otras caravanas vecinas y siempre había obtenido lo mismo: «Estará en el club».

Pero en el club no había rastro de ella.

—¡Eh! ¿Trabaja Alison hoy? —había preguntado al barman obeso, quien se encogió de hombros, lo que hizo que a Michael le subiera un flujo de impaciencia por el pecho hasta el gaznate. «Relájate, Michael». No debía de ser fácil levantar esa enorme bola de grasa.

—No sé los horarios —dijo al fin—. Si no está por aquí, es que no.

Michael miró a su alrededor.

—¿Y Camille? ¿Tampoco está?

—No —respondió el otro—. Hoy Camille tiene un privado en Glasgow. Volverá en un par de días.

Desde que Alison se marchó de casa para dedicarse al baile exótico, dejando a Michael solo con sus fantasmas, este había viajado ocasionalmente a Glenfinnan para verla, a pesar de que ella le había

dejado claro que no quería verlo allí. Pero un padre es un padre. En uno de esos viajes, Michael conoció a Camille, la bailarina más veterana del Casa Nova. Al principio, ella le había intentado seducir para llevárselo a la caravana a cambio de unas monedas, pero Michael no estaba para esos juegos. Al final, aunque no llegaron a ser amigos, era la única en quien Michael confiaba allí.

Pero, ese viernes frío de octubre, a Alison parecía haberla engullido la tierra y Camille no estaba para tranquilizarlo.

«He regresado al abismo —pensó Landymore, observando su vaso medio vacío—. Y este es el peor de todos».

La puerta del pub se abrió, y al darse la vuelta, Michael vio que un grupo de cinco hombres entraba coreando un cántico escocés con voz desafinada. Todos llevaban camisetas de rugby, a rayas blancas y azules, que apenas les cubría la barriga. Al parecer, su equipo había ganado el partido de esa tarde y estaban más que dispuestos a celebrarlo. Había conocido a incontables hombres como esos: almas simples e infelices que carecían de valores, personas que se creían con derechos que no se habían ganado. En una ocasión, estando de servicio, Michael había llegado a las manos con un par de especímenes de ese tipo. Había sucedido en Sicilia, en un bar muy parecido al que se encontraba ahora. Él iba vestido de uniforme, y los dos borrachos habían empezado a proferir mofas y faltas de respeto sobre los emblemas que lucía en las mangas recién planchadas. «¿De qué vas disfrazado, abuelo? ¿De Enrique VIII?» Ese tipo de cosas. Al final, se habían llevado su merecido: una nariz rota y un brazo dislocado fue el parte de heridos.

«Esta vez mantén la calma», se dijo. Actitudes como la de aquella vez lo habían alejado de su hija hasta el punto de que ella lo abandonara y no quisiera saber de él. «Lo último que te falta es montar un escándalo aquí».

Sin embargo, no llegó a presentarse la oportunidad. Y es que, un instante después, lo vio pasar. Fue un segundo, lo justo que tardó la puerta principal del local en volver a cerrarse. Pero era él, seguro, caminando con prisa y doblando la esquina hacia el río. Lo había reconocido.

El espantoso recuerdo se vio misericordiosamente interrumpido por el sonido de una voz conocida.

—Aquí el inspector Bruce Van Horn —repitió la voz al otro lado del altavoz—. ¿Quién es?

Abrió los ojos. Por un instante le sorprendió verse allí, sosteniendo el auricular y hablando con Bruce, a quien estaba a punto de dar una noticia que podría cambiarlo todo.

—Bruce, soy Michael —dijo finalmente—. Michael Landymore.

—Hola, Michael. ¿Qué pasa?

Con el auricular firmemente presionado contra su rostro, Michael dijo con voz cargada de determinación:

—La he encontrado. He encontrado a la niña. Los secuestradores se dirigen al sur por la carretera de Fort William.

16

A este lado de las vías, 25 de diciembre de 1984

«No quiero que me maten», se dijo. «No de este modo».

Sin embargo, estaba a punto de ocurrir.

Christian Scott hincó las rodillas en la tierra húmeda, contemplando con ojos empañados por las lágrimas el paso del tren de carga que le había bloqueado el camino hacia la libertad en el último instante.

Aguardaba lo inevitable, una suerte que solo ofrecía el eterno descanso o la persistente agonía, con el sometimiento de saberse ante el final de la partida.

Permanecía estático, sin intentar escapar o volver la cabeza. Sabía que ella lo seguía de cerca, acortando la distancia con zancadas firmes. Y sabía que un segundo perseguidor, su exjefe, acechaba en las sombras y pronto se sumaría a la escena. Milton iba armado, así que cualquier intento de levantarse y correr resultaría en un tiro letal. No tenía ninguna intención de jugar al escondite con Milton en un frenético juego del gato y el ratón. El tren, transformado en una barricada de acero, obstruía su huida, tornando su supervivencia en una quimera. Así pues, lo tenía claro: él, un policía de vocación, encontraría su final con dignidad, en la medida que la situación lo permitiera.

De rodillas, susurrando una plegaria apenas audible, se dispuso a afrontar su destino sin derramar una lágrima más.

No tuvo que esperar mucho. En cuestión de segundos, unos dedos despiadados se aferraron a su pelo y lo tiraron al suelo. Christian contuvo un quejido. Al mirar hacia arriba, divisó a Venus. Trató en vano de que sus miradas se cruzaran. La asesina respiraba con dificultad, su figura tensa, con las piernas ligeramente separadas y clavadas en la tierra. El sudor delineaba senderos en su piel allí donde el cabello castaño rojizo se tornaba oscuro en las raíces. Sus pupilas estaban dilatadas y su boca, ligeramente abierta. A su espalda, el tren continuaba impasible, aplastando el silencio con su marcha inexorable.

Christian dirigió una mirada fugaz a través del triángulo que formaban las piernas de ella, tratando de entrever algo entre el paso de los vagones que se interponían.

«Vamos, Neil, amigo. Dime que lo has logrado. Dime que ya estáis lejos de aquí». Ante la inminencia de su propia muerte, solo la perspectiva de la supervivencia de su amigo, la promesa de un futuro próspero para Margot, atenuaba la gravedad de lo que estaba por venir.

Milton llegó sin aliento. Soltó un escupitajo amargo. La pistola colgaba de su mano derecha mientras escrutaba la escena alternando su mirada entre Venus y el tren. «¿Dónde se ha metido?», preguntaba sin cesar. «¿Dónde está ese ladrón de niñas?». La mirada de Venus era una respuesta tácita: «¿No resulta obvio?»

Cuando Milton centró su atención en Christian, un halo de sadismo cruzó su rostro. Pecho hinchado y babilla blanca entre las comisuras de los labios, parecía un toro bravo a punto de salir al ruedo cuando caminó hacia él.

—Joder, ¿en serio, jefe? —A pesar de lo aterrado que estaba, las palabras de Christian consiguieron demostrar cierta burla.

—Tan en serio como el día que la caldera estalló en mi cara mientras tú huías como una lombriz, ¿recuerdas?

—¿Que si lo recuerdo? Fue el mejor día de mi vida.

Milton se abalanzó sobre él, despojándole del bate y lanzándolo al barro. Luego agarró a Christian por la camisa y lo obligó a levantarse. Con el dorso del puño, le cruzó la cara. Fue un golpe corto y seco, calculadamente brutal, un anhelo reprimido durante muchos años trabajando codo con codo en la comisaría. Acompañó el ataque de un gemido, y Christian, que ni siquiera hizo por defenderse, respondió enseñándole ferozmente los dientes. Con el segundo impacto, un golpe en la boca con el puño de la mano izquierda, escupió un coágulo de sangre. Con el tercero, directo al plexo solar, se le cortó el resuello, perdió el equilibrio y cayó al barro.

Sin darle tiempo a rehacerse, Milton se colocó sobre él. El superintendente tenía experiencia en eso: la cuestión era no dejar pensar al enemigo, abrumarlo tanto y tan seguido que no tuviera tiempo de prepararse mentalmente para lo que le esperaba. Christian lo sabía muy bien. Un golpe más, esta vez cruzándole la cara con una violenta bofetada que estalló como un latigazo, y ahora una pistola apuntando entre sus ojos.

—¿Va armado? —Milton lanzó la pregunta al aire.

—Y yo qué sé —se oyó la voz de Venus—. Creo que no.

—¿Llevas armas, Chris? —le preguntó directamente a su antiguo subordinado.

Como no contestó, para asegurarse, el de mayor rango cacheó con rapidez al caído, que lo miraba inmutable. Un hilo de saliva le caía desde la comisura de los labios, manchándole el cuello de la camisa. Era una saliva rosada, con rastros de sangre. La que le manaba de la

ceja era de un rojo intenso. Solo llevaba las llaves del coche y unas pocas monedas en los bolsillos. Milton las arrojó al barro, apartó a Christian el cañón de la cara y retomó la ronda de preguntas:

—¿Dónde están la niña y el americano?

Por toda respuesta, Christian respondió con una sonrisa burlona y sanguinolenta, y escupió un coágulo salivoso al rostro de Milton. Inmediatamente, este le soltó una nueva bofetada con el dorso de la mano.

—Nunca los encontrarás, cabrón —las palabras salieron desafiantes de la garganta de Christian.

Milton volvió golpearlo una última vez, esta vez en el puente nasal. Cuando se repuso de la visión borrosa, Christian vio a Venus, dejando hacer a su compañero con ojos turbios y brazos cruzados. La observaba con una tensa curiosidad. Por un momento, él, incómodo, pensó que no le gustaba que ella lo viera humillado de ese modo. Pero aquella mañana nadie podía elegir.

Entonces algo cambió en el entorno que detuvo el carrusel de golpes. Se trataba del ruido ferroviario, estaba mitigando. Milton interrumpió la paliza para levantarse. Christian notaba como la sangre fluía desde su ceja, marcando un sendero húmedo por su rostro al alzar la vista. Milton y Venus, ahora de espaldas a él, escudriñaban el horizonte más allá de las vías ferroviarias recién liberadas. Siguiendo la dirección de la mirada de sus captores, la cola del tren desaparecía en la distancia mientras el retumbar de su marcha se perdía en la lejanía. Christian trató de enfocar. Un extenso páramo se extendía ante ellos, culminando en una hilera de árboles que trepaba suavemente la colina. Ningún signo de vida turbaba la divisoria entre tierra y cielo. El corazón de Christian gritó de júbilo. ¡Neil lo había logrado!

Milton se volvió hacia él. Tenía el rostro encendido y el morro arrugado en una mueca de cólera desconocida para Christian. Masajeaba sus nudillos, inflamados por los golpes previos, mientras una de las vendas, teñida de rosa, pendía grotescamente a un lado de su cabeza. Esta vez no lo levantó para golpearlo. No se aproximó siquiera.

Hunter Milton alzó el arma, apuntando a Christian entre los ojos.

—Espera.

La voz de Venus estremeció a Christian, que esperaba el estallido final. Resopló aliviado. Para él, cada segundo entre los vivos era un tesoro invaluable.

Milton desvió su mirada hacia Venus sin bajar el brazo del arma.

—¿Qué quieres ahora? —gruñó.

Venus extendió el brazo y le mostró la palma de su mano.

—Quiero hacerlo yo. Necesito hacerlo yo.

—¿Pero qué dices? Estás loca —refutó Milton, volviendo a tensar el brazo del arma.

Venus apoyó su mano sobre él, desviando el cañón de nuevo.

—Este hombre mató a Troy en mi presencia. Debería haberlo liquidado ese día, cuando lo dejé inconsciente —argumentó ella, sus palabras rezumando de rencor—. Y no contento con eso, en lugar de huir cuando tuvo la oportunidad, volvió para burlarse de mi inteligencia… ¡besándome! —su tono escaló hacia un aullido desgarrador y visceral—, mientras el otro se llevaba a la niña.

Milton la observó con una mueca irónica, una sonrisa que le era demasiado familiar a Venus, ese rictus de suficiencia masculina que parece decir: «Mujeres, qué complicadas sois».

—Por favor —insistió Venus, con la mano todavía extendida—. Piensa en tu posición. Si se descubre que has matado a uno de los tuyos, ni Califa podría salvarte.

Un bufido burlón escapó de la boca de Milton.

—Haz con él lo que te dé la gana —dijo, y le pasó la pistola.

Venus, que parecía haber crecido en posesión del arma, avanzó un paso hacia Christian mientras Milton retrocedía. Inclinó la pistola ligeramente, y Christian, con las rodillas hundidas en la tierra, observó cómo la boca del arma se agrandaba ante su vista.

—¿Últimas palabras, agente Christian Scott?

Antes de que Venus pudiera disparar, Christian tuvo tiempo de pensar en tres cosas: que estaba al final del camino, que era un alivio que Hunter Milton no fuera su verdugo, y que tal vez Neil y Margot habían logrado escapar.

17

Un coro de aves migratorias, invisible entre la niebla, entonaba su melancólico canto al cielo sombrío y encapotado, como si lamentaran el abandono de aquel rincón olvidado del mundo. Mi propio pesar interno se unía a su lamento, ya que había dejado atrás a Scott.

En ese remoto lugar, Margot y yo estábamos solos ahora.

A medida que el cielo del este palidecía, las estrellas se desvanecían y una luz gris comenzaba a extenderse. Un poco más al norte, topamos con una cañada en cuyo fondo discurría un arroyo, descendiendo y serpenteando, trazando un sendero entre piedras. Algunos matojos espinosos y hierba crecían dispersos a lo largo de su curso. El camino me llevó hasta una altura donde el aire era más puro y el frío calaba más hondo. Busqué a continuación, más allá de la colina, más allá de la línea del horizonte y más allá de las nubes remotas, en el pasado perdido para siempre, momentos con Megan en casa. No sé por qué lo hice. Y la vi de nuevo de pie en el salón, vestida como una mujer, con sus labios pintados de rojo y su desafiante actitud, y así, mirándola, enfrentándose a nuestros padres tan confiada, tan secretamente rabiosa, me vino un mal presentimiento. Luego, en la intimidad con mamá y papá, estuve a punto de compartir mis temores; sin embargo, tenía prisa y además ellos luchaban con sus propios problemas. Opté por callar, para no agitar más las llamas de un hogar ya resquebrajado. Pensé en cómo había cambiado todo desde entonces. En cómo se había derrumbado nuestra vida cuando ella desapareció de repente y en todo lo que la esperanza de encontrarla con vida, la simple existencia de esas malditas fotos de mi hermana, me había empujado a hacer.

Me sentía cansado.

Una parte de mí, una que nunca dejaría asomar al exterior y cuya existencia negaba incluso a mí mismo, ansiaba cesar la búsqueda. Imaginaba huir de la isla con Margot y comenzar de cero. Revisé mentalmente la última fotografía de Megan; ya no necesitaba extraerla del bolsillo, conocía cada detalle como para dibujarla de memoria, y entendí que mi hermana de antes, tan risueña y vivaz, no guardaba ningún parecido con aquella joven maltratada, llena de contusiones y cicatrices. Intentaba recordar a aquella criatura angelical a quien había llevado a su primer musical de Broadway —sin el beneplácito

de nuestros padres y en absoluto secreto, *Chicago*—, la niña que se pasó el puente del Día del Trabajo sentada en la hamaca, afectada de varicela, mientras yo le leía dos libros enteros de *El Señor de los Anillos* en tres días, la pequeña que insistió en disfrazarse de Estatua de la Libertad en Halloween, pintándose incluso la cara de verde y alzando una lámpara como antorcha, dos semanas antes de la fiesta. Pero —y quizás aquello fuera un mecanismo de defensa— me resultaba imposible reconstruir esas memorias con la misma claridad de antaño. Luego percibí una serie de ruiditos en lo más recóndito de mi cerebro que me arrastraban a otra clase de recuerdos, cercanos a ese pasado. Lejos de ignorarlos, quise abrir esa caja de gusanos y sumergirme.

Tres días de caídas en picado, tendencia bajista. Unos días antes de que echara a andar mi aventura inglesa. De noche, en la cama, cerraba los ojos y solo veía gráficos, líneas rojas que se estiraban furiosas hasta el subsuelo. Y números negativos que aumentaban, acelerando mi pulso e impidiéndome conciliar el sueño. En la oficina, durante la jornada laboral, cada vez que revisaba el precio de la acción, meneaba la cabeza con creciente desesperación ante aquella sangría continua. «Los ahorros, por Dios». Cada fluctuación en pantalla suponía un golpe a mi patrimonio. Y el declive no cesaba.

Mi ansiedad trascendía lo monetario. El dinero era dinero, siempre se podía volver a ganar, pero ¿y Emily? Guardaba el secreto, temiendo que si lo descubría, me abandonaría. Más me preocupaba la pérdida de clientes que confiaban en mi gestión y cuyo capital también había invertido en la maldita acción. Si la tendencia no revertía, me enfrentaría al despido inminente.

¡Qué no habría dado por poder retroceder en el tiempo! Y yo que pensaba que las cosas me iban mal por atravesar un par de meses de resultados regulares. Pensándolo en retrospectiva, mi bajo estado de ánimo no se debía solo a una mala racha en el trabajo, sino a una serie de discusiones que habíamos tenido Emily y yo, las cuales habían sido, en parte, exacerbadas por el ambiente tóxico tras la pérdida de Megan y el fallecimiento de papá. En aquellos días malos, previos a la desastrosa operación y todo lo que vino después, me quedaba sentado en mi silla, con los codos sobre los muslos y la cabeza entre las manos. Una estampa penosa. Si me hablaban, apenas respondía.

—¿Sales a comer con nosotros? Han abierto un indio aquí abajo del que hablan bien.

Yo, ni caso. Hasta que Clay perdió la paciencia:

—Espabila de una vez. Si tan quemado estás, muévete y actúa.

Me froté la cara y me incliné hacia el teclado, dócil. Como si hubiera estado esperando a que me dieran cuerda. Esa misma tarde ya estaba más animado. Y por la noche llegué a casa contento, casi dando saltos y tarareando. Y es que me había llegado un chivatazo. Una

llamada telefónica con una idea de inversión prometedora.

Se la conté a Clay al día siguiente durante el almuerzo, arroz basmati en salsa curry, lata de refresco y gafas de sol para combatir el resol que se filtraba entre los edificios del distrito financiero.

Clay, carrillos llenos:

—No pinta mal, no. Igual yo también le echo un ojo. Dime el nombre de la empresa y reviso sus números en cuanto vuelva a mi mesa.

Esa tarde, a solas en el escritorio, seguía masticando la posibilidad de invertir en la empresa en cuestión. Alguien había dejado una revista de finanzas junto a mi teclado, una de las páginas dobladas por la esquina. Compartía una noticia que versaba sobre la misma compañía que había estado rondando mi mente desde la llamada telefónica. La leí con atención. Cada línea reforzaba la viabilidad de la inversión, despertando en mí la ambición de un éxito financiero que cambiaría mi vida. Casi podía sentir mis pupilas tomando la forma del símbolo del dólar.

«Si saliera bien…», me dije.

Los cementerios de Wall Street están llenos de inversores que fueron embestidos por el toro justo después de mencionar esas tres palabras.

«Si saliera bien, le prepararía a Emily un fiestón por todo lo alto, puede que en un ático de la Quinta Avenida, y luego le pediría matrimonio».

Casi convencido, investigué la estructura de la empresa. Parecía sólida. Me interesé sobre su director ejecutivo y lo que leí hizo que se me levantaran las cejas. No era común que alguien tan joven, y para colmo, de ideología musulmana, impulsara en Estados Unidos una empresa constructora desde cero y en tan poco tiempo, pero tampoco había motivos para desconfiar.

«Y el nombre de la compañía me da buenas vibraciones —recuerdo que pensé, tremendo idiota, soñando con un futuro prometedor—. Grupo Atlas… ¡Tiene fuerza!».

18

Matar era fácil, pensó Venus. Lo difícil era elegir el momento y la manera, los preparativos. Aniquilar a alguien se parecía a seducir a un hombre poderoso, donde un paso en falso podía arruinarlo todo. El asesinato espontáneo o por arrebato estaba al alcance de cualquier delincuente de poca monta. Sin embargo, matar de forma precisa, impecable y profesional, requería de un enfoque distinto. En tales circunstancias, era imprescindible una planificación meticulosa, frialdad de juicio, responsabilidad y un determinado nivel de destreza. Para matar también era necesaria paciencia. Mucha.

Venus había cultivado esta virtud con esmero durante los últimos tiempos bajo las órdenes de Califa, desde aquel encargo en Nueva York, años antes del secuestro de la cría.

Al inicio de aquella operación, había aguardado inmóvil, agazapada en la sombra tras uno de los coches del aparcamiento. La luna, casi llena y solemne como un faro, iluminaba entre nubes la playa y la pendiente que atravesaba el improvisado aparcamiento, donde la carretera continuaba hacia San Francisco. Abajo, a unos diez metros, un hombre y una mujer fumaban y conversaban. Era el clásico ritual postcoital. Desde su posición, Venus había presenciado todo el espectáculo sexual de la pareja sobre la arena, y ahora podía ver sus siluetas y las brasas de sus cigarrillos en la oscuridad, sobre unas rocas, allí donde acababa la playa y empezaba la pendiente. Un poco más allá, se adivinaba la caseta de un chiringuito y las figuras en sombras de aquellos que optaban por la noche al aire libre, con cerveza y canciones de Dylan.

Aún restaban horas para el amanecer, así que no tenía prisa. Por lo que podía ver y escuchar, la mujer que acompañaba al objetivo era extranjera. Aunque hablaba con un más que decente nivel de inglés, su acento sonaba oriental, posiblemente japonés. La fría noche otoñal, templada pero ventosa, hizo que no hubiera nadie más en la playa, solo ellos. La conversación, trivial y casual, dejaba entrever que se conocían de aquella misma noche. Hablaban de cosas banales: del frío, de cine, del último álbum de The Police y del tiempo que faltaba para que ella terminara la universidad. Así que ella era más joven, dedujo Venus. Mucho más. Y lo sabía de la misma forma que sabía que él hacía años que había finalizado los estudios. Seis años, más

concretamente. En ese tiempo, el hombre que acababa de desahogarse con la nipona había escalado posiciones en el Grupo Atlas, acumulado información confidencial y sido despedido por ello, lo que lo llevó a chantajear a Califa.

Por lo tanto, debía ser eliminado. Pocos detalles más habían acompañado la orden de Califa:

—Viaja a San Francisco, busca a Gay Morris y neutralízalo.

A Venus le hizo gracia el término.

—¿Neutralizarlo?

—Llámalo como quieras.

No había especificado el motivo por el cual Califa, poco amante de resolver los asuntos por la vía rápida, necesitaba a ese hombre muerto, pero Venus, que no había nacido el día antes, podía figurarse que el despido de Morris y su posterior chantaje tenían mucho que ver. Poco después, una conversación del jefe al otro lado de la puerta de su despacho había disipado sus dudas:

—Me vi obligado a matar a Patrick Mulligan para salvaguardar el secreto del rascacielos y no pienso permitir que un imbécil lo eche todo a perder ahora —habían sido las palabras que Califa le había dedicado al auricular.

Tal vez habría sido relativamente fácil, en el estado de embriaguez evidente en que se encontraban, bajar con cautela por la pendiente y matarlos a los dos, pero Venus prefería ser paciente. Algo podía salir mal, y de todas formas, no había por qué matarla a ella. Y no porque no tuviera ganas —detestaba a las golfas de ojos rasgados—, pero Califa solo quería una muerte, ni una más. De todas formas, aún le quedaba tiempo.

En un bolsillo de la cazadora de cuero que llevaba sobre un jersey negro, tenía la pistola cargada, con una bala en la recámara, el seguro puesto y el silenciador enroscado. En el otro, la navaja automática cuya hoja de casi un palmo de longitud se desplegaba apretando un botón.

Pero no era forma de proceder, ni con la pistola ni con la navaja. Una muerte violenta podía alertar a las autoridades y provocar una búsqueda del asesino, precipitando su huida. Por eso *neutralizar* resultaba la palabra adecuada. Debía recrear un suicidio, no un asesinato. Eso representaba el verdadero desafío. Matar era fácil, pero ¿cómo hacer que parezca un suicidio?

—Ten, coge mi birra —dijo la sombra masculina—. Voy a mear.

Venus no lo había previsto así, pero le había salido bien. Y eso que era evidente, ya que en el aparcamiento olía a orina. Sin duda, la arboleda contigua era usada como letrina por los visitantes que no tenían ganas o tiempo de ir al chiringuito a satisfacer sus necesidades. De cualquier modo, concluyó con rapidez, de nada servían las

celebraciones. Gay Morris, el objetivo, subía ya por la pendiente; se oían sus pasos y el roce de su ropa en los arbustos. Oculta tras el coche, Venus vio emerger su sombra alargada, avanzando lentamente y balanceándose por los efectos del alcohol. Respiraba hondo, al sacar la mano derecha del bolsillo de la cazadora, empuñando la navaja. Después puso la otra mano para evitar que la hoja hiciera un chasquido al abrirse, y oprimió el botón del muelle.

La sombra pasó frente a ella, a escaso metro y medio, a contraluz, recortada en hombros y cabeza por el vago resplandor de la luna. Un hombre sin rostro. Un hombre muerto. Atravesó el descampado y se perdió entre las sombras que rodeaban el bosque. Junto a un árbol de la segunda hilera, se detuvo. Posiblemente se estaba desabrochando el cinturón, desabotonando los pantalones, cuando Venus se irguió en la oscuridad. Procurando no hacer ruido, siguió los pasos de Morris hacia la arboleda. Localizó primero el siseo del chorro, después el brillo de la orina bajo el fulgor de la noche, y después ya lo vio a él, piernas abiertas, con un asunto importante entre manos. Se deslizó sigilosamente hasta colocarse tras él, aunque parecía tan bebido que, si se hubiera acercado cantando *El Pequeño tamborilero*, tampoco se habría dado cuenta. Olió a orina y ropa sudada, a cerveza y sexo, e imaginó un rostro sin afeitar, desconcertado, que veía materializarse ante él una figura negra y letal.

Con la mano izquierda, le buscó la boca para tapársela y situar el lugar exacto donde estaba la garganta, mientras la mano derecha colocaba el filo de la navaja en contacto con la nuez, ligeramente inclinada, que impediría de inmediato cualquier sonido que pudiera emitir el objetivo. Un brusco giro de muñeca y seccionaría la garganta, sintiendo ese espasmo mortal del cuerpo en contacto con el suyo, ese estremecimiento, ese aire débil del grito que no llegaría a salir, pues se iría por la herida, y el borbotón de sangre caliente que se derramaría de inmediato por el mango de la navaja, la mano y el brazo de Venus, hasta el codo. Luego lo ayudaría a caer sosteniéndolo fuerte para que no hiciera ruido al desplomarse, manteniendo la mano sobre su boca para apagar el estertor. Ya lo había experimentado muchas otras veces.

Un simple giro de muñeca.

Pero no podía, esa vez no.

«Que parezca un suicidio». Califa lo había dejado claro.

—¿Todo bien, Gay? —exclamó la voz con acento japonés desde la playa.

Gay no respondió, estaba ocupado tratando de liberarse del abrazo de Venus. El flujo de orina que había estado regando el árbol cesó y acabó en sus propios zapatos. Las manos mojadas de Morris, frenéticas, golpeaban y arañaban los brazos de Venus en vano. Era un

auténtico asco.

Tenía que darse prisa o la chica de ojos rasgados acudiría a comprobar qué sucedía.

Con la navaja, ejerció más presión, la necesaria para que Gay dejase de resistirse sin que la piel de su cuello se abriera. Luego lo arrastró hacia la arboleda, tirando de él a través de la hierba. Sabía que del otro lado, el bosque daba paso a la playa, que terminaba abruptamente en un pequeño acantilado.

Gay Morris volvió a forcejear cuando el vacío se mostró ante él, pero la mano de Venus seguía sellando su boca, y la navaja continuaba rozando su piel.

No le fueron permitidas unas últimas palabras, una última súplica, un rezo desesperado. Venus no era de esas. Para ella, matar era un acto cotidiano sin necesidad de liturgia.

Un empujón final, soltando las manos de Gay, culminó el trabajo.

El grito estremecedor del *suicida* Gay Morris fue lo último que emitió antes de estrellarse contra las rocas.

Había una fuente al inicio del descampado donde estaban aparcados los coches. Venus se lavó las manos manchadas de orina y saliva y dejó el lugar antes de que comenzara el bullicio de la policía y las ambulancias. No sería el primer incidente de un joven ebrio que se precipita por el acantilado. Sin duda, aquel sería un caso más; así que no tenía que preocuparse por esconder su identidad. Nadie la había visto y nadie la buscaría. Había sido, por lo tanto, como un día más en la oficina.

Así pues, matar era fácil. Para ella, matar a un ser humano no se diferenciaba gran cosa de matar a un animal cualquiera. El único inconveniente era que, a veces, el humano era consciente de lo que iba a pasar. No era lo mismo ejecutar a alguien que sabía que iba a morir, que sorprenderlo.

Y el hombre que ahora estaba arrodillado ante ella lo sabía perfectamente.

—¿Últimas palabras, agente Christian Scott?

El expolicía elevó la vista lentamente hasta encontrar los ojos de Venus y asintió con una sonrisa forzada, su rostro ensangrentado, burlón.

—Será un placer irme al otro barrio con el dulce sabor de tu lengua en mi boca, preciosa —escupió esas palabras con un retorcido orgullo, repasando sus labios con la lengua.

Venus reprimió un estremecimiento producido, tal vez, por la rabia. No mostraría debilidad, no en ese momento crítico. Mantuvo el arma preparada y el dedo en el gatillo, tensa.

—¡Hijos de puta! —exclamó Scott, ahora enfurecido, una reacción común en quienes se sienten acorralados, algo que Venus había

observado antes.

«No pienses», se recordó. «Sería un error y no es propio de ti. La vida es dura, la guerra acarrea muertes y verdugos, y yo simplemente aplico las reglas, igual que otros pueden aplicarlas conmigo. Como en el callejón».

Recordó el oscuro callejón en Chicago, donde la violaron y agredieron.

El mundo no era un lugar para los débiles, eso lo sabían tanto ella como Scott.

—Hijos de puta. —Ya no era un grito, sino un gemido suplicante. Y después, ojos cerrados, un rezo susurrado, incoherente y atropellado—: Señor mi Jesucristo, Virgen santísima, acógeme en tu gloria…

El seguro de la pistola al desactivarse resonó ominosamente en la mañana fría.

Con el arma apuntando a la cara de Scott, los ojos de Venus se desenfocaron, reemplazados por el recuerdo del callejón tenebroso. Como si regresara a ese lugar, sintió de nuevo el tacto helado y áspero en su cara, el hedor a cerveza de aquel aliento putrefacto. Y, a pesar de su promesa de olvidar, sintió satisfacción al sentir la carne cediendo ante el toque del hierro oxidado.

Aquella fatídica y neblinosa velada, Charlize Brown, loba solitaria desde su nacimiento, se había desvanecido en el abismo de la eternidad, emergiendo de los restos Venus, la asesina de hielo.

Otro juramento quedó sellado entonces: hacer rendir cuentas a cualquier desgraciado que se cruzase en su camino. La mera evocación de su promesa provocó que su dedo se tensase aún más sobre el gatillo. Pestañeó y se enfrentó a Scott, que aún esperaba de rodillas, con los ojos cerrados y el rostro reflejando un miedo irreductible. Fue una fuerza invisible, surgida desde las profundidades de su ser, o tal vez su instinto de asesina, lo que guio su brazo en un giro rápido. Ocurrió en menos de un segundo e impidió cualquier reacción. No detuvo el flujo de su acción para disparar en el instante preciso en que el cañón se alineó con el pecho de Hunter Milton. Los ojos abiertos de Hunter, pupilas dilatadas por el terror, quedarían inmortalizados en su memoria en ese rincón selecto al que regresaría de tanto en tanto, como un trofeo más, un testimonio del cazador frente a su presa.

19

El día irrumpió en el cielo.

Tomando el sendero hacia el oeste y luego siguiendo las vías ferroviarias hacia las montañas, vislumbré una sombra, una mancha oscura asentada en un valle verde. Forcé la vista. Era una aldea, un suspiro silente en medio de la naturaleza.

Consulté a Margot con la mirada y en sus ojos, apagados y caídos, encontré la confirmación que necesitaba. A pesar de que todavía corríamos peligro de ser alcanzados por Milton y Venus, no nos vendría mal hacer un alto en nuestro camino. La pequeña estaba hambrienta —pasado el impacto de la persecución, lapso en que no había abierto la boca, había empezado a quejarse—, y a pesar de que mis bolsillos estaban justos de monedas, mi estómago exigía su tributo. Además, aprovecharía la pausa para verificar nuestra ruta sin atraer demasiada atención.

Un cartel en el camino nos dio la bienvenida a Grayrigg. Pronto nos topamos con un rebaño de ovejas dirigido por un collie y su dueño. El pastor se llevó la mano a la visera a modo de saludo y siguió su camino, dejando claro su preferencia por la compañía de animales en lugar de personas. No era quién para juzgarlo, habiendo pasado toda mi vida obsesionado con ordenadores y gráficos, sin prever el drama familiar que se avecinaba.

Grayrigg emanaba una quietud campestre, atrapada en un tiempo pasado. A nuestro alrededor, los campos se desplegaban en una paleta de verdes y dorados, agitados por el viento que llegaba de las colinas. Las calles empedradas nos condujeron entre cabañas de piedra y tejados grises. A medida que el sol proyectaba su tenue luz sobre la aldea, las sombras se alargaban, creando un mosaico en constante cambio de luces y sombras. Cada paso resonaba con ecos del pasado; caminar por esas vías deshabitadas era como adentrarse en un refugio tranquilo en medio del bullicio del mundo.

Una furgoneta de reparto nos adelantó, devolviéndonos brevemente al presente. Para un depredador de Wall Street como yo, era como flotar en una postal de otro siglo. Casi detuve la furgoneta y consideré la idea de probar suerte con la carta del autoestopista para alejarnos de allí sobre cuatro ruedas, pero reprimí el impulso. No estábamos aún lo suficientemente exhaustos ni desesperados como

para arriesgar la misión al ser reconocidos por un extraño que pudiera delatarnos, de modo que descarté esa opción.

Un delicioso aroma a pan recién hecho guio nuestros pasos. Junto a la iglesia, con su cementerio pintoresco, y bajo las ramas de un gran roble, descubrimos una panadería artesanal.

Ante de entrar, recuperé un billete de dentro del calcetín —una manía de mis tiempos de adolescente que en esa ocasión nos iba a salvar el culo— y aupé a Margot, cuyo cansancio era ya palpable, en brazos.

Las paredes de piedra del horno mostraban las cicatrices del tiempo y los travesaños de madera crujían al compás del viento. En su interior, el horno ardía con un fuego lento y constante, y el aroma a levadura y harina llenaba el espacio.

La dueña salió a nuestro encuentro, frotándose las manos en el delantal. Se conoce que antes se las había llevado al rostro, ya que sus mejillas sonrojadas estaban espolvoreadas de harina. Y no solo las mejillas: su cabello castaño, recogido en una coleta despreocupada, tenía mechones blancos. Poseía la mirada aguda de todo buen comerciante, las mejillas redondas y mullidas de quien ama la comida y la sonrisa amable de quien disfruta sirviendo. Sus brazos estaban adornados con tatuajes, a modo de anuncio viviente, que asomaban debajo de una camiseta de tirantes que llevaba bajo el delantal. Parecía un malvavisco tostado.

Antes de encontrarnos con ella, había cubierto la mitad del rostro de Margot levantando la parte superior de su jersey. Cualquier precaución era insuficiente.

—¿Qué va a ser? —preguntó, apoyándose en el mostrador de madera. Su aliento entrecortado denotaba una jornada laboral incesante pero satisfactoria.

Examiné la colección de delicias frente a mí: varios tipos de pan, dulces rellenos de crema, pastas de diferentes sabores… Aunque nuestra visita tenía como pretexto recabar información y reponer fuerzas, por un instante, todos esos manjares lograron hacerme olvidar las penurias que habíamos atravesado y lo que aún estaba por venir. Estaba salivando.

Me decanté por galletas de jengibre, mermelada casera y un pan de pasas.

—¿Un Selkirk Bannock?

—¿Cómo dice?

—El pan de pasas. Así se llama. Es típico escocés.

Me sorprendí a mí mismo observando las criaturas que parecían dragones, que, al ritmo de sus aspavientos, parecían bailar en sus brazos.

—Ah, entiendo.

Dedicándome una divertida aunque recelosa mirada:

—Vosotros… no sois de por aquí, ¿verdad?

—Estadounidenses —respondí. No había razón para mentir. En realidad, cualquier cosa que me alejara de la isla era beneficiosa en ese momento.

Hizo un nuevo aspaviento y silbó al aire. Estaba claro que nuestra procedencia la había sorprendido como si hubiéramos asegurado venir de Marte. Pronto me di cuenta de que era una de esas personas que parecen navegar por la vida con gracia y calma, irradiando paz, como si las ansiedades y preocupaciones superfluas fueran ajenas a ella. La nube de harina que la envolvía parecía haberla sumido en un hechizo perpetuo de bienestar.

Aproveché que habíamos tocado el tema geográfico para preguntar por el destino al que nos dirigíamos.

La mirada recelosa de la mujer se volvió menos divertida.

—¿La vieja granja de los Harker?

Asentí con la cabeza en señal de confirmación, dejándome llevar.

—¿Seguro que queréis ir allí? —insistió el malvavisco.

Eso me puso en alerta. Pensé en el mensaje del colgante que nos había llevado hasta allí. ¿Qué sabía sobre el emisor? Absolutamente nada, más allá de que se apellidaba como el amante de mi madre. Había fantaseado con la posibilidad de que hubiera sido Megan quien lo había escrito, dado que ella también conocía la historia de Matt; pero solo era eso, una fantasía. Por primera vez, me di cuenta, al encontrarme con la inquietante mirada de la panadera, de que mis pasos estaban siendo guiados por un completo desconocido. No era lo más sensato, sin embargo, no tenía otra opción.

—Hemos oído hablar del sitio y pensamos aprovechar la visita para tomar algunas fotos —me inventé.

—Muy macabro —repuso, abofeteándome con la mirada.

No entendí por qué había dicho eso.

—¿Está muy lejos? —pregunté, haciendo oídos sordos a su ofensivo comentario.

—No, queda a unos cuarenta minutos caminando a buen ritmo, siguiendo el sendero hacia el oeste —respondió—. Pero no veréis mucho desde la verja. Dicen que está todo cubierto de malas hierbas y vegetación salvaje, hecho un desastre.

—¿Vive alguien allí?

Soltó una carcajada tan profunda que me ofendió. Pero, tan rápido como había reído, su sonrisa se desvaneció, y sus labios se fruncieron mientras respondía:

—Nadie ha habitado en esa granja desde el incendió de 1978. Debería haber sido demolido hace años.

Me estremecí.

—¿El lugar sufrió un incendio? ¿Hubo víctimas? —pregunté.

Me pasó una bolsa con la compra y me dijo cuánto era. Había perdido algunas monedas durante la persecución, pero por suerte, tenía el billete de mi calcetín. Añadí un par de pasteles rellenos a la compra. ¡Al carajo! Me dije a mí mismo que, si íbamos a encontrarnos con un mensajero enigmático en una granja en ruinas, merecíamos un premio.

—Perecieron todos. Ryan Harker mató a su esposa y a sus cuatro hijas y después incendió la granja con ellas dentro —comentó, dándome el cambio—. Ahora, si no deseáis nada más, tengo cosas que hacer.

Tragué saliva, sintiendo cómo me bajaba la tensión. Ahora entendía por qué lo habían descrito como «macabro».

Estábamos a punto de irnos cuando me detuve y me giré hacia ella.

—Por casualidad, ¿el nombre de Alison Landymore te dice algo?

Ella frunció el ceño en confusión y meneó la cabeza enérgicamente.

—¿Es de Grayrigg?

—No importa, olvídalo. Gracias.

Salimos de la tienda y disfrutamos de los pasteles durante el camino que volvía a sacarnos fuera de la aldea. A los pocos minutos habíamos atravesado el límite de Grayrigg, con sus prados verdes ondeando hasta el inicio de las colinas. Margot recuperó su brillo en los ojos y me regaló un par de sonrisas mientras jugábamos a «veo, veo». Sin embargo, su expresión revelaba que echaba de menos a Scott, y probablemente hubiera preferido que yo me quedara al otro lado del paso a nivel y ella siguiera con él. No podía culparla; al fin y al cabo, Christian había sido su protector desde que huyéramos de la residencia Califa. Le enseñó los tacos más ingeniosos, cómo manejar un cuchillo y hasta montaron juntos un altercado en un bar. En cambio, ¿qué había aportado yo? Siempre el aguafiestas, el que veía problemas donde no los había, peligros en un cuchillo romo de una cadena de comida rápida. Y aunque Margot no lo supiera, yo había sido quien la había entregado a la monja en Glenfinnan.

Yo también extrañaba a Scott, aunque me doliera admitirlo. ¿Qué habría pensado él de nuestra visita a la granja maldita? ¿Consideraría una locura concertar una cita anónima en un lugar tan cargado de historia trágica, o vería en ello la única opción lógica? Era complicado saberlo; lo más probable era que ya estuviera muerto.

Aquella idea me apretó el estómago y le ofrecí a Margot mi pastel, que ella aceptó con entusiasmo.

Ella me pidió parar; le dolían los pies. No podíamos permitirnos más pausas, así que la cogí en brazos y continuamos la marcha, con la presencia amenazante de otra tormenta. Un sendero flanqueado por

muros de piedra nos condujo a la granja Harker, que estaba rodeada por una verja metálica de dos metros de alto y que la naturaleza estaba reclamando. Un candado viejo mantenía cerradas las puertas de entrada, impidiéndonos el acceso. No había señales de vida humana.

Respiré profundamente. El aire tenía un matiz distinto, como si el invierno se resistiera a abandonar las colinas a nuestras espaldas. En la granja, el ambiente era más cálido y dulce, como si la primavera estuviera en pleno auge y la savia circulase de nuevo por las plantas.

Dejé a Margot en el suelo y agité las hojas de la verja. El sonido del candado resonó con el viento. De repente, todo se oscureció y al levantar la vista vi cómo un grupo de nubes se había instalado sobre nosotros, presagiando la noche y amenazando con un diluvio. Observé el tétrico panorama con los labios apretados y las manos aferradas a la valla. Fundidos con las sombras, los muros de piedra se mostraban negruzcos en los lugares donde los efectos del incendio todavía eran visibles.

Margot empezó a llorar. Lo que faltaba para terminar de hundir mi ánimo. No obstante, la entendía, yo también me encontraba cansado y desanimado. Quería volver a casa. Qué demonios, me habría echado a llorar con ella si nuestras vidas no dependieran de mí.

Tras unos minutos de impaciente espera, miré de nuevo el colgante y el mensaje que contenía:

Granja Harker

Sumido en la duda, me pregunté si habría interpretado erróneamente la situación o si quizás no era el momento propicio para el encuentro. ¿Se trataba de eso? ¿Habíamos llegado tarde? Intenté pensar como Scott y supuse que él habría encontrado la manera de cruzar la valla mientras yo me quedaba cuidando de la niña.

Una gota grande como un guisante cayó sobre mi nariz, salpicando mis ojos. No podíamos permanecer allí indefinidamente.

Justo cuando estaba por renunciar a la idea de esperar y consideraba volver a Grayrigg en busca de refugio, el viento trajo el sonido de neumáticos sobre la grava.

Tomé la mano de Margot y apreté con firmeza. Ella se abrazó a mi pierna. El vehículo apareció en la curva del sendero, avanzando sin prisa y con las luces apagadas, casi con respeto al silencio del lugar.

La distancia que nos separaba se redujo a unos pocos metros cuando el vehículo detuvo su marcha. Las sombras tempranas ocultaban el rostro del conductor detrás del cristal delantero. No obstante, no tuve que esperar mucho para satisfacer mi creciente curiosidad. El ruido del motor cesó, se abrió la puerta y los zapatos de un hombre, refinados a pesar de su desgaste, se posaron en el camino. Un hombre sin cara. Aunque no podía distinguir su rostro debido a la sombra de un árbol que lo envolvía, algo se agitó dentro de mí. Un

mal presentimiento.

«De modo que nos han dado alcance», recapacité, sin lograr ubicar por completo la familiaridad que me transmitía aquel individuo.

De forma repentina, el recién llegado cerró la puerta del vehículo y dio un paso al frente, emergiendo de entre las sombras. Nuestras miradas se entrecruzaron y un súbito alivio debilitó mi tensión al punto de soltar la mano de Margot.

—No puede ser —susurré, una exclamación atrapada en mi garganta, al fin reconociéndolo—. ¿Tú?

20

Club Casa Nova, Fort William, Escocia
Unas semanas atrás

Michael Landymore dejó un billete sobre la barra del Casa Nova antes de salir, balanceándose ligeramente por la ingesta de alcohol. Ni siquiera se volvió cuando uno de los escandalosos de las camisetas de rugby se burló a su paso «¡Mirad a ese viejo chiflado, se cree que ha inventado la bomba atómica!» y el resto de *Hooligans* rompieron a reír.

Tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para recuperar el aliento y evitar un inminente vómito. La brisa gélida vespertina, ya mezclada con la luz amarilla de las farolas, le cayó bien. Entornó los ojos hacia el final de la curva. Allí estaba ese hombre.

Los nombres se le olvidaban con facilidad —¿había llegado a descubrir el de ese tipo?—, pero las caras eran sus prisioneras a cadena perpetua. Cuando había servido a la marina en operaciones humanitarias, había sido una forma de terapia. Les estudiaba las caras. Las memorizaba, las clasificaba según el grado de necesidad y desesperación, intentaba recordar cuántas veces las había visto, y se preguntaba si las volvería a ver. Era un ejercicio mental, una forma de darle sentido, de humanizar su labor.

Aquel hombre que ahora se alejaba, con su andar presuroso y su gabardina negra, no era ajeno para él. Michael lo había visto antes en el Casa Nova, recordándole a un general de la Luftwaffe. Su presencia solía alterar el ambiente; los murmullos inquietos de los clientes, la atención obsequiosa de los camareros, a los que solo les faltaba inclinarse en reverencias al presentarse ante él. Michael no lo había visto soltar un solo billete ni una sola vez. Era evidente que no era un parroquiano común.

En una de sus visitas, había preguntado a Alison por aquel hombre. Su hija, siempre parca en palabras, había reaccionado cambiando drásticamente de expresión. Aquel detalle, la súbita caída de su sonrisa y la sombra que oscureció su mirada, no había pasado desapercibido para Michael.

El malestar en el estómago se extendió hasta el pecho mientras seguía al sospechoso calle abajo con la mayor cautela posible. Pero este caminaba deprisa, a una velocidad que casi podía decirse que

estaba corriendo, y Michael sufrió para seguir su ritmo sin perder la respiración. De haber llevado camisa, se habría liberado el último botón.

Bajo su chaqueta, el contacto del metal frío de su revólver, un regalo de su difunta esposa, le brindaba un consuelo familiar, recordándole sus palabras:

«Dios nos protege desde el cielo, y tú desde casa». Un emotivo regalo de jubilación.

Al final de la curva, el hombre se detuvo para ocupar una cabina telefónica.

«¿Cómo actuar ahora?», se dijo Michael. Podía entrar en la cabina por sorpresa y encañonarlo. Obligarlo a hablar. O golpearlo en la cabeza con la culata y hablar después. No, no era una solución inteligente, concluyó. Aquello no tendría vuelta atrás, y al fin y al cabo no sabía nada de ese tipo. ¿Y si no tenía nada que ver con Alison y se metía en problemas con la ley innecesariamente? Le quitarían el permiso de armas, para empezar. A su edad, dudaba que lo metieran en la cárcel, pero desde luego no iba a librarse de algunos castigos, como labores sociales forzosas, y era posible que le prohibieran volver a ver a Alison. Su hija, por descontado, no iba a poner objeciones a eso.

Por otra parte, ese hombre era un armario. Él estaba en forma y además iba armado, sin embargo, había bebido más de la cuenta y el corazón le latía mucho más rápido de lo normal.

No se encontraba bien.

Así que tomó la decisión de dejarse caer tras la carrocería de un Volvo estacionado junto a la cabina y esperar. Podía sentir las palpitaciones en sus sienes. Era penoso.

Dentro de la cabina, el tipo hablaba con alguien por teléfono. El silencio de la noche permitió a Michael reconocer algunos fragmentos sueltos de la conversación, lo suficiente como para saber que algo nefasto estaba sucediendo:

«Aquí Milton».

Ya lo tenía, el nombre del sujeto.

«…salido mal…»; «…necesito que… limpiar lo… rrido»; «nadie … be sab… esto».

No pintaba bien. ¿Qué había hecho ese hombre? Movido por la necesidad de saber más, se irguió lo justo para mirar por encima del capó del coche. Un dolor agudo le atacó el pecho, y sin embargo, el exteniente no pestañeó cuando el hombre de la gabardina negra colgó el auricular del aparato. Se quedó perplejo.

¿Estaba viendo bien, o le traicionaba la borrachera?

Los nudillos de la mano derecha del tal Milton. Los tenía pelados y ensangrentados. Y las peladuras eran frescas. Así que tuvo la certeza.

Supuso que no era ninguna sorpresa: había estado pegando a alguien, seguramente con saña.

Pensando en Alison, sintió flaqueza. Llevaba días sin saber de ella y nadie parecía haberla visto esa noche. Tampoco estaba en su caravana. Tuvo un mal presentimiento y se le nubló la vista.

Oyó pasos en la noche.

Al ajustar su mirada, vio a Milton descender hacia el río por unas escaleras de piedra. Llevaba las manos dentro de la gabardina y sus pasos eran acelerados.

A duras penas, Michael se levantó y observó desde el puente cómo el hombre se subía a un gran vehículo oscuro. En un acto desesperado, Michael sacó su revólver, pero se le escurrió y cayó al suelo. Lo recogió y apuntó en dirección al coche. No disparó. Era absurdo, dado que apenas llegaba a enfocar la punta del cañón.

Finalmente, el coche arrancó y se perdió en la niebla, dejando a Michael con la inequívoca certeza de que algo terrible había sucedido.

21

Granja Harker, Navidad de 1984

Clay era más de rubias y yo, de negras.

Estoy hablando de cervezas, debo aclarar.

Un viernes íbamos al pub enfrente de la oficina, cruzando la calle; el siguiente, si había partido, a un irlandés de mi barrio que retransmitía la liga universitaria de baloncesto. No éramos muy estrictos. ¿A tal sitio? Pues a tal sitio. ¿Que han abierto uno nuevo en el Soho? Pues lo probábamos. Pero siempre los viernes, a la salida del trabajo.

Era nuestro momento.

Nos acodábamos en la barra, pedíamos nuestras cervezas y nos arrancábamos a charlar. Y nos reíamos. Cuando la cerveza empezaba a subirse a la cabeza, hacíamos repaso de los chismes de oficina, a veces sin escucharnos, hablando a la vez. Que si fulanito engaña a su mujer con la de contabilidad, que si menganito se ha quedado dormido en el cuarto de baño. Criticábamos a los jefes, despellejábamos a los de la competencia y acabábamos tocando temas de casa y alcoba. Nos lo contábamos todo, desde lo que le ponía a Emily en la cama hasta las guarradas lascivas de los ligues de Clay. Absolutamente todo.

También esto, días después de que yo aceptara el préstamo de la organización:

—Voy a necesitar más tiempo —había dicho a Clay por lo bajo.

Me miró confundido, las manos en los bolsillos del traje, distraído con el ir y venir de las compañeras por el pasillo.

—Para devolver el dinero a tu gente —aclaré—. No lo he reunido todavía.

Era una tarde de café de máquina, lluvia y viento, con la oficina llena y bulliciosa. Nosotros teníamos nuestro rincón para charlar sin que nadie nos molestase, pero aún así, Clay me llevó aparte.

—No es mi gente, ¿de acuerdo? —murmuró—. No hables así. Yo solo te los mencioné. —Vale, pero ¿qué hago? —pregunté con un ojo en el pasillo de la oficina, alerta por si alguien nos escuchaba.

—¿De verdad no puedes conseguir el dinero?

—Yo pensaba que sí, pero el mercado está difícil. No es tan sencillo.

Debía mostrarme agobiado de verdad, porque, entre pequeños sorbos al vaso de plástico, Clay no dejaba de decirme que no me preocupara. Que no me pusiera en lo peor. Que los miembros de la organización eran gente seria, pero no asesinos.

Fue al día siguiente, viernes, cuando por primera vez lo noté intranquilo, cambiado. Esa tarde no fuimos a ningún pub, sino que nos quedamos en el parque Washington, paseando y hablando. Y en lugar de sacar un tema de una chica o anécdota laboral, se detuvo, me cogió del brazo y carraspeó.

—Hablemos con ellos —propuso—. Puedo concertar un encuentro.

—Ya te he dicho que no tengo el dinero —respondí.

—Pediremos más tiempo —insistió—. Como te dije, no son asesinos. Confía en mí.

Y yo, algo reticente, confié en él. Clay cerraría un encuentro clandestino, y unas horas más tarde, despertaríamos en un garaje abandonado, con nuestras cabezas envueltas en bolsas de tela oscura. Escucharía el estampido de un disparo. Contemplaría la mancha de sangre dispersándose por el pavimento. Sentiría el frío metal del cañón de una Magnum presionando mi frente con fuerza suficiente para dejar una huella. A partir de ese momento, viviría acosado por el temor de encontrarme un destino similar al suyo, aterrado y abrumado por la culpa de su muerte. Terminaría yéndome a Londres con el grupo y, más adelante, recorrería Escocia en compañía de Scott y Margot.

Hasta que esa mañana, ante la decrépita granja de los Harker, un vehículo se detuvo delante de la niña y de mí, y un hombre con el distintivo emblema de los Crimson Tide de la Universidad de Alabama tatuado en el dorso de la mano izquierda, salió del coche. Me quedé estupefacto porque ante mí, con ojos llorosos y postura cansada, la persona que yo creía muerta, mi amigo de confidencias de los viernes, me habló:

—¡Neil!

22

El estrépito y el fogonazo sobresaltaron a Christian. Abrió los ojos, sorprendido por poder hacerlo. Una bandada de aves alzó el vuelo desde el corazón del bosque, a modo de despedida.

Milton quebró una exclamación de sorpresa a la mitad de un gemido agónico, antes de poner los ojos en blanco y caer al suelo. Christian lo vio desplomarse a cámara lenta. Recordó una ocasión cuando estaba jugando al billar con algunos colegas de la brigada de antivicio en una fiesta prenavideña. Milton, que se había tomado algunos cócteles de más, golpeó mal la bola, que pasó rozando la nariz de Christian antes de impactar en la nuca a una mujer que jugaba cerca, causándole una conmoción. La joven cayó desmayada de modo similar a cómo Milton acababa de derrumbarse a los pies de Venus. Ahí era donde le llevaba la mente: a una partida de billar en Candem, Londres, mientras la vida le concedía una última oportunidad.

A contraluz, Venus era una silueta oscura frente a él. Christian percibió el olor acre que despedía el humo del cañón. Vio su bate de béisbol en el suelo y lo asió de nuevo.

Cinco segundos pasaron.

—Tira ese bate —ordenó ella, su voz exenta de arrepentimiento, más bien revestida de autoridad.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó Christian, intentando dilatar el tiempo.

Ella lo apuntó con la pistola.

—He dicho que tires el bate.

Su apatía innata, la indiferencia de su tono, atemorizaban más que los gritos y puñetazos que Milton le había propinado antes. Era como estar ante un cíborg programado para matar.

Christian obedeció, y el bate de béisbol describió piruetas en el aire antes de aterrizar lejos.

«Este es tu fin —concluyó—. Buen viaje».

Arriesgó a mirarla a los ojos, sin desafiarla pero abandonando cualquier atisbo de cobardía. No dirían eso de él, no en el instante de su adiós.

Si debía morir, lo haría con la frente alta, tal y como había vivido siempre.

Ella, arma en alto, también fijó su vista en la suya. Christian

recordó entonces el instante de su primer encuentro. Él no atravesaba su mejor momento —un sicario había intentado matarlo forzando la cerradura de su casa justo después de que Christian fuera despedido por supuesta corrupción— y ella parecía una diosa. Tal vez por eso, porque no estaba para bailar el *hula hoop*, Christian no se la había llevado a la cama de inmediato, algo que sin duda habría intentado en circunstancias convencionales, pese a la diferencia de edad que los separaba. A esas alturas, ya no debía explicaciones a nadie.

Christian contabilizaba suficientes vueltas al sol para intuir que ella —mirada oblicua, media sonrisa y rubor en las mejillas— habría aceptado esa aventura si no fuera porque, en realidad, ella estaba allí con un cometido de naturaleza muy distinta: engañarlo y capturarlo.

El segundo encuentro, más breve y húmedo, se había producido hacía escasos minutos, al alba, justo antes de que Milton despertara y alertara de la presencia de intrusos. Ella dormía en los asientos traseros del Mercedes, junto a la niña, como una joven tras contar un cuento a su hermana menor. En contraste con el bar, Christian sintió una ternura, unas ganas de abrazarla, que ahora, al borde del fin, se disipaba.

—¡Levántate! —exclamó ella, acompañando la orden con un movimiento vertical de la pistola.

Brazos en alto, Christian hizo lo que le dijo.

—Ahora, vuélvete y camina.

Avanzó lentamente, guiado por ella hacia el bosque, sin saber su propósito. Quería hablar, cualquier cosa para ganar tiempo, pues por experiencia propia sabía que, en situaciones límite y en desventaja como aquella, lo primordial era ganar tiempo —en este mundo caótico, nunca se sabe lo que puede pasar en el siguiente segundo—, pero estaba en blanco. Sentía que cualquier alteración en el aire, la mínima brisa, podría incidir en los circuitos de la asesina y empujarla a actuar.

Sin embargo, había una parte buena en todo aquello: Venus no parecía interesada en buscar a Neil y a la niña, dándoles una oportunidad de huida. ¿Por qué actuaba así de repente? ¿Qué buscaba Venus realmente?

Un buho ululó a lo lejos.

La mañana perdió toda su luz cuando entraron en la zona arbolada, él siempre delante, manos levantadas, seguido de cerca por Venus con el arma. Los pasos a su espalda resonaban a hojas muertas y tierra mojada. La presencia del cañón, a menos de dos metros de él, le pesaba como una piedra sobre los hombros. Hasta caminar se vuelve difícil cuando lo único que te separa de la muerte es el movimiento de una falange.

Evaluó sus opciones rápidamente. ¿De cuánto tiempo dispondría

antes de que ella presionara el gatillo y se apagara la luz? Estimaba que no demasiado. Pero… el cerebro es un ordenador, de modo que en el breve tiempo que empleó en dar un siguiente paso, acudió a su mente una cascada de posibilidades. La primera, la más obvia e instintiva: Venus había eliminado a Milton y ahora estaban solos en medio de la nada. Dejarlo con vida suponía un peligro evidente para Venus, tanto pensando en un posible testimonio de Christian a la Scotland Yard, como de cara a Califa, a quien acababa de traicionar. Si él llegara a saberlo, Venus sería historia.

Por otra parte, se trataba de una asesina. Y portaba el único arma.

Pero, al dar un paso más, una idea desesperada empezó a fraguarse en su mente. ¿Estaba motivada por su instinto o por la razón? Era difícil saberlo.

«Analiza la situación, Chris: Venus disparó a Milton cuando lo más fácil habría sido matarme a mí y después continuar con la misión. Además, cabe recordar que la pistola era de Milton y ella estaba desarmada, lo que la obligó a realizar un movimiento arriesgado para que él le cediera la pistola voluntariamente.» ¿Por qué lo hizo? Si su intención era arrastrarlo hasta el bosque para matarle a él también, ¿qué sentido tenía lo que había hecho? ¿Estaban motivadas sus acciones por el simple placer de matar? ¿Era Milton su verdadero objetivo, quedando Christian en un segundo lugar —o tercero, considerando a Neil— en su lista de prioridades? Aun siendo eso así, nada la impedía ejecutarlo, como parecía decidida a hacer. Con todo, ¿qué hacer?

En el interior de la arboleda, Christian dio otro paso. Más silencio. Sobre sus cabezas, las copas de los árboles parecían fantasmas que agitaran los brazos por efecto del viento.

Siguieron avanzando a través de la maleza hasta llegar a un pequeño claro, donde ella lo obligó a detenerse. Él se volvió hasta tenerla enfrente. El viento del norte agitaba su flequillo y la camiseta a la altura de sus senos, dándoles forma por debajo de la tela.

—Mírame —ella señalaba su propia cara con el cañón. Sin dejar de atravesarlo con los ojos, ella avanzó hacia él.

Al miedo de Christian se sumó la incomodidad.

—¡Mírame! —repitió en un grito cuando los separaba menos de un metro.

Se observaron mutuamente durante algunos segundos, con el cañón apuntando al torso del expolicía y el brazo de ella flexionado en un ángulo de noventa grados dada la poca distancia entre ellos.

En la penumbra, un fino haz de claridad se colaba entre los árboles y cruzaba el rostro de ella. Era un rostro tenso, joven y, en el fondo, lleno de miedo. No muy diferente al de Jessica, se le ocurrió a Christian. Solo que, en este caso, una gélida rabia hacía palpitar cada

célula de su angulosa cara, las aletas de la nariz, las pupilas trémulas en esos ojos exóticos. A esa distancia, alcanzó a oler el aroma que desprendía su largo cuello, mezcla de sudor, fragancia dulce y feromonas. También a ver el contorno de los huesos de la clavícula ocultándose bajo la camiseta por debajo de la chupa de cuero. Y, por último, la expresión sorprendida de la joven cuando le tomó la cara entre las manos y la besó de un modo intenso y avasallador.

Venus se tensó al principio, llevando la pistola al cuello de él en un violento rechazo. Al separarse de su boca, apretó los dientes manteniendo su ahora desbocada respiración nasal, sin dejar de mirarlo a los ojos mientras ejercía presión con el arma. De haber sido un filo, ya lo habría degollado. Luego, bajó la mirada hasta detenerse en sus labios, entreabiertos, jadeantes.

Entonces, los besó con ansia.

El arma cayó sobre la hojarasca.

Christian bajó los brazos hasta su cintura y la sujetó con más fuerza, sintiendo contra su entrepierna los huesos de la cadera y la redondez de sus senos en su pecho. Queriendo liberarse, Venus abrió una mano hasta agarrar a Christian del cuello, obligándolo a echar la cabeza hacia atrás, y bajó la otra hasta introducirla dentro de sus vaqueros. El contacto de la mano de ella con su miembro, el frío tacto de los anillos, lo volvió loco. Para entonces, él ya había introducido ambas manos por debajo de la camiseta y soltado los corchetes del sostén. Unos senos jóvenes rebotaron liberados, duros, bajo la tela.

—Desde que te vi en ese bar de carretera, sabía que acabaríamos así, cabrón —farfulló Venus entre gemidos.

Ciego de furia y deseo, él la empujó hacia un árbol y la arrinconó. Agarró sus dos muñecas y las levantó por encima de sus cabezas, a lo alto del tronco. Eso hizo que el torso de ella se tensara hasta marcarse sus costillas. Mientras la besaba, Christian admiraba su magnífico cuerpo. Un cuerpo que había arrebatado vidas, que no mostraba piedad. Ella consiguió liberarse y lo mordió en el cuello, una dentellada que le dejó marca. Christian sintió la sangre deslizarse por su piel, pero no se detuvo. Al contrario, contraatacó dándole la vuelta, arrinconándola mientras seguía lamiendo su cuello por detrás de las orejas. En cualquier momento, ella podría recuperar la pistola y poner fin a aquello, pero al diablo con todo, se dijo el expolicía. «No sé cuánto tiempo más voy a vivir y ella está aquí, a mi alcance. Es mi recompensa por mis miedos y peligros. Mi premio por mantenerme vivo». Así que, sin dejar de besarla, se desabotonó el pantalón, luego el de ella, le bajó las bragas y estrechó su cintura contra su sexo, que emergió tenso, dispuesto, haciendo sentir a la joven la urgencia de su deseo. Entonces se sumergió una y otra vez en aquel cuerpo joven y espléndido, con ira y desesperación, tan hondo como si le fuera la vida

en ello. Enloquecido, gruñía de gozo mientras Venus se abrazaba al árbol gimiendo como un animal herido.

23

Residencia de Clay, Inglaterra
Navidad de 1984

Salí de la bañera chorreando agua. Me estaba secando con una toalla cuando Clay se presentó en la puerta abierta y llamó suavemente con los nudillos en la madera. Se le notaba cansado pero sereno, reflejando, como si se sintiese a salvo. No en vano, estábamos en su casa.

—Estás hecho un cromo —comentó.

Deslicé la mano por el espejo empañado del lavabo y estudié mi aspecto. Trágico. Decir que estaba hecho un cromo era ser amable. Había perdido algunos kilos y tenía magulladuras por todas partes. Cercos oscuros bajo los ojos provocados por la falta de sueño y cardenales en brazos, espalda y muslos. Un arañazo profundo que tardaría en cicatrizar surcaba mi brazo izquierdo, desde el hombro hasta el codo. Lo atribuí a nuestra incursión nocturna por el bosque.

Miré cauto a mi amigo a través del espejo. Aunque no presentaba heridas visibles, su aspecto no era mucho más alentador que el mío.

No lo había visto desde que despertamos atados de pies y manos en ese garaje de Brooklyn. Dado que esa mañana la banda le había metido una bala en el cráneo, encontrarlo vivo en Inglaterra era lo último que hubiera esperado. Aunque, tal vez, concluí mentalmente cuando terminé de secarme y me anudé la toalla a la cintura, aquello explicase ciertas cosas.

—Todavía no me has dicho qué haces aquí, en una granja perdida de Inglaterra —le dije.

—Es verdad —admitió Clay, pasándose los dedos por los labios resecos—. No te lo he dicho.

Hasta ese momento, la conversación se había centrado únicamente en responder a la gran pregunta: ¿cómo era posible que él estuviera con vida? Esa mañana, al verlo salir del coche en el sendero que daba a la granja de los Harker, había sentido que algo se desgajaba en mi interior. ¿Clay vivo? Mi amigo, a quien daba por muerto, estaba allí de pie, más delgado y desmejorado, pero indiscutiblemente era él, pronunciando mi nombre con emoción.

Durante nuestros primeros pasos en este mundo, cuando aún

somos lo bastante tiernos para no haber probado las verdaderas amarguras de la vida, tendemos a fantasear con banalidades como mansiones, deportivos y chicas; en el caso de los más románticos o mentalmente asentados —y quiero pensar que yo era uno de esos—, soñamos con una buena mujer, hijos, nietos y salud duradera. Entonces, la vida te muestra su peor cara y recibes un mazazo; es inevitable, antes o después ocurre. En mi caso, fue el asesinato de mi padre. Es cuando las fantasías se vuelven más necesarias y a la vez más inalcanzables. Ningún yate, Lamborghini o modelo de Victoria's Secret habría podido competir con la posibilidad de obtener un segundo de propina junto a mi padre. Era un sueño que se volvió recurrente. Lo habíamos enterrado, sí; todos hablaban de él en pasado, de acuerdo; pero yo seguía buscándolo secretamente en su lado del sofá, o en el garaje, donde le gustaba trastear, o al final de la barra de su bar de toda la vida. Algo dentro de ti te dice que no es verdad, que no es para siempre, y que en el momento más inesperado aparecerá tras la puerta, sonreirá y te dará un abrazo.

Por supuesto, como buena fantasía, nunca se cumple. Porque los muertos no vuelven. Es una de las reglas del juego. Una de las más crueles. Por eso entré en una especie de cortocircuito cuando me acerqué a Clay y sentí su abrazo cálido contra mi cuerpo. Su voz sonaba igual, su sudor olía igual, y hasta su risa tonta, ahora mezclada con gimoteos emocionados, era igual de contagiosa. Luego me liberé de sus brazos y retrocedí un paso para observarlo en conjunto. Le había crecido el cabello y llevaba la barba tan tupida que no se sabía dónde terminaba esta y dónde empezaban sus míticas patillas estilo rockabilly. Lucía otro modelo de gafas y vestía una camisa blanca llena de arrugas, muy desgastada en los puños. Por lo demás, y dejando a un lado la expresión abatida de quien ha sobrevivido a una travesía por el desierto, seguía siendo aquel colega con quien había compartido risas y chismes en el distrito financiero.

Saludó a Margot distraídamente —nunca fue Clay un imán para los niños— aunque con curiosidad, y nos invitó a subir a su coche.

—Estaréis agotados. Os llevaré a un sitio caliente y seguro.

—Antes, tenemos mil cosas de las que hablar —dije, ávido de respuestas.

—Primero vayamos a un lugar seguro —fue todo lo que respondió —. Aquí corremos peligro.

Mi amigo había conducido el automóvil con el pulso tembloroso y el cigarrillo oscilando entre sus dedos índice y corazón, mientras manejaba el volante con el resto de la mano, sin mirarme ni comentar nada. Y durante los quince primeros minutos del trayecto, tan silencioso como él, yo había estado contemplando su perfil iluminado por el tenue resplandor de la mañana, el punto rojo de la brasa del

cigarrillo avivado cada vez que aspiraba el humo. Estudiando a aquel hombre como si lo viese por primera vez. Haciéndome infinidad de preguntas sin respuesta.

Finalmente, inquirí a Clay una de las grandes cuestiones: ¿Cómo es que estaba vivo?

Fue un montaje, me explicó con voz ligeramente temblorosa. Una ilusión al estilo de los trucos de escapismo más clásicos: secuestrado por criminales, amaneces atado en un almacén, debiendo una suma escandalosa. Sabes, porque te lo ha dicho tu amigo, que esa gente es sin escrúpulos. Entonces te cubren la cabeza para que no puedas ver nada y escuchas un disparo. Al retirar la tela, una mancha de sangre donde antes estaba tu amigo sugiere lo peor. ¿Cuál es tu conclusión? La mente solo valora una posibilidad: una banda criminal, una nave, una deuda, un disparo y una mancha de sangre… en resumen: una ejecución en toda regla.

Durante el tiempo en que había estado con los ojos cubiertos, Timothy, el matón de imponente estatura, solo disparó al aire. Enseguida, arrastraron a Clay a otro cuarto, amordazándolo para silenciar cualquier sonido; daba igual, porque para ese momento yo ya me había desmayado. Pero había que prevenir. Al recuperar la vista, él ya había desaparecido, sembrando en mí la certeza de su muerte.

Pero la visión del charco de sangre seguía sin cuadrar en mi cabeza. Se lo pregunté.

—Eso no lo sé —respondió—, pudo ser sangre de cualquiera, incluso de un animal, como de un cerdo, por ejemplo.

—No lo comprendo —dije, reviviendo aquel terror—. Si no querían matarte ni reclutarte, ¿por qué tomarse la molestia de secuestrarte? ¿Cuál era su propósito?

—Quizás querían intimidarte —sugirió con un gesto de resignación —. El miedo te vuelve vulnerable, manejable. Como un jefe que despide a un empleado en público para afirmar su poder. Si te mostraban mi *ejecución*, sabrían que después podrían moldearte a su antojo.

—¿Y luego? —inquirí—. ¿Te permitieron retomar tu vida como si nada?

Los temblores de su mano se hicieron más violentos sobre el volante, tanto que un cilindro de ceniza se desprendió sobre el salpicadero.

—No me mataron, aunque hubo momentos en que deseé que lo hubieran hecho —su sonrisa era triste, como la de quien ha visto demasiadas cosas en poco tiempo—. Me advirtieron de que si abría la boca, mi familia pagaría las consecuencias. Tenía que dejar la ciudad y desaparecer de su vista para siempre.

Luego, la conversación derivó hacia mi experiencia desde aquel

fatídico día en el garaje hasta mi forzosa asociación con la banda, mi estancia en Londres, el secuestro de Margot, la huida de la residencia de Califa y las peripecias en Escocia. De modo singular, Clay no se había visto sorprendido en exceso por mi relato —«has tenido mucha suerte», fue su veredicto—, aunque sí mostró cierta perplejidad cuando mencioné las fotos de Megan, que habían derivado en todo lo demás.

Una densa niebla de imprecisa palidez nos rodeaba y escondía el mundo más allá de la cuneta. Clay había conducido un trecho en silencio. Lo miré dos veces de soslayo, y a la tercera hablé de nuevo:

—¿Qué haces en Inglaterra, Clay?

—Es aquí —fue todo lo que recibí como respuesta. Las respuestas a mis preguntas tendrían que esperar, y es que habíamos llegado a nuestro destino—. En ese viejo edificio.

La palabra «viejo» no le hacía justicia al sitio. El lugar caliente y seguro al que se había referido Clay era un bloque de dos alturas, de ladrillo desgastado, más desprendido que desmoronado. La oxidada verja que lo circundaba estaba a punto de sucumbir al tiempo, lo que planteaba la pregunta de si valía la pena entrar allí a costa de pillar el tétanos. Como medida de evasión, pensé, era tan eficaz como otra cualquiera. En el jardín, que quizás en otro tiempo hubiera sido un regio vergel del que sentirse orgulloso, había un colchón maltrecho, tirado sobre el tronco quebrado de un árbol que se inclinaba hacia el suelo, enfermo. Cuando menos, era como si una piara de cerdos hubiera estado retozando sobre el colchón a diario desde tiempos del presidente Nixon. La escalera de entrada, cinco peldaños de hormigón, parecía deshacerse en polvo al pisarla, y la puerta principal, de un marrón desgastado, lucía una especie de grafiti poco elaborado.

A unos cien metros de llegar, alguien, supuse que Clay, había colocado obstáculos de cemento en la carretera, a modo de barricada de conflicto bélico. Clay detuvo el coche y nos informó de que haríamos el resto del camino a pie. Tomando la mano de Margot, seguimos a mi viejo amigo mientras sorteábamos los bloques de cemento.

—¿Estás seguro de que es aquí? —pregunté.

—Es aquí —repitió sin volverse.

Por encima de la camisa, Clay llevaba un abrigo de felpa gris, elegante pero desgastado en mangas y cuello, que había rescatado del maletero del coche. Pantalones vaqueros y zapatillas de deporte completaban un atuendo que habría pasado desapercibido en cualquier estadio deportivo. Solo le faltaba la gorra de los Yankees.

—¿Bucólica, verdad? —dijo, tal vez con sarcasmo, tal vez no, cuando abrió el candado que mantenía la puerta de la verja cerrada y nos invitó a pasar.

Pero el término que realmente encajaba era «abandonada». Inspeccioné el jardín, pero no encontré a ningún yonqui buscándose la vena del brazo. Era todo un alivio. En el cielo, el sol se mostraba como una oblea semioculta por la niebla. Bajo mis pies crujía la hierba con restos de porcelana y cristal.

Sentí que Margot me apretaba la mano.

Clay buscó en su llavero antes de abrir la puerta. Antes de entrar, observé que, de forma inconsciente o no, la mano se me había ido al cuchillo que guardaba detrás del cinturón; era el cuchillo que Margot había dejado caer fuera de la iglesia donde habían asesinado a la hermana Rachel y al sacerdote. Lo metí en el bolsillo derecho de la cazadora sin que Clay se diera cuenta, empuñándolo. ¿Era eso lo que ocurría cuando ibas armado? Fue uno de los muchos aprendizajes durante mi epopeya en tierras británicas. Siempre estaba ahí, a tu lado, como una especie de tranquilizante que te calma o te da seguridad en las situaciones de tensión.

Durante el trayecto había meditado mucho en lo que iba a hacer. Y cómo iba a hacerlo.

No tenía claro qué esperaba encontrarme en el refugio de Clay —quizás algo parecido a la letrina que acabábamos de dejar atrás—, pero franquear aquella puerta fue como atravesar un portal mágico que te llevaba a otro mundo: muebles robustos y acogedores, desgastados por el tiempo, en una sala de estar que invitaba a la relajación. La chimenea central, aunque apagada, emanaba una acogedora sensación de comodidad. Un sofá y dos sillones tapizados en tela a cuadros, que parecían haber estado allí durante generaciones, se agrupaban alrededor de una mesa de café de madera maciza con un flexo sobre ella. Las estanterías, del mismo material, decoraban una de las paredes, cargadas con libros gastados y objetos de cerámica heredados de generaciones anteriores. Fotografías enmarcadas de una pareja de edad avanzada colgaban en la otra pared, contando la historia de quienes habían habitado la casa a lo largo de los años. Me fijé en que ningún marco mostraba la imagen de Clay. Una alfombra gruesa y mullida cubría el suelo.

Una de las paredes daba a la cocina, un rincón silencioso donde el tiempo parecía haberse detenido. Los gabinetes de roble envejecido estaban repletos de vajilla de cerámica con patrones retro, y una antigua radio apagada descansaba en la encimera. De la pared que había nada más entrar en la casona salía un largo pasillo que daba al resto de las estancias, así como al hueco de la escalera.

En la esquina opuesta, un mueble bajo con juegos de mesa clásicos como Scrabble y Trivial, las aristas de sus cajas desgastadas por el uso. Sobre una mesa auxiliar, un viejo tocadiscos y un tablero de Monopoly con una partida empezada. De pronto, retrocedí en el tiempo a aquel

Acción de Gracias en que habíamos jugado al Monopoly en familia. Mi figura era el dedal y Megan siempre escogía el sombrero de copa. Le encantaba ese juego y se le daba bien, mejor que a mí, a pesar de que se suponía que tenía que ser al revés, pues yo era el aspirante a agente de bolsa y ella todavía una universitaria de primer grado. Había sido un día espléndido, y sí, recordaba que Megan me había desplumado cuando mi ficha cayó en su calle más lujosa. Después, para celebrarlo, ella se había levantado para bailar a Elvis Presley, en ese instante sonando por la radio, restregándome la victoria. Pero lo que más recordaba, en ese preciso momento, mientras estaba allí, intentando no quedarme observando esa partida a medio terminar, era el aspecto de Megan, con su camiseta vieja de los Knicks, su pantalón de pijama y su piruleta en la boca. Para detener el baile de la victoria, yo le había clavado los dedos en la cintura, con Megan riendo enloquecida entre mis brazos a causa de las cosquillas, su punto débil, y nuestros padres habían reído encantados, sus manos entrelazadas sobre la mesa. Había transcurrido tiempo, pero solo con pensar en cómo nos habíamos reído ese día, sentí que las rodillas me fallaban un poco.

Cuando cruzamos la puerta, Clay y yo nos quedamos callados uno frente al otro, mirándonos, él con las manos en los bolsillos, las mías libres a los costados. Él fue el primero en romper el silencio.

—Date un baño caliente, te sacaré toallas y ropa limpia, tienes más o menos mi talla. Prepararé algo para comer mientras tanto. Luego, nos pondremos al día.

—No pienso dejar a la niña, Clay —afirmé, posando mi mano sobre el hombro de Margot—. Espero que lo comprendas y no lo tomes como algo personal.

Torció la boca en un gesto suyo que me devolvió a las bulliciosas oficinas neoyorquinas, su expresión de «ni de coña te preocupes». Solía acompañarla de un bufido y una posición de brazos en jarra y piernas abiertas a lo Peter Pan. En esta ocasión, no hubo bufido. Después, nuestras miradas se detuvieron en Margot.

—Deja que duerma mientras descansas —propuso él.

Miré más allá del sillón, por el pasillo oscuro, hasta el baño abierto al fondo.

—Dejaré la puerta abierta para verla desde la bañera —fue mi exigencia.

Disfruté del baño con un ojo puesto en Margot, que dormía plácidamente en el sillón, y el otro, en lo extraño de la situación. En un rincón, entre los botes de champú, había escondido mi cuchillo, listo para cualquier eventualidad. A pesar de que las condiciones invitaban a ello —la tibieza del agua, la claridad tenue que se colaba desde el exterior, el silencio en el apartamento y el cansancio acumulado—, resistí la tentación de dormirme.

—¿Tuviste pesadillas? —preguntó Clay, aún apoyado con los brazos cruzados en el marco de la puerta—. Ya sabes, después de que nos capturaran y nos ataran en esa nave abandonada.

—Para tener pesadillas hay que conciliar el sueño —contesté.

—Echo de menos nuestra vida.

Se quedó con la mirada perdida y una sombra en los ojos.

—No has respondido a mi pregunta —insistí, estudiando a mi amigo con recelo—. ¿Qué haces aquí?

Él miró hacia el pasillo que se alargaba tras él hasta el salón.

—Comamos primero —sugirió—. Me muero de hambre, e imagino que tú matarías por algo que meterte a la boca. He preparado sándwiches y he hecho café. Te espero en el salón.

Aquello estimuló mis papilas gustativas y me hizo salivar. ¿Cuánto hacía que no tomaba una buena taza de café?

Clay había dispuesto algo de ropa limpia en un taburete: calzoncillos, calcetines, pantalón vaquero. Una camisa amplia azul oscura. Después de tantos días de acción, se agradecía vestir ropa cómoda y con olor a suavizante.

Me moví al salón, donde Margot seguía durmiendo.

El fuego de la chimenea calentaba ahora el ambiente, y un vinilo de Beethoven (el compositor favorito de Clay) giraba en el tocadiscos, en ese momento sonando el segundo movimiento de la Séptima. Con las manos entrelazadas por detrás de la espalda, Clay hacía tiempo mirando por la ventana que daba a la parte trasera de la granja, y, más allá, casi ocultas por la pesada niebla, las montañas.

—Tiene gracia, hoy es viernes —recordó con desgana, al ver que me unía a él en la ventana.

—Todo es muy distinto ahora —añadí—. Pero me alegro que estés bien. Aunque sea en estas condiciones.

Me miró y sonrió. Sus ojos, por contra, pedían ayuda a gritos.

—Comamos, estarás hambriento —apremió, cerrando las cortinas. La estancia se sumió en oscuridad; solo el fuego crepitante de la chimenea la combatía. Para remediarlo, encendió el flexo de la mesita auxiliar, dando la sensación de ser completamente de noche.

Sobre la mesita, junto al flexo, había preparada una bandeja con sándwiches de atún y huevo, dos tazas de porcelana y una jarra de la que salía una columna de humo. Me serví café en una taza y me aferré a ella como un náufrago en sus últimos momentos se aferraría a un salvavidas.

Nada más sentarnos —yo en el sofá, Clay en el sillón libre—, él se llevó un cigarrillo a la boca y me ofreció el paquete, ya por la mitad. Acepté uno con un gesto de gratitud. Para completar el acto, encendió una cerilla, se inclinó y acercó la llama a la punta de mi cigarro. Por último, prendió el suyo y agitó la mano en el aire hasta que la llama

se extinguió.

Ambos nos observábamos como si nos viéramos por primera vez. Di una chupada al cigarrillo y dejé salir el humo despacio.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —rompió Clay el silencio.

Me llevé la taza a la boca y sentí con placer cómo el café se mezclaba con el humo.

—Tras fingir tu asesinato, la banda te amenazó si te ibas de la lengua —recordé—. Y ahora estás aquí, viviendo en una casa abandonada. —Entorné los párpados con el sabor del café torrefacto en la boca. Luego moví la cabeza y puse muy despacio la taza sobre el posavasos—. ¿Por qué?

—Desde ese día fatídico, me vi obligado a desaparecer. Estaba cagado de miedo, maldita sea. Por suerte, no tengo familia ni nadie de quien responsabilizarme, de modo que no fue difícil cambiar de vida.

—¿Y escogiste este lugar ruinoso para empezar de cero?

—No tenía mucho tiempo para buscar —explicó—. Quería algo inmediato, y esto me pareció perfecto. —Miró su alrededor y dejó escapar el humo en un suspiro—. Como ves, se trata de una finca abandonada en medio de la nada. Pertenecía a la viuda de un ganadero jubilado. Ella ahora vive en Manchester y hacía meses que no visitaba la granja, así que la puso en venta. Me salió tirada de precio. Sin embargo, el interior está bien conservado, como puedes ver, de modo que pude instalarme y vivir desde el primer minuto. Tuve mucha suerte.

Suerte.

Suerte era lo que no habían tenido los antiguos propietarios de esa casa. Pensé en la pareja que posaba en la fotografía del marco, en la estantería. Una vida de amor mutuo, amándose hasta el final; solo que el final había llegado demasiado pronto para él, y la vida de ella se había ido al cuerno hasta el punto de llegar a abandonar la casa y tener que malvenderla. Aunque, para ser justos, ¿no habían tenido también nuestros padres un matrimonio casi idílico? ¿No había sido la infancia de Megan feliz, como lo fue la mía? Y no solo sobre el papel. Todos nosotros vemos las casas con jardín y vallas de madera, una bonita fachada, a los padres sonrientes en fotos de exposición, a los hijos de aspecto sano y aparentemente felices, etcétera, y no tenemos ni idea de lo que ocurre tras la puerta, si hay gritos o abusos, infidelidades, sueños hechos pedazos y expectativas incumplidas.

Pero ese no había sido el caso de mi familia, no había sido el caso de Megan. ¿Habían sido perfectas nuestras vidas? Por supuesto que no. ¿Se acercaban a ese ideal? Lo habíamos hecho, suponía, al menos hasta que mi madre lo mandó todo al carajo teniendo una aventura con Dispenza.

Y aun así, mi hermana había sucumbido a las peores amenazas y

tentaciones del mundo de la calle.

Cuando me disponía a servirme más café, me detuve en mitad del movimiento. Una sombra había cruzado el pasillo, perdiéndose en una de sus puertas.

—No te preocupes por ella —aseguró Clay, adelantándose a mi pregunta.

Así que no estábamos solos. La cosa se complicaba.

—¿Te has buscado un ligue?

Hizo un gesto despreocupado con la mano del cigarro. El humo dibujó formas indefinidas en el aire.

—Haz como si no estuviera, de verdad. No sabe nada. Para ella solo eres un viejo amigo que está de visita con su hija.

Seguía estudiándolo desconfiado. Ataba cabos, y no me gustaba lo que ataba. Volví a sentarme.

—¿Y para ti qué soy?

Clay me miraba con intensidad. Sus ojos miopes traslucían admiración y respeto. Alguien capaz de desafiar a una organización criminal y atravesar Inglaterra con una niña como yo había hecho, era especial, no cabía duda.

—Para mí eres lo único bueno que me ha pasado en semanas —concluyó la frase con un puñetazo cómplice en el brazo. Casi me transporté a los pasillos de las oficinas de Wall Street. Casi.

Incrédulo, atónito, miré a Clay.

—Así que, tras escapar con vida de las garras de esa banda criminal, ¿decidiste empezar una nueva vida en otro país y casualmente acabaste en el mismo al que esos asesinos me enviaron a mí? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—En fin, Neil, ¿qué quieres que te diga? Nuestra empresa tiene una división en Inglaterra, como sabes. Por facilidades con el idioma y mis antepasados, no dudé en pedir el traslado.

—¿Tus antepasados?

—Mis abuelos por la rama paterna eran de Newcastle.

Hice una mueca que él no vio. Las paranoias empezaban a ser habituales en mi nuevo mundo, el problema era encontrar el punto entre la jugarreta de la imaginación y la amenaza real.

Continuaba sentado, con los antebrazos apoyados en los muslos. Incapaz de levantarme. El bajón posterior al subidón de adrenalina, la falta de sueño, el hambre y el cansancio general, lo que Clay me acababa de contar… todo eso hacía que mi cabeza diera vueltas como un púlsar en la oscuridad.

—¿Fuiste tú quien dejó el sobre a mi nombre en la estación de servicio? —pregunté.

Asintió.

—Lo hice esta mañana, poco antes de que pasarais por allí.

—Granja Harker —dije—. ¿Por qué citarnos en un lugar con un pasado tan dramático como la antigua vivienda de los Harker? Supongo que estás al corriente del desafortunado destino de la familia.

—Sí, precisamente por eso. Se trata de un lugar tan desolado y aislado que me aseguraba absoluta discreción. Justo lo que buscaba.

—Joder —exclamé, y me dejé caer en el respaldo del sofá.

Él se levantó de su sillón para sentarse a mi lado, y hasta mi olfato llegó su olor a nicotina y crema facial.

—¿Te encuentras bien? —se interesó, dándome un golpecito en la rodilla.

—Me encuentro de puta pena.

—Tómate tu tiempo.

—Esto es una locura.

Me metí medio sándwich en la boca. No era lo mejor que había probado, pero al menos la mahonesa se notaba casera —siempre he considerado la mahonesa de bote como un fracaso más de nuestra civilización—. Aunque, en ese momento, me habría entrado bien casi cualquier cosa.

Mientras masticaba, un pensamiento se coló por la puerta de atrás de mi cerebro. El colgante que habían entregado a Scott en la gasolinera, la que llevaba adherido el mensaje que me había conducido hasta Clay, rotaba sobre sí misma, como un holograma bajo la luz de un foco, en el proyector de mi mente.

—¿Cómo me has encontrado?

Me dirigió una mirada inquisitiva, intentando establecer si mi pregunta incluía un reproche. Tras un instante, pareció tranquilizarse.

—¿Estás interrogádome, Neil?

—Solo intento entender todo esto.

—¿Esto? ¿El qué?

—Todo, supongo.

Había rastros, conexiones. No sabía qué eran, pero tenía la impresión de que se me escapaba algo. Así que formulaba preguntas sin parar, intentando obtener respuestas, esperando que sirvieran de ayuda.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—No lo sé. Cualquier cosa. Todo. Para empezar, ¿te importa decirme cómo sabías que yo estaba en Escocia?

—No lo sabía. Pero lo deduje —contestó.

—Explícate.

—Cuando fingieron mi asesinato y me arrastraron fuera de esa nave abandonada, no me dejaron ir sin más. Me tuvieron varias horas maniatado, cagado de miedo. No podía ver nada por tener la cabeza todavía cubierta, pero oí cosas.

Había notado que, desde hacía un rato, Clay terminaba las frases

con cierta perplejidad, a modo de ligera interrogación.

—¿Qué cosas?

—Eran varias voces, pero una, la más grave de todas, llevaba la voz cantante. Tenía acento inglés. —Mi mente se fue directamente a Milton—. Hablaban de un ingeniero americano y una niña inglesa.

Ahora mis ojos resbalaron solos adonde Margot. El ingeniero al que se refería era, con toda seguridad, Kevin Price. Me mantuve en silencio.

—No pude quedarme con todo —prosiguió Clay—, y además se comunicaban en clave, pero me pareció entender que planeaban un secuestro. Y también mencionaron tu nombre.

Hizo una pausa para evaluar mi reacción y después continuó:

—Así que cuando, días después, escuché en las noticias que una niña de cinco años había desaparecido en Londres, fue como regresar a ese instante. Yo no había vuelto a saber de ti, pero algo me dijo que estabas involucrado de algún modo.

—Espera —lo detuve—. ¿Sabías que la banda vendría a Inglaterra y aun así decidiste esconderte precisamente aquí? ¿No tenías otro país en el mundo, Clay?

Aquello no cayó bien. Siguió un silencio breve, molesto.

—Eso no tiene ninguna gracia —dijo Clay.

—Desde luego que no la tiene —repliqué.

—Yo me afinqué aquí, en el norte. ¿Qué posibilidades había de que me cruzara con ellos?

—Tienes razón. Ellos estaban en Londres y tú a cientos de kilómetros. Lo que convierte en ciencia ficción el hecho de que me hayas encontrado.

—Desde luego, fue toda una casualidad.

—Y que lo digas, puesto que tanto la banda como la policía llevan días buscándonos, pero eres tú quien finalmente nos ha encontrado.

Arqueé las cejas, receloso, lo que lo instó a precipitar su explicación.

—Yo estaba de visita en los lagos escoceses. Simple turismo. Entonces te vi. Ibas acompañado de otro tipo y de una niña pequeña.

«Otro tipo». Un chispazo de incómoda melancolía al recordar a Scott. Quizá era remordimiento por haberlo dejado al otro lado de las vías, a merced de los lobos. Crucé las piernas y miré hacia la ventana.

—Quise acercarme, contártelo todo, pero en ese momento reconocí a la niña —siguió Clay—. A pesar de llevar el pelo más corto, la asocié de inmediato, era la cría que había desaparecido en Londres, su foto estuvo saliendo en las noticias durante días. Aquello bastó para detenerme. Si ella estaba allí, tenía que significar que la banda rondaba la zona, ¿no?

Parpadeé por toda respuesta.

Regresé al Casa Nova, ese antro de Glenfinnan. Volví a ver al tipo que se parecía a Clay. Solo que ahora sospechaba que quizá no se pareciera a él y la respuesta fuera mucho más simple. La navaja de Ockham, y todo eso.

Luego mis pensamientos saltaron a los dos hombres que nos habían acorralado en el callejón, Baldman y el doble de Ice-T. Algunos músculos de mi cuerpo se tensaron y mis ojos se fueron de nuevo a Margot, que continuaba hecha un ovillo sobre el sillón.

—¿Me has estado siguiendo? —pregunté.

—Dicho así, suena fatal.

—Suena como suena.

—Te seguí, pero porque necesitaba reencontrarme contigo. Solo que en secreto, a salvo de asesinos a sueldo. Entiéndelo, no podía acercarme en una taberna, sin más. Si alguno de ellos te hubiera visto conmigo, habría sido mi final. Era demasiado peligroso.

—De modo que…

—De modo que ideé la manera de dejarte un mensaje. Un encuentro clandestino que solo tú comprendieras.

«Ya es hora de decirlo», pensé. Y, tras sacar el colgante de Megan y depositarla sobre la mesa, lo solté:

—En el sobre no solo había un mensaje —dije—. También contenía esta joya.

Asintió. La severidad se fue adueñando de su rostro.

—Es idéntica a la que llevaba Megan cuando desapareció —añadí.

—Tenía que asegurarme de que acudirías a la cita.

—¿Dónde está mi hermana, Clay? —inquirí.

Clay parecía no haber oído la pregunta. Luego movió la cabeza mientras apagaba su cigarrillo en el cenicero. Ni siquiera se volvió cuando dijo:

—No lo sé. No está aquí.

No permití que su decepcionante respuesta condicionara mi expresión.

—Pero este mensaje me lo dejaste tú —dije, mirando el colgante.

Respondió de forma abrupta:

—¿Y tú crees que ella está aquí, conmigo?

—¿Por qué tenías el colgante de Megan? —lo acusé—. Sé que lo llevaba cuando desapareció.

Señaló el plato de comida con la barbilla.

—No estás comiendo.

—Se me ha quitado el apetito.

Al alzar la vista, encontré sus ojos. Me miraba de forma extraña entre las espirales de humo de su cigarrillo. Siguió un silencio tan largo que casi se hizo incómodo.

—Termina el sándwich —dijo—. Estás a punto de tener la

conversación más difícil de tu vida.

24

Esa misma mañana. En el bosque…

Cuando dejó de temblar y recuperó el aliento, Christian miró su reloj. Pila agotada.

A su lado, Venus yacía medio desnuda, únicamente cubierta con su camiseta y las bragas. Estaba sentada con el torso hacia delante, mirando al horizonte, melena libre, con los ojos clavados en las ramas de los árboles y respirando profundamente.

La mañana era fría y húmeda, y sin embargo, sus cuerpos desprendían vapor por el calor del momento.

Se llevó Christian la mano a la cara y palpó varias grietas en su piel que reavivaron momentáneamente el dolor; un par en el pómulo y una más grave en la ceja. Debía de parecer un Picasso.

Un traqueteo llegaba desde lo lejos, y Christian evocó el tren que lo había separado, minutos antes, de Neil y Margot. ¿Dónde estarían ellos ahora? ¿Se habrían reunido con ese mensajero misterioso? De pronto, una vez pasado el momento traumático de verse con una bala incrustada en su cráneo, pensó que tal vez no volvería a verlos. Fuera de toda lógica, pues solo había pasado unas horas junto a ellos, sintió una punzada de tristeza en el pecho.

A su lado, ella lo miraba de reojo sin que él se diera cuenta. El viento hacía revolotear su cabello, cubriéndole un lado del cuello. Recordó aquel cuerpo fibroso y atlético, solo debilitado en prolongados intervalos de placer. Todo ella transmitía una sensación de robustez física. Recordó también su piel lisa, tensa bajo el férreo abrazo de sus caricias y los impulsos que parecían torturarla en violentos espasmos una y otra vez, abrazados contra el tronco del árbol, mientras la hacía suya; el piar de los pájaros cuando terminó todo y los dos cayeron al suelo, exhaustos, todavía abrazados, sintiendo el sudor mutuo; el miedo a la represalia vengativa, a morir castigado por su imperdonable arrojo, hasta que la mano de la joven lo acarició, una vez, la espalda, pero que enseguida la apartó, como si se diera cuenta del error, y ya no había vuelto a tocarlo.

—Tienes el cuerpo lleno de marcas —dijo él de pronto, a sabiendas de que jugaba con fuego.

Ella lo miró con ojos brillantes. Se había vuelto hacia él.

—¿Perdón?

—Cicatrices —repitió Christian, relajado—. En el vientre, en la espalda… Por todo el cuerpo.

Ella lo estudió con gesto rabioso, pero finalmente soltó una evasiva:

—Tuve una infancia dura —fue su sencilla explicación.

—¿Una infancia con cuchillos y navajas?

Le dedicó una melancólica sonrisa antes de continuar con una nueva evasiva. Una sonrisa que no animó sus facciones más de lo que la luna pudiera avivar una helada capa de nieve.

Ella se había permitido una vaga sonrisa. Cuchillos y navajas. Él lo decía en broma, pero había sido justo eso.

Concretamente, una navaja.

La primera vez.

En la casa de los Miller. De madrugada. Ella dormía. Tenía catorce años. El patriarca de la familia había entrado en su habitación, como otras veces antes, para leerle un cuento. Era un truco pueril, ella lo sabía, porque, también como otras veces antes, él enseguida había empezado a tocarla bajo la sábana. Solo que ella, agotada su paciencia, se había preparado en esa ocasión. Por solo unos centímetros no lo acertó en la arteria femoral. Entonces, la navaja, que había pasado de debajo de la almohada a sus manos, acabó en poder de Miller padre. Venus, Charlize por aquel entonces, creía que se moría cuando vio la sábana teñirse de rojo y su abdomen ardiendo en un dolor pulsátil.

En el hospital, la devolvieron a la vida. Y después, a una nueva casa de acogida.

Fue la ultima vez que vio a los Miller.

Más tarde, como evasión del dolor que aquel trauma le producía, vinieron los cuchillos y las autolesiones.

—Me crié entre gente peligrosa —fue la primera evasiva que se le ocurrió. No era cosa de ponerse a contar allí su vida, aunque lo de la navaja había estado a punto de costársela. No dijo nada más sobre el tema y evitó la mirada intensa de él.

Jodido Christian Scott.

Había deseado matarlo con todas sus fuerzas, de la misma manera que se autolesionaba para esconder el otro dolor.

En este caso, el dolor de saberse sexualmente atraída por un hombre se antojaba insoportable. Tras el incidente con Miller padre, y los muchos otros que ocurrieron durante sus años durmiendo en la calle, había jurado odiar a todo hombre que no fuera Adil Al-Sayid.

Por eso quería borrarlo del mapa.

En lugar de eso, había matado a Milton y se había follado a Scott.

Y ahora no sabía qué iba a ser de su vida.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó Christian, en vistas de que ella no parecía dispuesta a explayarse sobre el tema.

—Se me da bien.

—¿Matas porque se te da bien? Menuda excusa de…

—Lo hago porque no sé hacer otra cosa —lo interrumpió—. ¿Por qué haces tú lo que haces?

Christian lo pensó un instante. La respuesta corta era algo relacionado con servir y proteger. La respuesta larga se le habría obturado en la garganta. Además, no eran cosas de las que hablas con una asesina a sueldo.

Hubo un silencio largo. Solo el rumor del bosque en derredor.

—¿Lo habías hecho antes? —cambió Christian de tema.

Venus tardó en responder. Lo miraba con fijeza, como si pensara en otra cosa.

—¿El qué? —dijo al fin.

—Matar a uno de los tuyos.

Se quedó callada, quizás haciendo memoria.

—Yo no tengo bandos —respondió.

—Califa es quien te ordena, ¿no?

Por toda respuesta, ella sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor. Le ofreció uno a Christian, que negó con la cabeza.

Ella encendió un cigarrillo y se lo llevó a la boca con elegancia. Disfrutó de la primera calada muy lentamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Como si no acabara de ponerlo todo patas arriba.

—No esperes que responda a eso —dijo al fin, expulsando el humo con suma delicadeza.

—Suponía que dirías eso —repuso él—. Pero aún así, sé que obedeces sus órdenes. Podría cambiar, ¿sabes?

Venus se recostó de lado para afrontar su fuerte mirada. La pálida luz de la mañana resaltaba las formas de sus pechos, ahora sin la atadura del sujetador, por debajo de la camiseta. Más abajo, dos muslos dignos de exposición se montaban uno sobre el otro a la fresca intemperie. Christian nunca había estado ante algo tan bello, prohibido e indecente al mismo tiempo, y sin verlo venir, sintió retornar el deseo físico.

—¿Y en qué cambiaría? ¿Me convertiría en una mujer vulnerable y proletaria, bondadosa y honrada que defiende su libertad? Eso os lo dejo a vosotros, a la masa dormida y conformista. A los funcionarios con discurso de superhéroe y amor por la seguridad de un sueldo fijo.

—Tú no sabes nada de nosotros.

Ella lo había ofendido. No iba a permitir que hablara de su gremio

de esa manera. Por mucho que se la hubieran jugado.

—Todo es mucho más complejo de lo que parece, de todas formas —aclaró ella.

Christian hizo un ademán de apatía.

—En cualquier caso —apuntó—, tu pasado no me importa. Lo que me interesa es lo que tienes pensado hacer a partir de ahora.

Ella ladeó la cabeza de manera casi imperceptible.

—Lo que ha pasado no nos convierte en pareja —dijo—. Quiero que quede claro.

Él buceó en sus enormes ojos claros. ¿Pareja de esa máquina de matar venenosa? Ni que hubiera nacido ayer. Y aun así, el comentario había dolido.

—Seamos lo que seamos —dijo, fingiendo indiferencia—, te has metido en un buen lío.

Venus le dio una chupada honda al pitillo.

—Eso no debería importarte —respondió.

—Y sin embargo lo hace.

Ella lo miraba muy seria ahora, con tanta intensidad que Christian, pese a su gran experiencia, empezó a sentirse incómodo.

—No te he dado las gracias —comentó él, apartando la mirada.

—¿Por qué tendrías que hacerlo?

—Me has salvado la vida.

Ella sostuvo su mirada, inmóvil, sin pestañear siquiera. Después desvió los ojos a un punto entre los árboles, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no besar su cuello desnudo, allí donde lo descubría el agitar del cabello. Tuvo un nuevo deseo físico, un anhelo desesperado de tumbarse sobre ella, encima de las ramas y las agujas de pino, apartar sus muslos suaves y fibrosos y regresar adentro, al tibio latido que ya había sentido antes.

—No te he matado, que no es lo mismo que salvarte la vida —dijo ella tras un momento—. Eso no significa que no vaya a hacerlo. Aún no lo he decidido.

Christian sonrió.

—Por ahora estamos en el mismo bando, eso me basta.

—Ya te he dicho que yo no tengo bandos.

—Como si pudieras elegir, mujer. Querías jugar a los soldaditos, y ya lo has hecho.

—Que te den por el culo.

—Háblame de tu pasado —insistió Christian.

—Yo no tengo pasado. —Una nueva evasiva.

—Pues estos días te has forjado uno.

Se refería a la monja y el sacerdote, acribillados en la misma casa de Dios. Y también a Milton, disparado a bocajarro y por sorpresa. El fogonazo. Y el cuerpo del superintendente caído de bruces. Supo que

ella sabía a qué se refería.

—No siento nada cuando mato —fue la explicación.

El tono seguía siendo neutro, casi indiferente, con la mirada todavía en los árboles.

—¿Por qué has disparado a Milton?

—Era cosa mía —dijo ella con voz opaca.

—También mía —señaló Christian, frío.

—Oye, ¿tengo cara de que me importen una mierda tus problemas? —respondió Venus, altiva. Y sin embargo, se le había alzado una ceja al saber que había habido una relación entre Christian y Milton.

—La verdad es que sí —dijo él—. Dame ese cigarrillo.

Le tocó a ella el turno de sonreír. Una mandíbula blanca y perfectamente alineada, enmarcada por dos carnosos labios poco acostumbrados a dilatarse. Fue como presenciar una aurora boreal. Le pasó el pitillo, ocultando la brasa con el interior de la mano, y él dio una calada antes de devolvérselo. Después, vio cómo ella se impulsaba con el hombro para acercarse un poco más.

—Está bien. ¿Qué significa Milton para ti? —preguntó Venus.

—Era mi jefe y me traicionó.

Ella seguía mirándolo con interés.

—Milton me dijo que había hecho cosas. Cosas terribles las cuales tenía miedo de que salieran a la luz.

Él se detuvo en su rostro, extrañado.

—¿Hasta qué punto sabías de Milton?

Se encogió de hombros. Fue tierno, casi como presenciar a una adolescente fingiendo ser adulta. Casi.

—Hasta ningún punto. Él lideró la operación de Margot Lane por su posición en la Scotland Yard, pero nada más.

—¿Así que apenas lo conocías?

Negó con la cabeza.

—No sabía de su existencia hasta hace unas semanas. Sin embargo —dio una nueva calada, que acompañó con un soplido humeante—, de camino hacia aquí se lo veía nervioso, inquieto.

—¿Inquieto en qué sentido?

—Me dijo que había hecho cosas. El pobre desgraciado no sabía mantener la boca cerrada. Y ahora, dado su interés en encontrarte, me pregunto si tenía miedo a que tú sacaras toda su mierda a la luz. ¿Es eso, súper poli? ¿Por eso quería verte muerto?

Súper poli. Como no dejara de provocarlo iba a tener que callarle la boca por segunda vez.

—Hunter Milton aprovechaba su puesto de superintendente para meter las narices en locales ilegales. Llevaba una doble vida: defensor del orden durante el día, traficante de menores por la noche.

No se le escapó el hecho de que los ojos de ella hubieran refulgido.

—¿Y tú no sabías nada?

—Por supuesto que no. Pero tuvo la mala suerte de que me topé con uno de sus locales por casualidad. Se llamaba Black Hole, en Londres. Lo investigué por mi cuenta y descubrí que tenían a sudamericanas menores de edad trabajando para ellos. Te sorprendería saber la de peces gordos que desfilaban por allí cada noche.

—Puedo hacerme una idea —respondió, fría.

—Antes de poder actuar, cometí el error de contárselo todo a Milton. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era mi jefe, ¿no?

—Entonces te cazó.

Christian resopló.

—Lo preparó todo para que pareciera que yo tenía un problema con las drogas. Hasta hizo creer al comisario que había robado un alijo de la comisaría. De locos.

—De locos.

—Después, supongo que contactaría con Califa para que este enviara a alguien a matarme.

—A mí —concluyó ella, evocando para los dos el juego falso de seducción en aquel bar de carretera.

—A ti.

—¿Cómo saber cuándo miente un político? —preguntó ella de pronto.

Christian la miró con ceño y dejó que la respuesta paliara su curiosidad.

—Cuando lo ves moviendo los labios —desveló Venus.

Christian rio. Después de aquel momento, ya no volvería a sonreír.

—¿Y eso?

—Con los tipos como Milton es igual. No debiste fiarte de él.

Aquello le dio que pensar. Esa chica tenía razón. Había sido tan ingenuo. Al infierno con Hunter Milton y los que eran como él.

—Menudo cabrón. —Venus aplastó la colilla contra la superficie de una piedra incrustada en la tierra. Luego volvió a clavarle una mirada ceñuda—. Pero no era esa la cosa terrible que me había mencionado a mí.

Christian la observó extrañado, un no me dejes así, un cuéntame más.

—Por lo visto, Milton disfrutaba sobrepasándose con las bailarinas de un local de estriptis de Fort William. —A medida que hablaba, su semblante marmóreo se fue animando, y un fulgor de claridad envolvió sus ojos azules—. A veces solo eran provocaciones, inocentes juegos de seducción, pero en ocasiones, sobre todo con las bailarinas más jóvenes y vulnerables, llegaba más lejos.

Christian tragó saliva. No había lugar para la duda, ella estaba hablando del Casa Nova. ¿Había violado Milton a la hermana de Neil? Recordó las fotografías. ¿Había sido él el causante de las heridas? De pronto, deseó que Venus no le hubiera atravesado el corazón a Milton para poder hacerlo él.

—¿Las violaba? —Fue lo más que el nudo en la garganta le permitió articular.

—A una, incluso la mató. Según él, se le fue de las manos.

Las palabras aterrizaron sobre él como puñetazos. El horror. Aquello lo confirmaba. Hunter Milton había violado y asesinado a Megan Anderson. Por eso su afán por encontrarlos. No solo era para matarlo a él, sino también a Neil por haber metido las narices hasta el fondo. Tuvo la prudencia de ocultarle su conclusión a Venus, y fue eso, mantener una expresión neutra en una agitación interna como era aquella, de las cosas más difíciles que había hecho nunca.

—Por tu cara, todo esto es completamente nuevo para ti —añadió ella.

Él carraspeó, para recuperar la voz, pero también para ganar unos segundos.

—Así es. Me alegro de que le disparases.

Por toda respuesta, ella apretó la mandíbula.

—Hoy te has hecho respetar —dijo—. Por eso te he dejado con vida. Actúas como si no temieras a nada.

—Mírame. —Christian la cogió del cuello y la obligó a observarlo —. ¿Es que no lo ves? Estoy muerto de miedo.

—Así que aquí estamos, dos repudiados en medio de la nada.

—Sí.

Ambos guardaron un largo silencio. Estaban muy cerca el uno del otro. «Es de otra pasta —comprobó Christian—. Muy distinta a cualquier otra mujer que haya conocido». Y no solo en lo físico. La fría ejecución de Milton había bastado para demostrarlo. Pero incluso antes de eso había advertido Christian las señales. En el bar, antes de que lo llevara al hotel Jubilee para matarlo, por ejemplo. Latía en Charlize Brown algo fuerte y oscuro que él podía reconocer con facilidad porque por sus venas corría algo de la misma naturaleza. Era consciente de que minutos antes había estado abrazando y poseyendo a un alma libre, misteriosa y peligrosa, y supo que ella se daba cuenta de que él lo advertía. Ni siquiera haciendo el amor se había dejado ir del todo.

—Eres un hombre peculiar, Christian Scott —dijo ella de pronto, como si se percatase de lo que estaba pasando por su mente.

El deseo de Christian se hizo entonces más intenso. Le puso la mano en la cadera.

—También tú eres una mujer peculiar, Charlize Brown.

—Antes te he dicho que no siento nada al matar.

—¿Es mentira?

Ella negó con la cabeza. Tragó saliva.

—No, es verdad. Pero antes, contigo… He sentido más que en toda mi vida. Ignorantes de lo que nos deparará el mañana…

Se detuvo y movió la cabeza, como si pretendiera sacudirla de pensamientos que no deseaba verbalizar.

—Pudiendo morir a cada momento —acabó él la frase, y ella se perdió en sus ojos. Christian veía ahora un inmenso vacío, pero no le importaba. No en ese instante.

Con un gesto inequívoco que daba por finalizada la conversación, acarició el cuello largo y desnudo de la joven, que esta vez se dejó tocar, ojos cerrados, disfrutando. Luego pensó en el hombre que ella había matado hacía escasos minutos, y se sintió extrañamente celoso. Y a la vez excitado. Tenía entre sus manos a la hermosa y salvaje amazona que había acabado con el miserable de Hunter Milton.

A su vez, ella, con una parsimonia exasperante, comenzó a desatarle los botones de los vaqueros.

—¿De verdad quieres? —preguntó él.

—Lo necesito.

En algún momento del mediodía, se puso encima de él y consumaron un coito rápido. Bajo las palmas abiertas de Christian, el contacto de la camiseta era suave y cálido en contraste con los músculos agarrotados y llenos de cicatrices que denotaban su dolor. El cuerpo de ella temblaba como si tuviera fiebre. La piedad y la pena invadieron su corazón. Dos sentimientos casi desconocidos.

El suelo volvió a vibrar con el paso de un nuevo tren. Los dos lo sintieron bajo sus espaldas desnudas mientras recobraban la respiración por segunda vez en menos de una hora.

—Vuelvo enseguida —anunció Christian, que había recibido la llamada de la naturaleza.

En mangas de camisa y con esta por fuera de los pantalones, se adentró unos metros en la maleza hasta que decidió que los árboles le ofrecían suficiente intimidad para orinar.

Las rachas de viento levantaban hojas y ramitas secas del suelo mientras empezaba a caer una llovizna, y con ella desaparecieron los pocos rayos de sol tras un manto de nubes que conferían a la oscura mañana un aire funesto.

El crujido de unas ramas al quebrarse, a su espalda, hizo que levantara la cabeza mientras se abotonaba el pantalón con una sonrisa infantil. «Es insaciable», pensó.

—Debo admitir que te tenía ganas —habló Christian al aire.

—Yo también a ti —fue la respuesta.

Christian se volvió de súbito dando un respingo. Aquella no era la

voz de Venus.

25

Residencia de Clay, Inglaterra

Sé lo que ocurrió con tu hermana el día que desapareció —dijo Clay.

El humo del tabaco agrisaba el muro de luz que emanaba de la lámpara de la mesita, de la misma manera en que las palabras de Clay arrojaban una sombra sobre mi ánimo:

—Ese día, Megan salió corriendo de casa y se escondió durante unas horas. Cuando se atrevió a salir, tenía una decisión tomada. Se dirigió a la estación de autobuses. No importaba qué autobús tomara. Solo quería alejarse de allí.

—Detente —lo interrumpí—. Dices que mi hermana huyó de casa y se ocultó. ¿Por qué? ¿De quién se escondía?

—Matt Dispenza —respondió, sus ojos clavados en el colgante sobre la mesa. Advertí que tenían un brillo apagado, como si estuviera en otro lugar.

Recordé la escena en el piso superior del Rivendel. Mi madre, Matt, las copas de vino sobre la mesa y sus manos entrelazadas. En el salón de la granja, mis puños se cerraron solos.

—¿Qué estás diciendo? ¡Ese hombre es la actual pareja de mi madre! ¿Hizo algo a mi hermana, Clay?

Negó con la cabeza con los dientes apretados y cierto ademán de impaciencia. El resplandor de la lámpara iluminaba su rostro desde abajo, surcándolo de sombras angulosas que lo hacían parecer más flaco; o tal vez realmente lo estaba. Esperé, pero no tuve que ser muy paciente. Clay arrancó enseguida.

—Recuerda que yo estaba contigo en el Rivendel ese día. No te dije nada en su momento por resultarme embarazoso, pero también los vi en actitud acaramelada. En realidad, y descubrí esto más tarde, la aventura entre Dispenza y tu madre era un rumor persistente, el cotilleo de moda en el vecindario, a pesar de sus esfuerzos por mantenerlo en secreto. Todos hablaban de ello por lo bajo. Todos excepto vosotros. Megan y tú erais los únicos que no lo veíais. O quizás os negabais a creerlo. Incluso es posible que tu propio padre lo supiera antes que vosotros. Hasta ese día…

Primavera de 1983, Nueva York

Hacía un calor abrasador esa tarde. Megan bajó corriendo las escaleras de la Universidad de Columbia y tomó el metro de regreso a casa. «Jack se va a llevar una sorpresa», pensó. La última clase de la mañana había sido cancelada, y ella estaba impaciente por telefonear a Jack para darle la gran noticia: tendrían la casa libre durante dos horas. Por fin estarían solos, sin interrupciones ni conversaciones incómodas en la habitación contigua. «Y, quién sabe, tal vez él y yo…» Megan seguía soñando con lo que podría suceder durante su encuentro íntimo con Jack cuando llegó a casa y se detuvo de golpe en el jardín. El coche de su madre estaba estacionado en el garaje. No pudo evitar sentir cierta decepción. Pero cayó en la cuenta de que era jueves. Ella siempre trabajaba en la ciudad los jueves.

Una luz tenue brillaba en la ventana de arriba, la del dormitorio principal, confirmando la presencia de su madre.

Sin embargo, su decepción se convirtió en sorpresa cuando, al entrar en la casa, constató la presencia de un par de zapatos de hombre en el vestíbulo. Megan se quedó un momento observándolos. Si la presencia de su madre en casa era extraña, la de su padre era directamente imposible, ya que se encontraba en Boston por trabajo. Además, no recordaba haber visto ese par de Florsheim desgastados de color marrón en los pies de su padre.

Con cierto miedo en el cuerpo, corrió hacia la puerta del taller de su padre, que encontró cerrada. Llamó, pero nadie respondió. Sorprendida, salió de la casa y probó por el garaje, que también estaba cerrado y sin respuesta. Desconcertada, regresó al vestíbulo y se quedó un momento en silencio, preguntándose qué estaba ocurriendo, escuchando. El único sonido que alcanzaba a oír era el de los motores de los coches que ocasionalmente pasaban por la calle.

Y había algo más…

Un murmullo distante, animal.

Con el corazón latiendo con fuerza, Megan subió las escaleras. En la planta superior, la puerta del dormitorio de sus padres estaba entreabierta. Un tenue haz de luz artificial se filtraba por la rendija, y, más allá, sombras danzaban en la pared.

El murmullo se hacía más claro, distinguiendo ahora dos voces diferentes: gemidos agudos y una respiración profunda y acelerada.

Megan no entendía. O no quería entender.

Asustada, conteniendo la respiración, dio unos pasos más y empujó un poco la puerta para asomarse. Tardó varios segundos en procesar lo que estaba viendo.

Su madre llevaba puesta una túnica de tela blanca que se transparentaba. Cabalgó y gimió durante unos segundos más hasta que se detuvo bruscamente, tal vez alarmada por el crujido de la puerta al abrirse, o por un cambio en la temperatura; quizás por la sombra de Megan proyectada en la moqueta. Entonces los gemidos se convirtieron en un grito quebrado de sorpresa.

En ese instante, Megan finalmente vio quién estaba debajo de su madre en la cama. Era Matt Dispenza, el mejor amigo de su padre. Su expresión de asombro y vergüenza hablaba por sí sola. Aunque, horrorizada, Megan salió corriendo de allí, supo que esa imagen quedaría grabada en su memoria para siempre. Invadida por una sensación de náusea, bajó corriendo las escaleras de dos en dos, apoyándose en la barandilla. Cerró la puerta de casa, cruzó el jardín y huyó carretera abajo, aturdida y llorando.

Esa misma noche, sintiendo su vida sacudida por la desilusión y la traición, se dirigió a la estación. Todos los autobuses que salían del barrio iban a Queens o Manhattan. Allí esperaba encontrar amigos que la ayudaran. Pero era tarde. A esa hora salían muy pocos autobuses. Esa noche se quedó en casa de una amiga mayor que ella que acababa de independizarse. No pidió dinero ni explicaciones por ello. Los tres días siguientes, se escondió en el sótano/estudio de Hugh Ferris, su profesor de química, ubicado en Harlem, a un par de paradas en metro de la universidad.

El señor Ferris era soltero, lucía una cola de caballo y le perseguía una perpetua fragancia a hierba. No pidió a Megan explicaciones ni nada a cambio de acogerla. Sus intenciones, no obstante, eran más siniestras: al cabo de unos pocos días, el miserable intentó algo más con ella, de modo que Megan salió corriendo de allí.

Después, Megan empezó a vagar de un sitio a otro. Tenía un amigo en el Lower East Side. Se quedó allí dos días. Se atrevió a cortarse el pelo y teñírselo de rubio.

Al principio le fue bien, lo que la llevó a tomar la difícil decisión de romper lazos con su familia. Sobre todo con su madre; solo con pensar en ella desencadenaba en Megan una fuerte oleada de rabia. Cruzada esa línea, se vio forzada a abandonar la universidad, ya que hasta entonces sus estudios habían sido financiados por sus padres, y ella no podía costearlos. Además, allí coincidía a diario con el señor Ferris, lo cual la ponía en peligro. Pero le iría bien.

Y le fue bien durante un tiempo. Hasta que se le acabó el dinero y tuvo que encontrar una manera de subsistir. Terminó en Brownsville, donde vivía la hermana mayor de una amiga de la infancia. Esta le consiguió un empleo como limpiadora y ayudante en un pub de carretera. A pesar de su inexperiencia, se desenvolvía con destreza y empezó a acumular algo de dinero que invirtió en un techo: pagaba

doscientos dólares al mes por una habitación en un edificio sin ascensor en una de las zonas más deprimidas de un barrio obrero de Brooklyn.

Sin embargo, un pub en las afueras no era el ambiente adecuado para una joven acostumbrada a los lujos de una familia adinerada. Hizo amistades. No las ideales. Nada de grupos de lectura, precisamente. Aquella no era gente para ir al cine o para reunirse en un pub los viernes por la noche. Eran individuos taciturnos: moteros, tipos rudos amantes del heavy metal, adictos… Los de los dos primeros grupos eran los preferidos de Megan, gente divertida con barbas descuidadas, tatuajes en los brazos, lenguaje vulgar y corazones generosos. Vestían botas altas y camisetas de gimnasio sin mangas, un atuendo con el que ningún hombre de más de cuarenta años debería atreverse, mientras que Megan seguía aferrada a sus Converse de siempre, sus ajustados pantalones de pitillo y sus suéteres de cuello en V. Era como ver a un recién nacido en medio de una tribu de simios.

Los del tercer grupo eran los peligrosos. Iban drogados desde que cruzaban la puerta, con los brazos llenos de marcas de pinchazos, y en más de una ocasión se marchaban sin pagar. No se llevaban bien con los moteros ni con los heavies. Un patrón común entre ellos era su inclinación por los tatuajes supremacistas. Blinky era el más atractivo y educado de ellos, si es que tales términos tenían cabida en individuos como aquellos. Al menos, Megan quedó prendada de la manera en que un largo mechón de pelo castaño le caía sobre sus claros ojos. Su cortesía se manifestaba en el saludo matutino con un «¡Buenos días, señoritas!» y en su irresistible guiño de ojos, de ahí su apodo.

Su padre siempre le había advertido: «No lo pruebes. Nunca. Ni siquiera para saber lo que se siente». Él había conocido personas que se habían enganchado, conocía los horrores que esa mierda puede causar. Y, sin embargo, Megan acabó cometiendo robos y realizando actos degradantes en un sórdido agujero infestado de drogadictos. Y todo por un simple chute.

Hasta que fue descubierta.

Joe Caruso, uno de los matones de Califa, era nativo de Brownsville. El Grupo Atlas es aquello por lo que se conoce a Califa, el negocio de su vida, pero además gestiona otro tipo de negocios fraudulentos, como los locales para adultos y el tráfico de mujeres aptas para la prostitución.

Megan había adelgazado mucho a causa del consumo de drogas y su aspecto dejaba mucho que desear, pero seguía siendo una joven muy atractiva. Además, el hecho de que estuviese colocada y oficialmente en paradero desconocido hacía mucho más fácil el

traslado.

Acabó en Glenfinnan, Escocia, trabajando en un local de bailes exóticos llamado Casa Nova. El local era propiedad de Califa, pero la dirección la llevaba una bailarina retirada, una harpía que se hacía llamar Barbi. Allí cogían a chicas, la mayoría problemáticas de casas de acogida, para trabajar como bailarinas. Chicas que nadie buscaría, y menos en un pueblo perdido de Escocia. Les daban documentos falsos y las ponían a trabajar.

Megan enseguida congenió con una bailarina llamada Camille. Era una figura maternal para todas las chicas. Megan y ella estaban muy unidas, como hermanas. A Megan le gustaba tener a alguien en quien confiar, si es que tal cosa podía existir en un lugar como aquel. Siempre hablaban del día en que se largarían, no hablaban de otra cosa.

A pesar de su inocencia y lo aterrada que estaba, Megan no tardó en atar cabos. No sobre la influencia de Califa en ese local y en otros muchos, de eso no tenía ni idea. Pero sí de aquel club. Ahí atrás, en el callejón, vendían algo. Drogas, probablemente. En realidad no era un pub ni un bar de estriptis. Era un club privado. Las normas cambiaban. La posada era su fachada, lo que le daba un aire de legitimidad, y seguramente el lugar ideal para blanquear grandes sumas de dinero.

Un día, unos dos meses de mi reencuentro con Clay, estando Camille trabajando fuera del pueblo, Megan no se encontraba bien. En el Casa Nova no solían hacer concesiones, pero aquel día estaba tan mareada que no se tenía en pie, y las chicas que vomitan en el escenario o encima de un cliente no son buenas para el negocio. Como Barbi no estaba, le preguntó al guardia de la puerta. Este le dijo que podía salir a respirar cinco minutos. Entonces…

—Espera —lo interrumpí, incapaz de contenerme. Mi hermana había estado drogándose por las calles, y yo sin saber nada… ¿Qué decía eso de mí?

Clay me miró a los ojos, detenido su relato. Su voz había adoptado un tono distante y monótono. La luz del flexo hacía brillar las lentes de sus gafas. Acentuaba el despuntar de la barba en su mentón. Su gesto tenso.

—Todo esto que me estás contando… —dije—. ¿Cómo puedes saberlo?

Dio una honda calada al cigarrillo y, mientras expulsaba el humo, asintió con la cabeza como diciendo: «Está bien».

—Antes, cuando me has preguntado al respecto —dijo—, te he

dicho que vine a Inglaterra por facilidades con el idioma y un vínculo con mis antepasados.

Yo ansiaba seguir preguntando, continuar sabiendo de mi hermana, pero sobre todo quería que fuera Clay el que siguiera hablando, así que guardé silencio.

—Te mentí. Ni siquiera pedí el traslado en la empresa.

Se había quitado las gafas para limpiarlas con un pañuelo. Sus ojos miopes me perforaban. El ambiente se enfrió de pronto.

—¿Qué estás insinuando? —dije, levantando la voz.

—Tu hermana me llamó por teléfono.

En ese momento me alegré de estar sentado. Sentía un desagradable vacío en el estómago. Por Dios. Yo me consideraba un hombre de temple, tenía que serlo para desempeñar mi antiguo trabajo en el fondo de inversión, pero aquello superaba cuanto habría podido imaginar. Mi lucidez habitual se había ido al diablo.

—¿Qué? ¿Te telefoneó desde Escocia?

—Estaba histérica. Al principio no podía creer que estuviera viva. Entonces me contó su historia. Me dijo que había pasado algo horrible y que iba a acudir a la policía. Conseguí detenerla. «Si vas a la policía sin pruebas, no te creerán —le expliqué—. Eres una adicta en un pueblo pobre del norte de Escocia. Con suerte, te mandarán a un centro de desintoxicación. Y después, esa gente te matará por soplona». En su lugar, le dije que me esperase en un sitio seguro. Cogí el primer vuelo a Glasgow con el objetivo de reunirme con ella.

Me enderecé en el sofá. Había notado que, desde hacía un rato, algo en mi interior iba en aumento, algo que no sabría describir: una combinación de rabia, tristeza, arrepentimiento y celos.

—¡Mientes! —exclamé.

Clay tragó saliva, su nuez se agitó en su cuello.

—Neil, escucha…

—Si lo que dices es cierto, Megan me habría llamado a mí antes que a ti en busca de ayuda.

—Tienes razón —replicó—. Lo hizo.

Agité la cabeza. No entendía nada.

—Tu hermana no quería llamarte a casa de tu madre, no quería saber nada de ella. Y mucho menos de Matt Dispenza. Así que te llamó a la oficina.

Parpadeé.

—Sin embargo, no estabas en tu puesto de trabajo —añadió.

—Y, como te encontrabas en la mesa de al lado, cogiste el teléfono en mi lugar.

Asintió.

—Fue una de esas casualidades de la vida.

Traté de ubicarme. Dos meses atrás… Mi padre había muerto. Por

aquel entonces yo ya me había mudado a Brownsville. Aún no había perdido la pasta en esas inversiones. Y a Clay todavía no lo habían ejecutado. Recordé que se había tomado una semana libre de un día para otro. Entonces no le di importancia, cada uno es libre de hacer lo que le venga en gana con su vida, pero ahora todo cobraba sentido. Clay necesitaba esos días para viajar a Escocia a salvar a Megan.

Se oyó un ruido fuera del salón. Me volví hacia la puerta del pasillo.

—Es ella —dijo Clay.

—¿Seguro que es de fiar? —pregunté en voz baja.

Por toda respuesta, Clay se levantó a cerrar la puerta. La casa quedó en silencio otra vez.

—Clay… ¿Cuánto hace que somos amigos? —inquirí.

—Desde el instituto —respondió en el acto, neutro.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Resopló. Una nueva nube de humo cargó el ambiente en el salón, ya denso de por sí.

—Ya sabes cómo era Megan —respondió, sin darse cuenta de que ese «era» en lugar de «es» se me clavaba en lo más profundo del pecho —. Ella me pidió que no lo hiciera.

Aquello me dolió.

Siguió un nuevo silencio que pareció eterno.

—¿Tenías algo con mi hermana, Clay? —pregunté sin más.

—¡No! —me interrumpió él, y al instante se mordió el labio, arrepentido. Dio un prolongado suspiro, que le devolvió la compostura —. ¿Acaso crees que ella, cuando se fugó de vuestra casa, habría acudido primero a su profesor de química de haber estado saliendo conmigo?

—Está bien.

Era momento de sacar un tema que me había estado rondando desde que Clay me contara la llamada telefónica que había mantenido con mi hermana. «Hace unos dos meses», había dicho. Era exactamente el lapso temporal que había utilizado Camille, la bailarina del Casa Nova, para referirse al asesinato de mi hermana. Algo me dijo que debía tirar por ahí, de modo que orienté mis siguientes preguntas en esa dirección:

—¿Qué era eso tan horrible que había sucedido con Megan y que la llevó a telefonear a la oficina en busca de ayuda desesperada?

Clay apoyó los antebrazos en los muslos y se inclinó hacia delante.

—Esto te va a doler —dijo.

—Me da igual.

Volvió a enseñarme la cajetilla de tabaco.

—Antes fúmate otro.

—¡Habla, maldita sea!

Y entonces, David Francis Clayland, mi amigo del instituto, me contó lo sucedido en un callejón de las inmediaciones del Casa Nova una funesta noche de octubre.

26

Aledaños del Casa Nova, Fort William, Escocia
Octubre de 1984

El callejón estaba inhóspito y oscuro. Los clientes y las chicas estaban en el club, así que, cuando se internó en la negrura, todo estaba en silencio. Dio un paso más y lo primero que vio fue sangre en el suelo. Cerca de unos palés podridos por la humedad, adonde conducía el rastro de sangre, vio dos piernas inmóviles. Se detuvo abruptamente.

—¡Alison, no!

Momentos antes, tras observar cómo ese hombre se subía al coche y se perdía por la carretera del río, Michael había retrocedido sobre sus pasos hasta la cabina que había frente al club Casa Nova. Desde allí llamaría a emergencias y pediría ayuda médica. Empezaba a encontrarse muy mal y no estaba dispuesto a esperar hasta que la situación se tornara irreversible. Urgía una ambulancia.

No obstante, en su camino hacia la cabina, reparó sin proponérselo en un sonido agudo, semejante al chillido de un pequeño animal, que hizo que girara la cabeza. Era una rata, emergiendo de su escondite en el callejón opuesto, en busca de una mejor fortuna en otro lugar repugnante.

Michael frunció el ceño, confundido. Allí había algo.

Lo que Michael había divisado en aquel callejón, resultó ser el cuerpo sin vida de Alison.

No necesitó tomarle el pulso; yacía en el suelo boca arriba, sus extremidades extendidas como una representación del Hombre de Vitruvio. Sus ojos abiertos miraban a las estrellas, que esa noche, y en ese oscuro callejón, brillaban intensas. Su rostro, prácticamente irreconocible, mostraba signos de inflamación y deformación, como si un martillo hubiera aplastado parte de su cabeza. La sangre aún fluía de sus heridas. A un metro de distancia, un ladrillo quebrado, manchado con la misma sangre, yacía como testigo silente del horror.

Michael Landymore tenía más de seis décadas a sus espaldas, más de la mitad dedicadas al servicio en la Marina; había matado y salvado vidas, y también había visto cómo muchos otros habían perdido la suya a su lado. Como su esposa April, cuya partida había

presenciado en el hospital, día tras día, mientras su mente y cuerpo se desvanecían lentamente. Poseía una vasta experiencia en los avatares de la vida. Sin embargo, en ese momento, frente al cuerpo brutalmente asesinado de su propia hija, quedó inmovilizado, incapaz de moverse. Solo logró reaccionar al oír pasos que se acercaban por la calle principal y los gemidos que los acompañaban.

Lo asaltó una fuerte necesidad de esperar a que el visitante inesperado lo ayudase a lidiar con el cuerpo de su hija. Para alguien en sus cabales, la lógica sugería pensar en contar lo que había pasado, mencionar a ese Milton, sus nudillos ensangrentados, y acudir a la policía. Sin embargo, Michael solo anhelaba un abrazo. Hundirse en los brazos de un desconocido y derramar sus lágrimas por la pérdida de su hija.

Un punzante dolor en su pecho hizo tambalear su instinto de supervivencia, forjado y fortalecido durante décadas en el ejército. Había aprendido a detectar peligros y reaccionar ante ellos de forma inmediata, sin importar cuán adversas fueran las circunstancias. Como, por ejemplo, que le estuviera dando un infarto.

Su idea de aguardar al recién llegado cambió cuando se le reveló la perspectiva de lo que parecía la situación desde el exterior: se encontraba ebrio, muchos en el bar lo habían visto así, y portaba una pistola. A sus pies, su hija, que no quería saber nada de él y a quien casi había acosado hasta encontrarla, sin vida y con signos de violencia impulsiva. Junto a ella, el arma homicida, manchada con su propia sangre. ¿Cómo lo vería el mundo? Quizás habían discutido, y él, ebrio como una cuba, la había cogido del brazo para evitar que ella saliera corriendo. Tal vez Alison, chica de sangre caliente, se revolviera y lo golpeara, a lo que él, humillado por su propia hija, reaccionaría con una rabia ciega, cogería lo primero que encontró en el callejón y la golpearía violentamente con él. Al fin y al cabo, se trataba de un bruto, un hombre de guerra armado y con cuatro whiskies entre pecho y espalda.

La imagen se planteaba ante él de manera inquietante.

«No pueden encontrarme aquí, en este estado», reflexionó con urgencia mientras los pasos se aproximaban peligrosamente.

Un nuevo pinchazo se propagó hasta su brazo. Sus piernas cedieron y se desplomó de rodillas.

Reuniendo las últimas reservas de fuerza, mostrando una lucidez insólita dada la cantidad de alcohol que corría por sus venas, Michael localizó su salvavidas: un antiguo tablero de mesa arrojado cerca de los palés. Se arrastró penosamente hacia él sobre el frío pavimento. Con un estallido de adrenalina, logró mover el tablero y se ocultó debajo justo cuando la figura emergía en la entrada del callejón. Una vez más, el instinto de supervivencia saliendo al rescate.

«Qué fácil sería —pensó, desolado ante la pérdida— abandonarme a un prolongado letargo y dejar que me acunara la negrura.»

Vio venir a la mujer de frente. Se fijó en su ropa, no en su rostro, que permanecía velado por las sombras. Descubrió que era una bailarina, una de las jóvenes. La tenue luz de una farola en la avenida dibujaba una silueta dorada que, a medida que se acercaba, revelaba detalles: cabello rubio brillante, una chaqueta vaquera que, por lo que Michael había visto dentro, debía de cubrir un cuerpo semidesnudo y una minifalda de lentejuelas y tacones de aguja que realzaban sus largas y piernas, finas como alambres. Era difícil precisarlo, pero Michael calculaba que debía de rondar los veinte años; así de joven era.

Aquella visión le recordó dolorosamente a su hija, igualmente rubia, joven y delgada. La diferencia crucial era que su hija ahora estaba muerta.

«¿Qué debo hacer?», se planteó Michael desde su escondite.

Lo desconcertó que la joven no reparara en el cuerpo de Alison, pues era algo que se veía a simple vista aun en la penumbra. Había algo extraño en ella: su andar era inestable, como si careciera de rumbo. Parecía a punto de desmoronarse en cualquier momento. Luego, apoyó sus manos en la pared, como si se dispusiera a empujarla, y vomitó.

Michael vivía su propia pesadilla. El dolor que le oprimía el pecho, en lugar de disiparse, se intensificaba, concentrándose ahora en su brazo izquierdo. Le costaba respirar y su visión se empañaba gradualmente. El diagnóstico era tan claro como aterrador: estaba sufriendo un fallo cardiaco. Sin embargo, su atención se mantenía cautiva por la joven que estaba limpiándose los restos de vómito de la boca junto al cadáver de su hija.

La repentina visión del cuerpo de Alison hizo que la joven soltara un grito, que sofocó cubriéndose la boca con las palmas de sus manos. Su mirada, inmóvil y descreída, estaba clavada en la trágica escena. Era evidente que conocía a Alison; probablemente eran compañeras. Un estremecimiento la sacudió, y aunque la vista de Michael se nublaba cada vez más, eso no le pasó desapercibido. La joven temblaba ante la aterradora idea de que podía haber sido ella la que yaciera sin vida en ese callejón; al día siguiente, ¿quién sabe?, podría ser su turno. Sus temores se alineaban con la perspectiva de un mundo donde las bailarinas, como ellas, terminaban con la cabeza destrozada en callejones mugrientos.

Entonces bajó los brazos y apretó los puños. Su cuerpo dejó de titubear. Era como si un ente invisible hubiera insuflado una dosis adicional de coraje en su ser. Michael no había visto algo así desde los días de guerra, donde podía verse con pasmosa claridad cómo los

soldados se armaban de valor antes de enfrentarse a una muerte inminente.

La joven se agachó hacia Alison, y Michael sintió un impulso protector que lo llevaba a alzar la voz, «¡no mancilles el cuerpo de mi hija!», pero se contuvo, no solo por prudencia, sino también por una curiosidad intensa. ¿Qué se proponía esa muchacha? A continuación, ella vació los bolsillos de su cazadora y colocó la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta de Alison. Después hizo el proceso inverso: revisó y recolectó cualquier cosa que pudiera identificar a Alison, desde documentación hasta las llaves de la caravana. Por último, intercambió las chaquetas. Con su tarea completada, se levantó, protegiéndose el pecho con la cazadora, y huyó de la escena a toda prisa.

Cuando el sonido de sus tacones había languidecido, Michael decidió abandonar su escondite. Descubrió que apenas tenía fuerzas para moverse desde debajo del tablón; el dolor punzante en su brazo izquierdo lo paralizaba. Con gran esfuerzo, logró arrastrarse hasta donde se encontraba su hija. Se tendió a su lado y, con manos temblorosas, buscó entre la basura algo para cubrir sus manos y evitar dejar huellas. Halló un par de servilletas usadas que servirían. Luego, exploró los bolsillos de Alison. Tenía una idea de lo que esa bailarina había llevado a cabo. En esa época, en el Reino Unido no se requería una foto del titular en el permiso de conducir.

Finalmente, encontró un pequeño monedero de tela vieja con unas cuantas monedas y el permiso de conducir. «Premio». Intentaba enfocar su vista para leer el nombre en la tarjeta cuando las primeras sirenas de la policía se hicieron escuchar.

«Debo desaparecer. No pueden encontrarme aquí», pensó con urgencia mientras guardaba el permiso de conducir en el monedero y lo devolvía a la nueva chaqueta de su hija. Luego, se puso de pie con la sensación de que un ejército de percusionistas tocaba en su pecho y su cabeza, sintiendo que en cualquier momento explotaría en mil pedazos. Salió del callejón a trompicones, apoyándose en el muro de piedra, y caminó sin ver, desorientado, solo con la idea de alejarse de las sirenas.

Acabó por dejar de oír también las sirenas, no porque hubieran dejado de aullar, sino porque ya solo escuchaba dos cosas: el latir frenético de su corazón en sus sienes y su respiración agitada. Dio algunos pasos más, chocó contra paredes y tropezó con una papelera, que lo detuvo en seco. Fue entonces cuando sintió un dolor punzante en el pecho, más intenso que todos los anteriores, y supo que su hora había llegado.

Cuatro ideas cruzaron su mente como un relámpago antes de desplomarse:

Que no quería morir junto a una papelera, como un perro callejero.

Que pronto se reuniría con su hija. Esperaba hacerlo mejor la próxima vez.

Los nudillos ensangrentados de ese hombre que se hacía llamar Milton.

Y el nombre que figuraba en el permiso de conducir que la bailarina había depositado en la chaqueta de Alison.

27

Residencia de Clay, Inglaterra
Navidad de 1984

Durante un largo silencio, en la habitación solo se escuchó la sección de vientos de la orquesta y el crepitar de la chimenea. Yo me encontraba inmóvil. Estupefacto. Como si una sacudida eléctrica hubiera recorrido mi cuerpo.

Se dice que, cuando Hernán Cortés desembarcó en el nuevo mundo, se encontró con el imperio Azteca. Todas sus riquezas, todo ese oro… y un ejército inmenso. Cien veces el suyo. ¿Qué hizo? Quemó las naves. Hasta la última. Sus propios navíos. Toda la flota en llamas. A sus hombres, dudosos de su éxito hasta entonces, solo les quedó una opción: seguir adelante y conquistar el sur de México.

Esa mañana, en la casa donde se escondía Clay, yo estaba a punto *quemar mis naves*.

—No puedo creerte —dije, sin dar crédito a lo que acababa de oír —. Megan no sería capaz de una cosa así.

Clay se inclinó un poco más. Con un golpecito del dedo índice, dejó caer ceniza del cigarrillo en el cenicero.

—Tienes que entender una cosa, Neil. Megan había sido violada en ese sitio. Y esa noche habían asesinado a una bailarina en un callejón. Podía haber sido ella perfectamente. Quién sabe si no hubiera acabado igual de no haberse fugado. ¿Tienes idea de la sensación de fragilidad que debe de sentirse en una situación así? Aquella era su oportunidad. Megan sabía que Alison Landymore no se hablaba con su padre y no tenía a nadie más, así que nadie la echaría de menos si de repente desaparecía. Todos creerían que había huido. De modo que tomó su identificación y escapó. Un nuevo comienzo bajo un nuevo nombre. Para el resto del mundo, Megan Anderson había muerto asesinada en ese callejón.

Me revolví en mi asiento.

—Para el resto del mundo menos para ti.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Y ahora, también para ti.

Cerré los ojos y traté de imaginarme dentro de ese callejón. El olor a orín, los susurros de las ratas, las sombras trémulas. Vi la imagen de

Megan y luché por contener las lágrimas. Ella acudió a echar la papilla y se encontró con el cadáver de una chica. Identificó el cuerpo y confirmó que era una de las bailarinas, Alison Landymore. No había parientes, al menos nadie con quien ella mantuviera una relación cercana. Así que nadie lo cuestionó. ¿Por qué habían de hacerlo? ¿Por qué había de inventárselo?

Era una buena cuestión.

—¿Nadie se planteó qué había sido de Alison Landymore? —pregunté, hablando más para el aire que para Clay.

—Las chicas venían y se iban a menudo. Algunas dijeron que se había marchado, que el asesinato de Meggy Mony la había asustado. De hecho, otras dos bailarinas hicieron exactamente eso, se fugaron.

Meneé la cabeza, intentando aclararme, ordenar las ideas. Relacionar unos hechos con otros. Mi cabeza era una enloquecida jaula de grillos.

—Vale. Eso fue hace unos dos meses. ¿Qué pasó después?

—Megan y yo hicimos un pacto. Nunca le contaríamos la verdad a nadie, pasara lo que pasara, porque si uno de nosotros hablaba, podía meter al otro en problemas. Neil, necesito que comprendas la solemnidad con la que hice esa promesa.

No supe muy bien qué decir. ¿Fue así como había sucedido? ¿Se había convertido en una fugitiva y mi amigo en su cómplice?

—¿Entonces viniste a Escocia? —pregunté a Clay.

—Sí.

—¿La viste? ¿Estuviste con ella?

Creo que me incorporé por la emoción, no estoy seguro.

—Sí, me reuní con ella y me contó su historia —contestó—. Por un tiempo, al menos.

—¿Eso qué significa?

Mi amigo se pasó la mano por su cabello y soltó el aire de los pulmones.

—Aquí es donde la historia toma un giro extraño y se complica, Neil.

«Como si hasta ahora hubiera sido normal», pensé.

—Trazamos un plan. La idea era regresar a los Estados Unidos y contártelo todo —dijo.

Tragué saliva, esperando el «pero» que venía a continuación.

—Sin embargo, ellos la encontraron antes de que pudiéramos actuar. Se la llevaron.

—¿Cómo que la encontraron? ¿No estabas tú con ella?

—Me despisté.

—¿Te despistaste?

—No podía estar las veinticuatro horas pendiente de ella, Neil, entiéndelo.

Me pasé la palma de la mano por los ojos. No sabía si podría soportar el resto de la conversación.

—Entonces, ¿se la llevaron, sin más? ¿Y a ti te dejaron libre, a pesar de que sabías todo lo ocurrido?

Agitó la cabeza.

—A mí también me pillaron. Estaba volviendo al hotel de Manchester donde nos alojábamos, venía de comprar algunas provisiones y un par de pelucas para Megan, cuando me interceptaron al entrar por la puerta de la habitación. Un golpe seco en la parte trasera de la cabeza, quedé inconsciente en el acto. Cuando me desperté…

—¿Qué viste? ¿Estaba Megan contigo?

—No, estábamos solos en la habitación del hotel.

—¿Estábamos? ¿Quiénes?

Sin inmutarse, Clay permanecía sentado a mi lado. Por arte de magia, en su mano derecha había aparecido una navaja. Estaba cerrada, y no hizo con ella ningún ademán amenazador. La sopesaba mirándola con curiosidad, dándole vueltas sobre su palma, como preguntándose de qué manera había llegado hasta allí.

—Conmigo había un tipo calvo que me apuntaba con la punta de un machete, con aspecto de haber robado en la cesta de la iglesia durante su infancia. Yo no podía moverme, me había atado a una silla. Como harían más adelante con nosotros en el hangar de Brooklyn, ya sabes.

Asentí, recordando el dolor. También pensé en ese tipo calvo. Caruso y Timothy, los dos matones que me reclutaron en Nueva York, lucían buena cabellera. Enseguida me vino a la mente Baldman, el hombre a quien Scott había dejado sin tabique nasal la otra tarde.

—¿Qué te hizo?

—Poca cosa, creo que solo pretendía intimidarme. Y créeme que lo consiguió. —Abrió la boca, la cerró e intentó hablar otra vez. Vi que estaba haciendo un esfuerzo por medir sus palabras—. Me amenazó y me chantajeó.

Ladeé la cabeza, empujándolo a continuar. Volvía a estar sentado en el sofá, ahora muy cerca de él.

—Colocó el cuchillo en mi cuello y me advirtió: si decía una sola palabra sobre Megan o sobre lo ocurrido en ese hotel, me mataría. Todavía puedo sentir el frío filo arañándome la piel.

Estiró el cuello para que pudiera ver la marca; una línea blanca cerca del paso de la carótida. Eso casi hizo que le diera las gracias por cuidar de Megan y jugarse la vida por ella. Casi.

—También has dicho que te chantajeó —señalé. Hasta yo percibí el odio en mi voz.

Clay apartó la mirada.

—Lo siento, Neil. Lo siento mucho.

Apreté los puños.

—Habla —lo insté—. ¿Qué hiciste?

—¿Nunca te pareció extraño que yo te hablara de una organización ilegal de préstamos de dinero? No sé cómo te tragaste aquella historia del primo de mi mujer.

Hice un esfuerzo por recordar la conversación. Fue en el baño de la oficina. Él me había encontrado vomitando, desesperado y con un ataque de nervios por todo el dinero que debía. Entonces Clay me habló de la banda, y a pesar de todas las señales que decían que no debía tomar ese camino, decidí ignorarlas. Estaba ciego. Normal. Es el estado lógico cuando te encuentras en un agujero tan hondo que hasta sopesas el suicidio. Apreté los puños aún más. Quería pegarlo, darle fuerte en la cara, rompérsela de un puñetazo y que los cristales de las gafas se le clavaran en los ojos.

—Ellos te ordenaron que me hablaras de la banda —concluí, apartando la vista. Era incapaz de mirarlo a los ojos.

La orquesta de Beethoven había enmudecido hacía mucho rato. La proximidad de la chimenea me sofocaba. Sentía el cuerpo mojado de sudor. Me puse en pie y di unos pasos por la habitación. Al otro lado de la ventana, la niebla ganaba terreno.

—Fue una idiotez —dijo.

Apoyé la frente en el cristal de la ventana. El frío me alivió un poco.

—No, Clay. La ley seca fue una idiotez. El muro de Berlín. Invertir todos mis ahorros en una operación arriesgada. Eso fueron idioteces. Ocultarme que mi hermana estaba viva y ponerme en contacto con una banda criminal es imperdonable.

—No tenía otra opción, Neil. Si no lo hubiera hecho, nos habrían matado a Megan y a mí. No sabía que acabarían involucrándote hasta tal punto. De haberlo sabido…

—¿Habrías actuado de manera distinta? —pregunté en el acto.

No respondió a eso.

—Bien, aceptaste el chantaje y me jodiste la vida —proseguí—. ¿Qué más? Supongo que te dejaron marchar. ¿Qué pasó con mi herma…?

No concluí la pregunta. Algunas conexiones se habían producido en mi mente en un instante. Ahora que ya era oficial que la banda de Califa me había buscado a mí específicamente para las operaciones de Kevin Price, en Manhattan, y de Margot Lane, en Londres, me pregunté, por enésima vez, por qué. Es decir, ¿por qué precisamente yo? Tres posibles motivos me vinieron en el acto: en primer lugar, tenían a alguien (Clay) para convencerme fácilmente; por otro lado, yo era un hombre perdido, tanto por la ruina de mis inversiones como

por los dramas familiares recientes; por último, tenían a Megan, un cebo perfecto para tenerme pillado por los huevos en el caso de que me diera por hacerme el héroe y enfrentarme a ellos. Por eso las fotos, razoné. Para mantenerme dócil. Llegado a ese punto, una nueva cuestión se materializó, más grande, brillante y colorida, en mi mente por encima de todo lo demás:

Si ya tenían las fotos para manejarme a su antojo, ¿por qué motivo mantendrían a Megan con vida?

Quizá llegué a verbalizar alguno de mis pensamientos, o tal vez mi expresión reflejaba con precisa claridad la conclusión a la que había llegado, porque Clay añadió:

—Odio decírtelo, pero lo más probable es que esté muerta.

Intenté no cerrar los ojos. Sabía que, si lo hacía, las lágrimas se desprenderían por mis mejillas.

Le enseñé las fotografías, que puse sobre la mesita frente a los ojos de Clay, recordando cómo me había sentido al verlas por primera vez. La rabia me había envuelto, la sangre hirviendo por todo mi cuerpo. Bailarina, estriper, yonqui, prostituta, lo que fuera… De algún modo, podía encajar o bloquear todo aquello.

Pero las fotografías mostraban más que eso. Esta vez alguien había golpeado y violado a mi hermanita.

Sé que no fue lo más sensato, pero me lo había llegado a imaginar: una mano cruel y poderosa aferrada a su cuello, o cerrada en un puño; un puño apretado como el mío en aquel momento. Y de pronto el brazo que retrocede, una despreciable sonrisa de superioridad en el rostro, y ese puño que sale disparado en dirección a mi hermana inofensiva.

La ira me había consumido.

De haber tenido delante al causante de aquellas heridas, lo habría matado sin vacilar. Sin remordimientos. Sin sensación de culpa.

Acabaría con él.

Y era un sentimiento de venganza que todavía ardía en mi interior.

Sentí la mano de Clay sobre la mía, un contacto cálido que me devolvió a la realidad.

No me considero un tipo excesivamente imaginativo, pero la poca imaginación que tengo me funcionó a todo trapo después de haber oído la historia de Clay, arrastrándome por aquel camino oscuro y feo, sembrado de alambradas y minas de tierra, un camino que nunca había querido transitar, pese a que en aquel momento no parecía que hubiera otra opción.

Estaba pensando en lo que había dicho Clay, de que el Grupo Atlas es aquello por lo que se conoce a Califa, cuando de pronto sus palabras se entremezclaron con algo que me había dicho Scott la otra tarde:

«Poco después de que la empresa se hiciera pública, surgieron rumores que hicieron que el valor de sus acciones subiera y bajara como una cometa en un día ventoso. Al final, creo que solo fueron habladurías, pero no ayudaron a consolidar la imagen de Al-Sayid como una figura pública respetable».

Y ese mismo día, también Scott:

«¿Te dice algo el nombre de Dispenza, Neil?»

Me lo había preguntado a la salida de la gasolinera, justo después de encontrar el colgante que me había llevado hasta allí. Ahora sabía que no había sido Matt Dispenza el autor del mensaje misterioso, sino Clay. Claro, él era de los pocos que conocía la historia de Dispenza con mi madre, y sabía que, de esa forma, yo acudiría a la cita como un mosquito a una luz resplandeciente. Además, poseía el colgante porque él había sido el último en ver a Megan con vida, y en esos días ella llevaba la joya consigo, tal y como probaban las fotos que encontré en el despacho de Califa.

Sin embargo, había algo en concreto que me obsesionaba.

Las fechas.

Las fechas no cuadraban.

Por una parte, según el testimonio de Clay, Megan desapareció haciéndose pasar por Alison Landymore y posteriormente telefoneó a Clay desde Escocia, adonde él se apresuró a viajar para encontrarse con ella. Eso había ocurrido semanas antes de que el propio Clay me hablara sobre la banda de Califa empujado por las amenazas de Baldman, uno de los sicarios. Es decir, en ese punto, él ya sabía lo que le había sucedido a Megan. Bien.

Pero había otra fecha que no encajaba. El instante en que fueron tomadas las fotografías de Megan. Ya habíamos llegado a la conclusión, por el reflejo de las luces navideñas en su piel, de que las instantáneas habían sido realizadas hacía pocos días. Además, en las fotos, ella salía con el colgante que ahora guardaba conmigo gracias a que Clay me lo había hecho llegar. Entonces, dado todo eso por sentado, ¿cómo era posible que Clay tuviera el colgante si, según su relato, hacía más de dos meses que no veía a Megan?

No necesitaba oír más para prender fuego a todas las naves y desencadenar el caos.

Con un rápido movimiento, me llevé la mano a la espalda. Clay se quedo parado, mirándome desconcertado, cuando saqué algo de la parte trasera de mi pantalón. Al principio no parecía entender. Luego lo vio en mis ojos.

Pasaron tres cosas a la vez. Una: Clay se dio cuenta de que lo que mi mano sujetaba era un cuchillo. Dos: Se puso de pie, y yo con él. Tres: su dedo pulgar presionó el pulsador de su navaja a modo de mecanismo de defensa.

Pero, si bien llegó a desplegarse, Clay no tuvo tiempo de usarla. El factor sorpresa me había conferido una milésima de segundo de ventaja, la cual aproveché. Mientras mi mano libre aferraba la muñeca que contenía la navaja, con la otra subí el cuchillo, punta por delante, y lo descargué contra su pecho. El instinto de supervivencia hizo que su otra mano se interpusiera en el camino entre la punta del cuchillo y su corazón, deteniendo la arremetida.

El filo ensartó la palma de su mano, emergiendo la punta por el dorso.

Cuando sus piernas empezaron a flaquear, empujé sus hombros hacia abajo e hice fuerza para volver a sentarlo en el sofá. Con la otra mano le despojé fácilmente de la navaja, que cayó al suelo. De un puntapié, la envié a una esquina.

Horrorizado, Clay se quedó un segundo observando su mano, el cuchillo que la atravesaba, y a mí, ahora sobre él, ratificando mi pequeña victoria.

Entonces, roto por el dolor, emitió un grito desgarrador. Acto seguido, se desmayó.

28

Un rato antes, en el bosque

Treinta segundos y un disparo que rasgó la quietud en el corazón del bosque como el cuchillo de un destripador.

Solo uno.

Letal. Devastador.

Durante la ausencia de Scott, Venus había estado disfrutando del placer de sentirse bien consigo misma por una vez en su vida. Acariciando las cicatrices que afeaban su piel como grotescos grafitis en una pared marmórea. Reviviendo el tacto de él sobre ella. Perdiéndose en su mirada, honesta pero determinante. Sonriendo sin darse cuenta.

Disfrutando de la vida.

No más Josh Miller.

No más Joe Caruso.

No más Hunter Milton.

Y no más Califa.

Solo belleza, y la promesa de un futuro brillante a la vuelta de la esquina.

Fueron los treinta segundos en los que Charlize Brown fue puramente feliz hasta que un disparo, solo uno, letal y devastador, rasgó la quietud en el corazón del bosque.

Borrada la sonrisa de su rostro, la asesina de hielo se enfundó los pantalones, blandió la pistola y corrió hacia el origen del sonido.

29

Cuando recobró la consciencia, Clay se retorció de dolor.

Había usado tiras de tela de las cortinas que colgaban junto a la ventana, previamente desgarradas, para taparle la boca, así que no podía hablar, solo emitir agónicos sonidos con la eme. Con otras tiras de tela, había atado sus muñecas a los brazos del sillón de madera pesada. Luego, utilicé la correa de mi cinturón para atar sus tobillos a las patas.

Una vez asegurado, di un paso atrás, examinando mi trabajo. Estaba sentado en la oscuridad como un muñeco, perfilados hombros y cabeza por la claridad trémula de la lámpara. No estaba apretado al punto de cortarle la circulación sanguínea, pero sí lo suficiente para restringir cualquier intento de movimiento.

Con Clay fuera de combate y asegurada su inmovilidad, tenía que ocuparme de Margot. Se había despertado con el alarido de Clay, y, nada más ver el cuchillo atravesando la mano manchada de sangre, había empezado a llorar desconsolada.

—No mires, pequeña —le dije, abrazándola y ocupando su campo visual con mi cuerpo para que no viera a Clay—. Aparta la mirada y piensa en cosas bonitas. «Y deja de llorar, sobre todo eso», pensé, con la mente puesta en la mujer que pululaba más allá de la puerta, en el otro extremo de la casa.

Al cabo de unos segundos, se tranquilizó. Sin embargo, ella no podía estar delante cuando yo empezara a hacer lo que tenía pensado. Debía encerrarla en algún sitio seguro. Un armario alto junto a la puerta de entrada, pensado para dejar los abrigos y el calzado, fue lo mejor que encontré.

—Ahora, silencio —le dije, con el índice estirado frente a mis labios, mientras cerraba las puertas del armario.

Clay tardó pocos minutos en despertar, los suficientes para que pusiera en orden mis ideas y estructurara mentalmente todo lo que quería decirle (y sonsacarle). Yo lo estaba esperando tranquilamente en el otro sillón. Con los pies descansando sobre la mesita, me pilló fumando un segundo cigarrillo.

Al ver el cuchillo atravesando su mano, Clay abrió los ojos como platos y su respiración se aceleró, como si el mero hecho de verlo le recordara lo mucho que dolía. En unos minutos, la extremidad se

convertiría en una masa negruzca e inflamada. Luego me miró a la cara, como temeroso de lo que iba a pasar en los instantes siguientes, o tal vez estaba simplemente en estado de shock, preguntándose de qué pesadilla había salido todo aquello.

¿Qué hacer a continuación? Mi parte de hermano mayor quería matarlo, terminar de saciar mi sed de venganza. Sin embargo, aún había muchas preguntas por responder, y esta vez ese mentiroso iba a decirme la verdad.

No obstante, debía darme prisa.

Acerqué la boca a su oído y susurré:

—Si vuelves a gritar, te mato. Si tratas de liberarte, te mato. Y si por un momento tengo la sensación de que me estás mintiendo, te mato. No intentes hablar. Basta con que asientas con la cabeza si lo has entendido.

Me quedé a pocos centímetros de su cara, expectante.

Un relámpago de ira crispó su rostro. Pataleó, tirando de la correa del cinturón.

—¡Asiente!

Clay emitió un alarido a través de la tela cuando llevé mi mano a la empuñadura del cuchillo, que colgaba de su palma como una parte más de la extremidad. Un reguero de sangre resbalaba por su antebrazo hasta su codo, manchando la manga de su camisa. El mínimo roce hizo que enloqueciera, retorciéndose de dolor. Aproveché pues el poder que tenía sobre él. Brutalmente, aferré el mango del cuchillo y lo ensarté en el reposabrazos del sillón, arrastrando la mano de Clay con él. La punta quedó clavada en la madera, manteniendo a Clay inmóvil.

El acto provocó un nuevo grito reprimido, desgarrador, surgido de las entrañas.

Procuré no pensar demasiado, mantener la mente lejos de lo dramático del asunto que me ocupaba. Los aspectos morales los dejaría para más adelante, cuando fuera posible analizarlos al trasluz de una copa o en la aplastante quietud de una noche de insomnio. Allí, en caliente, el hecho de que se tratara de mi amigo no servía sino para interferir en los hechos. Complicarlos.

—Si te resistes, voy a tener que castigarte —le dije, completamente fuera de mí.

Me levanté y bordeé la butaca. Él, indefenso, me seguía con la mirada, su pecho agitado.

—¿Me estás prestando toda tu atención? —pregunté—. Basta con que asientas con la cabeza.

Él movió la cabeza.

—Ahora voy a liberarte la boca para que puedas hablar —informé, y dejé caer la mirada al cuchillo clavado a la madera del reposabrazos.

Movió la cabeza afirmativamente. Reparé en las gotas de sudor que poblaban su frente pálida. Si no me daba prisa, iba a dormirse otra vez. Una vez me hube asegurado de que no montaría un escándalo ni de que no haría ninguna estupidez, deshice el nudo de su nuca y, lentamente, aparté la tela mientras alzaba un dedo delante de sus ojos a modo de advertencia.

No gritó. Ni siquiera se atrevió a moverse. Solo un susurro envenenado:

—Hijo de puta… cometes un error.

Aquello me excitó. Si Megan estaba muerta, al menos iba a hacer pagar a aquel que le había provocado tanto dolor.

Acerqué aún más el sillón y me senté de modo que pudiera mirarlo a los ojos.

—Grupo Atlas —dije, alzando considerablemente la voz—. Código de cotización en la Bolsa de Nueva York: ATLS.

Las sombras se adueñaron con violencia del rostro de Clay.

—Me pasé días enteros y noches sin dormir vigilando los gráficos, que no dejaban de bajar —proseguí—. Había invertido todos mis ahorros, mi futuro con Emily, e incluso la pasta de los clientes, en esa empresa que parecía ser un valor seguro. ¿Recuerdas cuando te hablé de ella por primera vez, Clay? Fue en la calle, una tarde nubosa pero plácida. Estábamos almorzando, viviendo el sueño americano bajo los rascacielos del Distrito Financiero. Entonces te hablé de cierta llamada telefónica que había recibido por la mañana. No podía guardármelo por más tiempo. Un chivatazo de una empresa muy prometedora cuya etiqueta de cotización era ATLS. Mostraste interés y comentaste que estudiarías la empresa para entrar en ella, acrecentando mi entusiasmo. Pero no llegaste a invertir, claro que no.

En ese punto, me detuve, dándole la oportunidad de replicar. Se me quedó mirando fijamente a los ojos, los párpados semicaídos por la hinchazón, pero no abrió la boca, de modo que continué.

—Al día siguiente de abrir mi gran posición, arrastrado por la difusión de un rumor de corrupción por parte del director ejecutivo de la empresa, el precio de la acción empezó a desplomarse. Desesperado, vendí mis acciones perdiendo casi todo lo invertido. Fue un error, porque, en la jornada siguiente, como por arte de magia, el rumor que había tumbado la acción no solamente se demostró falso, sino que se publicaron los números empresariales: prometían batir todos los récords, así que su valor remontó de golpe, dejándome atrapado y sin blanca. Días después, tú me encuentras en el baño de la oficina, al borde del precipicio, y me hablas de cierta organización de préstamos de dinero. Pero la verdad siempre sale a flote, y resulta que esa organización es una banda criminal cuyo líder se hace llamar Califa, pero cuyo nombre real es Adil Al-Sayid, el director ejecutivo del

Grupo Atlas. Un líder que, por otro lado, guarda fotografías de mi hermana desaparecida, instantáneas en las que sale con un colgante que, ¡milagro!, terminó en tus manos.

Ni siquiera el efecto rojizo de la luz de la lámpara disimulaba su palidez.

—Ahora dime si he resuelto el puzzle —dije para concluir—: Eras tú quien estaba detrás de esa llamada telefónica. Tú me empujaste a invertir en el Grupo Atlas y fingiste no saber nada cuando te hablé de la empresa. Sabías que la acción bajaría, porque la difusión de ese rumor fue intencionada por la propia empresa (quién sabe si directamente fue idea tuya), como también sabías que el valor se recuperaría. ¿Cuántos millones ganasteis a mi costa, pedazo de miserable? El fraude corporativo puede no ser bueno para la sociedad y los Gobiernos, pero desde luego es muy lucrativo para aquellos que saben beneficiarse de él con la suficiente habilidad para no ser pescados. Siempre has sido muy listo, amigo. Sabías que solo un movimiento de compra-venta institucional como el que yo hice, con el dinero del fondo de inversión, puede mover tanto capital en una sola operación. Para vosotros fue dinero regalado: me vendisteis las acciones cuando estaban altas y me las recomprasteis abajo, momentos antes de que volvieran a subir. Ni siquiera te preocupó dejar el cadáver de tu amigo por el camino. Puedo entender un acto tan miserable por parte de Califa, al fin y al cabo es un directivo corrupto y criminal, pero, ¿de ti? Has caído muy bajo, Clay.

—¿Sabes una cosa que me fascina? —dijo al fin, su voz un susurro grave que no translucía miedo, sino rebeldía.

—¿Qué?

—Los pequeños «y si» que cambian tu vida. Tú lo sabes mejor que nadie. Si no hubieras invertido en esa empresa. Si no hubieras aceptado el préstamo de la banda. Si hubieras acompañado a tu padre el día que lo asesinaron. Ya sabes. Todos los tenemos. Si Megan no hubiera pillado a tu madre fornicando con Dispenza. Si no se hubiera encontrado mal esa tarde. Si hubiera bailado como hacía cada día. Si no hubiera llamado a la oficina. —Sentí que empezaba a dolerme la cabeza, como si unas manos gigantescas me estuvieran presionando las sienes—. Es lo mismo en mi caso. Claro que en mi caso, en fin, supongo que en mi caso habría diferencias de opinión. Pero yo diría que mis «y si» estaban más que calculados.

Era demasiado. Lo golpeé en la sien con el puño cerrado. Fue un golpe corto y seco, no medido, que volvió de lado la cara de Clay y por poco lo tiró al suelo con la butaca. Este sonrió, un hilo de sangre cayendo desde su ceja, manchándole el cuello de la camisa, así que volví a pegarle, esta vez cruzándole la cara con una violenta bofetada que resonó como un latigazo y que le abrió el labio inferior.

Un repentino estallido de odio apareció en sus ojos, como si me advirtiera del error que cometería si lo dejaba con vida. «Esto lo pagarás caro, desgraciado de mierda —parecían decir—. Tarde o temprano te voy a destrozar».

Intentaba comprender por qué lo había hecho. No solo utilizar mi confianza para lucrarse a mi costa, sino introducirme a la banda, como haría después, o conspirar en el secuestro y ocultación de mi hermana. ¿Qué lo había llevado a hacer una cosa así? ¿Era solo por dinero? ¿De eso se trataba?

Se lo pregunté:

—Tú no lo supiste, pero en esa época había sido acusado, entre otras cosas, de retocar los libros para manipular los precios de las acciones —se justificó entre balbuceos—. La Comisión de Valores estrechaba el cerco cada vez más, y si me pillaban, me esperaría una larga temporada entre rejas.

Había aproximado mucho mi cara a la de Clay y lo miraba de cerca, con fijeza. Intentando leer en aquellas pupilas vidriadas por el dolor y el espanto.

—Continúa.

—Califa me prestó protección, solo que los hombres como él no dan nada sin esperar nada a cambio.

—Así que te pidió que me engañaras para forrarse.

—No es tan sencillo.

Al hablar, un reguero de saliva le corrió a Clay desde una comisura de la boca.

—Pues explícate.

—Valiéndome de mi posición en el fondo de inversión, estuve un tiempo blanqueando el dinero sucio del Grupo Atlas: sobornos, tráfico de droga, regalos, comidas y prostitutas, etcétera.

—Joder, Clay. Eres una joya.

—Como digo, la Comisión de Valores nos pisaba los talones, así que necesitábamos a alguien que pagara los platos rotos por si algo salía mal. Alguien de dentro.

Se calló, dejando que yo mismo llegara a la conclusión. Cerré los ojos y volví la cabeza.

Los abrí de nuevo, mirada borrosa, nervios a flor de piel.

—Yo era vuestro as en la manga —resumí—. Por eso era importante que trabajara con la banda. Paras empezar, era el único que podía relacionarte con el Grupo Atlas y los chanchullos que os traíais entre manos. Por otro lado, de repente me había convertido en el peón perfecto para completar la banda en la operación de Margot Lane.

Todo encajaba de pronto, y me daba cuenta demasiado tarde. Yo era el comodín perfecto de Califa en el caso de que algo saliera mal,

tanto en el secuestro en el Támesis como en el fondo de inversión. Si la operación Margot Lane se iba al carajo, el único nombre verdadero que la policía tendría para buscar sería el mío: la habitación en el hostal Blue Lake, el vuelo desde Nueva York, la fotografía en la habitación… Para conseguirlo, aprovecharon que tenían a Megan, la bailarina rebelde que había intentado escapar cambiando su identidad por la de Alison Landymore, a quien fotografiaron en estado lamentable para que yo aceptara cualquier encargo sin hacer preguntas. Volví mentalmente a las calles de Londres, la noche del secuestro. Una vez completada la operación, y con Margot en su poder, el plan de Califa seguramente era ejecutarme en su mansión, donde nadie vería ni escucharía nada, pero encontré las fotografías que ubicaban a Megan en Escocia y me llevé a la niña conmigo. Esto último trastocó todos sus planes, obligando a Clay, un soldado más en las filas de Califa, a encontrarme y engañarme.

«Si no me hubiera adelantado atacándolo primero —me dije—, seguramente ahora estaría muerto, y Margot, camino de Londres».

Hubo más cosas que encajaron en el rompecabezas de pesadilla que se estaba conformando en el tablero de juego que había sido mi vida durante los últimos años. Pensé en Baldman y el contacto anónimo del que nos habló en el callejón. «Él me llama a mí. Lo hace desde una cabina telefónica para no dejar rastro», había dicho. Supe que el hombre que daba órdenes a Baldman y el doble de Ice-T, aquel que los había enviado a seguirnos, no podía ser otro que Clay.

—No te atacó ningún tipo calvo en Manchester —adiviné—. Toda esa historia es mentira.

Guardó silencio.

—¿Fuiste tú personalmente quien llevó a Megan a Glenfinnan a sacarle esas fotografías?

No respondió, pero su sonrisa torcida era como un «sí, te jodes».

Entonces, una idea más cruel que todas las demás emergió en ese mar de pensamientos terribles que inundaba mi alma:

—Cuando Joe Caruso mató a mi padre… —dije en un hilo de voz —, lo hizo porque se estaba acercando demasiado. En esa época, ella estaba trabajando en el Casa Nova bajo las órdenes del superintendente Milton.

—Eres más listo de lo que pareces, Neil. Quién lo iba a decir.

—Y tú lo sabías todo. Mi padre fue asesinado por buscar a Megan, y tú podías haberlo evitado.

—Premio para el caballero.

Respiré hondo por no matarlo allí mismo. Aún necesitaba respuestas.

—Dime lo que esconde el tatuaje de la niña —le ordené—. ¿Por qué ella es tan importante para Califa?

La pregunta pareció sorprenderlo, dado el arco que dibujaron sus cejas.

—¿Es eso lo que te preocupa, después de todo? —respondió, y exhaló una carcajada que derivó en espasmódicos ataques.

Volví a pegarle. A Clay empezaba a hinchársele la cara con los golpes, así que esta vez le asesté un puñetazo en la boca del estómago que le cortó el resuello, forzándolo a inclinarse con violencia, asfixiado, y luego a retorcerse en la butaca echando el cuerpo para atrás, boqueando en busca de aire.

—Dime dónde esta mi hermana —bufé—. ¿Esta preocupación te gusta más?

Negó con la cabeza, intentando respirar. Yo esperé un poco a que se calmara. Me dolían las manos a causa de los golpes.

—¿No quieres decirlo?

Sujeté la muñeca herida de Clay contra el reposabrazos, extraje el cuchillo de la carne y le corté el dedo meñique de un guillotinazo a la altura de la segunda falange.

Clay se quedó tan conmocionado que abrió mucho la boca y los ojos, sin emitir ningún sonido. Como si le hubieran bloqueado las cuerdas vocales. A los pocos segundos empezó a gritar dando alaridos. Lo acallé de un golpe seco en la nariz con la palma de la mano. La fractura se oyó como una bota pateando el nido de un pájaro. Su rostro era ahora una masa roja y amorfa.

—Céntrate, maldita sea —gruñí—. Si no me dices dónde está mi hermana voy a tener que cortarte la puta mano.

Levanté el puño cerrado, sin razonar esta vez, dispuesto a dejarme llevar hasta el final. Una mancha húmeda se le extendía por la pernera izquierda; se estaba orinando encima. Iba a descargar toda mi ira contra él, mi puño ya volaba hacia su cabeza, cuando el sonido de un timbre rasgó el silencio.

Un teléfono. Sobre la encimera de la cocina. No había reparado en él.

De repente preso de malos presentimientos, fruncí el ceño.

Clay mostró una malévola y horripilante sonrisa tras su máscara deforme.

—Sorpresa —balbució.

No sabía lo que quería decir con eso, pero sentí miedo.

Me acerqué dubitativo y descolgué al auricular, que me llevé lentamente a la oreja, como si fuera a hacer explosión de un momento a otro.

No se oía nada al otro lado.

—¿Diga? —dije.

La gravedad del planeta se multiplicó por mil cuando una voz neutra, foránea, habló al fin:

—¿Clay?

Tragué saliva.

—No soy Clay.

—¿Quién eres? —preguntó la voz, más seria.

¿Debía identificarme? Decidí que sí. Lo hice.

—Encantado de saludarte al fin, Neil Anderson. —De pronto, parecía mucho más animado y jovial, casi como un padre que lleva a su hijo a la feria—. Creo que has oído hablar de mí.

Y tanto que lo había hecho. Estaba hablando con Califa.

30

Al otro lado de la línea telefónica estaba el responsable de los crímenes de Patrick Mulligan y Kevin Price, y del secuestro de Margot. El cabecilla de todo aquel entramado delictivo. Aquel que tenía bajo su yugo a un superintendente corrupto como Hunter Milton, y también a la fría asesina conocida como Venus. El titiritero que manipulaba a Clay a su antojo. Frente a semejante figura, tan imponente como peligrosa, en otra situación me habría derrumbado, paralizado por el miedo, y un único sentimiento me sostuvo: la rabia.

Y es que aquel hombre también era el responsable de la muerte de mi padre y de la desaparición de Megan.

—¿Qué has hecho con mi hermana, miserable? —exclamé al auricular, a bocajarro.

Tras unos segundos de silencio, el hombre habló:

—¿Sabes a qué me dedico?

—Tengo una ligera idea…

—Dejémoslo en que no tienes ni idea, ¿entendido?

Era de ese tipo de hombres. De los que necesitan imponer su estatus desde el principio de la conversación. De haber estado cara a cara, estoy seguro de que me habría perforado con la mirada.

Me mantuve callado.

—Te llamo desde mi residencia de Londres. La que casi hiciste saltar por los aires.

Sabía que intentaba amedrentarme, y quizá habría funcionado con el Neil de antes, pero después de todo lo pasado, con tan poco que perder… no, hacía falta mucho más que un reproche para amilanar al nuevo Neil.

—No creo que sepas realmente con quién estás jugando, Anderson —dijo luego.

—Y sin embargo, no tiemblo —respondí, firme. Sí, maldita sea, por supuesto que estaba temblando.

—Quiero proponerte un acuerdo —dijo, después de una risa sorda, suficiente. Me lo imaginaba comprobando el pulido de sus uñas o acariciando el lomo de un gato negro. Y, no obstante, había algo en su voz que denotaba cierta irritación.

El comentario me sorprendió, pero no me amedrentó. ¿Un acuerdo? Mordiendo con rabia las palabras, repliqué:

—Mi hermana. Quiero que me la devuelvas. ¡YA!

—Lo cierto es que eso puede arreglarse —dijo él, y de súbito, ahora sí, algo se derritió en mi interior. ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso Megan seguía viva? Entonces entendí lo peligrosa que puede ser la esperanza. La esperanza puede dártelo todo y quitártelo al segundo siguiente. Puede volverte completamente loco, empujarte a hacer cosas que jamás te plantearías en el caso de estar lúcido. La esperanza es esa voz maliciosa dentro de tu cabeza que te engaña y te dice que, al final, todo saldrá bien, cuando la realidad es que no, que todo saldrá jodidamente mal.

Como no respondía, el mafioso volvió a hablar.

—¿Qué has hecho con Clayland?

Miré a Clay. Seguía consciente, pero por poco. El cuerpo le temblaba como si tuviera fiebre. Su cabeza caía pesada hacia un lado mientras un hilo de baba y sangre colgaba de su labio abierto. Sabía que estaba despierto porque, al volverme para mirarlo, me devolvió una sonrisa zorruna. Era la sonrisa de ese ajedrecista que, a pesar de haber pedido casi todas sus fichas, en su cabeza aún ve la jugada ganadora. Sentí un estremecimiento.

—Clay será hombre muerto si Megan no está aquí conmigo en un plazo corto de tiempo —respondí.

Al oír eso, la sonrisa de Clay se ensanchó. Volví a girarme para no tener que mirarlo.

—Has jugado bien tus cartas —dijo la voz—. Me gustan los hombres con cojones, y voy a concederte lo que quieres.

El pecho se me aceleró.

—¿Qué quieres decir?

—Te reencontrarás con tu hermana.

En el silencio que siguió se hubiese oído caer un alfiler.

Iba a explotarme el corazón.

Dejé que continuara hablando, y como no lo hizo, añadí:

—Oigo un pero —dije.

—¿Por qué tiene que haber un «pero»?

—Siempre lo hay.

—No es un «pero», solo un intercambio.

Tragué saliva.

—Tú también tienes algo que yo quiero —añadió.

«Margot…»

Cerré los ojos.

La conversación había llegado a un punto muerto. A partir de ese momento, jugaríamos a ganar tiempo. ¿Quién sería el primero en rendirse? En pleno ataque de histeria, traté de meditar acerca de la situación. La regla de oro de la negociación era: no olvidar lo que uno quería, ni lo que quería el contrincante. De acuerdo. ¿Qué deseaba yo

de Califa? El paradero real de Megan y tal vez otros datos sobre Margot. ¿Qué deseaba Califa de mí? Acababa de desvelarlo: quería a Margot. Conclusión: Tendría que mover ficha. Había llegado el momento de acabar con las delicadezas.

—¿Por qué la niña es tan importante para ti? —quise saber, mis labios pegados al plástico del auricular.

—No es de tu incumbencia. Tráeme a la cría y podrás irte con tu hermana. Te prometo que nunca volverás a saber de mí ni de nadie bajo mi mando.

Así que se trataba de eso. ¿Cómo no había caído hasta entonces? Lo comprendí de pronto. Por eso no era un problema que yo, alguien ajeno a la banda, participara en el secuestro de Margot. Megan era su póliza de seguros contra mí. Si se me ocurría acudir a la policía o escapar con la niña, como finalmente hice, siempre podían ofrecerme a Megan como moneda de cambio. Califa sabía, porque Caruso y Timothy lo habían visto con sus propios ojos en Nueva York, que yo estaría dispuesto a cualquier cosa por recuperarla. Y lo confirmó cuando, tras enviarme una fotografía de ella, no dudé en dejarlo todo y tomar un avión hacia Londres para encontrarla. Mi conversación con Venus en el Blue Lake, donde compartí con ella todos mis sentimientos respecto a Megan, había sido la prueba definitiva. Y ahora, después de todo, ese hombre poderoso reclamaba a la cría, su ansiado tesoro, a cambio de lo que yo más quería.

Cruzó mi mente un repentino deseo de ser transportado a un lugar lejano, donde no tuviera que afrontar la ardua decisión que me aguardaba.

¿Debía aceptar el intercambio? La pregunta no era si debía, sino si *quería*.

—Necesito una prueba —fue mi respuesta.

—¿Una prueba dices?

—Debo saber que Megan está viva. Oír su voz. Hablar con ella. No haré nada hasta entonces, no me fío de ti.

Un silbido, que tal vez pretendía ser una risa macabra, sonó a mi espalda y me erizó el vello de la espalda.

—Qué ganas tengo de borrarte esa puta risa de la cara, Clay —alcé la voz, tapando el auricular con la mano.

—¿No preferirías besarme el culo? —farfulló él, párpados caídos e hinchados, desde la butaca.

Pasaron los segundos sin que ni Califa ni yo dijéramos una palabra. Miré el auricular, como si esos diminutos agujeros fueran a darme alguna respuesta. Hasta me pareció escuchar un *clac*, señal de que Califa me había colgado.

Entonces, percibí algo. El sonido de unas pisadas que bajaban o subían. Un chasquido metálico —¿una llave abriendo una cerradura?

—. Un leve chirrido, típico de las puertas viejas. Intenté no temblar. En mi mente se dibujó un castillo con mazmorras subterráneas y escaleras de caracol que bajaban en la penumbra, únicamente alumbradas por la antorcha de aquel que descendía con sigilo.

Es curioso el poder de la imaginación.

No fue producto de mi mente, aunque en un principio así lo pensé, la voz que escuché de pronto. La lengua se incrustó en mi paladar con tal fuerza que quedé momentáneamente sin habla. Era la voz de mi hermana:

—¿Ho… hola?

Me quedé paralizado, con los ojos muy abiertos y la mano en la boca, inútilmente tratando que mis sollozos ahogados no se oyeran. Sentí que me fallaban las rodillas.

—¿Neil? ¿De verdad eres tú?

Y me eché a llorar.

31

El primero no lo vio venir. El segundo, lo vio entre una bruma oscura.

—Yo también a ti —había oído a su espalda, mientras se abotonaba los pantalones.

«Esa voz… —le dio tiempo a pensar—. Pertenece a…»

En un acto reflejo fruto de su instinto policial, Christian Scott fue a echar mano de su pistola reglamentaria, pero, por supuesto, no la llevaba encima.

Sintió la bala antes que todo lo demás. El fuerte petardeo, el brillante acero de la pistola en las manos de ese traidor, vinieron una vez había sentido el fuerte ardor en su pecho, expandiéndose por todo su cuerpo como una infección inapelable.

—¡Hijo de puta…! —gimoteó, desplomándose de rodillas.

En la cima de un peñasco, su exjefe se exhibía triunfante. La sonrisa dotaba su demacrado rostro, cubierto de vendas a medio despegar, de un grotesco y maléfico aspecto. Abierto su abrigo, mostraba el chaleco antibalas de la Scotland Yard con un agujero a la altura del corazón, una sonrisa invisible que parecía mofarse de él.

Boqueando y sintiendo la falta de aire, con la lluvia azotando su cara, volvió a fijarse en la pistola. Era inaudito. Milton mismo se la había cedido a Venus junto a las vías del tren, y ella le había disparado.

—Siempre llevo una de repuesto en la tobillera —explicó Hunter Milton, ondeando el revólver con teatralidad. Era como si le hubiera leído la duda en los ojos—. ¿Acaso no te acuerdas, Chris?

No lo hacía. Daba la impresión de que aquello era algo que hubiera dicho ya muchas veces en el pasado, y, al mismo tiempo, lo más seguro era que nunca se lo hubiera mencionado. ¿Qué importancia tenía ya?

Quiso responderle, desahogarse con un «arderás en el infierno por tus pecados» o alguna otra frase manida, pero no le salían las palabras. Sentía la sangre acumularse en su garganta.

Sangre… Christian puso los ojos en blanco y se desplomó. Él lo vivió como a cámara lenta. Se quedó mirando a Milton, el fuego de la venganza que aún lo mantenía con vida, mientras se derrumbaba y caía al barro, sangrando.

La bruma oscura velaba su vista cuando el superintendente descendió de la roca, convirtiendo el hecho en todo un acontecimiento. Lo contemplaba como a un hilo suelto colgando de una camisa cara: se moría por eliminarlo.

Una parte de él, en algún otro lugar de su cerebro, sabía que Venus estaba cerca, armada, y probablemente había escuchado el disparo. Pero aquello, en aquel momento, era un pensamiento secundario, o incluso terciario.

Protegerla. Salvarla…

Se arriesgó a levantar la vista, una mancha negra casi opaca. Milton se le acercó, y cuando sus botines estaban tan próximos a Christian que ocupaban todo su espacio visual, le escupió en la cabeza. Acto seguido, apuntó a la misma zona con el arma.

Decenas de estrategias pasaron por la mente de Christian a toda prisa: dale una patada, rueda, intenta golpearle de algún modo, como sea. ¡Lucha hasta el final!, antes de que pueda volver a disparar…

Pero no había nada que pudiera hacer, eso también lo veía, de modo que se encogió, cerró los ojos y se preparó para lo inevitable.

Christian oyó el disparo. Y Milton cayó.

32

Hospital Western General de Edimburgo, Escocia
Octubre de 1984

Cuando despertó, la máscara de oxígeno le hacía cosquillas y la amnesia nublaba su mente. Abrió los ojos y, en medio de la confusión, la visión de tubos y maquinaria zumbante provocó una oleada de pánico. La angustia excitó su necesidad de gritar, pero nadie oyó su alarido, ni siquiera él mismo. Exhausto y rendido, Michael Landymore volvió a zambullirse, no en la penumbra, sino en los recuerdos.

El cuerpo de Alison, maltratado y arrojado como un despojo junto a la basura en el rincón más inmundo imaginable.

Los nudillos de ese hombre, el asesino de su hija, que se le había escapado por poco.

La inesperada aparición de la bailarina, frágil como su propio corazón, intercambiando su documentación por la de Alison. Adoptando su identidad.

Todo había ocurrido mientras le sobrevenía un infarto, si es que eso era lo que le había dejado postrado en esa cama. ¡Maldita había sido su suerte! Y sin embargo, seguía vivo. Debía sentirse agradecido, después de todo.

Abrió nuevamente los ojos, encontrando la brillante placa en el cinturón de un hombre. Fue alzando la vista hasta cruzarse con la de Bruce, que lo observaba desde el pie de la cama con la seriedad de un agente de policía. Cualquiera habría dicho que adoptaba la clásica postura del oficio, con las manos en los bolsillos del traje, cara ligeramente inclinada y ceño fruncido tras las gafas de sol, pero ya en la adolescencia era así. Podía decirse que había nacido para ser agente de policía. Lo de homicidios sí vino después.

Aunque esa vez no estaba allí por ningún asesinato.

Bruce Van Horn, subinspector de la Scotland Yard, estaba visitando a un amigo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, quitándose lentamente las gafas de sol. Era como ver un *spot* publicitario de una película policiaca.

Michael retiró la máscara de oxígeno para hablar. Apenas un hilo de voz escapó de sus labios:

—Como si fuera una vela y estuviera consumiéndome.

Los hombros de Bruce se agitaron. Michael no habría puesto la mano en el fuego, pero le pareció que sonreía.

—Sufriste un infarto.

Michael suspiró. De repente se sentía como si estuviera en la etapa final de su vida.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi una semana.

Aquello lo sorprendió. ¿Tantos días había estado en coma? De ser verdad, era un verdadero milagro que estuviera vivo.

—Un vecino te encontró inconsciente en la acera y llamó a una ambulancia. Te trajeron al hospital de Edimburgo —explicó Bruce—. Por poco no lo cuentas.

Michael esperó a que mencionara el cadáver de Alison, pero no lo hizo, así que buscó el tema él mismo.

—¿Qué te trae a Escocia? —inquirió.

—Visitando a un viejo amigo convaleciente —respondió el otro, ahora sí, con media sonrisa.

Michael Landymore había conocido a Bruce Van Horn cuando era simplemente el jovencito Bruce y cursaba secundaria en St.Paul, en el barrio londinense de Barnes. Sin embargo, sus caminos no se habían cruzado entre los muros de la exclusiva escuela. Michael no había pisado un edificio de enseñanza desde que, tras terminar secundaria, dedicó su vida al servicio de la Marina; tan en contra estaba del sistema educativo, que había tomado la decisión, de mutuo acuerdo con su mujer, de que Alison sería educada en casa y tomaría clases de profesores particulares seleccionados por ellos. Fue una mañana de domingo en el jardín delantero de la casa de los Landymore, en las afueras. Durante las mañanas de los días del Señor, Bruce, de familia humilde, cuidaba jardines, paseaba perros y repartía leche para poder costearse la escuela, y Michael necesitaba a alguien que le segara el césped.

Una de esas mañanas, Bruce dijo algo que sorprendió a Michael:

—Señor Landymore, ya no necesito que me pague más.

—¿Y cómo piensas financiar las clases? —respondió el marine, atónito.

—Con lo que gano con los perros y la leche me da más que de sobra.

—Pero algo te tengo que dar, Bruce. Y no quiero que dejes de venir, estoy contento con cómo dejas el césped.

En ese momento, el chaval que años más tarde se convertiría en inspector jefe de la Scotland Yard, se quedó en silencio, como si buscara las palabras que sonaran mejor.

—Usted va todas las mañanas al centro, ¿verdad? —preguntó al

fin.

—De lunes a viernes, así es.

—Y va en coche, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Podría ir con usted?

—¿Conmigo? ¿En mi coche?

—Lo he estudiado y solo tendría que desviarse dos calles. Eso es menos de un minuto de retraso. Por cortarle el césped todas las semanas, creo que es un buen negocio.

Michael se agachó para mirarlo a la cara. No daba crédito.

—Pensé que la escuela os facilitaba un autobús escolar.

—Sí, lo hace. Pero resulta que…

Se detuvo. Michael le puso la mano en el hombro, instándole a continuar.

—¿Qué pasa, Bruce? ¿Hay alguien que se ríe de ti? ¿Que te pega? ¿Es de algún curso superior?

El chaval sonrió al oír aquello. Era inaudito, pero Michael, todo un oficial de la marina, se sintió de pronto inferior a ese adolescente. Era una sensación que experimentaría muchas veces en su vida desde entonces.

—Son idiotas —respondió Bruce de pronto—. La escuela está llena de estúpidos, me intoxico solo con respirar el mismo aire que ellos. ¿Sabía que durante los viajes en autobús se organizan competiciones de eructos? Es penoso.

Sorprendido por la madurez del chico, y también un poco agradado por su rebeldía, Michael aceptó el trato. Desde entonces, llevó al pequeño de los Van Horn a St.Paul todas las mañanas y, a pesar de la diferencia de edad que los separaba, pronto se convirtieron en buenos amigos. Durante los trayectos, el chico se interesaba por todo lo relacionado con el oficio de Michael; tipos de armas, protocolos de actuación, pruebas de acceso… También le preguntaba por experiencias reales durante las misiones; ofensivas bélicas, interrogatorios, torturas, espionaje…

—La vida no es como las películas, chaval —contestaba entonces Michael, entre carcajadas, para luego contarle todo con pelos y señales. Cuando Bruce quedaba satisfecho, pasaba a otra pregunta, y así hasta que finalizaba el viaje, instante en que le cambiaba la expresión por tener que enfrentarse a la realidad marchita de un chico superdotado en una escuela de secundaria.

—Recuerda, chaval: si decides lo que quieres ser, puedes serlo —solía recordarle antes de despedirse—. Eso es algo que no te enseñan en la escuela.

El joven Bruce acabó entrando, tal vez influenciado por su amistad con Michael, en la brigada de homicidios del cuerpo de policía.

Michael acudió a la ceremonia de graduación.

Casi veinte años después, el chico que le segaba el césped y amenizaba sus viajes diarios al trabajo, se pavoneaba a los pies de su cama de hospital, con su reluciente placa, preguntándole cómo estaba. Había sido el único. Después de toda una vida, solo le quedaba él.

—Y tú, Michael —añadió Bruce a continuación, pasando la palma de la mano por la corbata como si la planchara—: ¿qué hacías en Fort William?

—Voy de vez en cuando, a ver si tengo suerte.

No hacía falta dar más explicaciones, Bruce conocía sus problemas con Alison.

—¿Sigue sin devolverte las llamadas?

Había dicho «sigue», y no «seguía», lo que significaba que, en su realidad, Alison aún vivía. Nadie había encontrado su cuerpo. O, al menos, no lo habían identificado como tal.

Michael asintió con la cabeza.

—¿Llegaste a verla?

—No la última vez —contestó, reprimiendo el dolor que le producía hablar de Alison y de esa noche.

Van Horn dio un paso y carraspeó.

—Dime, Michael. La noche de tu infarto —otra vez hizo el gesto de la corbata—, ¿viste algo extraño en las calles del centro?

«Caliente, caliente».

—¿Extraño? —fingió Michael, que sabía muy bien adónde quería llegar su amigo.

—Encontraron el cuerpo sin vida de una joven en un callejón, a un par de manzanas de donde te desplomaste —matizó Bruce.

De modo que sí habían dado con el cadáver.

—Vaya. ¿Soy sospechoso?

Ahora sí, el inspector soltó una carcajada. Solo una. Breve y seca.

—No, no te preocupes. Pero cualquier detalle de esa noche podría ser útil.

—Pensé que Escocia no estaba en tu jurisdicción —comentó Michael.

—No lo está. Estoy aprovechando la visita para ayudar en lo que pueda.

—Entiendo. ¿Conocen la identidad de la víctima?

—Encontraron su permiso de conducir en los bolsillos de su chaqueta.

Bruce mencionó el nombre en el documento encontrado en la joven difunta, y Michael se agitó inquieto bajo las sábanas. «Aquí no —pensó—. Ni una palabra.» La altura, el peso y el color del pelo concordaban, pero él sabía la verdad. La víctima real era su hija, Alison Landymore.

Asintió en silencio.

—¿Alguna huella en el lugar del crimen? —preguntó.

El subinspector explicó la escasez de evidencias, pero mencionó la presencia de huellas diferentes en el monedero de la víctima, sin coincidencia en la base de datos. Especuló sobre un ladrón mendigo como posible autor del robo.

—Hay que estar muy desesperado, o ser muy miserable, para robarle a una muerta. ¿No crees, Michael? —añadió.

Michael asintió en silencio y finalmente dijo un escueto «sí». La pena no le permitía articular dos palabras seguidas.

—Me enseñaron algunas fotos —prosiguió Bruce—. Su cara parecía carne cruda, ¿sabes?

Michael se pellizcó la pierna por debajo de la sábana. «Basta». Tragó saliva.

—Quien lo hizo, se ensañó con ella pero bien.

—¿Tienes un cigarro, chaval? —dijo Michael de pronto; a pesar de que el inspector encaraba los cuarenta, seguía dirigiéndose a él así—. Anda, acércame uno.

Cualquiera habría reaccionado ante tan absurda petición, pero Van Horn extrajo sin dudar la mano del bolsillo, donde guardaba el tabaco y el mechero. Los dedos con los que Michael tomó el cigarrillo que le ofrecía su amigo se mostraban delgados y pálidos como los de un anciano. Durante un segundo, pasó una luz de juiciosa lástima por los ojos del inspector. Un «no pienso decirte nada, ya eres mayorcito, pero no deberías fumar cuando acabas de sobrevivir a un infarto». A Michael le vinieron a la mente ciertas conversaciones de antaño, él conduciendo con la ventanilla medio bajada para que el vehículo no se llenara de humo, Bruce con su mochila escolar en el asiento trasero. Conversaciones en las que el chico le exponía los riesgos del tabaco en tan altas dosis. No intentaba convencerlo, como hacía su mujer, solo se las exponía. Al principio, Michael dejó de fumar en el coche. «Por el chaval —se decía—. No quiero ser el responsable de que dentro de unos años sufra un cáncer de pulmón». Al final, llegó a dejarlo por completo. Pero esa mañana, en la habitación de un hospital de Edimburgo, Michael no pensaba hacer concesiones.

Al diablo con todo, se dijo, deleitándose con el áspero sabor de la nicotina; una declaración de guerra a la de la guadaña en toda regla.

—Vi a un hombre —dijo repentinamente, con la mirada perdida en la nube de humo—. Salía de un callejón.

El semblante de Bruce denotaba la frialdad y la calma habituales, si bien un tenue fulgor en sus ojos grises revelaba la intensa excitación de su pálpito.

—¿La noche de tu infarto?

Michael asintió y compartió detalles sobre lo que había visto.

—Solía frecuentar el Casa Nova. Tengo la certeza porque yo también iba mucho para vigilar a Alison, como sabes.

Bruce se acarició el mentón.

—La joven que encontraron muerta estaba en un callejón y era bailarina —dijo.

—Siempre fuiste un chaval muy listo.

—No me vaciles. ¿Insinúas que viste al asesino?

—Puede que fuera él, pero puede que no lo fuera, quién sabe —dijo Michael, y después de un segundo que paladeó tanto como el cigarrillo, añadió—: Lo que sí sé es que tenía los nudillos pelados y manchados de sangre y que un coche se lo llevó inmediatamente después de que el tipo hiciera una llamada desde una cabina.

Bruce dio un paso más.

—¿Podrías describírmelo?

—Me estaba dando un infarto, chaval —respondió, pero después dibujó con palabras para su amigo un retrato robot del hombre que se hacía llamar Milton.

Milton.

Ese detalle, el nombre, lo omitió.

¿Por qué lo había hecho? Tal vez porque no estaba seguro de haberlo entendido bien cuando lo había pronunciado en el interior de la cabina. O quizás simplemente por el mismo motivo por el cual no le había revelado a su amigo que la joven sin vida del callejón era en realidad su hija, Alison Landymore. Era una razón mucho más primitiva, y es que sopesaba, no lo había decidido todavía, tomarse la justicia por su mano.

Bruce Van Horn abandonó la habitación del hospital con la miel en los labios, desconocedor de que, solo unas semanas después, se vería envuelto en un caso mediático que cambiaría su vida: la desaparición de Margot Lane. Al irse, dejó a Michael a solas con sus fantasmas.

Uno de esos fantasmas era la falsa identidad a la que Bruce había hecho referencia, que en realidad era la de la joven que había intercambiado su nombre con su hija. Él lo había visto todo antes de que el infarto lo doblegara. Estaba grabado en el permiso de conducción que ella había dejado en el bolso de su hija:

Meggy Mony.

Desolado, el exmilitar se pasó una mano por la cara. ¿Qué sabía? Sabía que alguien poderoso había matado a su hija, desapareciendo después. Michael carecía de pruebas concretas, pero no había dudas. Se había cruzado antes con muchos de su calaña.

También sabía que había una chica que, en medio de la tragedia, había escapado, suplantando la identidad de su propia hija. ¿Quién comete un acto tan desesperado, arriesgando todo? Solo alguien que no tiene nada que perder.

Cuando finalmente le dieron de alta en el hospital, Michael había llegado a una conclusión: si encontraba a esa chica, obtendría respuestas. Aún no sabía de qué tipo, pero algo le decía que ella conocía a ese Milton. Entonces quizá podría dar con él y vengar la muerte de Alison.

La justicia era a Michael lo que a la sangre a las venas, algo indisociable. Siempre había sido así. Y esta vez se había convertido en algo personal.

En los bolsillos de su cazadora encontró su cartera, un encendedor, las llaves de su casa, las llaves de su moto (debía volver a Fort William a por ella) y una foto plastificada de Alison. La mirada de su difunta hija, directa, auténtica, bondadosa, con un punto de advertencia acentuado por el ángulo que formaban sus cejas: «no te permito que conviertas mi vida en un campo de batalla, padre». La cara de una joven rebelde, con sangre caliente y mente fría, y un talento innato para meterse en problemas.

Y tanto que se había metido en problemas… «Pobre hija mía».

Respiró hondo, apretó la foto en su mano y se preparó para tomar un autobús hacia Fort William. Su moto lo esperaba, estaba aparcada en el mismo sitio donde la había dejado la noche del infarto. Ya que estaba allí, decidió hacerle una visita a Camille en su caravana. Quería saber cómo estaban las cosas en el Casa Nova después de los acontecimientos recientes.

Ella le confirmó lo que ya sospechaba: Meggy Mony había sido brutalmente asesinada, y su hija, Alison Landymore, había desaparecido. No reveló ningún nombre, seguramente por miedo a ser la siguiente víctima, pero Michael tenía claro de que, en su cabeza, tenía a un sospechoso —el hombre de la cabina— y un nombre con sus apellidos.

Esa era, por lo tanto, la versión oficial.

De modo que la bailarina cuyo sobrenombre era Meggy Mony se había salido con la suya, haciendo creer a todos que el cadáver del callejón era el suyo. Camille no lo mencionó por respeto, pero sus palabras destilaban odio y rencor hacia Alison. ¿Desaparecida el mismo día que otra bailarina muere? En un momento dado de la conversación, Camille deslizó, y Michael lo pilló al vuelo, que Alison y Meggy Mony, cuyo nombre real era Megan Anderson (otro dato importante que se llevaba) no se caían en gracia. Por cómo hablaba, era evidente que a Camille le afectaba más la muerte de Megan que la desaparición de Alison, y, aunque no llegó a verbalizarlo, cualquiera habría llegado a la conclusión de que, para la bailarina, Alison estaba involucrada en la muerte de Meggy.

Era una perspectiva inquietante.

Camille estaba destrozada, Michael nunca la había visto así, y eso

que se trataba de una mujer que había probado el lado más amargo y cruel de la vida.

Le habría gustado contarle todo, decirle lo que pasó. Que su amiga estaba viva y que el cuerpo del callejón pertenecía en realidad a Alison. Pero prefirió mostrarse cauto y guardar silencio. Hacían falta mucho más que unas cuantas conversaciones íntimas para que un militar experimentado confiara hasta ese punto en una bailarina de pueblo. No iba a ser tan estúpido.

Permaneció en la villa algunos días más, sintiendo que podría obtener información adicional. La alternativa, regresar a Londres, sería como abandonar para siempre la búsqueda de la verdad sobre lo que le había sucedido a su hija. Además, el cuerpo de Alison, que nadie había reclamado, aún yacía en el depósito de cadáveres. Michael rezaba por ella todas las noches. «No permitas que acabe en el infierno. Es buena chica, a pesar de todo. Llévatela, señor. Llévala contigo».

Un día, estaba comiendo en una hamburguesería de las afueras cuando vio entrar a dos hombres con un niño. Al principio no lo reconoció, solo se quedó mirando, curioso, la estampa familiar. Quizás era precisamente eso lo que llamaba la atención de ellos, que no eran una familia convencional. A lo largo de su vida, Michael se había hartado de ver esos surcos en la frente, esas miradas caídas pero a su vez inquisitivas, ese arrastrar de pies. Eran los síntomas de quien ha vivido una experiencia muy traumática y está llegando al límite. Michael había detectado eso en los dos hombres que acababan de entrar por la puerta. Estarían entre los treinta y cuarenta años, y el chico, si bien parecía un niño, era en realidad una niña.

Dejó su hamburguesa a un lado y se quedó observándolos desde su rincón, con discreción pero sin quitarles ojo, pensando en lo contento que se iba a poner Bruce cuando le llamara para contárselo todo. Y es que Michael había visto a su amigo en las noticias el día anterior. Una niña de cinco años había desaparecido en Londres y Bruce era el inspector a cargo del caso. Al verlo, Michael se había sentido, una vez más, muy orgulloso. Y ahora, esa niña, el ángel cuyo rostro llevaba horas copando las portadas de los periódicos y los informativos, estaba en la misma hamburguesería que él. ¿Qué posibilidades había?

Quería saber más, así que, empujado por una cálida curiosidad, esperó fuera, junto a la puerta del establecimiento, a que salieran. Improvisó un personaje, gorra en el suelo para recibir limosnas y bolsa de cartón. Su barba y habitual aspecto desaliñado completaban el disfraz. El más joven de los dos picó el anzuelo y dejó unas monedas, dando pie a entablar una breve conversación. Michael se presentó como Theodore, en homenaje a un amigo de la Marina que había perdido la vida en combate. La primera conclusión a la que llegó fue

que esos hombres no parecían ser secuestradores o matones a sueldo comunes. El disfraz había funcionado y lo habían confundido con un indigente. Él les había seguido el juego. Era lo mejor. Un mendigo no tiene que dar explicaciones, ni siquiera de su propia locura.

Nadie sospecha de un pobre sin techo.

Realizó un truco de magia para la niña —ya no había dudas, era ella Margot Lane, la criatura desaparecida— y se inventó sobre la marcha una historia sobre los Juegos Olímpicos que le hiciera parecer aún más chiflado de lo que su aspecto sugería. Fue un breve intercambio de palabras que le sirvió para analizar más de cerca a esos dos. El más joven parecía aterrado y desesperado, Michael reconoció en sus ojos su propia zozobra por haber perdido a Alison. El otro, algo mayor, era pura adrenalina, como un volcán a punto de erupcionar. Había conocido a muchos así en el ejército, él mismo había sido uno. Pensó que le habría caído bien de haberse conocido en otras circunstancias. Y también pensó que esos dos tipos, si bien escondían secretos, no tenían el perfil de secuestradores de niñas.

Decidió seguirlos, impulsado por un creciente deseo de saber más.

Se dirigieron a Glenfinnan, donde pararon junto al puente de piedra y, más tarde, en una casa de dos alturas cercana a una iglesia. Regresaron a Fort William y allí fueron acorralados por dos hombres, matones de poca monta, que viajaban en un vehículo de color mostaza. Michael fue testigo desde detrás de un contenedor, donde espiaba agazapado, dispuesto a intervenir. Entonces, el mayor de los dos tipos, sacó un bate de béisbol del maletero y puso fin al conflicto. Michael por poco aplaudió cuando el hombre le rompió la nariz a uno de los matones.

Reanudaron su camino y Michael detrás, como una sombra silenciosa.

Todo se volvió interesante cuando entraron en, ¡bingo!, el club Casa Nova. Primero se internó el más joven y, minutos después, el otro con la niña. ¿Qué hacían allí? El Casa Nova era el club donde habían trabajado tanto Alison como esa otra bailarina, Megan Anderson, conocida en el mundillo como Meggy Mony, y ahora esos tipos, que viajaban con la niña desaparecida, buscaban algo allí.

Michael no sabía en qué medida, pero todo indicaba que sus caminos confluían en un mismo punto. Y estaba dispuesto a averiguarlo.

Después de la parada en el Casa Nova, ocurrió algo sorprendente: los dos hombres dejaron a la cría en Glenfinnan, en el mismo edificio que había junto a la iglesia, que resultó ser un hostal. Después cayó la noche y acamparon en el propio coche. Era la prueba definitiva de que eran dos prófugos.

En ese punto, Michael pensó en abordarlos durante la noche y

obligarlos a hablar. No sería descabellado, portando él su pistola. No obstante, ellos eran dos, uno de los cuales había demostrado su habilidad con el bate y su predisposición a la confrontación. Por otra parte, él acababa de recuperarse de un infarto. No, el enfrentamiento no era la opción más inteligente.

Valoró telefonear a Bruce y comunicarle el paradero de la niña, sin duda la decisión más obvia, y lo habría hecho si esos dos no hubieran entrado en el Casa Nova. ¿Qué demonios estaban buscando allí?

Echada la noche, finalmente se encerró en la humilde posada donde se había hospedado; un dormitorio con cama y armario, un sofá de segunda mano y una pequeña cocina americana con los electrodomésticos básicos. Dormiría un par de horas y regresaría al lugar donde esos dos tenían el coche aparcado, listo y atento para reanudar el seguimiento.

Puro en boca, fijó la mirada en la pistola que lo acompañaba siempre, en ese instante sobre la encimera de la cocina. También sobre la encimera, la foto plastificada y una botella, ya empezada, de whisky. Miró los ojos de cejas angulosas de su hija. «Te odio», «Ojalá hubieras muerto tú y no mamá». Eran palabras que aún dolían. Michael, hombre frio, duro como la roca, encasillado en su aplomo, había reaccionado al doloroso ataque de su hija con un gesto de aprobación, susurró un «bien», y eso fue todo. Sin embargo, cuando ella se perdió dando un portazo, él, que no había llorado cuando su mejor amigo murió en sus brazos en pleno combate, ni tampoco cuando la luz de su mujer se desvaneció en esa silenciosa noche de hospital, se derrumbó y ahogó sus lágrimas en soledad.

Rastreó con calma melancólica los detalles del anodino mobiliario, del techo y las paredes en busca de recuerdos. Ya debía estar acostado, pero en la cama, a oscuras, experimentaba el horror. Y aunque encendiera la lamparita de noche, lo acosaba una especie de penumbra que persistía adherida a los muebles al modo de una capa de mugre tenaz, creando una pesada depresión en su estado ánimo. Cada pestañeo, una imagen: el cuerpo inerte de su hija, la silueta de ese hombre subiéndose al coche… hasta que los somníferos o el alcohol le hacían efecto.

Así que muchas noches desde ese día, Michael prefería quedarse un rato despierto, fumando y bebiendo en solitario, porque tenía la superstición de que así sus recuerdos eran más agradables que los que solía servirle la noche, hasta que, por influjo del whisky, empezaba a perder el gobierno de sus pensamientos. Alcanzado ese punto en el que se anunciaba la embriaguez, se marchaba al dormitorio.

Pero aún no había llegado ese momento, así que bebió lento, paladeando el amargo elixir, escudriñando la pared con la mirada tranquila en busca de alguna que otra secuencia del pasado. Más allá,

en el mundo de los recuerdos, los menos malos, la tarde de la graduación de Bruce. Habían pasado muchos años, ¿cuántos?, ni se acordaba. Pero sí recordaba haberse sentido orgulloso del chaval. Era una sensación que había aflorado en el hospital, al verlo trajeado, presumiendo de placa y de planta. Esa tarde, el joven Bruce, policía de estreno, le había buscado entre la multitud de los invitados y había dado a Michael un abrazo sentido. Este, cohibido, como celoso por la falta de costumbre, tuvo el instinto de apartarlo. Incluso echó el cuerpo un poco para atrás, intuyendo que aquel acto entrañaba violencia de algún tipo. Terminado el abrazo, Bruce le tendió un parche de tela con una inscripción bordada: S*i decides lo que quieres ser, puedes serlo.*

—Lo mandé hacer el primer día que me llevaste en coche a la escuela —le dijo, asomado a su labio inferior un amago de sollozo, hablando atropelladamente para que la emoción no le quebrara la voz —. Quiero regalártelo como reconocimiento. Para que este día no se olvide nunca.

Emocionado, Michael le había dado un segundo abrazo, este mucho más sentido.

Pasados los años, tantos que a Michael le apena contarlos, se encontraba pegando un nuevo lingotazo a la botella de whisky sin apartar los ojos de la amarillenta pared. ¿Por qué sonreía? Aquella era una evocación bonita, de las mejores de su vida. En realidad, le entró la risa sin saber por qué, pues en realidad se sentía sucio, miserable y enmohecido de tristeza.

«No quiero volver a verte nunca más, padre».

«Sí, hija, ya no tendrás que hacerlo».

Notó que había alcanzado el punto crítico a partir del cual una gota más de alcohol pondría en peligro la operación del día siguiente, de modo que devolvió la botella a su mochila, donde guardaba, no sabía por qué, el parche con la inscripción de Bruce, y se dijo: maldita sea, ¿por qué no la obligaría a volver a casa?

«Porque eres gilipollas».

Su hija, desde la foto plastificada, asintió con un amago de sonrisa siniestra, prueba definitiva de que era mejor ir a acostarse.

Al día siguiente se aclararía todo.

Y vaya si lo hizo.

Lo primero que hicieron los dos hombres, ya sin la niña, nada más salir el sol, fue acudir al Mogambo. Michael conocía el restaurante por estar muy cerca de la caravana donde vivía Camille, aunque no había comido nunca allí ni conocía a los dueños. Mejor para pasar desapercibido. Entró disimuladamente tras ellos y se quedó sentado a una mesa oculta detrás de la máquina de tabaco, escuchando atento.

Casi le sobrevino un segundo infarto cuando el más joven

mencionó el nombre de Megan Anderson. Las piezas empezaban a encajar. Ese tipo estaba buscando a Meggy Mony, su hermana.

En poder de esa valiosa información, Michael volvió a forzar un encuentro a la salida del restaurante asumiendo de nuevo el papel de Theodore, y esta vez mostró más interés. Además de lo del parentesco con la bailarina, se enteró de que querían hablar con Camille —el siguiente hilo coherente en la búsqueda de Meggy—. Michael se inventó otra historia y les indicó la ubicación de la caravana de Camille, esperando que la bailarina no echara a perder su mentira mencionándolo.

No lo hizo.

Esperó bajo la lluvia a que salieran, esperanzado en que esos dos lo condujeran al paradero de Meggy Mony y, a su vez, al hombre de nudillos ensangrentados que le había arrebatado a Alison.

El camino los llevó de regreso a Glenfinnan y Michael siguió sus pasos, montado en su motocicleta, manteniendo en todo momento una distancia prudencial.

Varias cosas sucedieron allí. Alguien se les había adelantado, llevándose a la niña y matando a las dos personas que estaban en ese momento en la iglesia: una monja y un sacerdote. Este último tuvo tiempo de denunciar el ataque, así como el secuestro de la niña, antes de exhalar su último aliento. Michael lo oyó todo desde el exterior de la iglesia; afortunadamente, la ventana de la sacristía se encontraba entornada, filtrando la conversación.

¡Qué cerca había estado! Hunter Milton, el asesino de su hija, había llegado antes que ellos acompañado de una mujer, y juntos se habían llevado a la niña. En esos momentos se dirigían hacia el sur.

Había llegado la hora de hablar con Bruce. Él pondría en marcha el dispositivo policial, cortaría carreteras y recuperarían a la cría. Entonces, por fin, Milton obtendría su merecido.

La policía había llegado a la iglesia, obligando a los dos hombres a escapar. Y no lo habrían logrado sin su ayuda. ¿Por qué lo había hecho? Quizás porque había visto en ese chico el mismo dolor de pérdida hacia su hermana que él sufría por su hija. El caso es que no lo pensó demasiado. Estaba apostado detrás del tronco de un árbol, pensando en correr a telefonear a Bruce, cuando vio que dos policías acorralaban a Anderson y su compañero. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones, creando caos, provocando incertidumbre. Dando a los dos hombres una oportunidad de salir corriendo y escapar.

Dio un segundo grito, esta vez mostrándose visible frente a los policías, y cuando se hubo asegurado de que tenía su atención, corrió a través del bosque, y luego ladera abajo, hasta coger la motocicleta y llegar al pueblo, donde marcó el número privado de Bruce Van Horn.

—He encontrado a la niña. Sus secuestradores se dirigen al sur

desde la carretera de Fort William.

—Repite eso, Michael —respondió su viejo amigo tras unos segundos de asimilación.

—Margot Lane, la niña a la que buscas. Estaba en un pequeño pueblo pesquero de Escocia llamado Glenfinnan. Hace unos minutos…

—¡Espera! —lo interrumpió—. Cerca de allí trabajaba tu hija. Donde sufriste el infarto. Y donde hace dos meses murió una bailarina.

Michael casi podía oír cómo las muchas casualidades, que en realidad no lo eran, se acumulaban en la cabeza de su amigo. Como buen policía, desconfiaba de ellas, y así se lo hizo saber. Así que Michael le contó lo sucedido en los últimos días, pasando por alto el hecho de que era Alison la que había muerto en ese callejón, y no la hermana de Neil Anderson. No había tiempo para desenredar esa madeja. Lo que sí mencionó fue el nombre del asesino de su hija.

—¿Has dicho Hunter Milton?

—Sí. ¿Por qué?

—Hay en la policía metropolitana de Londres un superintendente con ese nombre. Nunca me cayó bien.

Aturdido por esa información, Michael le hizo una descripción física del hombre. Concordaba al cien por cien. De modo que el hombre que le había arrebatado a su hija a las puertas del Casa Nova y que acababa de llevarse a Margot Lane era un alto cargo de la Scotland Yard. Demasiada información relevante para asimilar.

Sin embargo, no había tiempo que perder. Las palabras de Bruce, aceleradas, buscaban poner fin a la llamada para que pudiera empezar la persecución. Se despidieron, amigos distantes, con afectuosa admiración y silenciosa gratitud.

Al colgar, Michael se quedó quieto, pensando en su próximo movimiento. ¿Había algo que podía hacer? En realidad, no; ya había dejado el caso en manos de la policía y confiaba en su amigo para que capturase a ese desgraciado. Y sin embargo, aún sentía que no había saciado su sed de venganza. Algo mucho más grande se escondía detrás del asesinato de su hija. Por un lado, estaba Hunter Milton. ¿Por qué un superintendente rondaría un humilde club de estriptis de Fort William? Le vino a la mente la imagen del coche de lujo que lo había recogido la noche del asesinato. No, no era un cliente más. Ese hombre tenía algún tipo de influencia en el Casa Nova, intereses ocultos. Unos intereses que cobraban más relevancia cuando se había sabido que Hunter Milton estaba interesado en la niña que todos buscaban.

Dicha conclusión dio paso, los ojos de Michael vibrando intensos aún dentro de la cabina, a ese chico. Neil Anderson. Al igual que había hecho él con Alison, estaba buscando respuestas sobre lo que le había sucedido a su hermana. Hasta ahí, de acuerdo. Sin embargo, ¿qué

hacía la niña con él? ¿Y quién era el hombre que lo acompañaba? ¿Eran ambos los verdaderos secuestradores de la cría, o se escondían de Milton? Todo volvía una y otra vez a ese malnacido.

Y, de nuevo, la gran pregunta: ¿qué hacer ahora?

Tenía una edad.

Una mujer muerta.

Una hija asesinada.

Y un corazón roto, en todos los sentidos en que se puede tener roto un corazón.

Pero también tenía, guardada en el fondo de su bolsillo, una inscripción bordada en tela.

«Si decides lo que quieres ser, puedes serlo».

Con la frase parpadeando en lo más hondo de su alma, abandonó la cabina, se subió a la moto y la puso en marcha en dirección al sur.

33

Día de Navidad de 1984
En el bosque

Antes de que el cuerpo de Milton cayera al suelo, Venus ya había salido corriendo hacia él. No iba a repetir el mismo error. A pesar de que el rostro del superintendente era una mueca ensangrentada con un agujero en el punto donde había perforado la bala, aunque sus ojos miraban hacia el cielo pero no veían su luz, la joven descargó tres disparos más. Uno en la frente y dos en el corazón.

Con el primero, la sangre le salpicó en la cara.

Junto al cadáver de su compañero de banda, Christian Scott luchaba por una nueva bocanada mientras su pecho no dejaba de emanar sangre. La camisa del expolicía era un trozo de tela empapado de su líquido vital.

Se abalanzó sobre él y obstruyó el orificio con las palmas de sus manos. Scott soltó un gemido de dolor.

—Lo sé, lo sé… —lo consoló Venus entre susurros, a pocos centímetros de la boca de él—. Aguanta un poco más, pronto vendrá la ayuda.

Sabía que era una falsa promesa. Como si una asesina buscada por la ley pudiera llamar a emergencias y declarar un ataque con armas de fuego sin consecuencias. También sabía que él era consciente.

—Qué mal mientes —dijo Scott entre risas ahogadas en su propia sangre—. Inaceptable para una asesina de hielo.

Ella rio tristemente con él, sus ojos empañados. Una risa que sabía a final.

No había escapatoria, nada que ella pudiera hacer por salvarlo. Tan solo…

Enmarcando el rostro de él con ambas manos, dejando la sangre brotar con libertad, llevó los labios a su frente en un beso dulce, tierno y duradero.

Una lágrima surcó la sien del expolicía.

El sonido de unos pasos interrumpieron el íntimo momento.

—¡Policía! —gritó alguien.

Venus alzó la vista y escudriñó el bosque. No vio a nadie. Debían de estar escondidos tras los árboles.

«Mierda —se dijo, con Scott aún entre sus brazos—. Piensa, Charlize…»

—Tienes que irte —dijo entonces Scott. Sus palabras salieron con coágulos.

—Ni de coña pienso dejarte morir aquí.

El la agarró de los brazos con la poca fuerza que le quedaba.

—¡Vete! No puedes hacer nada más por mí.

—No he hecho nada por ti.

—Has matado a Milton —respondió Scott, ahora sus ojos tras un velo gris—. Y me has demostrado que puedes ser un complejo e indescifrable poliedro.

—Christian, yo…

Quería disculparse, redimir sus pecados. Aunque fuera solo con él y en los últimos segundos de su vida.

Más pasos se oyeron a su alrededor.

—¡Márchate!

En ese instante, uno de los policías salió de su escondite y se dejó ver. Corría hacia ella sujetando un fusil.

Sin pensárselo, por simple instinto, Venus se incorporó y echó a correr a la vez que disparaba al policía.

—¡Henry! —gritó Van Horn, que estaba presenciándolo todo apostado tras un árbol, esperando el momento preciso—. ¡Vuelve!

«Ese estúpido va a hacer que lo maten…», pensó.

La incursión en el bosque los había conducido por una serie de pistas que terminaban allí. Primero habían encontrado un Ford Cortina, sin pasajeros, detenido frente al tronco de un árbol que atravesaba el camino, lo que indicaba que, seguramente, los susodichos habían continuado a pie. Algunos testigos en Fort William habían asegurado ver un Cortina deambulando por la ciudad en el último día, de modo que iban por buen camino.

Más tarde había sido el Mercedes de lunas tintadas, también desocupado, en mitad de un claro del bosque. Presentaba dos neumáticos perforados y el chasis trasero maltrecho. No tuvieron que rastrear demasiado la zona para encontrar indicios de disparos de bala en las cortezas de los árboles colindantes que delataban el reciente eco de un tiroteo.

Eso les había llevado a donde estaban ahora, y el panorama era el siguiente: un hombre brutalmente asesinado, otro cerca en las garras de la muerte, y una joven, que parecía haber salido de un cómic, intentando vanamente salvarle la vida.

En cambio, no había ni rastro de Margot Lane. ¿Dónde demonios se había metido esa cría?

Era una cuestión que, por supuesto, tenía pensado preguntar a la

joven secuestradora. Ya la tenían acorralada y solo debía asegurarse de que la operación no se cobraba ninguna vida.

Sin embargo, la situación se descontroló repentinamente antes de empezar.

Estaba ocupado dando indicaciones mudas con las manos a su brigada cuando Henry, su sargento novato, abandonó su escondite y corrió hacia el objetivo con el fusil en ristre. Pobre ingenuo, como si el chaleco antibalas y el casco reglamentario otorgaran inmunidad absoluta.

Van Horn emergió tras él, con urgencia.

—¡Henry, alto! —insistió, pero su advertencia se perdió entre el susurro de las hojas y la gravedad del momento.

Aquello asustó a la chica, que se revolvió como un conejo ante un depredador y huyó disparando al aire.

Uno de esos disparos acertó en el rostro desprotegido de Henry, que cayó de rodillas a pocos metros de él. Cuando le tomó el pulso, ya estaba muerto.

—¡Que no escape! —dio la señal de alarma, y la unidad policial se desplegó con la eficacia y el fervor de un enjambre, con una única presa en su horizonte: la fugitiva que ya corría hacia su incierto destino.

No sintió nada cuando la bala acertó en el pecho de ese policía panzón.

Tampoco sintió cuando vio a todos esos policías armados corriendo hacia ella, vociferando, disparando.

Porque todos sus pensamientos estaban volcados en una sensación, la certeza de haber saboreado el néctar de la felicidad durante un rato, solo unos minutos, para que luego le fuera arrebatado sin ceremonias.

Eso era todo lo que le correspondía. Unos minutos de felicidad. Concluido ese rato, el telón cayó de nuevo y la magia desapareció. No quedaban más que las cuerdas y poleas entre bambalinas.

Los tambores de lavadora y las autolesiones.

Y sería así por el resto de su vida, decidió.

Porque esa mañana, oh, no, esa mañana no pensaba dejarse atrapar.

Corrió zigzagueando entre los árboles siguiendo una dirección muy concreta. De cuando en cuando, se volvía y disparaba, más como táctica de disuasión que con la intención de herir.

En dos ocasiones, a punto estuvieron las balas contrarias de acertar en su cabeza.

El claro se presentó como el tramo más arriesgado de su escapada, donde la ausencia de cobertura del bosque la hacía vulnerable. Pero el sonido del tren cercano le infundió un nuevo propósito.

«Puedo lograrlo», se animó mientras medía la distancia con el paso del ferrocarril.

Cinco disparos más surcaron el aire a su espalda hasta que alcanzó el tren en marcha. Entonces, sin dudar, se colocó en paralelo sin dejar de correr, y esperó el final del vagón.

Con el rabillo del ojo vio a sus perseguidores. Estaban lejos. Jamás podrían seguirla si conseguía subir al tren de mercancías.

Cuando vio el final del vagón, se aferró con fuerza al pasamanos y se izó con una agilidad desesperada, quedando prácticamente suspendida entre la chapa y el suelo, que pasaba ahora a una velocidad de vértigo mientras el tren la arrastraba lejos de sus perseguidores.

Estos pronto pasaron a ser puntos móviles en la distancia a la vez que el mundo se aceleraba y ella era transportada lejos.

Pensó en Scott. Para entonces, ya debería estar muerto.

Mientras el paisaje inglés se desplegaba ante ella, una única lágrima de despedida se deslizó por su rostro —un adiós a Scott y a la inocencia perdida—, pero no hubo más lamentos.

—Charlize Brown no lloró cuando la violó Josh Miller, ni cuando casi la mataron en los bajos fondos de Chicago —se dijo, pasándose la mano por la mejilla—. Y tampoco llorará por un simple policía.

Atrincherada en el tren que la llevaba al sur, se hizo una promesa: dedicaría el resto de su vida a buscar y encontrar a Margot Lane, el único cabo suelto en su trama de venganza y redención.

34

Alivio. Es lo que sentí cuando escuché la voz de Megan en su versión modificada por la línea telefónica. Un alivio puro y dulce. Era como si hasta la última célula de su cuerpo hubiera estado privada de oxígeno hasta ese momento.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —dijo ella. Hablaba con la voz cansada de un superviviente poco convencido de que los vivos son los más afortunados. Parecía al borde del llanto.

En cuanto a mí, no me salían las palabras. Aún estaba asimilándolo. Sentí que se me escapaban las lágrimas de nuevo, pero logré contenerme.

—¿Estás bien?

Un sollozo como respuesta. Eso era un «No». Me puse tenso.

Iba a plantear mi siguiente pregunta (¿Dónde estás?) cuando de pronto caí en que ya sabía la respuesta. Y me derrumbé. Lo acababa de decir Califa: «Te llamo desde mi residencia de Londres. La que casi hiciste saltar por los aires». De modo que ella estaba allí. Había estado allí todo el tiempo, también cuando yo me colé por el cuarto de la caldera, poco antes de que todo estallara y me fugara con Margot y Scott. Recordé que, desde la planta baja, había oído un silbido rasgado y lejano. Lo había atribuido al viento, quizás por quedarse una ventana semiabierta en alguna parte del edificio, pero ahora entendía el origen del silbido. Provenía de abajo, del piso subterráneo donde tenían encerrada a mi hermana. El silbido no había sido una ventana, sino, seguramente, un alarido desesperado de ella, suplicando una ayuda que no llegaría. Se me cayó el alma a los pies.

—Así que todo este tiempo… —logré articular.

—No todo. Me marché de casa por voluntad propia, y me arrepiento por ello. Yo no sabía que iba a pasar todo esto, Neil.

Yo seguía sin poder reaccionar.

—Me enganché a las drogas y un hombre muy bien vestido me prometió ayuda. —Joe Caruso, pensé—. Un centro especializado. Me llevó con él y me trajo a Londres. Lo del centro funcionó, llevaba muy poco tiempo enganchada y quedé totalmente limpia, así que, en cierto modo, quedé agradecida a ese hombre. Ya no tengo el mono, te lo prometo.

—Te creo.

—Sin embargo, ya era tarde. Me llevó a Escocia, donde me dio trabajo como bailarina en un club nocturno. Me asusté de verdad cuando me proporcionaron un pasaporte con una identidad falsa. Meggy Mony era mi nuevo nombre. Supliqué que me trajeran de vuelta, pero ya era tarde.

—Volverás —le prometí.

Ella calló unos segundos.

—Esto es por mi culpa —dijo al fin.

—No —dije—. No pienses eso. Nadie tiene la culpa, ¿entendido?

Un nuevo silencio. Me imaginé con nitidez el rostro arrepentido y horrorizado de mi hermana.

—Megan.

—¿Sí?

—¿Quieres contarme lo que ocurrió después?

Recordé que Califa estaba allí con ella, escuchando. No sabía cuánto tiempo nos quedaba, pero debíamos ir al grano.

—Conseguí escapar. Una de las bailarinas fue brutalmente asesinada en un callejón a la salida del club. Yo fui la primera en ver el cadáver, y entonces se me ocurrió. Ella tenía un pelo parecido al mío y más o menos compartíamos rasgos físicos. Cambié mi documentación con la de ella y huí. Empezaría de cero.

Asentí en silencio. La versión coincidía con la que me había contado Clay. De modo que no todo era mentira. La pregunta era dónde acababan las verdades y empezaban los embustes.

—¿Es verdad que me llamaste a la oficina?

—¿Cómo sabes eso? —respondió, su voz un poco más firme por la sorpresa.

Miré a Clay, que observaba la escena con la mirada perdida. Pronto se desmayaría de nuevo. No me daba ninguna pena.

—No importa.

—Fue lo primero que hice. Me refiero a buscar una cabina para llamarte. No quería hablar con mamá por lo que le hizo a papá, así que te llamé a la oficina.

Caí en la cuenta de que a lo mejor ella no sabía lo de la muerte de nuestro padre. Sentí un pinchazo en el corazón. Decidí no contarle nada, al menos de momento. No había necesidad.

—Espera —dije—. Yo todavía no trabajaba en Wall Street cuando desapareciste. ¿Cómo pudiste saber mi número de empresa?

—Estuve varios meses viviendo en la calle, en Brownsville, no muy lejos de casa. Vosotros no sabíais nada de mí, pero yo sí os tenía controlados.

Aquello me dolió. Todo ese tiempo… y Megan había estado a la vuelta de la esquina. Digerí como pude aquellas nuevas revelaciones, intentando concentrarme en lo importante.

Había encontrado a Megan. La había encontrado y estaba viva.

—Así que Clay fue a buscarte a Escocia.

—Sí. Ese desgraciado amigo tuyo me engañó y me llevó de vuelta con la gente del club. Solo que ya nunca más trabajé como bailarina en el Casa Nova, sino que, después de pegarme y hacerme algunas fotos denigrantes, me trajeron aquí, donde me encadenaron y encerraron…

Su voz se quebró.

Planteé la siguiente pregunta con la máxima delicadeza posible:

—¿Es verdad que le dijiste a Clay que no querías que me informara de lo que estaba pasando?

—Sí, eso es verdad. Le supliqué que no lo hiciera.

—¿Por qué?

Tras un nuevo lapso en silencio, dijo:

—Tu cara.

—¿Qué?

—Cada vez que te he fallado, cuando te he decepcionado, tu cara, esa mirada de decepción… —Se detuvo—. Si te enterabas de lo que había hecho, de que estaba en Escocia sola, y te lo veía en el rostro, pensé que querría morirme.

Me llevé de nuevo la mano a la boca.

—Oh, hermanita…

—Lo siento.

—No, no lo sientas, por favor. Soy yo quien lo siente.

Megan empezó a gimotear.

—¿Neil?

—¿Sí?

—He dicho muchas mentiras —dijo—. Pero esta última es la peor.

Me quedé atento al auricular, en silencio.

—Adopté el rol de Alison Landymore. Meggy Mony estaba muerta para mí. Pero… había una parte de ella que no podía dejar atrás.

Se calló.

—¿A qué te refieres? —pregunté con voz suave.

—Estoy embarazada.

Cerré los ojos. Al hacerlo, vi a Hunter Milton violando a mi hermana, dejando su semilla en su interior. Un espécimen, mitad Anderson mitad Milton, estaba creciendo dentro de ella. Era insoportable.

—Es suficiente. —Era la voz de Califa, muy próxima, a tenor del volumen con el que me llegaba su voz. Me estremecí, no quería que la conversación acabara. Nunca. Ahora que había recuperado a mi hermana, deseaba seguir oyendo su voz eternamente, aunque fuera mediante una conexión telefónica.

—No quiero tenerlo, Neil —añadió ella.

—¡He dicho que suficiente! —gritó Califa esta vez.

—No quiero tenerlo… —Se le quebró la voz. Se rehizo y dijo—: Y no pienso tenerlo.

—Megan —dije, y en mi propia voz oí algo extraño. Desesperación. Deseo—. Volveré a por ti y te sacaré de allí.

—No, no lo harás. No entregarás a esa pobre niña por mí.

Rompí a llorar de nuevo. Solo que esta vez era la angustia la que me dominaba.

—Lo haré si con ello puedo salvarte.

—Si vienes, se quedarán con la niña y nos matarán a los dos. Sabes que es así.

—No… Megan, escucha…

—Bien, ¡ya basta! —exclamó Califa, su paciencia claramente agotada.

—Lo siento, Neil.

—¡Megan, para! —grité.

Fue tarde. Los breves sonidos de un forcejeo precedieron al sonido de un disparo.

Califa gritó un «¡No!».

Yo solté el auricular, dejándolo caer.

Y todo quedó en silencio.

35

En el mundo de la bolsa, no importa que pierdas nueve de cada diez veces, siempre que los beneficios de la décima compensen a todas las anteriores. Yo estaba más que acostumbrado a eso. Se conoce como esperanza matemática. Muchos, especialmente los que empiezan, creen que un gran inversor debe ganar dinero con todas sus operaciones. Es un error de base. El mejor inversor es aquel que pierde poco dinero en las operaciones fallidas y rompe la banca en las ganadoras. Retroceder dos y avanzar tres. Si lo piensas, es un poco una metáfora de la vida.

En los últimos tiempos, yo había tenido múltiples operaciones perdedoras: la muerte de mi padre, mi quiebra personal y la de mis clientes, Emily yéndose de casa, y más recientemente, cuando perdimos a Margot en Glenfinnan, Scott quedándose atrás o la traición de Clay.

Podía llegar a soportar el peso de todo eso, estaba intrínseco en mi forma de ser, me había preparado para ello. Pero necesitaba mi operación ganadora: encontrar a Megan y llevármela de vuelta a Nueva York.

De modo que, cuando el sonido del disparo perforó mi tímpano a través del auricular, supe que era el fin de la partida.

Manos temblorosas, recogí el auricular del suelo. Colgaba del cable, enroscado como la cola de un cerdo, que salía del aparato. Me lo llevé al oído. El pitido que había provocado el ruido del estallido persistía. Mis ojos, empañados.

La conexión devolvió un tono continuo y monótono.

Califa había colgado.

No había que ser un genio para saber lo que había pasado en la mazmorra de la residencia de Califa. El fuerte sonido que yo había oído lo había producido un arma de fuego, así que la secuencia debió de ser tal que así: en un segundo, Megan había soltado el auricular y le había arrebatado la pistola a Califa, o puede que a alguno de sus guardias, de su funda en el cinturón, o del interior de su chaqueta. Qué más daba. El caso es que había apuntado a su propia sien con el arma, o tal vez se había metido el cañón dentro de la boca, y había apretado el gatillo antes de que nadie pudiera reaccionar para evitarlo. No había dudado ni un segundo. Así de desesperada debía de

estar.

Megan, la moneda de cambio de Califa, estaba muerta. Eso explicaba el grito del magnate. Sin ella, no había nada con lo que negociar.

Mi dulce hermanita se había sacrificado para salvarnos a Margot y a mí.

Game over.

Dejé caer mis brazos sin oponer resistencia y me dejé llevar por un grito silencioso que estalló en mi interior.

De repente todo carecía de importancia.

Cuando me repuse de la conmoción inicial, recordé que no estaba solo. Me volví lentamente. Clay seguía sentado donde lo dejé, maniatado y malherido, mirándome, la cabeza apoyada en su hombro derecho, como si su cuello no pudiera con el peso del cráneo. El cuello de su camisa estaba ahora empapado de sangre y baba. Busqué una sonrisa hiriente detrás de los labios hinchados y la nariz abollada. No la encontré.

Me entraron unas ganas irrefrenables de matarlo a golpes. Una vez más, la atrocidad de la situación —que ese desperdicio de hombre que un día se hizo llamar amigo mío tuviera el poder de destruir a alguien tan hermoso, querido y valioso como Megan, arrastrando al abismo con ello a toda mi familia— me consumía, haciéndome tomar consciencia de que no había nada justo en el mundo, ningún control, ningún orden central, solo caos arbitrario. Quería matar a aquel desgraciado, aplastarlo como la lombriz que era, solo que ninguna lombriz podría ser jamás tan desalmada, dañina y miserable. Aplastar a aquel gusano sería hacer un bien a la humanidad. Y aun así, de pronto, me sentí abrumado ante la idea de que, a fin de cuentas, tampoco serviría de nada hacer algo semejante. Todo era una enorme farsa.

Sus ojos, sin embargo, hablaban por sí solos. Eran dos canicas brillantes, aturdidas y asustadas. Me dio la sensación de que no esperaba lo que acababa de ocurrir (¿quién lo hacía), y que, después de todo, quería a Megan. O tal vez lo que vi era el terror más puro al verse a merced de un hermano herido y desesperado que ya no tiene nada que perder.

—Lo s…siento —balbució. Un nuevo hilo de baba rosa brotó de una de sus comisuras.

Apreté los puños. Miré el cuchillo, ensartado en su mano y a su vez en la madera de la butaca.

Muchos pensamientos horribles pasaron por mi mente en muy poco tiempo. Atrocidades que, quizás, habría sido capaz de llevar a cabo de no ser porque, entre toda esa maldad y oscuridad, un rayo de luz se coló y lo abarcó todo.

Margot.

No podía dejarla a su suerte ahora. Más que nunca, sabía lo importante que era ella para la banda, lo había sentido en las palabras de Califa, ese toque de impaciencia y desasosiego por recuperarla.

Yo era su única oportunidad de salir adelante.

Y, a su vez, ella se había convertido en la mía.

Aflojé las manos. Clay dejó escapar el aire y se echó a llorar. Era igual, no me importaba el tormento que debía estar viviendo en su interior.

Me volví y me extrañó ver la puerta del salón abierta. Antes, Clay se había levantado a cerrarla, lo recordaba. Tuve un mal presentimiento.

Mis ojos buscaron el armario, que también estaba abierto. No había nadie en su interior.

Un estremecimiento, fuerte como un martillazo invisible, golpeó mi pecho.

¿Dónde estaba Margot?

36

Madrid
11 años después

La llamada llegó al día siguiente de la gran nevada, la más copiosa y prolongada de la década en la capital española, que aún duraría algunos días más.

Para cuando volviera a salir el sol y los verdes y grises retornaran a parques y carreteras, yo, Tom Cavendish, padrastro de Mónica y compañero de vida de Leticia, ya llevaría algún tiempo muerto.

Todo estaba blanco. Daba la impresión de que el mundo se hubiera puesto la nieve como quien se pone una camiseta. Las pisadas en la acera, bajo nuestra ventana, y más palpable durante el corto trayecto a pie hasta la boca de metro, se hundían hasta los tobillos.

—No sé si deberíamos —dije.

Leticia, el amor de mi vida, agarró la barra del metro con más fuerza.

—¿El qué? —Había preocupación en sus ojos.

—Grabar nuestros nombres —expliqué—. Siempre podrías conocer a otro Tom en el futuro.

El color volvió al rostro de Leticia.

—Eres idiota —dijo, riéndose nerviosa.

—Piénsalo. Tom en el tuyo, Leticia en el mío… ¿No te parece muy impersonal?

—¿Y qué sugieres?

—Pollito y pollita.

Se rio en voz alta.

—Eres más raro…

El vagón se detuvo, la megafonía anunció el nombre de la estación y las puertas se abrieron, dejando salir a la marabunta. Una parada más y sería la nuestra. Con más intimidad, Leticia volvió a mirarme.

—¿Qué? —pregunté.

Me sonrió de una manera que me aceleró el corazón.

—Te quiero, ya lo sabes.

—Yo también te quiero.

—Todo irá bien —dijo ella, quizá detectando mi inquietud—. Lo sabes, ¿no?

Asentí y simulé una sonrisa. Ella no se lo tragaría, pero el esfuerzo contaría para algo.

—Leticia —dije.

—¿Sí?

—Pollito y pollita. Hazme caso.

Ella me dio un puñetazo en el brazo y apoyó la cabeza en mi hombro hasta que los altavoces anunciaron nuestra parada.

Por supuesto, el atolondramiento de Leticia y su sonrisa permanente se debían a algo más que una visita a la joyería. Comprar los anillos era solo un indicador de que algo iba a ocurrir.

Nos casábamos.

Hacía seis días, los tres habíamos reservado una mesa en el restaurante favorito de Mónica para celebrar su decimosexto cumpleaños. Quise hacerlo ese día, en lo que a mí me parecía un acto cargado de significado. No me arrodillé, pero el gemido de Leticia antes de llevarse las manos a la boca bastó para que se volviera toda la sala hacia nosotros. Mónica no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla. La emoción de ver a sus padres casándose, por fin, era fuerte incluso para una chica fría e imperturbable como ella. Se secó la zona baja de los ojos con disimulo y continuó aplaudiendo.

Aquello me costó una sonora ovación de los presentes. También me llevé una anécdota para contar a nuestros nietos —o para escribir en mis memorias— y el «sí quiero» de mi amada.

Pollito y pollita. Era la ridícula y romántica manera en la que nos dirigíamos el uno al otro en la intimidad. Casi ni nos dábamos cuenta y lo pronunciábamos hasta en la cafetería o el supermercado. «¡Pollita, voy pidiendo el pescado!». Aunque ella lo había interpretado como una broma, mi propuesta encerraba asuntos muy serios de los que no podía hablarle. No quería que en su alianza viniera grabado Tom, porque ese no era mi nombre real, tan solo una máscara improvisada. Y, por supuesto, Neil quedaba descartado, pues ese nombre ni siquiera existía para ella. Pollito era la alternativa menos mala.

Al final, acabó siendo Tom.

Qué rebuscada es la vida a veces.

Además de comprar los anillos, cómo no, ese sábado íbamos a invitar a algunos buenos amigos a casa, para dar la gran noticia y celebrar la vida. Prepararíamos cena casera, una fiesta pequeña, solo para los más cercanos, pero Leticia exigiría la guarnición completa a base de canapés de salmón, espárragos con queso fundido y dátiles con beicon. Habría sido impensable, no, más bien imprudente, tratar de hacerle cambiar de parecer. Cuando se trataba de organizar eventos y dar de comer, Leticia era imparable.

No llegaríamos a dar esa fiesta, claro. Y tampoco se celebraría el

enlace.

Sobre qué fue de los anillos, nunca lo supe; imagino que Leticia los devolvió.

Esa misma mañana, a la vuelta de la joyería, con los anillos escogidos y las inscripciones encargadas, Leticia me cogió la cara entre sus manos y me dio un beso sentido, prolongado. Después me repitió que me quería.

Yo le dije que también la quería. Y lo hacía con sinceridad. En esta vida hay unos pocos momentos de felicidad pura. La mayoría de las veces, cuesta darse cuenta de que se está viviendo uno de esos instantes hasta que ha pasado. Pero no era el caso. En aquel mismo momento, perdido en los ojos de la mujer que amaba, yo era muy consciente de ello.

Y ella, también.

Aquello era la felicidad.

Pero no duraría.

Vivíamos en lo que por aquel entonces era una ciudad dormitorio a las afueras de Madrid, aunque en la actualidad habrá quien diga que es el centro. Cuando Leticia y yo decidimos que la relación hacía tiempo que había superado la fase de las citas en el bar, los revolcones —«hoy en tu casa, mañana en la mía»— y las escapadas a la sierra de fin de semana, yo sentía que no me merecía nada mejor que un pisito de alquiler alejado de todo. Y no era una mala idea, porque por aquel entonces tampoco me lo podía permitir. Se podría llegar a la conclusión de que me sentía culpable por mis anteriores años, cuando todavía era Neil Anderson. En realidad, las cosas nunca son tan sencillas, pero no tenía mejor explicación, aparte, claro está, de lo beneficioso que era para preservar mi anonimato vivir en las afueras, por donde ningún sicario o asesina de melena rojiza deambularían nunca. Afincarse en el centro, por contra, habría sido como jugar a la ruleta rusa. Bajo ningún concepto quería vivir con la constante pregunta, ¿será hoy?, susurrando en mi subconsciente cada vez que bajara a por el pan, acudiera al teatro o tomara el autobús.

Afortunadamente, no me vi obligado a discutir con Leticia al respecto, más amiga ella de ambientes tranquilos y alérgica al frenesí urbano de los cláxones, carteles luminosos y montañas de bolsas de basura acumuladas.

Ese día, al volver de encargar los anillos, después de recordarme su amor, Leticia fue al dormitorio a cambiarse.

Yo me abrí una lata de cerveza en la cocina y cogí un puñado de pistachos pelados que me llevé a la boca. Cinco minutos después, la seguí.

Leticia no estaba en el dormitorio. Miré en el cuarto de baño, con la puerta entreabierta. Estaba frente al espejo, desmaquillándose.

Al verme allí, bajo el quicio, a través del espejo, ella me sacó la lengua mientras recorría su precioso rostro con el algodón. Era asombroso que aún me pareciera sexi con la camiseta de talla XXL que usaba como pijama y los calcetines de Disney por las rodillas. Gusto, lo que se dice gusto en el vestir, no tenía, podrían decir algunos. A mí, sin embargo, así era como más me gustaba, en su esencia, al natural. Luego se volvió y me sonrió. Tanto en la vida real como en la literatura, siempre he despreciado las frases hechas, tales como «dientes como perlas» o «una sonrisa que podía iluminar una habitación», pero Leticia sí podía hacerlo, tenía una de esas sonrisas «que mueven el mundo». Además, era contagiosa. Era un catalizador sorprendente que añadía color y textura a mi vida, alterándolo todo.

—¿En qué piensas? —preguntó Leticia, acercándose a mí.

—En que te quiero.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Será que te quiero al cuadrado.

Se puso de puntillas y me besó suavemente la mejilla.

—Tengo que hacer la maleta.

Al día siguiente, Leticia se iba al pueblo a ver a su familia y darles la noticia de la boda. No llegaría a partir.

—¿A qué hora es tu vuelo? —pregunté.

Me lo dijo y de inmediato tuve un mal presentimiento.

—¿Quieres que te acompañe? —me ofrecí.

Ella negó con la cabeza.

Tienes que trabajar. Ya vendrás la próxima vez, antes de la boda.

—De acuerdo.

Leticia volvió a besarme, demorándose en mis labios.

—¿Estás bien? —me preguntó, al ver que mi boca apenas reaccionaba.

Más que un comentario al aire, la pregunta obedecía a algo que Leticia había visto en el fondo de mi mirada. No podía engañarla, me conocía demasiado bien. Era una mujer inteligente, astuta, capaz de atravesar mis defensas. Solo que no podía hablarle de mis fantasmas, porque eran los fantasmas de Neil Anderson, y pertenecían a un compartimento de mi vida que debía permanecer sellado para siempre.

Leticia chasqueó los dedos delante de mis ojos.

—Cariño —insistió, cariñosa—. Que si estás bien.

Mis fantasmas… ¿realmente lo eran? Comencé a cuestionarme esto unos días atrás, cuando la tormenta comenzó a gestarse. La ventana de la hamburguesería devolvía la caída de los primeros copos de nieve cuando terminé mi doble con queso, recogí mis textos y me dispuse a volver a la redacción para afrontar las horas de la tarde antes de que la nevada se pusiese fea. Una llamada perdida me esperaba en el

teléfono, sobre el escritorio. No se trataba de una extensión corporativa, sino de un número desconocido, un particular. Descolgué de inmediato y devolví la llamada, pero me saltó un buzón de voz.

Un buzón de voz inglés.

Más tarde, a la salida del trabajo, un Audi aparcado en doble fila junto al edificio llamaría mi atención. Yo no sabía mucho de coches, pero incluso desde la distancia distinguí el logo de los aros alineados. Como me había percatado de él, no me fue difícil notar que me estaba siguiendo de camino a casa. Lo confirmé cuando desvié mi camino para dar algunos giros en círculo sobre la misma manzana, algo absurdo, y seguía viendo el Audi por el retrovisor. Me vi obligado a saltarme un semáforo en rojo y acelerar después hasta el fondo para perderlo de vista.

¿Conspiranoia? Quizás, pero cuando cargas en la mochila con experiencias como las que yo viví en 1984, cuando has aprendido a vivir con un ojo siempre alerta, cuando en tu casa vive una niña que ostenta el poder para alterar destinos imperiales, adquieres la habilidad de detectar ciertos patrones despreciables. Patrones que amenazaban nuestra seguridad.

En la puerta del baño, Leticia esperaba mi respuesta. Su sonrisa, a punto de desvanecerse, me impulsó a asegurar que todo estaba en orden, que no debía preocuparse.

Un nuevo beso.

—Eh —susurró al separarse de mi boca, solo unos centímetros—. ¿Eres feliz?

Me perdí, observando con fijeza, más allá de los ojos pardos de mi prometida, de su preocupado ceño, imágenes que nunca antes habían ocupado mi mente y que veía entonces por primera vez: Venus tras el muro de un callejón, espiándome oculta entre las sombras. Venus siguiéndome a la salida del trabajo, esperando a que saliera de casa para actuar. Venus irrumpiendo en mi casa con violencia, sometiendo a Mónica y a Leticia, infligiendo torturas, desmembrando y finalmente, asesinándolas. Todo eso vi en un abrir y cerrar de ojos.

No obstante, ahí estaba la pregunta y requería mi respuesta más sincera. ¿Eres feliz? En ocasiones, sobre todo al inicio de nuestra relación, Emily solía aparecer en mis pensamientos. ¿El amor de mi vida?, me había preguntado. Desde luego, sí había sido el primer amor, el que nunca se olvida. Sin embargo, el tiempo y la madurez me hicieron verlo desde una perspectiva diferente. Emily me amaba, y yo la amaba a ella, eso era innegable. Compartimos momentos memorables, y en alguna realidad paralela quizás formamos una familia en lo alto de un edificio del Upper West Side. Sin embargo, nunca me sacó la lengua a través del espejo, ni me llamó Pollito, ni me confesó su amor mientras me hacía levitar. Jamás me sugirió que

una camiseta vieja podía ser más atractiva que un vestido de noche. Y su sonrisa, aunque hermosa, no iluminaba la habitación; tal vez la de otro hombre, pues era una sonrisa preciosa, pero no la mía. Así que, ¿era feliz con Leticia? Nunca tuve una respuesta tan clara, y esa era la razón de mi miedo: ahora tenía algo que perder.

Iba a soltar un chascarrillo, algo ingenioso. Pero no lo hice. En su lugar, la miré directamente a los ojos y respondí con sinceridad:

—Mucho.

Leticia se apartó, sin dejar de mirarme con aquella sonrisa.

—Voy a hacer la maleta.

La vi cruzar el pasillo y perderse en nuestro dormitorio. Me quedé un momento en el sitio mientras mi pecho parecía flotar en una ligereza casi irreal. Claro que era feliz, y eso me llenaba de un miedo paralizante. Lo bueno es frágil. Eso lo aprendes cuando arrebatas a una niña de los brazos de su madre. Cuando dejas morir a un pobre muchacho en un callejón oscuro. Cuando un cura y una monja perecen por tu culpa. Cuando torturas a tu mejor amigo hasta el límite de la muerte. O cuando escuchas el trágico susurro de tu hermana pequeña pegándose un tiro. Lo aprendes cuando pasas media vida fingiendo ser alguien que no eres.

Lo bueno es tan efímero, tan tenue, que puede ser destruido con un suave soplo.

O por el sonido de un teléfono.

Ocurrió al día siguiente.

Estaba en la cocina de casa cuando el aparato, colgado en la pared, sonó.

Miré el identificador de llamadas. Se me secó la garganta de súbito cuando vi que era un número desconocido con el prefijo de Inglaterra. Afuera, el cielo comenzaba a aclararse tímidamente, aunque aún no era plenamente de día. Me gustaba aprovechar esos momentos íntimos, en los que Leticia estaba fuera, y Mónica aún dormía, para preparar el día que se avecinaba. Mi taza de café humeante, mis pensamientos y yo. No meditaba sobre lo que había hecho en mi vida anterior; antes sí, lo hacía tanto que hasta me impedía dormir, pero con los años logré someter a mi subconsciente. Funcionaba como una especie de hipnosis.

Las novelas me ayudaron en ese proceso. No las que leía a diario, esas eran meros pasatiempos y distracciones, sino las que escribía durante los momentos de parón para el almuerzo en el trabajo. Así que eran esos primeros momentos del día, justo antes de que Mónica bajara por las escaleras e irrumpiera en la cocina frotándose los ojos y arramplando con la nevera, los que aprovechaba para meterme en la piel de mis protagonistas y viajar a lugares remotos, en otras épocas, y vivir guerras, romances y epopeyas. Había comprado una mesa de

escritorio, que instalé en el cuarto de invitados. La idea había sido de Leticia. «Total, casi no recibimos visitas», había dicho. Así era ella, un ángel en la Tierra. El mismo día que llegó la mesa, Leticia y yo la estrenamos. Ella gimió vigorosamente. Era un ángel, pero sabía disfrutar de los placeres de la vida. Ese día supuso un cambio. El viejo cuarto de invitados, ahora convertido en mi despacho de escritor, prometía grandes planes de futuro. Estaba decidido a dejar atrás los años oscuros y centrarme en Tom Cavendish, mi nuevo yo. El incidente de Megan (gigante eufemismo), lo ocurrido en Inglaterra y Escocia durante las navidades de aquel nefasto 1984, habían sido baches en el camino, nada más, y ahora tenía una familia.

El relato era tan convincente que casi empecé a creérmelo.

Lo hice durante casi once años.

Sostuve la taza con ambas manos y sentí el calor intenso. Las palmas debían de estar poniéndoseme rojas, pero las mantuve pegadas a la superficie. Las guerras, romances y epopeyas se habían volatilizado de mis pensamientos esa mañana. Solo miraba el teléfono de la pared, fijamente, sin parpadear.

El sonido del timbre iba a despertar a Mónica. ¿Qué hora era? Ella ya debería haberse levantado, a esas horas estaría en el baño, dándose una de sus interminables duchas calientes, de las que dejan el aseo como un baño turco, o tal vez estuviera pasándose el pintalabios. Hacía solo unas semanas que había empezado a hacerlo. «Todas en mi clase se maquillan, papá». En un principio, yo me había negado en rotundo, pero Leticia se había puesto de su parte, y dos mujeres eran demasiada oposición para un padre, así que Mónica ganó la partida. Casi siempre lo hacía.

El teléfono dejó de sonar y la vida volvió a su curso. Yo resoplé aliviado, ¡bendito silencio! Pero solo por dos segundos, porque, casi al instante, el aparato volvió a la carga.

Me vino la mente una escena de 1983. Mi madre descolgando el teléfono para denunciar a la policía la desaparición de Megan. No llegué a despedirme de ella cuando me fui a Europa, y poco después murió de un ictus, así que no tuve la oportunidad. Pensé en Matt Dispenza. Matty, la comadreja. ¿Seguiría vivo? ¿Habría encontrado a otra mujer con quien pasar sus últimos días, otra familia a la que destruir, tal vez? No estaba siendo justo, pero ¿qué importaba? Lo teníamos todo —una familia unida, una bonita casa en un barrio humilde de Nueva York, futuros prometedores para Megan y para mí, buena salud y barbacoas con los vecinos los domingos—, y al día siguiente el matrimonio de tus padres se rompe, tu hermana desaparece y te ves echando tierra sobre la tumba de tu padre, intentando entender lo que ha pasado. Pobre papá, también pensaba mucho en él. Sales de casa con la intención de encontrar a tu hija

desaparecida y un día, *pam*, te insertan un cuchillo.

Detuve mi mano sobre el auricular, todavía sin descolgarlo. El *display* seguía mostrando el número inglés. *¿Pensabas que todo había acabado, Neil?*, parecía decir, amenazador. El timbre resonaba ahora en las paredes de la cocina como una sonrisa demoniaca.

Descolgué por fin el auricular y me lo llevé rápidamente a la oreja. Solo me devolvió silencio.

Entonces, una voz que no había escuchado en once años:

—Neil… ¿Sabes quién soy?

Neil.

Quedaban muy pocas personas que siguieran llamándome así, y solo una que tuviera mi número de Madrid.

37

Me quedé un buen rato en silencio con el teléfono en la mano, adivinando el posible significado de aquella llamada, sin querer comprender.

La primera vez que escuché la voz de aquella que se refería a mí como Neil desde el otro lado de la línea, fue en el refugio de Clay, once años antes, solo unos momentos después de que Megan se sacrificara para salvarme.

Inglaterra, día de Navidad de 1984

La encontré en una de las habitaciones de invitados, arrodillada frente a Margot junto a una cama sin hacer. No con ademán de salir corriendo, ni de llevarse a la niña. Solo estaba allí, con ella, quien tampoco se quejaba. Sin embargo, cuando me vio aparecer, la extraña ahogó un gemido de sorpresa y se puso en pie, su cuerpo tenso como una goma a punto de romperse.

Era casi tan alta como yo, que medía un metro con setenta y un centímetros. Debía de tener entre veintitrés y veintiocho años. Observé que, a diferencia de la mayor parte de las mujeres, no llevaba agujeros para pendientes en los lóbulos de las orejas, visibles estos al llevar el cabello recogido en una coleta que le llegaba hasta los hombros. Las uñas que le quedaban se veían muy cortas, rotas o roídas, sin esmalte, y los dedos estaban arañados y llenos de hematomas, aunque no era difícil imaginar manchas de bolígrafo allá donde estaban las magulladuras. No eran manos bonitas. Era una chica segura de sí; tenía que serlo para estar allí plantada, manteniéndome la mirada sin dejar escapar una lágrima. Sabiendo ahora por todo lo que ella había pasado, era toda una proeza. Millares de hombres habrían desesperado ante la sola idea de pensarlo.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —inquirí.

Sus ojos viajaron por mis mejillas bañadas en lágrimas y se detuvieron en mis manos ensangrentadas y las manchas de mi camisa. Balbuceó algo.

Iba a explicarle que la sangre no era mía cuando entendí el error, y

es que, el paso siguiente en dicho planteamiento era que la sangre pertenecía, inevitablemente, al hombre con quien ella compartía techo. Por lo que a la joven respectaba, yo era un desconocido que había dado una paliza de muerte a su amigo en su propia casa. Lo que hizo que me preguntara: ¿habría escuchado lo que acababa de suceder en el salón? De ser así, ¿qué estaría pasando por su mente?

—¿Quién eres? —volví a intentarlo, con un poco más de suavidad en la voz.

—Me llamo Rose Burke.

No me decía nada.

—¿Eres la pareja sentimental de Clay?

—¡No! —respondió en el acto, como si la pregunta le hubiera sorprendido.

—¿Amiga?

Negó con la cabeza.

—Pero vives con él.

—Él está… ¿muerto?

Di un paso adelante y situé a Margot detrás de mí.

—Lo siento —dijo ella, consciente de su torpeza.

—Clay está vivo —informé—, pero irá a la cárcel. —Clavé la mirada en sus ojos—. Y tú también, si no empiezas a soltar por esa boca quién eres y qué haces aquí.

Me lo contó todo. Originaria de Míchigan, Rose Burke había viajado a Londres por un asunto personal. Al poco de aterrizar, nada más bajar del taxi, dos hombres la habían interceptado por sorpresa y la habían metido en un coche por la fuerza, donde la durmieron.

A partir de ese momento, su vida había sido una pesadilla.

Despertó en una habitación oscura y húmeda, sin ventanas. Y, peor aún, sin compañía. La puerta metálica parecía sellada a la pared y no parecía haber escapatoria. No la violaron, ni siquiera la tocaron, lo cual, llegado cierto punto, acabó resultando desconcertante, ya que de hacerlo, al menos, ella habría sabido el objetivo de su cautividad. Tan solo la mantuvieron allí con vida, alimentándola de pan y arroz. Hacía sus necesidades en un rincón.

Cuando se hubo roto un par de uñas por arañar las paredes y había agotado todos los intentos de escapar, habiéndose reducido al mínimo su esperanza de sobrevivir, un hombre la rescató. No sabía quién era, pero desde luego, no unos de los secuestradores, eso lo tenía claro. Qué había sido de ellos, si el hombre los había matado o qué, seguía siendo un misterio para Burke.

La sacó del agujero y la metió en su vehículo. Otro coche. Pero esta vez, ella no se resistió. El hombre vestía decentemente, con camisa y zapatos, y olía mejor. En cualquier otra ocasión lo habría visto incluso atractivo. Por otro lado, la había salvado de una muerte segura o de la

locura, así que se dejó llevar.
Eso había sido hacía dos días.
El misterioso rescatador no le dijo su nombre (Clay) hasta que llegaron a la casa donde ahora nos encontrábamos. Le preparó una habitación a Rose, la misma donde estábamos ahora. Al igual que había hecho conmigo, Clay le ofreció un baño y le preparó comida en abundancia. Apenas hablaba, solo cuando empezaron una partida al Monopoly. Cuando Burke se armaba de valor y le hacía alguna pregunta personal —quién eres, cómo sabías dónde me tenían encerrada, qué va a ser de mí ahora—, guardaba silencio o simplemente abandonaba la estancia.
No intentó besarla ni forzarla. Si ella lo sonreía, intentando por ese medio conseguir algo más de información de él, Clay volvía la cabeza y se sumergía en el periódico, el tabaco, o se iba de casa.
Cuando ocurría esto último, en los momentos en los que Clay tenía que salir —a vigilarnos a Scott y a mí en Glenfinnan, deduje—, cerraba la puerta de la casa con llave. A veces tardaba casi un día entero en regresar.
—¿No pensaste en huir por la ventana? —pregunté.
—Él me sacó de ese zulo, era mi salvador. ¿Cómo iba a saber yo…?
—¿Por eso sigues aquí ahora?
Dudó un segundo.
—Me dijo que aquí estaba a salvo. Que, si salía de la casa, podrían encontrarme y encerrarme de nuevo. Que me meterían en otro agujero.
Al decir eso, se me quedó mirando fijamente. Mientras me contaba su historia, yo me había fijado en sus serenos ojos claros, calculadores a pesar de todo, como si percibiera el mundo a cámara lenta.
—Tranquila —le dije—. No pienso meterte en ningún agujero. Pero, chica, tenemos que salir de aquí de inmediato. De lo contrario, alguien vendrá enviado por Califa. Y puedes apostar a que esta vez no te dejarán con vida.
Miró a la niña.
—¿Esta es Margot Lane?
Ladeé la cabeza como un perro hambriento.
—¿Cómo sabes eso? —Mi voz se endureció. Aún no sabía si podía fiarme de ella, pero había reconocido a la niña y yo seguía teniendo razones para sospechar que pudiera tener algún tipo de contacto con Califa (dónde vivía, su vínculo con Clay…). Después de todo por lo que habíamos pasado Margot y yo, no iba a dejar que una desconocida se interpusiera.
—Hace cuatro años trabajé con su padre —aseveró.
—¿Trabajaste con el examante de Helen Lane?
No entendía nada.

Un velo nostálgico cubrió los ojos de la joven. Con la barbilla, hizo un gesto sutil hacia Margot que entendí a la primera. Cubrí las orejas de la niña con mis manos.

—Trabajé con su padre biológico, Patrick Mulligan —dijo Burke entonces, al borde del susurro—. Era un ingeniero de estructuras de la ciudad de Nueva York.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Patrick Mulligan. Reconocía ese nombre. Nueva York era mi hogar, solo que la frase de la joven no había traído buenos recuerdos, sino los peores posibles. En concreto, me había transportado al baño de Kevin Price, en su ático de Manhattan. Antes de ser violentamente asfixiado por Timothy y Caruso, Price había mencionado a su amigo Pat Mulligan, quien le había trasladado toda la información sobre Margot previo a ser asesinado por la banda. Ahora, en una finca abandonada al otro lado del mundo, una veinteañera aseguraba no solo conocer a Mulligan, sino haber trabajado con él.

Era para volverse loco.

—Ese fue el motivo de mi viaje a Londres, en realidad —añadió.

Le pedí que se explicase mejor. Ella suspiró como si le estuviese pidiendo que resumiera la Biblia.

—¿Por dónde empezar? —preguntó al aire.

—Empieza por el principio, por favor.

Me contó que, en 1980, ella, aún estudiante de arquitectura en la facultad de Míchigan, detectó ciertas anomalías en la estructura de un edificio aún por inaugurar en la Gran Manzana. Impulsada por un espíritu curioso y emprendedor, movió cielo y tierra para hacer llegar sus inquietudes al diseñador de la estructura de la torre: el doctor Patrick Mulligan. Tras algunos roces iniciales por parte de su socio, Kevin Price, fue Mulligan quien acabó contactando con ella.

Tragué saliva. Volver a oír los nombres de Mulligan y, sobre todo, Price, con quien había compartido cervezas y una conversación deportiva en un pub, me secaba la garganta.

—Resultó que mis sospechas eran ciertas y el edificio había sido levantado con errores que comprometían su estabilidad y lo volvían vulnerable —explicó ella.

—¿Vulnerable de qué tipo?

—Del tipo de poder ser derribado bajo vientos por encima de los ciento diez kilómetros por hora.

Arqueé las cejas. Era inaudito. De repente atraído por cómo terminaría la historia de la joven, continué preguntando.

—¿Qué paso con el rascacielos? ¿Lo derribaron?

—Ojalá lo hubiesen hecho —dijo—, pero, para cuando confirmamos los puntos débiles del edificio, este ya había sido inaugurado.

—¿Quieres decir que aún existe a día de hoy?

—Por supuesto. Se alza en la Sexta Avenida y se conoce como el Atlas Center.

Otra pieza más que encajaba. Casi pude oír el *clac*.

—¡Conozco ese edificio! —aseguré—. Es la sede del Grupo Atlas.

Sus ojos se volvieron recelosos, como si se estuviera preguntando qué papel guardaba yo en todo aquello.

—En la víspera de la nochevieja de 1980 —continuó—, apuntalaron las juntas de la estructura en tiempo récord ante una emergencia sin igual: un huracán amenazaba con penetrar en Manhattan y llevarse el edificio por delante. Habría sido una auténtica tragedia, como puedes imaginar.

—¿Aguantaron las juntas?

—No había ninguna posibilidad de que hubieran aguantado —respondió—. Afortunadamente, el huracán viró en el último momento.

—Espera, espera —la detuve—. ¿Estás diciendo que el rascacielos sigue estando a merced de la próxima ventisca fuerte que arremeta en la ciudad?

—No es probable que ocurra, pero sí.

—No es probable, pero algún día pasará.

Burke asintió con la cabeza.

—¿Cómo es posible que lo mantuvieran en secreto?

—La misma mañana de la tormenta, Mulligan tuvo una reunión con Adil Al-Sayid, director financiero del Grupo en su propia casa. En ella, trató de convencerlo de que hiciera público el problema. Al-Sayid se negó, argumentando que eso habría sido el fin de su carrera como empresario, e intentó comprar el silencio de Mulligan. —Burke emitió un bufido—. Pobre diablo, no sabía a quién tenía enfrente.

—¿Qué quieres decir?

—Patrick Mulligan era el hombre más honrado que he conocido —señaló—. Sin embargo, cometió un error.

—¿Qué error?

—La noche anterior a la reunión, redactó un dosier técnico con todos los fallos en la estructura de la torre y los peligros reales que estos podían repercutir.

Sentí un escalofrío.

—Y por eso lo mataron. Para que no hiciera público el dosier —adiviné.

Ella asintió con la cabeza.

—En la reunión con Al-Sayid, Mulligan le habló de dicho dosier. Lo había guardado a buen recaudo, concretamente en una caja de seguridad del banco J.P.Morgan. Sin embargo, se guardó la contraseña de acceso a dicha caja.

—Y supongo que, antes de morir, Mulligan le hablaría a su socio

Kevin Price del dosier, la caja de seguridad y la contraseña —aventuré. Las respuestas se sucedían como piezas de dominó, una puerta abierta daba acceso a una sala con diez puertas más. Una de esas nuevas puertas no fue una revelación, sino un recuerdo pasado por alto.

Price lo había declarado antes de morir ahogado: «Patrick tatuó en el brazo de su hija la contraseña que daba acceso la caja fuerte del banco.» En ese momento, yo estaba tan aturdido por la brutalidad de la tortura empleada por Timothy y Caruso contra Price, tan bloqueado por el terror de verme igual que el ingeniero si llegara a cometer un error, y con la constante pregunta en mi cabeza —«¿cómo he acabado yo aquí?»—, que no había retenido la información de Price. En mi defensa, yo todavía no había conocido a Margot, ni siquiera sabía que existía, de modo que el testimonio de Price cayó en mí como las vagas palabras de una noticia de periódico o un artículo de sucesos.

Me quedé helado. De modo que los caracteres que Margot tenía tatuados en el brazo se los había marcado su padre biológico antes de morir, y eran la contraseña que daba acceso al preciado dosier. Un dosier que, de hacerse público, provocaría la completa destrucción del Grupo Atlas y la encarcelación de su líder, Adil Al-Sayid, bajo algunos delitos, a saber, de corrupción, malversación y ocultación de pruebas.

—¿No lo has sabido en todo este tiempo? —me preguntó Burke, viendo que me había quedado ensimismado mirando a Margot.

Negué tímidamente con la cabeza, todavía absorto en mis pensamientos.

—Hay una cosa que no entiendo —dije—: ¿Por qué viajaste a Londres, precisamente el día después de la desaparición de la niña?

—Vi la noticia en los informativos y pensé que la policía de Londres debía conocer la historia de Margot para tener toda la información de cara a su búsqueda.

—Lo que me da pie a lo siguiente: ¿Cómo sabes tú todo eso de la contraseña, el dosier y la caja fuerte? Vale que trabajaste con Mulligan, pero eso no explica que conozcas hasta el mínimo detalle de su arriesgado y secreto plan.

—Kevin Price me lo contó todo en una carta. Me llegó el otro día de manos de su abogado, después de que lo mataran.

Mentalmente y en silencio, intentaba buscarle el sentido al complejo rompecabezas.

—Aun así, sigo sin tragarme que viajaras a Londres solo para ayudar a la policía a encontrar a la niña. Al fin y al cabo, ¿qué más te daba a ti? Era una cría londinense, y tanto Mulligan como Price estaban ya muer…

—Mi nombre aparece en el dosier —me interrumpió ella.

Mastiqué la nueva información durante unos segundos.

—Y si este llegara a manos del Grupo Atlas, irían a por ti —deduje en voz alta—. Tú serías la siguiente, al ser la última persona con vida que conocía el contenido del dosier. Entonces, contigo, Mulligan y Price fuera de la ecuación, los delitos de Al-Sayid quedarían enterrados para siempre.

Burke asintió en silencio.

—Así que tenías que evitar que la niña acabara en su poder. Por eso viajaste a Londres. Tenías miedo.

—Sí.

—Y aun así, te capturaron —señalé, y volví a pensar en Clay, que en esos momentos estaría inconsciente al otro lado de la pared—. ¿Crees que tenían pensado matarte?

Cogió aire y lo soltó de golpe.

—Cuando me encerraron, estaba segura de que sí. Pero luego ese hombre, Clay, me liberó y me trajo aquí, y recobré la esperanza. Sin embargo, ahora sé que trabaja para Al-Sayid, así que supongo que mis horas estaban contadas.

Casi pude sentir el escalofrío recorriendo su cuerpo.

—Tenemos que salir de aquí —dije.

Estaba poniéndome en marcha cuando Burke me agarró de la muñeca.

—¿Qué vamos a hacer con la contraseña? —miraba de nuevo a Margot.

Me quedé anclado en sus ojos, quieto y en silencio. Tenía razón. Una posibilidad se abría ahora ante nosotros. Teníamos en nuestro poder la llave que daba acceso al dosier y destapar toda la mierda que rodeaba al Grupo Atlas. El fuego de la venganza ardía en mi interior. Podía sentirlo. De repente tenía la posibilidad de enviar a la cárcel al hombre causante de la muerte de mi hermana. La sola idea de pensarlo ya era atractiva, no puedo negarlo, sin embargo, conllevaba riesgos.

—No podemos volar de regreso a Nueva York con la niña y entrar tranquilamente por la puerta del J.P.Morgan —expliqué—. Ahora que saben que tenemos a Margot, seguro que contemplan tal posibilidad. En cuanto pisáramos el banco, uno de sus sicarios saltaría sobre nosotros. Eso, si lográramos subir al avión y salir del continente. Por otro lado, aunque todo saliera bien y lográramos nuestro objetivo, conocen nuestras identidades.

—Viviríamos el resto de nuestras vidas en constante amenaza de muerte —concluyó Burke la reflexión por mí.

—Tenemos que huir y ocultarnos. Adoptar nuevas identidades y apariencias. Empezar de cero.

Al pronunciar aquello, creí que Burke se derrumbaría o estallaría en un llanto de desesperación. Después de todo, le estaba pidiendo a

una americana recién licenciada y con un prometedor futuro profesional que lo abandonara todo y se forjara una nueva vida a miles de kilómetros de su casa, de su familia. Sin embargo, su voz se volvió más profunda.

—Entonces tenemos dos opciones —dijo—: nos llevamos a la niña con nosotros y desaparecemos, salvaguardando el secreto para siempre y viviendo bajo una eterna amenaza de muerte…

Se detuvo. Yo sabía cuál sería su segunda alternativa y no quería ni escucharla.

—¿O? —la animé a continuar, aun así.

Ella se mostraba, comprobé con sorpresa, tan serena como si le hubiera preguntado si tenía fuego.

—O la entregamos —dijo en un susurro, casi imperceptible. La vergüenza de sus palabras casi le impedía hablar—. Ellos ganan y nosotros, con suerte, salvamos la vida.

En aquel momento, yo tenía la mente en otra parte. Concretamente, en mi casa de Brownsville. Emily se había quedado a pasar el fin de semana y el día acababa de comenzar. Copos de nieve caían al otro lado de la ventana y la vida era, por aquel entonces, buena.

—«La oración de la serenidad» —me había dicho Emily. Estaba sentada al escritorio vestida con una de sus camisolas, de espaldas a mí.

—¿Qué?

Me acerqué por detrás y apoyé las manos sobre los hombros de mi bella novia. Ella había estado escribiendo algo en uno de mis viejos cuadernos de anillas. Emily arrancó una hoja de papel y me la pasó.

—Ponte esto en el escritorio —dijo.

Tendría que haber conocido la oración, por supuesto, pero no la conocía. La leí y, por raro que parezca, me cambió la vida casi de inmediato:

Dios, concédeme la SERENIDAD para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el VALOR para cambiar las que sí puedo cambiar, y la SABIDURÍA para reconocer la diferencia.

Como ya he dicho, yo no era en absoluto religioso, y la oración era breve y obvia. Sin embargo, tenía sentido. En aquella época había estado sufriendo de mucho estrés en el trabajo y Emily trataba de ayudarme. Y ahora, en la granja de Clay, mientras decidíamos el futuro de Margot, la oración tenía tanto sentido que casi la veía parpadear. Lamentablemente, Megan estaba muerta. No podía cambiarlo y me torturaría por ello durante muchos años en el futuro.

Era un hecho que me producía un dolor constante e insoportable, pero tenía que asumirlo, porque era una estupidez pensar que pudiera cambiarlo.

No podía.

Así que tenía que aceptarlo. Asumirlo. Y cambiar las cosas que sí podía cambiar.

Como, por ejemplo, alejar a Margot de ese mundo horrible de una vez por todas.

Burke me siguió los ojos con la mirada, buscando en ellos lo que pasaba por mi mente.

—¿Qué crees que…?

Yo, súbitamente tenso, le apreté el brazo inconscientemente.

—¡Silencio!

Fue mi instinto el que detectó el peligro antes que mis sentidos. Acostumbrado ya a olfatearlo como un perro de caza, enseguida me di cuenta de que algo iba mal. Pudo ser el aire, más cargado de repente, o tal vez un murmullo casi imperceptible al otro lado de la pared. Todo lo confirmó una sombra furtiva que se movía en el pasillo, y luego un ruido de pasos apresurados al otro lado del muro. De pronto la sombra se perfiló delante, bajo el marco de la puerta, cortándonos el paso.

«Dos hombres —calculé con rapidez—. En el mejor de los casos».

Dos impulsos instintivos se confrontaron, en una milésima de segundo, en mi cabeza entrenada durante años para situaciones críticas; al fin y al cabo, comprar o vender acciones de bolsa guardaba ciertas similitudes con una situación de vida o muerte. Uno de esos instintos era la supervivencia propia; el otro, la protección de la niña. Si hubiera estado solo, mi reacción habría sido otra: golpear primero, al paso, y correr al exterior, tal vez escapando por una ventana trasera, en busca de escondite o una fuga rápida. Pero estaba ella, la niña que seguía aferrada a mi pierna como un salvavidas, y de cuya vida yo me había hecho totalmente responsable. Y también estaba esa mujer, de quien poco o nada sabía, y a la que no sabía si debía proteger o combatir.

Todo ocurrió muy rápido. Tenía la mente en blanco, dispuesta para pelear, cuando me liberé de Margot y volqué contra la figura una silla de madera que había junto a la cama. Una de las patas se quebró al impactar contra su cabeza y lo hizo retroceder hasta la pared del pasillo entre quejidos graves. Había ganado el tiempo suficiente. Me volví hacia Burke mientras veía endurecérsele los músculos de la mandíbula:

—¡Vete!… ¡Ahora, corre!

Era una prueba, un órdago que me había echado a mí mismo para confirmar si me enfrentaba a dos o a tres contrincantes. La mujer me

miró un segundo con las palmas de las manos abiertas y los ojos llenos de espanto, y echó a correr por el pasillo con Margot en brazos.

Así que eran solo dos.

Asegurar la supervivencia y escapar también, esa era la idea. Descargué una patada casi a ciegas contra la sombra que tenía delante —un impacto y otro gruñido fueron el resultado— y después me abalancé sobre la que se aproximaba por la derecha desde el salón, empujándolo a un lado con cuatro puñetazos seguidos, uno tras otro, antes de correr a la cocina. El plan —un reflejo automático, en realidad— era hacerme con un cuchillo y empuñarlo mientras echaba a correr para poner distancia con los atacantes a la vez que los alejaba de las chicas.

Nada salió como esperaba.

38

«Que no atrapen a las chicas», pensé.

Estaba dispuesto a morir allí, en esa casa endiablada. Me di cuenta mientras rebuscaba en los cajones de la cocina en busca de algún cuchillo largo y afilado. Ya nada me retenía en el mundo, ahora que mi búsqueda había terminado. Megan estaba muerta y mi nombre figuraba entre la lista de los más buscados de una gran organización criminal. Era una derrota por aplastamiento.

Solo pensaba en que Burke pudiera salir de la casa con Margot y llevársela muy lejos. Que esos dos matones no las atraparan.

Sin embargo, estaba a punto de ocurrir.

—¡Dividámonos! —gritó aquel que iba a por mí—. Tú ve a por las chicas, yo me encargo de este cabrón.

Los pasos en el pasillo se oían cada vez más cerca y rápidos. Sin duda, el matón sabía dónde me escondía. Y tenía prisa por alcanzarme. Yo había escuchado un disparo, un fogonazo en la penumbra tras de mí, y el impacto de la bala al acertar en la pared, muy cerca de mi hombro derecho, justo cuando me colaba en la cocina. Habría podido jurar que sentí el roce de la bala al pasarme junto a la oreja, que oí el susurro del metal surcando el aire. Momentáneamente recordé una ocasión en que jugaba al tenis. A mi primo Robert se le escapó la raqueta al golpear la bola, que pasó rozándome la nariz e impactó en Clay, que era mi pareja de juego, y a quien le provocó una conmoción cerebral. Ahora me parecía una penosa comparación, pero, aunque toda aquella experiencia no podía haber durado más de un segundo, ahí era donde me llevaba la mente: a un partido de tenis en el Manhattan Plaza Racquet Club, Hell's Kitchen, mientras la bala me pasaba rozando y el polvo de la pared me salpicaba la mejilla. Por poco me bloqueé. Solo el instinto de supervivencia permitió que no me quedara plantado orinándome encima.

«De modo que van armados».

Y venían a por nosotros, uno por cada lado, para terminar el trabajo.

La cocina reformada al estilo americano, carente de tabiques, me ayudaba a avanzar más deprisa por la casa, pero también facilitaba el movimiento de mi perseguidor. Era un hombre, calvo y corpulento como una montaña, según había entrevisto mientras lo golpeaba con

mis puños antes de salir corriendo. Burke se había alejado con Margot por el otro extremo del pasillo, y ahora yo me escondía agachado tras la barra americana, con la luz vaga de la lámpara extendiéndose más allá, junto al cuerpo inconsciente de Clay, en la esquina opuesta de la estancia, envuelto en una niebla densa que se hacía notar aun a través del cristal.

No me hizo falta incorporarme para mirar sobre la encimera. Podía sentirlo, oler su sudor, oír su respiración fatigada. Se había detenido junto a la puerta principal.

«Qué listo —pensé, abatido—. No tiene prisa por cazarme, solo quiere asegurarse de que permanezco dentro del edificio».

Había una vía de escape a la izquierda, en las sombras del pasillo. Desde ese punto a donde yo estaba no debía de haber más de tres metros. Me había fijado antes, durante mi conversación con Clay, mientras encerraba a Margot en el armario. Era aquella una respuesta práctica e intuitiva del organismo: antes de adentrarse en un lugar desconocido y peligroso, decidir por dónde abandonarlo en caso de urgencia. O tal vez fuera la consecuencia natural de ver tantas películas de acción en mi antigua vida; muchas veces, me metía en la piel del protagonista y pensaba que, de verme en una situación así, buscaría refugio en el desván o el trastero y esperaría el momento propicio para atacar. Eran unas escaleras estrechas y de madera, muy empinadas, que bajaban a un piso subterráneo, lo más seguro un trastero, y a las que se accedía por un angosto agujero en el suelo. Unas escaleras por las que solo podía pasar una persona a la vez.

Bien agarrado dentro de mi mano, un cuchillo. No me había dado tiempo a encontrar el cajón de los cubiertos y herramientas de cocina, pero antes, durante la preparación de los sándwiches, Clay había dejado uno sobre la encimera. No era largo, pero estaba decentemente afilado.

«Menudo error de novato, Clay».

Saltando con brusquedad de mi escondite, me colé por el hueco del suelo y bajé rápidamente por la escalera, guiándome con una mano en la pared de piedra para no tropezar en la oscuridad, lo que habría sido un error irreversible. Al final había un suelo de azulejo, a partir del cual la estancia se extendía varios metros, quién sabe cuántos, pues la penumbra era densa al fondo y no permitía ver la pared.

Los pasos venían detrás, cada vez más cerca. Sonaban ya en los últimos peldaños de la escalera. «No moriré sin luchar», me dije para armarme de valor y no caer en el pánico. Entonces, de una manera un tanto extraña, mis pensamientos se llenaron de escenas de mi futuro. Planes mucho más atractivos que morir en un sótano perdido en el norte de Inglaterra: ver crecer a Margot, escribir mi primera novela de espionaje, conocer a una buena mujer. Cosas así. Mi vida anterior

había acabado ese día con el suicidio de Megan, pero una nueva vida era posible.

Me escondí tras un robusto armario, el más voluminoso que encontré, y afiancé el cuchillo dentro de mi puño, con la cuchilla firmemente agarrada entre el pulgar y el índice. Apenas lo hice me quedé allí inmóvil, pegado a la pared de piedra y al lateral del armario, escuchando el sonido de pasos cada vez más próximos, mezclados con el rumor del pulso acelerado que me batía fuertemente en las sienes.

Quizá fuera cierto que los seres humanos tenemos un reflejo primitivo, una especie de mecanismo ancestral de supervivencia que conservamos de nuestros días como cavernícolas en constante peligro y que yace en estado de letargo en el hombre moderno, un sexto sentido o instinto que casi nunca emerge porque no es necesario en nuestra sociedad, pero que sigue ahí, adormecido, si bien con la misma potencia, latente en lo más profundo de nuestra estructura genética.

Cuando aquel matón entró en el sótano, se me erizó el vello de la nuca.

«Venga, hijo de perra —pensé—. Un poco más… Vamos».

Solo tendría una oportunidad, dado que el hombre llevaba armas de fuego como bien sabía.

Al alcanzar el pie del matón la altura del armario, me interpuse con rapidez y lancé, ojos cerrados y dientes apretados, un tajo rápido de derecha a izquierda en su garganta. En su oscuro rostro en sombra se dibujó una breve línea clara, los dientes de una boca abierta por la sorpresa, y en el acto, una exclamación de asombro que se ahogó a la mitad en un gorgoteo agónico. Un velo líquido fruyó por su cuello abierto y el hombre cayó desplomado como una marioneta a la que de repente cortan los hilos.

Respiré hondo, todavía inmóvil, permitiendo que el pulso en mis sienes recobrara la normalidad. Me di cuenta de que era la primera vez que mataba a un hombre. Al chico del callejón de Londres lo había dejado morir, pero la estocada letal se la había propinado Venus. En este caso, había sido yo quien había perpetrado el asesinato. Y, sin embargo, no sentí nada. Cuando escuchas a tu hermana volarse la tapa de los sesos, tu escala moral se ve alterada.

Cuando cesó el leve temblor en mis dedos, dejé caer el cuchillo y me limpié los restos de sangre de la mano con la pernera del pantalón. Me agaché para cachear al caído y confirmé que estaba muerto. También confirmé su identidad: era Ice-T, el compañero negro de Baldman que nos había acorralado en el callejón de Fort William. La deducción era evidente para cualquiera; Clay era el contacto del que recibían las órdenes y ahora estaban allí, acudiendo al rescate, porque

él les había avisado solicitando ayuda.

Tenía tabaco, un mechero y monedas sueltas en los bolsillos del pantalón. Me quedé las monedas. En el bolsillo interior de la chupa de cuero encontré las llaves de un Chevrolet, que también me guardé. A un metro, junto a la pared, una pistola cargada. Se le había desprendido al caer. Por supuesto, también la cogí.

Después me incorporé, con Margot y Burke en mi mente. ¿Lo habrían conseguido ellas? Un perro ladró a lo lejos. Estaba subiendo las escaleras cuando una nueva sombra alargada se dibujó en los peldaños. Baldman, el segundo perseguidor, se detuvo, al verme, en pleno descenso. Un aparatoso vendaje cubría su nariz rota, firma de mi amigo Scott.

Dos segundos de inmovilidad. Quizá más. Baldman y yo inmóviles en la escalera, sus ojos fijos en la pistola que yo llevaba apuntando al frente, y el bulto en el suelo que seguía brotando sangre por su garganta. De repente, consciente de que solo una contracción de mi dedo índice lo separaba de la muerte, Baldman se volvió y desanduvo el camino a toda prisa, subiendo los peldaños de tres en tres.

Seguí sus pasos apresurados escalera arriba.

Estaba abriendo la puerta principal cuando emergí en la planta principal. No sabía si volvería a tener una oportunidad como aquella, así que no me lo pensé y casi vacié el cargador. La fuerza de retroceso me empujó contra la pared, y cuando levanté la vista, vi que uno de mis disparos había dado en la diana. En el quicio de la puerta, ahora astillado, Baldman se retorcía en el suelo como una lombriz. Sus gemidos de dolor se correspondían al agujero que la bala le había provocado en la chupa, parte baja de la espalda. No volvería a caminar. Me acerqué con paso decidido, apunté el cañón a su nuca, y utilicé mi penúltima bala para acabar con su sufrimiento.

Una segunda marca en mi cuenta recién estrenada de almas arrebatadas.

El estallido de este último disparo sacó de su inconsciencia a Clay, que se agitó con movimientos espasmódicos como si hubiera despertado de una pesadilla. Lentamente, me volví hacia él. Alcé el brazo hasta que la punta del cañón quedó alineada con su puente nasal, entre los dos cristales de sus gafas. Se me quedó mirando, al principio con cara de no comprender, como si no supiera dónde estaba ni lo que había pasado. Hasta que se le suavizó el rostro de súbito.

«Hazlo de una vez. Me lo merezco», parecían decir sus ojos abatidos.

No le concedí ese placer.

Salí al exterior. La niebla había crecido en espesura, impidiendo la visibilidad más allá de unos metros. Sin embargo, no quería volver a la casa. La sola idea de encontrarme a Margot tirada sin vida en un

rincón, me ahogaba. Si Burke había logrado salir con la niña, tal vez habían podido ocultarse en la niebla, pensé esperanzado. Un latido de dolor me martilleaba la sien derecha, sin duda a causa de la tensión. Necesitaba una aspirina, o simplemente un rato de descanso, pero eso tendría que esperar. Lo principal era encontrar a las chicas y alejarse de allí. Y cuanto antes.

Bordeé la casa con las manos por delante para no chocar. Dada la dirección por la que habían echado a correr en el momento de nuestra separación, era lógico pensar que las chicas hubieran escapado por una ventana, yendo a parar al patio trasero. Eso, si Baldman no las había cazado antes. Hice un cálculo mental rápido: ¿le había dado tiempo a darles caza, ejecutarlas y después venir a por mí? Era difícil de saber.

En la parte trasera del terreno, cuyos límites era incapaz de discernir, la niebla casi ocultaba del todo un viejo establo de madera con puertas caídas, un pozo de agua cubierto de musgo y un corral vacío donde alguna vez pastaron ovejas y vacas, pero que ya solo acumulaba arbustos y maleza creciendo de manera descontrolada. Herramientas agrícolas, ahora oxidadas, yacían olvidadas junto a una pequeña caseta para la leña. Los árboles del fondo, los primeros del bosque, se me presentaban como sombras etéreas.

Grité el nombre de Margot. También el de Rose Burke.

Pasaron diez segundos.

Veinte.

Y entonces, el silencio pesado e insoportable fue interrumpido por el esporádico graznido de un cuervo y el crujir de la madera desgastada. Era el chirrido de una puerta, a mi espalda. Oí una voz:

—¿Neil?

Burke salía agachada de su pequeño escondite, la caseta para la leña. Margot estaba abrazada a ella. El temor de su rostro mutó en sonriente luz cuando me vio en medio de la niebla. Se liberó de los brazos de Burke y salió corriendo, cojeando porque solo calzaba un zapato, a abrazarme. Y en ese abrazo, durante un breve instante, el dolor por la pérdida de Megan pareció mitigarse un poco.

—El leñero —dije, dirigiéndome a Burke—. Bien pensado.

—Gracias. ¿Qué ha sido de…?

—Ya no serán un problema —sentencié.

Burke se me quedó mirando a los ojos, todavía pálida, puede que con miedo, tal vez con admiración. Hasta yo mismo estaba asombrado de lo que acababa de hacer.

El motor de una moto rugió entre los árboles y atravesó el patio como la motosierra de un destripador, levantando el vuelo de una bandada de pájaros.

Instintivamente, me coloqué delante de Burke y palpé el bolsillo de

mi chaqueta para comprobar que la pistola seguía allí.

Una Yamaha amarilla se dibujó abruptamente, deteniéndose a pocos metros ante nosotros. El hombre que iba al manillar era un viejo conocido, y también la última persona que esperaba encontrarme allí. A pesar de todo, me costó reconocerlo a la primera. Las telas amplias y deshilachadas que lo vestían en nuestros encuentros en Fort William habían sido sustituidas por una camisa vaquera, pantalones militares y botas altas, un atuendo perfecto para invadir Polonia. La barba blanca, aunque igualmente densa, había sido recortada, perfilando ahora un rostro que me miraba inquisitivo, nada que ver con esos ojos idos que veían el mundo de colores. Además, ¿desde cuándo los vagabundos iban en Yamaha?

Una vez más, acerqué a Margot junto a mí, bajo mi protección.

—¿Theodore? —dije al aire, tenso. Sentí que, a mi espalda, Burke me miraba sin comprender.

—Michael Landymore, en realidad —respondió el hombre—. Cabo de Marina. Guerra de las Malvinas. Conflicto Falklands. —Me miró de frente y pestañeó—. No pareces tan sorprendido como en guardia.

—No estoy sorprendido. Solo quiero saber cuáles son tus malditas intenciones.

Landymore se frotó la barba, asintiendo a su vez con la cabeza.

—¿Me viste entre los árboles?

—Solo un instante.

—¿Pero lo suficiente para reconocerme y saber que no era quién decía ser?

—Creo que lo habría adivinado de todos modos —dije, acordándome de su inverosímil historia de los Juegos Olímpicos, rebuscada hasta para un borrachín.

Me escudriñó con la mirada.

—Eres audaz.

—¿Por qué nos ayudaste?

—Vi que tu amigo y tú os dirigíais a la iglesia de Glenfinnan, así que os seguí y esperé escondido. Solo se me ocurrió gritar, esos policías iban a cazaros.

—Nos salvaste la vida.

Landymore miró a Margot y la sonrió. Como la primera vez, le hizo el truco de la nariz, y Margot nos deleitó con una de sus maravillosas sonrisas. Las echaba de menos. Luego, el hombre detuvo su mirada en Burke.

—¿Dónde está tu amigo, por cierto? —me preguntó, refiriéndose a Scott.

Sentí un pinchazo en el pecho.

—Se quedó atrás.

—Lo lamento.

Desde el minuto uno había admirado a aquel hombre. Tan solo su postura, erguido como si formara para un batallón, me causaba fascinación.

—Gracias. ¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Tú ya lo sabes.

Lo miré a los ojos. Sus pupilas eran como los cañones de un rifle vistos de frente.

—Eres el padre de Alison Landymore.

—Sí.

—Ella murió en ese callejón de Fort William. —Le dediqué mi mirada más sentida. La gente tiende a asegurar falsamente que entiende por lo que está pasando la gente cuando quiere consolar a alguien, pero en ese instante, era verdad; sabía exactamente cómo se sentía, porque yo estaba viviéndolo en mis carnes—. Supongo que vienes en busca de venganza.

Se quedó unos segundos fusilándome con su honda mirada, sin soltar el manillar de la Yamaha, en silencio. Luego, dijo:

—Vi cómo tu hermana le robaba el pasaporte a mi hija.

Aquello sí me sorprendió.

—¿Tú estabas allí?

—Sí.

Otra cosa de todo lo que me había contado Clay que no era mentira.

—No le guardo rencor —añadió—. Hizo lo que tenía que hacer para sobrevivir.

—Ahora está muerta. —Tuve que contraer la boca para no caer en el llanto. Ese hombre había perdido a su hija en un sucio callejón y allí estaba, firme como un roble.

Al oír la noticia, sin embargo, hizo una mueca y miró hacia un lado.

—Lo lamento. —Las palabras parecieron salir de su boca con espinas—. Gusanos miserables.

—Gracias. Volviendo a tu misión, creo que el asesino de tu hija es un superintendente de la Scotland Yard llamado Hunter Milton.

—Lo sé.

—Siento decirte que no está aquí.

—No te preocupes por eso. En estos momentos la policía debe de estar arrestándolo. Me he asegurado.

Fue como un rayo de sol en plena tormenta en mitad del océano.

—Entonces, ¿a qué has venido aquí?

—Te oí hablar de tu hermana, allá en Fort William —me dijo—. Yo perdí a mi hija, pero tú aún estabas a tiempo de salvarla a ella. Si podía impedir que esos cabrones se cobraran otra víctima inocente, lo haría.

Le estreché la mano para mostrarle que estaba en deuda con él. Levantó la mirada hacia la casa.

—¿Qué hacíais aquí?

—Digamos que saldar viejas cuentas —resumí.

—¿Muertos?

—Dos. Y otro en estado grave.

Me preguntó por ellos y le di una breve explicación de mi vínculo con Clay y los dos matones.

—Por tu amigo y los otros dos cuerpos no os preocupéis. Hablaré con mi contacto en la policía para que vengan cuando os hayáis esfumado. Parecerá un ajuste de cuentas. En cuanto a tu amigo, irá a la cárcel por una buena temporada. Su relación con dos asesinos a sueldo será difícil de ocultar. Yo mismo testificaré en su contra.

Reflexioné sobre ello. Pensaba en Califa. El magnate tenía poder suficiente para ayudarlo y sacarlo del embrollo, apostaba el brazo a que contaba con algunos de los mejores abogados en su equipo legal, además de que, no tenía ninguna duda, no le temblaría el brazo a la hora de comprar al fiscal de turno que llevara el caso. Sin embargo, ¿le convendría hacerlo? Al fin y al cabo, Clay solo era un peón. Y nadie pone al rey en riesgo para evitar la pérdida de un peón.

Landymore se despidió después de darnos las últimas recomendaciones:

—Abandonad el país los tres. Comenzad una nueva vida. Conozco a alguien que os puede ayudar con los pasaportes falsos.

Nos dio el contacto y se despidió con un firme apretón de manos y una carantoña para Margot. Luego, el estruendo de la moto tapó el canto de la lluvia, que había vuelto a arremeter con fuerza.

Fue la última vez que lo vi.

En cuanto a Rose Burke, volvería a escuchar su voz pasados once años, una fría mañana invernal, en una llamada telefónica que pondría, de nuevo, mi vida patas arriba.

39

Madrid
Esa mañana de 1995

El mundo se estaba hundiendo bajo el peso de la nieve. Mis piernas se sumergían hasta casi las rodillas, yo avanzando lentamente avenida abajo.

¿Adónde le había dicho a mi hija que iba? A la oficina, como cada mañana.

¿Adónde iba en realidad? Ni yo lo tenía claro.

—¿Sabes quién soy? —había repetido la mujer, tras unos segundos de silencio en los que me quedé con el auricular en la mano y los labios sellados.

—Rose Burke —afirmé.

—Prefiero que no uses mi antiguo nombre. Por precaución. Sabes que estoy demasiado expuesta, y esta línea no es segura.

—Lo siento, Kate. —Sentí que mi voz se tambaleaba como un funambulista en la cuerda floja—. Tienes razón.

Kate Bennett. Era extraño, pero, a pesar de todo el tiempo transcurrido, no me costó recordar la identidad falsa que ella había adoptado. Como si, durante esos once años, ese dato hubiera estado esperando tras la puerta de mi subconsciente, listo para salir.

—Ha ocurrido algo —anunció.

Bajé la mirada, cerré fuertemente los ojos y suspiré.

—Te escucho.

—Te han encontrado.

Era oficial. El momento que había estado temiendo había llegado.

—Joder. ¿Son ellos?

—Son ellos.

Me acordé del Audi aparcado en doble fila. Esperándome, siguiéndome. ¿Estaría Venus al volante? Ahora tendría treinta y tres años, toda una mujer. No tuve que hacer las cuentas, pues era un cálculo que hacía secretamente de cuanto en cuanto. Y lo acompañaba dibujando en mi mente un retrato robot de cómo sería ella entonces. Volví a hacerlo, claro. Me la imaginé con los labios pintados, melena caoba, tal vez ondulada, al volante del Audi. Observándome a través del retrovisor. Acariciando la empuñadura de su pistola.

Relamiéndose.

—Tienes que irte ya, Neil. Cógela a ella y a tu mujer y escapad hoy mismo de la ciudad. Yo os ayudaré en lo que pueda.

Miré hacia la escalera. Mónica debía estar a punto de bajar. ¿Cómo iba a explicárselo?

«Mirad, chicas, resulta que os he mentido y no soy quien vosotras creéis. No soy redactor, sino un renegado. Antes era un operador bursátil de Wall Street, pero llevo años siendo perseguido por una banda criminal. Y ahora me han encontrado, así que tenemos que irnos. No preguntéis. A propósito, Mónica, cielo, debes saber que tu verdadero nombre es Margot, y bajo el tatuaje de Stephen King que tienes en el brazo hay una contraseña que ellos llevan más de una década buscando».

Era una locura. Además, suponiendo que consiguiera que me creyeran y aceptaran un traslado rápido, ¿iba a ser así toda la vida? Es decir, ¿recibiría dentro de cinco años una nueva llamada de Kate avisándome de que estamos en peligro? ¿O un día llegaría a casa y me encontraría a Mónica y Leticia muertas junto a un mensaje de amenaza escrito con sangre en el cristal del espejo?

Así pues, ni de coña. Llevármelas conmigo estaba descartado.

El sonido de la cisterna se oyó en el piso de arriba.

—Te llamaré dentro de un rato desde una cabina —le dije a Kate con prisa—. Ahora tengo que colgar. Ella está despierta.

—Podéis venir a Londres, yo puedo protegeros y daros cobijo.

Era increíble cuánto había madurado, se había convertido literalmente en otra persona. Ya no quedaba nada de la brillante y asustadiza estudiante de arquitectura que conocí en el refugio de Clay, en el peor día de mi vida.

—Hablamos luego, Kate. Hasta luego.

Así que, mientras me abría paso entre la nieve sin un destino fijo, daba vueltas al asunto. El juego había comenzado y las cartas estaban sobre la mesa. El pasado y el presente chocaban en una danza macabra, y yo me encontraba atrapado en medio de una historia siniestra que amenazaba con devorarme por completo. ¿Sería capaz de escapar de las garras de ese pasado oscuro que reclamaba su precio, o me perdería irremediablemente en las sombras de mi propia existencia?

Pensé en lo que había dicho Kate, lo de ir a Londres. Después de que nos separásemos en el 84, ella se había escondido en un pequeño apartamento en las afueras de Londres, donde había empezado una nueva vida como auxiliar administrativa. Yo le había avisado del peligro que entrañaba quedarse tan próxima a la banda, pero ella insistió. «Nunca cesarán en su empeño por encontraros, y alguien debe quedarse para vigilar su movimientos —dijo—. No te preocupes por

mí, ellos van a dedicar todos sus esfuerzos en vosotros, créeme».

Me detuve en un quiosco de la acera y compré una bolsa de patatas fritas, no sé muy bien por qué. Tal vez necesitaba hacer algo mundano, como llevarme una patata salada y ondulada a la boca, o intercambiar un par de frases con el quiosquero para escapar momentáneamente de la pesadilla en la que nadaba. O quizás solo quería convertirme en un blanco fácil. «Vamos, Venus, ¿a qué esperas? Un disparo en el pecho, unos segundos de dolor insoportable, y dulces sueños para siempre». En ese instante, no me parecía un amargo final.

El agua había atravesado mis zapatos y apenas sentía los pies. A nadie le apetece irse al otro barrio con los pies congelados, de modo que bajé las escaleras del metro que se internaban en la superficie. Según descendía, comiendo patatas como un autómata, no dejaba de pensar en lo que había dicho Kate:

«Nunca cesarán en su empeño por encontraros».

Calor. Desabrochados los botones superiores de la camisa, traté de aflojar la soga que cada vez me apretaba más, pero fue inútil. No cesaba de tirar de mí, con fuerza a veces, otras veces con suavidad, pero siempre arrastrándome al abismo. No me quedó más remedio que dejarme llevar.

Las palabras de Kate encerraban más cosas de las que seguramente ella había pretendido. Tenía razón: Califa, Venus y el resto de la banda nunca dejarían de perseguirnos. Volví a pensar en el Audi. Lo había visto detenido junto a mi oficina y después me había seguido, lo que significaba que me habían localizado, tanto a mí como a mi trabajo. Pero había conseguido despistarlos en mitad del tráfico de Madrid. ¿Conclusión? Desconocían nuestra dirección. De haberla sabido, Mónica y yo estaríamos muertos. También Leticia, seguramente. Así que no, no habían establecido esa relación. Solo me quedaba, pues, una opción: irme del país y volver a esconderme. Pero ¿adónde ir?

No hubo tiempo para una respuesta, pues ya había bajado las escaleras y me había adentrado, con el paso vivo que me imponía el tirón incesante de la soga, en la estación de metro en el subsuelo.

La gravedad del planeta se multiplicó por mil cuando puse el pie en el embaldosado de la estación.

Seguía digiriendo cuál sería mi próximo destino cuando me fijé en un hombre mayor con escaso pelo lacio y ropas raídas que bajaba, rictus atormentado, por las escaleras. Parecía una fregona vieja. Tenía las botas y los bajos de los pantalones empapados y paliaba el frío con algún brebaje de alta graduación que escondía en una bolsa de plástico. Dada la inestabilidad con la que se desplazaba, al borde en cada paso de trastabillar y terminar la bajada de bruces, ya debía de quedarle poco por meterse en el estómago.

La imagen casi me obligó a pensar en Michael Landymore, mi amigo Theodore, el falso borrachín. Solo que, esta vez, no estaba allí para salvarme la vida. Si seguía llamando la atención de esa manera, no tardaría en llamar la atención del guarda de seguridad, quien le confiscaría el alcohol y lo devolvería a la calle de una patada en el culo. Una vez allí, tendría que buscar otro lugar donde cobijarse del inclemente tiempo. O hacerse con otra botella de brebaje.

Me sorprendí envidiando a aquella pobre alma errante. Al menos, él estaba solo, la vida de nadie dependía de él, y no se despertaba cada mañana haciéndose la misma aterradora pregunta: «¿Será hoy?».

Un estruendo tan familiar como desagradable me sacó de mis ensimismamientos, y acto seguido una locomotora entró en la estación. El convoy se detuvo, escupiendo algunos pasajeros y engullendo a otros, y retomó su camino llevándose el estruendo con él. Cuando desapareció, me quedé mirando al espacio en las vías que había dejado el tren. Una patata frita se me había quedado pegada al paladar, y lo mismo hizo una macabra ocurrencia que se coló en mi cerebro.

Di un paso al frente. Las vías se veían ahora por completo; dos rieles de acero perfectamente paralelos. Busqué algo, palpando con la mano, dentro del bolsillo de mi abrigo.

Esperé unos minutos, tres según el cartel luminoso que anunciaba el próximo tren.

«Serán unos segundos de dolor insoportable, y después dulces sueños para siempre».

De repente, lo vi claro. Si conseguía salir del país y empezar de cero adoptando una nueva identidad, tarde o temprano volverían a encontrarme. ¿Y entonces, qué? ¿Me matarían sin más? No, era evidente que no. Por la misma razón por la que no me habían matado el otro día, cuando salí del trabajo y el Audi me estaba esperando. No me querían a mí, sino a Mónica, claro. El tatuaje. La maldita contraseña. Entonces, cuando me atraparan, ya fuera en Madrid o en la otra punta del mundo, me torturarían, al igual que ya hicieran con Kevin Price, hasta que revelara el paradero de Mónica o me mataran de dolor.

Sin embargo, eso podía evitarse.

A lo lejos, el rumor de un nuevo convoy. Di un paso más.

¿Y por que no?

Esperaría a que asomase la locomotora, no lo haría antes. De esa forma no habría margen para el error. Entonces daría un último paso y… *¡pam!* Adiós problema para siempre.

Miré al indigente y a su bolsa. Habría dado cualquier cosa por un buen trago de eso que llevaba dentro. Iba a necesitar nublar mi mente para no pensar en Mónica en el último momento antes de dejar caer el

pie.

Los dos ojos luminosos que eran los faros de la locomotora se mostraron al final del túnel en el momento en que el mendigo se aproximaba al andén. Me pareció que el suelo se estremecía bajo mi cuerpo. Como si las puertas del infierno se abrieran con lentitud con el único fin de arrastrarme a la profundidad.

Tal vez fuera eso lo que ocurriera.

Cerré los ojos con fuerza. Todo habría pasado en un segundo. Quizá el otro mundo fuera mejor que este, después de todo.

Y el temblor y el rugido del tren arreciaron, y pensé, en aquellos últimos segundos en los que decidí entregarme a mi destino, en si me reencontraría con Megan al otro lado, y en cómo habría sido si hubiera evitado que ella se fuera de casa mientras pude. En cómo dentro de poco iba a morir atropellado y por la tarde alguien guardaría lo que quedara de mí en una bolsa de plástico.

En aquellas fracciones de segundo antes de morir, me di cuenta por primera vez de que, después de todo, quizá nunca significaría nada para Mónica. Y allí esperaba, lleno de tristeza y soledad, cuando la cegadora luz de los faros barrió la estación y se precipitó hacia mí a la velocidad del rayo.

Dicen que el tiempo se vuelve más lento en momentos de gran peligro. Eso no es más que una ilusión, por supuesto. El tiempo es constante. Pero recordaba haber leído que esa ilusión temporal en particular se debe al modo en que almacenamos nuestros recuerdos. Cuanto más rico y denso es el recuerdo de un suceso —por ejemplo, en los momentos en que estamos aterrados—, más se prolonga el suceso en cuestión en nuestra memoria. Este fenómeno también explica por qué tenemos la impresión de que el tiempo pasa más rápido a medida que envejecemos. De niño, las experiencias son nuevas, de modo que tus recuerdos son frescos e intensos, con lo que el tiempo parece ir más despacio. Con el transcurrir de los años, especialmente cuando estás instalado en una rutina, hay muy pocos recuerdos nuevos o vibrantes, de ahí que el tiempo vuele. Por eso, cuando un niño recuerda las vacaciones de verano, tiene la impresión de que han durado una eternidad. Para los adultos, en cambio, son poco más que un suspiro. Así que, en ese instante, mientras la locomotora emergía en la estación, me hubiese gustado decir que todo lo demás transcurrió sin darme cuenta, pero lo cierto es que fue pasando por delante de mí como si estuviera atrapado en el fango hasta las rodillas: cuando coloqué mis pies al borde del andén, cuando los faros del primer vagón emergieron del túnel oscuro como dos ojos resplandecientes, cuando me quedé rezando con la fotografía de Megan aplastada dentro de mi puño, el ruido ensordecedor del convoy entrando en la estación, el salto inesperado del mendigo, los gritos de

horror, la onda expansiva revolviendo mi flequillo y mi ropa, el chirrido de las ruedas al frenar bruscamente, hasta que el vehículo se detuvo por fin y un hombre me separó con violencia de las vías mientras el caos se apoderaba de la estación.

El tiempo también debía de haber ido más lento para el indigente, que no bloqueó su instinto natural. Se había dejado tambalear y cayó hacia delante, usando ese tiempo para calcular el instante preciso en que el tren pasaba a su altura.

«Se me ha adelantado —pensé atónito, mirando las ruedas del tren sobre las vías, imaginando el cuerpo aplastado de ese hombre—. Tendría que haber sido yo.»

El interior de la estación se sumió en el desconcierto. Abrumado por la idea de que fuera yo el causante de aquel revuelo, de que alguien tuviera que sacar mi cuerpo aplastado de debajo del vagón, retrocedí hasta que mis espalda chocó con un gigantesco anuncio de *El corte inglés*. A mi derecha, una chica echaba el desayuno en el interior de una papelera. Los gritos se sucedían.

—¡Llamad a una ambulancia! —pedía la mayoría.

—¡Se ha tirado, por Dios! ¡Seguridad! —gritó una mujer—. Pobres familiares…

Pobres familiares.

Aquello me sorprendió. Seguramente aquella señora no era consciente de que la víctima era una pobre alma perdida sin familia, pero yo sí. Y si tenía a alguien, desde luego hacía mucho tiempo que no se preocupaba por él. La triste realidad era que el trágico accidente no trastocaría la vida de nadie, más allá de los pasajeros del tren que iban a llegar tarde a sus respectivos destinos.

Entonces se me ocurrió una idea loca.

Yo no sabía si era el tiempo, que iba más lento, o mis cálculos mentales, que se habían acelerado. Pero lo tuve claro.

De repente, no quería que nadie me viese, solo deseaba desaparecer. En un instante de lucidez, arrojé disimuladamente mi cartera bajo el vagón y eché a correr hacia las escaleras con las palabras de Clay de nuevo revoloteando en mi mente:

«Alison Landymore no se hablaba con su padre y no tenía a nadie más, así que nadie la echaría de menos si de repente desaparecía… Para el resto del mundo, Megan Anderson había muerto asesinada en ese callejón.»

No era el mendigo el que tenía que haber saltado a las vías esa mañana, sino yo. ¿Qué habría ocurrido entonces?, me pregunté. Mis plomos ya habrían estado fundidos cuando la mujer propusiera avisar a la familia. Entonces, minutos más tarde, alguien, lo más seguro un policía, habría hecho una llamada telefónica tras informarse sobre la identidad de la víctima (yo). Leticia habría descolgado el teléfono, un

palo duro para ella, pero se repondría. Mónica tenía toda la vida por delante, no iba a ser la primera adolescente que crece sin una figura paterna y ya le había transmitido todo lo que tenía que enseñarle. En cuanto a mis perseguidores… si había suerte, mi nombre aparecería en las noticias, acabando con el único eslabón con el que contaba la banda para dar con Mónica.

¿Podía hacerlo posible? ¿Conseguir lo mismo que Megan había hecho en aquel callejón de Fort William?

Podía, pero necesitaría la ayuda de Kate.

Y para ello, tenía que hablar con ella urgentemente. Seguramente tendría que tirar de Michael Landymore una vez más.

Después, haría una última visita a casa y dejaría una dolorosa carta en el buzón. Entonces, Tom Cavendish, al igual que había sucedido con Neil Anderson en el pasado, desaparecería de la faz de la Tierra para siempre.

Con ese gran desafío en la mente, y en medio del caótico tumulto, abandoné la estación en busca de una cabina telefónica.

40

London Eye, Londres
Año 2021

Te llamas Patrick Shearer.

Han pasado veintiséis años.

Kate Bennett, antes Rose Burke, es la única persona que conoce tu pasado. Y tú eres la única que conoce el suyo. Elegiste Patrick en honor al padre de Margot, el auténtico héroe de esta historia, en tu opinión.

El espejo sigue diciéndome lo que quiero oír. Haga lo que haga, diga lo que diga mi pasaporte.

He regresado a Londres, cerca de Kate, aunque fingimos ser dos extraños. Durante años, nos hemos mantenido a distancia por mutuo acuerdo. Solo nos encontramos ocasionalmente y siempre en secreto. Así debe ser. Un día, me informa de que Mónica, mi pequeña Margot, se ha convertido en inspectora de policía en la Jefatura de Madrid. ¿Cómo reacciono ante esta noticia?

Lloro desconsoladamente. Mis lágrimas son de orgullo, pero también de tristeza al no poder presenciar los éxitos de mi hija.

Finalmente, me convertí en novelista. No solo pude ganarme la vida con ello, sino que también obtuve premios y reconocimiento a nivel mundial. Es una sensación única: la luz del escritorio se enciende y entonces sueltas las amarras de tu imaginación. Sales de tu dormitorio y te adentras en los párrafos, pasas por Distant Deck, un lugar que solo existe dentro de ti; te acercas a la altura del estanque Morris, parecido a aquel donde te bañabas de crío. Sonríes sin dejar de teclear y saludas al hijo del farero de la villa de Ámbar, con su playa de arena negra. Desde el otro lado de la ventana, el sol te pilla trabajando. Luego aparecen las aves. Las gaviotas de espalda negra, las gaviotas argénteas, los pelícanos… El mundo permanece girando y tú sigues tecleando. Tecleas sumido en un hechizo maravilloso. Los personajes se mueven y tú estás al mando. Eres un maldito escritor de thriller. ¿Hay algo mejor en el mundo?

La fama me puso en peligro y me obligó a cambiar drásticamente mi apariencia, pero sería hipócrita si dijera que aquello no le dio sentido a mi vida. Ahora estoy retirado y paso mis días asesorando a

jóvenes talentos literarios.

Leticia, mi esposa, nunca volvió a casarse después de mi supuesta muerte. Dejar en el buzón la nota falsa de suicidio fue una de las cosas más difíciles que he hecho —*Te estoy engañando con otra y no puedo seguir así. No puedo casarme contigo, te quiero demasiado. Hasta siempre,* decía la nota—, pero me consuela pensar que mis palabras le dieron respuestas suficientes para que, superado el impacto, rehiciera su vida. Actualmente trabaja para el Estado, no estoy seguro de en qué. Mónica aún mantiene contacto con ella, aunque su relación no es muy cercana. Sin embargo, sé que la ama. Se cuidan mutuamente. Probablemente, Leticia y yo somos los únicos padres que Mónica recuerda. Ella era demasiado joven para acordarse de que alguna vez tuvo una vida en Londres con una madre llamada Helen; y solo un bebé para saber que su verdadero padre no soy yo, sino un neoyorquino que dio su vida por protegerla a ella y sus principios. Ahora vive tristemente convencida de que su padre era un egoísta y un mentiroso que saltó a las vías de tren en una mañana cualquiera. Sé que es así como debe ser porque yo tomé la decisión, pero no lo soporto. Siempre desearé ser una presencia en su vida, aunque ella no lo sepa, y por eso continúo mis encuentros con Kate.

La última vez que me vi con ella, bajo el puente de Candem, me enseñó una fotografía de Mónica en la actualidad. Se la veía preciosa, toda una mujer hecha y derecha. Como decía, me eché a llorar.

No he vuelto a saber nada de Califa y Venus, lo cual es la mejor de las noticias. De lo contrario, seguramente estaría muerto. Hasta hace no demasiado, me obligaba a cambiar de canal cuando aparecía Adil Al-Sayid por la pantalla del televisor, pero he aprendido a convivir con eso. Venus ha dejado de colarse en mis pesadillas, aunque se me sigue erizando la piel al pronunciar su nombre.

Un día, hace años, me llegó el rumor de que Clay, mi viejo amigo, se había suicidado en la cárcel de The Mount, donde estaba recluido desde nuestro encuentro. Me visita en sueños de vez en cuando. Cada vez con menos frecuencia, pero sigue haciéndolo. Y a veces incluso me alegro de ver a ese traidor miserable.

No hablo de nada de esto con Kate durante nuestros encuentros clandestinos.

—De vuelta en Londres —dijo ella la última vez.

—Sí. Alguien dijo en una ocasión que todos los caminos conducen a Roma, y algunos de ellos salen de Londres.

—¿No se te hace extraño?

Le pregunté por qué decía eso.

—Aquí te enrolaste a la banda de Califa y tu vida se cruzó con la de Margot.

Tan solo asentí.

—¿Te gustaría verla? —me dijo de pronto.

Yo sabía que hablaba en un sentido figurado, y aun así noté que el rostro se me encendía.

Sin dejarme contestar, Kate metió la mano en el bolso y sacó un sobre.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Una fotografía. Hace poco viajé a Madrid, ya sabes para qué.

Abrí el sobre. Saqué la fotografía. Me sumergí en la imagen.

—Estarías orgulloso de ella —dijo Kate—. Es una excelente policía. Hace no mucho resolvió un caso de asesinatos en serie que involucraba a un afamado actor de teatro. Su nombre copó algunos titulares.

Fue cuando me eché a llorar. Después de todo, ella había sido mi operación ganadora. La que dio sentido a todo.

—¿Está casada? —pregunté.

—Divorciada.

—Pero ¿está…?

—Está perfectamente.

Le pregunté si ella sospechaba de nuestro engaño. No lo hacía, no sabía nada. Deseé que algún día descubriera la verdad, que encontrara el manuscrito que escribí sobre nuestra historia. Tal vez después de que yo muera. Quién sabe.

—Si le hubiera dicho la verdad desde el principio…

—Probablemente estaríais los dos muertos —dijo Kate—. Y yo también.

Tenía razón. La observé de arriba abajo. Me pregunté por qué no huyó y empezó una nueva vida cuando tuvo la oportunidad, por qué se seguía jugándose la vida por nosotros.

—Nunca llegué a darte las gracias.

—Sabes que lo hago encantada.

—No me refiero a tus informes sobre ella.

Frunció el ceño.

—Mi suicidio en el metro —aclaré—. Hiciste un trabajo impresionante.

—Fue pan comido, Neil. —Escuchar mi verdadero nombre provocaba cierto temblor en todo mi cuerpo. Intenté mantener la compostura—. Ese hombre estaba tan aplastado que parecía carne picada, imposible de identificar. Como tú anticipaste, nadie echó de menos su ausencia, así que solo hizo falta una llamada anónima a la policía informando de que había visto a Tom Cavendish saltando a las vías en la estación de Tribunal. La posterior denuncia de Leticia declarando tu desaparición tras encontrar tu nota de suicidio en el buzón, y el hallazgo de tu cartera bajo las ruedas del tren, terminaron por archivar el caso.

Kate y yo nos abrazamos, y entonces me pareció escuchar algo proveniente de la otra orilla del río, tras un muro de piedra.

—Debería volver —dije—. Le he mentido a John para poder encontrarme contigo. Le he dicho que me encontraba indispuesto. Si me ve aquí, se hará preguntas para las cuales no tengo respuesta.

—¿John es tu nuevo muchacho?

Asentí.

—Es un genio —expliqué, orgulloso—. Mucho mejor escritor que yo.

Como siempre, Kate me miró con la cabeza inclinada, frunció la mirada y dijo su frase de siempre:

—De nuevo en Londres.

Recuerdo ese último encuentro mientras observo la ciudad desde lo alto de la colosal noria construida para el nuevo milenio. No me he dado cuenta y ya soy todo un anciano. La última historia de John, mi discípulo, aguarda en el portátil, dentro de mi mochila, a la espera de que le dé la última revisión. Ya no queda nada por pulir. No me cabe duda de que va a ser un súper ventas, pero no se lo he dicho. Me gusta hacerle sufrir, creo que le ayudará a forjar su personalidad. Me enorgullezco de él.

Cojo aire y lo suelto. Siento el pecho ligero.

—Sí —susurro con una sonrisa tonta en la cara, que desaparecerá en unos segundos, cuando reconozca a Venus, la asesina de hielo, esperándome abajo, entre la multitud—. Otra vez en Londres.

Fin.

EPÍLOGO Y PRIMER CAPÍTULO DE ‘ENTRE LÍNEAS’

Patrick Shearer sobrevuela el Támesis ignorando la impresionante vista panorámica, pues acaba de saber que está ante los últimos minutos de su vida.

No es por un problema técnico o mecánico; la colosal noria gira con absoluta normalidad.

Tampoco físico, pues puede presumir de haberse acostumbrado a sus problemas de vértigo (es de Nueva York), de soledad (es escritor), y de conciencia (lleva ya décadas guardando algunos secretos).

Una tarde al mes, tiene la costumbre de reservar en exclusiva una de las treinta y dos cápsulas de cristal del London Eye, para deleitarse, a vista de pájaro, con el bello atardecer de su ciudad favorita. Desde el punto más alto siempre se reafirma en que, si su universo tuviera un centro, sería ese mismo. Qué duda cabe de que se ha ganado el derecho a tal excentricidad, si puede llamarse así.

Nada de lo que hoy ocurre en el interior de la cápsula le indica que corre serio peligro de muerte.

Lo que a Patrick Shearer le ha encogido el estómago y le ha hecho palidecer, es la presencia de *ella*.

La ha visto durante la segunda vuelta.

A solo unos metros de la base de la atracción, junto a la barandilla que da al río, la imponente mujer de la que tantos años lleva escabulléndose lo mira sin pestañear. Es alta y atlética, con la piel muy pálida, nórdica. Sigue pintándose los labios de un rojo intenso. El cabello, del mismo color cobrizo de siempre, le cae hasta los hombros. No alcanza a distinguirse desde esa distancia, pero él sabe que lo miran dos iris de un azul gélido. Es el rasgo que siempre le ha provocado escalofríos.

La mujer saca la mano del bolsillo del abrigo y le apunta con el dedo índice. Lo flexiona como si apretase un gatillo imaginario, se lo lleva a los labios y sopla.

Después de tanto tiempo, lo ha encontrado.

El escritor mira a su alrededor tratando de encontrar algo que le permita escapar. Pronto comprende lo trágico de la situación. Está atrapado en una jaula de cristal, y cuando el viaje finalice y las puertas se abran, ella estará allí para darle la estocada final.

«No tengo escapatoria».

Instintivamente, cierra los ojos y sus pensamientos se arremolinan en torno a una persona, la que dio comienzo a todo y cambió su vida para siempre.

Ha llegado el momento de desvelar el gran secreto. Siempre entró en sus planes hacerlo antes de morir, como el gran giro final de una de sus novelas de intriga. Solo que no esperaba tener que hacerlo tan pronto. Ni en esas condiciones.

El teléfono devuelve tono, lo cual es un buen comienzo. Cuando ella responde, él se queda en blanco, sin saber qué decir.

—¿Hola? —apremia ella al otro lado de la línea.

—¿Es Mónica Lago?

—La misma. ¿Quién es?

—Debo hablar con usted de un tema de suma importancia.

—Dígame. ¿Con quién hablo?

—Mi nombre es Patrick Shearer. El escritor británico.

—¿Cómo dice? Mire, no creo que sea la Mónica Lago que está buscando.

—Usted es la inspectora Mónica Lago, perteneciente al grupo de Homicidios de la Policía de Madrid.

Un breve silencio.

—¿Cómo ha conseguido mi número personal?

El escritor duda. No ha previsto tanta resistencia.

—Eh… En la página web de la Policía Nacional.

—Si quiere poner una denuncia, señor Shearer, llame al teléfono de la Policía o persónese directamente en una comisaría. Si por el contrario quiere documentación para una de sus novelas, ha llamado a la poli equivocada. Ahora, si me disculpa, estoy de vacaciones.

El intermitente pitido indica que la conversación ha finalizado. El escritor suelta un exabrupto hacia el reloj del Big Ben. Se fija en la hora. Aún le quedan más de diez minutos antes de que tenga que abandonar la cápsula.

«¿Qué opciones tengo?»

Consciente de que ya es hombre muerto, se apresura a sacar el portátil de la mochila y lo coloca sobre el asiento elíptico que ocupa el centro de la cabina. Se conecta al wifi de la ciudad y abre la cuenta de correo. Redacta un breve mensaje y lo guarda en la carpeta de *Borradores*.

Alza la vista un instante para comprobar que su cabina está ahora en el punto más bajo de la inmensa rueda. Ella lo está mirando. Su arrogante sonrisa, la de aquel que se sabe vencedor, le revuelve el estómago.

Regresa a la pantalla del portátil, pues no le queda mucho tiempo, y lo que tiene que hacer ahora requiere toda su concentración. Desde el editor de texto, abre el documento más reciente. Realiza algunas

anotaciones que precisan de sus mejores dotes de escritor, y lo adjunta en un nuevo mensaje de correo que también guarda para más tarde.

La noria se ha detenido. Los ocupantes de las cabinas inferiores están empezando a abandonar la atracción. Ha llegado la hora.

Guarda el portátil en la mochila y se la cuelga del hombro. Respira hondo mientras su cápsula desciende hacia la pasarela de salida. Es la siguiente.

«No se atreverá a abatirme delante de todos estos turistas», piensa, en un halo de esperanza, cuando la melena roja se mezcla entre el gentío. Cuenta con esa baza y va a aprovecharla. Evitar los callejones, mantenerse siempre cerca de la multitud.

Las puertas de cristal se deslizan.

El escritor se abre paso entre la gente y sale corriendo por el paseo del Támesis, dejando el río a su izquierda. Sin embargo, algo va mal. ¿Dónde está ella?

El olor a hierba recién mojada de Jubilee Gardens penetra en sus orificios nasales durante la huida. Si quiere dejar atrás el puente de Hungerford sin necesidad de cruzar el pasadizo subterráneo, escenario perfecto para que una experimentada asesina le dé el toque de gracia, el escritor debe desviarse. A medida que corre, la multitud se va dispersando, lo cual es una pésima noticia. «¿Dónde se ha metido?»

En otros tiempos, Patrick Shearer quizá habría saltado al río y se habría agazapado bajo uno de los muelles. Puede que hasta se hubiera animado a cruzar nadando hasta la orilla opuesta. El problema es que hace años que las dos horas semanales de cardio dejaron de ser suficientes. El paso del tiempo —y los cruasanes del Costa Coffee a los que se ha vuelto adicto— lo han vuelto viejo y previsible. Ya ni siquiera puede correr unos cuantos metros sin jadear.

«Estoy vivo», no para de repetirse, mientras deja que la adrenalina se ocupe de la faceta física.

Parece que ha conseguido despistarla cuando llega al siguiente puente: el Blackfriars. Las escaleras de piedra que conducen al otro lado del paseo se encuentran cortadas por obras, así que solo le quedan dos caminos posibles: dar media vuelta, o probar por el paso subterráneo. Animado por su pasado aventurero, se arma de valor y se adentra.

Un halógeno defectuoso parpadea en la oscuridad. El resto están fundidos.

—No deberías haber huido —resuena en la negrura. Su acento de Illinois es fácil de reconocer, a pesar de que han pasado muchos años desde la última vez que coincidieron.

Inmóvil, el escritor aguanta la respiración. Por cómo ha sonado su voz, es posible que la tenga muy cerca. Todo está negro, y solo en el instante en que el halógeno parpadea, es capaz Patrick de distinguir

una silueta humana.

—Por fin te he encontrado, después de tanto tiempo —celebra ella. A pesar de la oscuridad, el escritor imagina sus ojos refulgiendo como diamantes—. Ahora, dime: ¿dónde está?

—Hace mucho de aquello —balbucea el escritor, vulnerable como hace años que no se siente—. He perdido su pista.

—No pensarás que me voy a creer tal embuste.

Las palabras de la mujer van acompañadas de una sorna ofensiva, pero él siente que le sube la adrenalina. «Después de todo, siguen perdidos como el primer día», piensa, relamiéndose.

—Dime dónde está, o morirás en este callejón con olor a orín.

El escritor se retuerce, consciente de que va a morir de todos modos.

—Está bien. Te diré dónde se encuentra ella —dice al fin, tirando de su última carta. Elige con cuidado las siguientes palabras, que deben sonar verosímiles. Por suerte, el oficio de escritor conlleva una entrenada capacidad de improvisación y un notable manejo de la suspensión de la incredulidad.

Termina de hablar, y el pasaje subterráneo queda en silencio. Transcurren los segundos y no sucede nada. «¿Me ha dejado con vida?» Siente un fuerte empujón justo en el momento en que la luz del halógeno se enciende, iluminando una cabellera roja. No sabe que lo ha apuñalado hasta que empieza a sentir un calor ardiente en la zona del estómago. Con el siguiente parpadeo de luz, descubre un orificio en la camisa, enmarcado por una mancha oscura. Cuando se lleva la mano libre a la herida, enseguida se le cubre de sangre.

—Me ha gustado darte caza todos estos años. Disfruta de tus últimos segundos de vida —dice la mujer antes de marcharse. El eco de sus tacones se pierde en la lejanía.

Una vez a solas, el escritor vuelve la vista hacia la salida del túnel. No le queda mucho tiempo. Podría llamar a una ambulancia, pero estaría desangrado para cuando llegase. Además, no quiere morir entre olor a orín, como ha dicho ella.

Realizando un gran esfuerzo por caminar, piensa en el secreto que lo ha acompañado durante media vida. El miedo a que se pierda con él es mucho mayor al de su propia extinción. Además, ella está en su búsqueda, ahora lo sabe con certeza. Debe impedir que ese monstruo se salga con la suya.

Una luz de neón parpadea en su cerebro: TRANSMITE LOS MENSAJES.

La zona del abdomen le arde cuando sale al paseo por el lado opuesto. La brisa de verano le acaricia el rostro, como si algún ente incorpóreo le diera la bienvenida al otro mundo.

Temblando, alza el teléfono y lo desbloquea. Dedica toda la

energía que le queda a abrir la cuenta de correo y acceder a la carpeta de *Borradores*. Envía los dos emails, y realiza una última llamada de despedida. Después arroja el teléfono al río. Por fin respira aliviado.

«Debo encontrar la manera de llegar al puente —se recuerda—. Tienen que saberlo».

Es un milagro que haya llegado al Millenium Bridge por su propio pie. Los rostros de quienes transitan la zona, en una tarde calurosa como esa, lo miran con horror cuando se fijan en la grotesca herida que no deja de sangrar por debajo de la camisa.

Retorciéndose de dolor, sube los peldaños que dan acceso a la pasarela peatonal. Si se mira de frente, desde la posición en la que el escritor se encuentra, el puente del milenio parece una araña robótica que extiende sus patas hacia la catedral de Saint Paul. Por fin ha llegado.

Aunque siempre se ha guiado por un pensamiento espiritual, él no es católico, y sin embargo se santigua frente al templo antes de abalanzarse contra la barandilla de metal. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, pasa ambas piernas por encima, y se deja caer sobre una viga que conforma una de las *patas* de la araña. Acto seguido, con cuidado de no precipitarse al río, se arrastra por la viga hasta los tensores metálicos del puente. Por último, se tiende sobre ellos con la vista fija en el cielo de su ciudad favorita, esa tarde despejado y con tintes anaranjados.

La suave brisa del Támesis juega con su flequillo mientras su vida, según siempre se dice, pasa ante sus ojos. Debido a la celeridad con la que la muerte le da caza, el escritor solo alcanza a ver hasta los años en los que todo se torció y su vida pasó a convertirse en una serie de difíciles decisiones.

Muere a los pocos segundos, con el anhelo de que sus mensajes sean recibidos, comprendidos… y perdonados.

Sigue leyendo ‘Entre líneas’ aquí.


LUIS A. SANTAMARÍA
ENTRE LÍNEAS
UN VERTIGINOSO THRILLER
EN EL CORAZÓN DE LONDRES
GANADOR
AMAZON STORYTELLER
2021

GRACIAS POR LEER 'ABISMO'

Si has disfrutado de esta historia, no olvides dejar tu comentario al final de este ebook o en la página de compra de Amazon:

Valora la novela en Amazon

Tu opinión es importante para mí. Te estaría muy agradecido y ayudaría a que otros lectores conozcan la novela.

Pero no todo es Amazon en la vida. Si te apetece, dime lo que piensas de la novela o pasa a saludar en luisalbertosantamaria.com o en escritor@luisalbertosantamaria.com.

CAPÍTULO EXCLUSIVO DE 'HERIDAS ABIERTAS', EL PRÓXIMO CASO DE LA INSPECTORA MÓNICA LAGO

Las palmas de las manos de Mónica empiezan a sudar apenas un instante después de dirigir la mirada hacia la mesa dela oficial y constatar que se encuentra vacía.

«¿Donde te has metido, Mercedes?», es lo primero que piensa. Lo que sí exclama en voz alta, haciendo que todos los presentes esa mañana en la oficina se vuelvan alarmados, es un claro y aterrado:

—¿Dónde están Mercedes y Jamie?

Maldice para sus adentros. Sabía que no debía dejar a su hijo a cargo de Mercedes. Ni de ella, ni de nadie. Sobre todo habiendo recibido esa amenaza anónima… «en la que no solo se me señala a mí, sino también a todos los que me rodean». Pero tenía que acercarse un momento a ver a Pablo por ese asunto de la investigación que no le deja pegar ojo y no le ha parecido oportuno ni profesional bajar a ese laboratorio con un bebé en brazos.

¿Cuánto tiempo ha estado allí abajo? ¿Media hora? No llegará. «Maldita sea, en ese tiempo han podido pasar millones de cosas».

Más tarde, analizando la situación fríamente, admitirá que la culpa no la tiene Mercedes. Es John quien hoy debía recoger a Jamie de la guardería, según lo que tenían acordado. Pero él ha llamado, ella ya en Jefatura, modificándole los planes. Una reunión express con la editorial, decía en el mensaje de audio. Cuando no es la editorial, es su agente, y cuando no, una firma. Antes al menos se dignaba a llamarla por teléfono, pero ahora no tiene tiempo ni siquiera para eso. Un audio, y gracias. De modo que, ¿qué se suponía que debía hacer ella con tan poco margen? Lo único que se le ha ocurrido: ir a por Jamie a la guardería y llevárselo a la oficina.

Así que, si aquel que vigila sus pasos desde las sombras ha aprovechado los minutos en que ella ha perdido de vista a su hijo para llevárselo, no es culpa de Mercedes, sino del caso perdido de su exnovio. *El escritor*.

Las dos últimas palabras chirrían con Arabia en las paredes de su cráneo mientras corre hacia la mesa de Mercedes. La bordea y mira debajo del tablero, como si la agente pudiera estar allí debajo con su hijo.

—Vosotros —señala a tres tipos que observan algo en un monitor al otro extremo de la planta—. ¿Habéis visto a Mercedes? Ya sabéis, la novia de Rayco Medina. Pelo largo, más bien bajita, ojos grandes.

—Sabemos quién es Mercedes —replica uno, cortante.

—¡Pues contestadme, coño! ¿La habéis visto, o no?

—Me he cruzado con ella esta mañana —informa otro.

—¿Y sabes adónde ha ido?

Los tres se encogen de hombros.

«Panda de inútiles, os podéis ir todos al carajo».

Corriendo por los pasillos de la planta:

—¡Jamie! ¡Mercedes! —A todo aquel con el que se cruza, le sujeta del brazo y le pregunta—: ¿Has visto a Mercedes?

Alertado por los gritos, Andrés Gordillo sale en ese momento de su despacho:

—Mónica, ¿qué te pasa?

Ella, fulminándolo con la mirada:

—¡Pasa que Mercedes ha desaparecido con mi hijo! ¡Eso pasa!

Gordillo, situándose a su altura, la coge del codo y la detiene.

—Cálmate un segundo y respira. Perder así los papeles no va a ayudarte a encontrarlo antes.

Ella se revuelve y le aparta la mano con brusquedad.

—¿Puedes dejar de meterte en mi vida de una maldita vez? —le grita, y sale corriendo escaleras abajo en dirección a la calle.

En el vestíbulo del edificio, plantado de pie con las dos manos colgando del cinturón, el guarda de seguridad debe de percibir su desesperación, porque da un paso adelante y le pregunta si va todo bien.

—¿Has visto salir a Mercedes, la novia de Rayco? Iba con un niño pequeño.

El guarda agita la cabeza en señal de negación.

Es una pesadilla.

Mónica está cruzando las puertas deslizantes de cristal cuando choca con un hombre que en ese momento está entrando a la Jefatura con cierta premura.

—¡John!

—¡Mónica! ¿Se puede saber qué te pasa?

Ella lo mira por menos de un segundo. El abrigo azul de siempre, las gafas de siempre y el maletín Hermes de cuero de siempre. Lo único que ha cambiado es su pelo, ahora más largo y peinado hacia atrás, y que ya no la llama Moni. ¿Cuándo dejó de hacerlo? No importa ahora.

—No encuentro a Jamie —explica, jadeando y sin dejar de moverse de un lado a otro con la mano en la frente.

Él la aniquila con sus penetrantes ojos claros.

—Espera, ¿has perdido a nuestro hijo?

Le llegó al alma. Si no se encontrara en un momento tan crítico, le habría cruzado esa cara de escritor inglés.

—¿Cómo que *he perdido*? Si tú no hubieras priorizado tu editorial por encima de su cuidado, no habría tenido que traérmelo a la oficina. Por si no te acuerdas, trabajo en una jodida Jefatura de policía y acaban de readmitirme, se supone que no debería traer a mi bebé aquí.

—Joder, Mónica. Como te he dicho en el mensaje de audio, ha sido algo completamente inesperado e improvisado. Era una reunión para debatir sobre las fechas de publicación de mi próxima novela que no podía…

—Cállate o te juro que te empujo bajo las ruedas de ese autobús.

John alza las manos, rendido.

—Vale, vale, como quieras. —Visiblemente pálido y ceñudo, pregunta—: Entonces, ¿dónde está nuestro hijo?

Mónica barre la avenida con la mirada por encima del hombro de él, primero a un lado, y luego al otro. Solo ve el cuadro de siempre: vehículos circulando en todas las direcciones, repartidores en bicicleta, viandantes en sus respectivos mundos y perros tirando de sus dueños, todo ello bajo el manto de decibelios habitual que cubre el ambiente. Sin embargo, no ve a Mercedes ni a su hijo por ninguna parte.

—Han desaparecido —contesta, y siente que se le contrae el rostro al verbalizarlo—. Alguien se ha llevado a Jamie.

Acto seguido, y sin dejar que John viera sus lágrimas caer, da media vuelta y entra de nuevo en el edificio para dar la orden urgente de búsqueda.


LUIS A. SANTAMARÍA
HERIDAS
ABIERTAS
UN NUEVO CASO DE LA
INSPECTORA MÓNICA LAGO

UN NUEVO CASO DE LA INSPECTORA MÓNICA LAGO



Yago Flores, el inspector jefe de la brigada de Homicidios de la Jefatura de Madrid, es víctima de un misterioso tiroteo.

Pocos días después, el cadáver de una joven aparece a la orilla del lago de la Casa de Campo de Madrid durante una celebración familiar. ¿Quién es la muerta a la que nadie parece echar en falta? Descubrir su identidad se antoja como un rompecabezas sin aparente solución

La inspectora Mónica Lago, recién readmitida en Homicidios, atraviesa un difícil momento personal bajo la presión de quienes quieren verla caer. A cargo del extraño caso de la joven del lago, se ve obligada a resolverlo a la vez que es sometida a prueba por el nuevo jefe.

Una nueva muerte obliga a Mónica y su compañero Rayco a trabajar a contrarreloj porque temen que el asesino siga matando y creen que todavía no ha realizado su cometido final. Durante la investigación, se toparán con una insólita trama de dinero, poder, amor, mentiras y celos.

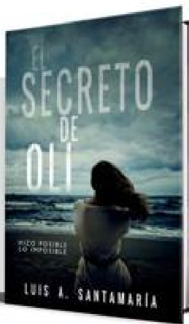
¿Acaso existe una conexión entre ambas muertes y lo sucedido al inspector jefe? ¿Y cuál es el papel de Mónica en este juego perverso?

UN LIBRO GRATIS

Consigue un ejemplar gratis de *El secreto de Oli*, novela que ya acumula más de 7.000 reseñas en Amazon, uniéndote a mi lista de correo:

Lista de correo de Luis A. Santamaría

TU LIBRO GRATIS TE ESTÁ ESPERANDO



«Os contaré la historia de cómo fui engañado por la persona que más quería.»

Así comienza Alfonso Morales el relato sobre cómo, hace 23 años, se vio sumergido en una atípica historia con una joven ambareña que le cambió la vida.

En la actualidad, Oli, un entrometido niño de diez años, descubre que una enfermedad letal amenaza la vida de su madre. Inmediatamente construye en su peculiar imaginación un plan para salvar a su familia. Para ello cuenta con la ayuda del 'Yayo', sarcástico cirujano retirado, conocido por los inmorales tratos utilizados con sus discípulos y que tiene buenas razones para no preocuparse por las consecuencias del mañana. Juntos se adentrarán en los oscuros misterios de la familia y en una trama en la que saldrán a la luz algunos turbulentos sucesos ocurridos en el pueblo pesquero de Ámbar: venganzas, corrupciones, traiciones… y un secreto que cambiará el destino de todos para siempre.





«Espectacular la manera en la que me enterneció el alma al principio de la historia para dar un completo giro a la trama con un final de auténtico suspense.»

También estarás al día de los nuevos lanzamientos, promociones y contenidos exclusivos.



AGRADECIMIENTOS

A mis lectores beta, Alfonso Palazón y José Lagartos. Por el cariño con el que acogéis cada uno de mis manuscritos y vuestro talento para mejorarlos. Sin vuestra ayuda, esta historia habría sido más vulgar.

A mi diseñador, Pedro Tarancón. No hay otro como él.

A mi madre, mi hermano, mi cuñada y mi sobrina. Lo mejor de lo mejor. ¿Sabes esas familias de película tan envidiablemente perfectas? La mía las supera.

A mi padre, que guía mis dedos cada mañana y sigue revisando mis textos desde su jardín celestial. Cada minúscula acción de mi vida es por y para él.

A mi esposa, Silvia, por hacer de este año el mejor de mi vida. Superas cualquier expectativa y haces que cumpla mis mejores sueños.

Y por último, gracias a ti, querido lector. Por elegir mi historia para viajar a otros mundos. Espero que te hayas divertido y emocionado. Cuento contigo para la siguiente aventura, que será, allá va mi apuesta, tu favorita.

Puedes encontrarme, entre otros sitios, en mi web de autor:

www.luisalbertosantamaria.com

ACERCA DEL AUTOR



Luis A. Santamaría (España, 1985) ganó el Premio Literario Amazon Storyteller con su novela *Entre líneas*. Desconoce si llegarán más premios, pero no le importa demasiado mientras se lo pase en grande poniendo en apuros a sus protagonistas desde su escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en su cabeza clamando por salir, como afirma, seguirá haciendo lo que más le apasiona.

Vive con su mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado humilde para admitirlo públicamente, y Yoda, su perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

Luis fue miembro del jurado del Premio Amazon Storyteller en el año 2022.

www.luisalbertosantamaria.com

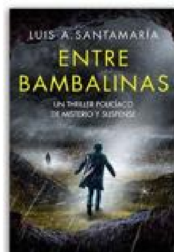
Sígueme en redes sociales:

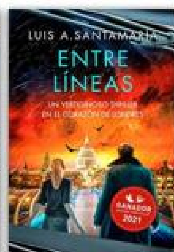


OTROS THRILLER DE LUIS A. SANTAMARÍA

SERIE MÓNICA LAGO

1. Entre bambalinas
2. Entre líneas (premio Amazon 2021)
3. Entre viejos desconocidos
4. Secretos entrelazados
5. Heridas abiertas





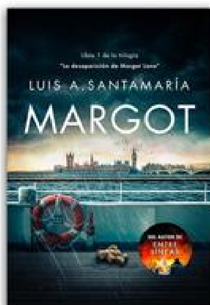


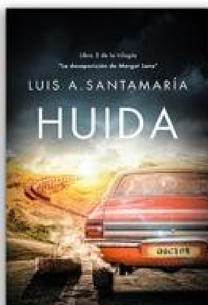


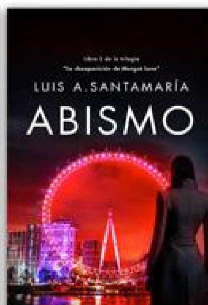


TRILOGÍA 'LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE'

1. Margot
2. Huida
3. Abismo







SERIE OLI

1. El secreto de Oli
2. El aleteo de la mariposa
3. Veinte veintitrés



MÁS SUSPENSE

Reflejos en el espejo

Mensajes ocultos

